

RECUERDA AQUELLA VEZ



¿Alguna vez has deseado ser otra persona?

ADAM SILVERA

RECUERDA AQUELLA VEZ



¿Alguna vez has deseado ser otra persona?

ADAM SILVERA

RECUERDA AQUELLA VEZ



P U C K

Adam Silvera

RECUERDA AQUELLA VEZ

Traducción de Antonio Padilla Esteban Argentina – Chile – Colombia – España Estados Unidos – México – Perú – Uruguay – Venezuela

Título original: More Happy Than Not Editor original: Soho Teen an imprint of Soho Press, Inc., New York Traducción: Antonio Padilla Esteban

Esta es una obra de ficción. Todos los acontecimientos y diálogos, y todos los personajes, son fruto de la imaginación del autor. Por lo demás, todo parecido con cualquier persona, viva o muerta, es puramente fortuito.

1ª edición Mayo 2017

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2015 by Adam Silvera

All Rights Reserved

© de la traducción 2017 by Antonio Padilla Esteban © 2017 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-16715-74-9

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para los que han descubierto que la felicidad puede ser dura.

Por supuesto, un abrazo para Luis y Corey, mis preferidos, quienes en su momento me dieron unos inmejorables golpes bajos.

INSTITUTO
LETEO

¡HOY LOS TIENES,
MAÑANA LOS PIERDES!



¿Los recuerdos desagradables son un problema? En el Instituto Leteo podemos ayudarte con nuestro revolucionario tratamiento para la supresión de los recuerdos.

¡LLÁMANOS!

(1-800-1-FORGET)

INSTITUTO
LETEO

¡HOY LOS TIENES,
MAÑANA LOS PIERDES!



¿Los recuerdos desagradables son un problema? En el Instituto Leteo podemos ayudarte con nuestro revolucionario tratamiento para la supresión de los recuerdos.

¡LLÁMANOS!

(1-800-1-FORGET)

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: LA FELICIDAD

1. RECUERDOS DE UNOS GOLPES BAJOS
2. UN INTERCAMBIO DE PLANES (QUE NO DE LIGUES)
3. TODO UN HOMBRECITO
4. LA CAZA DEL HOMBRE DURANTE EL DÍA DE LA FAMILIA
5. UNA CARA FELIZ PERO SIN OJOS
6. EL FELIZ CUMPLEAÑOS DE GENEVIEVE
7. CUANDO ESTOY A SOLAS
8. OYE, QUE NO SOMOS GAIS
9. MÁS ALLÁ DE LOS CALLEJONES SIN SALIDA
10. UNA MANIFESTACIÓN PARA EL RECUERDO
11. INTERCAMBIOS
12. PELEAS Y FUEGOS ARTIFICIALES
13. SIN CORAZÓN
14. ALGUNOS PENSAMIENTOS A LAS CUATRO DE LA MADRUGADA

SEGUNDA PARTE: UNA FELICIDAD DISTINTA

1. UN FELIZ CUMPLEAÑOS PARA ÉL
2. LA GUERRA EN MI INTERIOR
3. LA CARA A DEL DISCO
4. ¿RECUERDAS AQUELLA VEZ...?
5. OTRA TRIFULCA
6. LA CARA B DEL DISCO
7. MIS PENSAMIENTOS DURANTE LA MADRUGADA
8. RECUERDOS Y GOLPES BAJOS

PARTE CERO: LA INFELICIDAD

HOY LOS TIENES, MAÑANA LOS PIERDES

TERCERA PARTE: MENOS FELIZ QUE ANTES

1. ESTA VEZ
2. LA VIDA ES DURA
3. UN CALLEJÓN SIN SALIDA
4. CAMBIADME, POR FAVOR
5. VOLVIENDO ATRÁS EN EL TIEMPO
6. UNA VEZ MÁS
7. VERDADES Y DESENGAÑOS
- 8 ES IMPOSIBLE OLVIDARTE
9. KYLE LAKE, EL HIJO ÚNICO
10. EL INSTITUTO LETEO, REVISITADO

- 11. MI CUMPLEAÑOS INFELIZ
 - 12. NO MÁS MAÑANAS
 - 13. TAN SOLO EL AYER
 - 14. EL MEJOR AMIGO, MÁS O MENOS
 - 15. EL CHICO QUE NO SE CONVERTIRÁ EN UN HOMBRE
 - 16. LA CHICA CON LOS CUADROS A MEDIO TERMINAR
 - 17. EL CHICO EN EL TERRADO
- CUARTA PARTE: RECUERDA AQUELLA VEZ
EL DÍA QUE TOCA PASAR PÁGINA
AGRADECIMIENTOS

PRIMERA PARTE: LA FELICIDAD



RECUERDOS DE UNOS GOLPES BAJOS

Resulta que el procedimiento Leteo no es una engañifa.

La primera vez que vi un cartel en el metro que hablaba de un instituto que podía conseguir que te olvidaras de según qué cosas, entendí que se trataba de publicidad para una nueva película de ciencia ficción. Y cuando vi el lema «¡Hoy los tienes, mañana los pierdes!» en la primera página de un periódico me confundí y di por sentado que se trataba de algo aburrido, como el remedio para una nueva pasa de gripe. En ningún momento pensé que estaban hablando de los recuerdos. Aquel fin de semana llovió, así que estuve holgazaneando con los colegas en el autoservicio de lavandería, matando el tiempo frente al viejo televisor del guardia de seguridad. Todos los canales informativos estaban entrevistando a distintos representantes del Instituto Leteo para conocer «la revolucionaria ciencia de la modificación y supresión de los recuerdos».

—¡Menuda engañifa! —maldecía yo al final de cada entrevista.

Pero resulta que ahora sabemos que el tratamiento va en serio, al cien por cien, cero por ciento de engañifas; y es que uno de los nuestros lo ha probado.

Por lo menos eso cuenta Brendan, quien más o menos es mi mejor amigo. Tengo claro que Brendan siempre dice la verdad, del mismo modo que tengo claro que la madre del Niño Freddy está especializada en confirmar todos los chismorreos de los que se entera (se rumorea que ahora está estudiando francés para principiantes porque su vecina del piso de al lado posiblemente tiene un lío con el portero del edificio, quien es hombre casado, y la barrera del idioma dificulta un poco las cosas. Y sí, claro, esto también es un chismorreos).

—Entonces, ¿esa gente del Instituto Leteo habla en serio? — Estoy sentado en el cajón de arena instalado para que jueguen los niños, en el que ningún niño juega porque la madera está llena de hongos parasitarios.

Brendan se pasea arriba y abajo, botando la pelota de baloncesto de nuestro amigo Deon y pasándosela entre las piernas.

—Es la razón por la que Kyle y su familia salieron del pozo —explica—. Empezaron de cero.

No tengo ni que preguntarle qué es lo que Kyle ha olvidado.

A Kenneth, su hermano gemelo, lo mataron a tiros en diciembre pasado porque se estaba acostando con la hermana menor de ese tipo, Jordan. Sin embargo, el que en realidad estaba acostándose con ella era Kyle. Sé bien lo que es el dolor, pero no puedo imaginarme vivir todos los días con una cosa así: con el conocimiento de que al hermano con el que compartía el mismo rostro y el mismo lenguaje secreto lo borraron de mi vida con unas balas que en realidad me estaban destinadas.

—Ya, pues que le vaya bien, ¿no?

—Sí, claro —dice Brendan.

Hoy han salido a la calle todos los sospechosos habituales.

Dave el Flacucho y Dave el Gordinflón —que no son familiares, sino que sencillamente se llaman Dave los dos— justo acaban de salir del pequeño supermercado en la esquina, el colmado Good Food's, en el que he estado trabajando a tiempo parcial durante estos dos últimos meses.

Van tirándose por la cabeza las bolsas de patatas fritas y los zumos pequeños. El Niño Freddy hace acto de presencia montado en su flamante bicicleta con el cuadro de acero color naranja, y me acuerdo de que hace unos años nos metíamos con él porque aún no sabía manejarse sin las ruedecillas estabilizadoras... Aunque ahora el torpe soy yo, pues mi padre nunca encontró el momento para enseñarme a montar en bici. El Orate está sentado en el suelo, sumido en conversación con el muro; y todos los demás, sobre todo los adultos, están preparándose para la celebración anual que en nuestro barrio va a tener lugar este fin de semana.

El Día de la Familia.

Va a ser la primera vez que celebramos el Día de la Familia sin Kenneth o Kyle, sin los padres de Brendan, sin mi propio padre. Tampoco habríamos participado en las carreras de carretillas por parejas de padre e hijo o en el partido de baloncesto con equipos formados por padres e hijos. Por lo demás, papá siempre se emparejaba con mi hermano, Eric.

Pero hacer cualquier cosa con tu padre sería mejor que nada.

Supongo que a Brendan tampoco le resulta fácil, por mucho que su padre y su madre estén vivos. Es posible que le resulte aún peor, pues ambos se encuentran lejos de él, en sendas cuadradas celdas carcelarias, por crímenes distintos: por robo a mano armada, en el caso de su madre; por agredir a un agente de la policía después de que este le hubiera descubierto traficando con metanfetaminas, en el de su padre. Brendan ahora vive con su abuelo, quien tiene ochenta y ocho años y está para el arrastre.

—Todos esperan vernos sonreír —digo.

—Todos se pueden ir a tomar por saco —contesta Brendan.

Se mete las manos en los bolsillos, y me digo que dentro tiene marihuana. Ha conseguido hacerse mayor de golpe trapicheando con maría, por mucho que a su padre lo metieran entre rejas ocho años atrás por hacer más o menos lo mismo. Consulta su reloj; tiene dificultad para leer lo que dicen las manecillas.

—He quedado con alguien.

Y se marcha sin esperar mi respuesta.

Es un chaval de pocas palabras, razón por la que también es mi mejor

amigo, más o menos. Un verdadero mejor amigo emplearía muchas palabras para que te sintieras medianamente bien en lo referente a tu vida cuando estás pensando en quitártela. Como intenté hacer. En lugar de eso, se distanció de mí porque se sentía obligado a relacionarse con los demás chavales negros, lo que me pareció, y me sigue pareciendo, una parida.

Echo de menos la época en que exprimíamos las noches de verano al máximo, en que nos quedábamos en el parque de juegos hasta pasada la hora de volver a casa, tumbados boca arriba en la colchoneta negra, hablando de las chicas y de un futuro que nos venía muy grande... y que tampoco iba a plantearnos problema alguno mientras nos tuviéramos el uno al otro en este lugar. Ahora salimos a la calle por cuestión de rutina, y no de hermandad.

Es otra cosa más que tengo que fingir que no me molesta.

C C C C

Mi hogar es un piso de una habitación en el que vivimos los cuatro. Los tres, quiero decir. Los tres.

Comparto la sala de estar con Eric, quien debe de estar a punto de volver de su turno en la tienda de videojuegos usados en Third Avenue. Encenderá una de sus dos consolas, se pondrá los auriculares y el micro para charlar con sus colegas en la red y estará jugando hasta que su equipo se retire a eso de las cuatro de la madrugada. Supongo que mamá volverá a insistir en que solicite el ingreso en alguna universidad. No pienso quedarme a escuchar la discusión.

En mi lado de la salita hay un montón de cómics por leer.

Muchos los compré tirados de precio, por setenta y cinco centavos o un par de dólares, en mi tienda de cómics preferida, sin verdadera intención de leérmelos de cabo a rabo. Sencillamente me gusta tener una colección de la que fardar cuando me visita alguno de mis amigos con más dinero que yo. Me suscribí a una de las series el año pasado, *Alternativas oscuras*, cuando a todos los del colegio les dio por ella, pero hasta ahora no he pasado de hojearla para ver si los dibujantes se lo han trabajado un poco.

Cuando me pongo con un libro de verdad, dibujo mis escenas preferidas en sus páginas: en *Guerra mundial Z* dibujé el triunfo de los zombis en la batalla de Yonkers; en *La leyenda de Sleepy Hollow* dibujé la primera aparición del jinete sin cabeza, episodio que hizo que me interesara por una historia de fantasmas que hasta esas páginas había sido del montón; y, en *Scorpius Hawthorne* y el prisionero de Abadón —el tercer libro de mi serie favorita del género fantástico, protagonizada por un demoníaco mago adolescente— dibujé al monstruoso Abadón en el preciso instante en que Scorpius saja su cuerpo en dos por medio de su *Conjuro de Amputación*.

No he dibujado mucho en los últimos tiempos.

El agua de la ducha tarda unos minutos en calentarse, por lo que abro el grifo y voy a ver a mi madre. Llamo a la puerta de su cuarto, y no me responde. Sin embargo, la tele está encendida. Cuando tu único progenitor vivo no te responde, no puedes evitarlo y te acuerdas del momento en que encontraron a tu padre muerto en la bañera... y piensas en la posibilidad de que tras la puerta del único dormitorio de la casa esté esperándote una existencia de huerfanito. Así que abro y entro.

Mamá justo acaba de despertarse de la segunda cabezadita del día para ver otro capítulo de la teleserie de policías *Ley y orden*.

—¿Estás bien, mamá?

—Estoy bien, hijo mío.

Ahora pocas veces me llama Aaron o «mi niño», y si bien esto último nunca me gustó mucho, sobre todo en presencia de mis amigos, por lo menos dejaba claro que había vida en su interior. Ahora simplemente se siente vacía por completo.

Delante de ella hay una porción de pizza a medio comer, la que me pidió que le comprara en la pizzería de Yolanda, la taza de café vacía que le traje del Joey's y un par de folletos del Instituto Leteo que ella misma se ha agenciado. Mamá siempre ha creído en ese tratamiento, cosa que para mí no significa nada, pues también cree en la santería. Se pone las gafas, que tienen la ventaja de esconder las profundas arrugas en torno a sus ojos, el producto de sus demenciales horarios de trabajo. Mi madre está empleada como asistente social en el Washington Hospital cinco días a la semana, a los que hay que sumar las cuatro medias jornadas vespertinas que pasa en la carnicería del supermercado a fin de sacarse el extra necesario para mantener nuestro minúsculo techo.

—¿No te ha gustado la pizza? Te traigo otra cosa, si quieres.

Mamá hace caso omiso. Se levanta de la cama, se ajusta el cuello de la camisa que antaño fuera de su hermana —y que ahora le viene bien, pues ha perdido peso gracias a la «dieta del pobretón»— y me abraza con mayor fuerza que nunca desde la muerte de papá.

—Ojalá hubiéramos podido hacer alguna cosa más...

—Eh... —Le devuelvo el abrazo y, como siempre sucede, no sé qué decirle cuando se echa a llorar pensando en lo que papá hizo y lo que yo traté de hacer. Me contento con mirar otra vez los folletos del Instituto Leteo. Sí que hubiéramos podido hacer algo más por él... pero nunca en la vida habríamos tenido el dinero para hacerlo—. Creo que será mejor que me duche antes de que el agua vuelva a enfriarse.

Lo siento.

Me suelta.

—No te preocupes, hijo mío.

Finjo que no me preocupo mientras corro hacia el cuarto de baño, donde el vapor ha empañado el espejo. Me desvisto con rapidez. Pero me detengo antes de poner el pie en la bañera, porque ella —y eso que por fin está limpia, después de un montón de lejía— sigue siendo el lugar en el que papá se quitó la vida. Los recuerdos de mi padre constantemente nos propinan golpes bajos a mí y a mi hermano: las marcas hechas con bolígrafo en la pared donde medía nuestra estatura; la gran cama de matrimonio sobre la cual nos lanzaba al aire mientras miraba las noticias; la cocina donde preparaba las empanadas para nuestros

cumpleaños. No estamos precisamente en situación de escapar de todas estas cosas mudándonos a otro apartamento de mayor tamaño.

No, estamos atrapados en este lugar, donde la mierda de ratón se nos pega a las suelas de las zapatillas y tenemos que inspeccionar el vaso de refresco antes de beber, por si las cucarachas se han estado paseando por él aprovechando un descuido.

El agua no sale caliente mucho rato, por lo que entro en la bañera antes de que sea demasiado tarde.

Apoyo la cabeza en la pared, mientras el agua corre por mis cabellos y fluye espalda abajo, y pienso en todos los recuerdos que me gustaría que el Instituto Leteo eliminara. Todos tienen que ver con la vida en un mundo pospapá. Giro la muñeca y contemplo la cicatriz. No puedo creer que una vez fuera aquel chaval que se rajó la muñeca hasta abrir una sonrisa en la carne porque no lograba encontrar la felicidad, aquel chaval que supuso que la encontraría en la muerte. No sé qué fue lo que empujó a mi padre al suicidio — su niñez difícil en un hogar en el que tenía ocho hermanos mayores, su empleo en la nefasta oficina de correos calle arriba o cualquier otra posible razón entre un millón—, pero tengo que seguir adelante en compañía de las personas que no escogen la salida más fácil, los que me quieren lo bastante para seguir con vida incluso cuando la vida es un asco.

Resigo con el dedo la sonriente cicatriz, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, contento de tenerla como advertencia de que no puedo volver a hacer el imbécil.



UN INTERCAMBIO DE PLANES (QUE NO DE LIGUES)

En abril pasado, una tarde que estábamos en Fort Wille Park, Genevieve me pidió que saliéramos juntos. Todos mis amigos pensaron que aquello era un ejemplo monstruoso de roles de género intercambiados, pero mis amigos a veces pueden ser unos mentecatos muy estrechos de miras. Recordarlo — recordar que fue ella quien dio el paso al frente— tiene su importancia para mí, porque deja claro que Genevieve vio algo en mí, una vida ajena en la que quería aventurarse, que no estaba viéndose con alguien cuya vida quisiera que se echara a perder.

El intento de cometer ya-sabéis-qué dos meses atrás no tan solo resultó egoísta, sino también embarazoso. Cuando sobrevives, todos te tratan como a un niño al que hay que agarrar de la mano antes de cruzar una calle. Y lo que es peor, todos se dicen que, o bien estabas empeñado en llamar la atención, o bien eras demasiado estúpido para hacer las cosas como está mandado.

Camino a lo largo de diez manzanas en dirección sur, hasta llegar al piso donde Genevieve vive con su padre. Su padre no le hace mucho caso que digamos, pero por lo menos está vivo, lo bastante como para ignorarla. Llamo al interfono; me desespero por no haber podido hacer el trayecto en bici. Mis sobacos apestan, y tengo la espalda sudorosa. La ducha que acabo de pegarme no ha servido para nada en absoluto.

—¡Aaron! —grita Genevieve, asomando la cabeza por la ventana del segundo piso, con el rostro iluminado por los rayos del sol—. Bajo en un momento, cuando termine de lavarme.

Me enseña las manos, embadurnadas en pintura amarilla y negra, y me hace un guiño antes de desaparecer de la ventana. Me gustaría creer que ha estado dibujando un emoji amarillo y sonriente, pero su hiperimaginación seguramente le ha llevado a pintar algo del tipo mágico, como un hipogrifo con el vientre amarillo y los ojos de un negro perlado, perdido en un bosque de espejos, sin más pistas para encontrar el camino a casa que una estrella dorada en el firmamento. O algo por el estilo.

Baja un par de minutos después, todavía vestida con la astrosa camisa que se pone para pintar. Sonríe antes de abrazarme, y la suya no es una de esas medias sonrisas a las que con el tiempo me he acostumbrado. No hay nada peor que verla triste y abatida. Tiene el cuerpo en tensión, y cuando finalmente se relaja, la correa de la pequeña bolsa de deporte color verde claro que le regalé por su cumpleaños se le escurre del hombro. Ha hecho muchos dibujos en la bolsa: ciudades en miniatura a veces, en ocasiones la visualización de la letra de una canción que le gusta en particular.

—¿Qué tal? —saludo.

—Hola —responde.

Se pone de puntillas y me besa. Tiene los ojos verdes acuosos. Me llevan a pensar en un cuadro de motivo selvático en el que estuvo trabajando hace unos cuantos meses y no llegó a terminar.

—¿Qué es lo que pasa? Que me huelen los sobacos, ¿no?

—Ya lo creo que te huelen, pero no es eso. La pintura me está estresando un montón. Has llegado justo a tiempo para rescatarme.

Me suelta un puñetazo en el hombro; es la forma agresiva que tiene de coquetear.

—¿Qué estás pintando?

—Un pez ángel japonés que sale andando del mar.

—Vaya. Pensaba que estarías metida en algo más cool. En algo de tipo mágico, con hipogrifos y tal.

—No me gusta ser así de predecible, tontito. —Es como me llama desde la primera vez que nos besamos, un par de días después de que comenzáramos a salir juntos. Tengo claro que es porque le di un par de cabezazos en la frente sin querer, pues por algo era el chaval más inexperto del mundo en materia de besos en los labios—. ¿Tienes ganas de ir al cine?

—¿Y si hacemos un Intercambio de Planes?

Un intercambio de planes no consiste en cambiar tu plan para ligar por el de otra persona. Un Intercambio de Planes —la expresión es de Genevieve— consiste en que yo escojo un lugar que sé que a ella le va a gustar, y ella hace otro tanto por mí. Naturalmente, lo que hacemos es intercambiar nuestros gustos o pasatiempos preferidos, no cambiarnos el uno al otro.

—Bueno, ¿y por qué no?

Nos lo jugamos a piedra, papel o tijera. El que pierde tiene que ser el primero en escoger, y mi tijera recorta su papel sin compasión. Podría haberme ofrecido voluntario para escoger el primero, pues sé dónde quiero llevarla, pero no estoy seguro al cien por cien de las palabras que voy a decirle, y no me vendría mal ganar algo de tiempo para asegurarme de que se lo digo como tiene que ser. Genevieve me lleva a mi tienda de cómics favorita, en la calle 144.

—Por lo que veo, te has cansado de ser impredecible — observo.

EL MANICOMIO DE LOS CÓMICS PERO TENEMOS DE TODO

La puerta de entrada está pintada a imitación de una cabina telefónica al viejo estilo, como la usada por Clark Kent cada vez que necesitaba vestirse de Superman con rapidez. Nunca terminé de entender muy bien la relación monógama entre Clark y aquella cabina en particular situada frente a la redacción del Daily Planet, pero el hecho es que hoy me siento superbién. Y es

que hace meses que no vengo por aquí.

El Manicomio de los Cómicos es un paraíso para los chavales del tipo bicho raro. Vestido con una camiseta del Capitán América, el cajero está ocupado en reponer existencias de unos bolígrafos con forma de martillo de Thor que salen por siete dólares. En una estantería que es copia de la repisa de la chimenea de la mansión Batman hay unos bustos de Lobezno, del Increíble Hulk y del Hombre de Hierro que cuestan un ojo de la cara. Es de sorprender que a ningún cuarentón sin desvirgar le haya dado un patatús al encontrarse en este formidable batiburrillo de héroes de la Marvel y la DC

Comics. Incluso hay un armario con clásicas capas de superhéroe que puedes comprar o alquilar para una pequeña sesión de fotos en el propio establecimiento. Pero mi rincón favorito es el del gran cajón con las ofertas, donde venden cómics a un dólar, porque... venden cómics a un dólar, y ese precio es poco menos que imbatible.

Hasta hay muñecos coleccionables como aquellos con los que Eric y yo acostumbrábamos a jugar de niños, como los del Hombre Araña y el Doctor Pulpo, que vienen juntitos en un paquete de dos por uno. También hay un juego de los Cuatro Fantásticos, y me digo que Eric y yo seguramente hubiéramos perdido a la Mujer Invisible —¿lo pilláis?—, pues mi preferido era la Antorcha Humana, y el suyo el Señor Fantástico.

También me molaban el Duende Verde y Magneto, porque Eric siempre se decantaba por los héroes de rigor, y la cosa así era más divertida.

Cada vez que nos damos al Intercambio de Planes, Genevieve insiste en escoger este lugar, porque sabe que es el que más me gusta de todos, aunque durante mucho tiempo lo siguió de cerca la piscina municipal en la que me enseñaron a nadar, hasta que por poco me ahogo (es una larga historia).

Deambula por el interior y echa un vistazo a los pósteres, mientras voy directamente al rincón de los saldos. Rebusco entre los cómics, con la idea de encontrar algo estupendo que me inspire a trabajar un poco más en mi propio cómic. Lo dejé en un punto emocionante en las aventuras del Guardián del Sol, el héroe que me he inventado, quien de niño se tragó un sol del espacio exterior y hoy tiene la misión de defenderlo. En este momento tiene el tiempo justo para salvar a una sola persona y evitar que se precipite desde una torre celestial hasta la boca del dragón, y el pobre no sabe si salvar a su novia o a su amigo del alma. Está claro que Superman no lo pensaría dos veces y salvaría a Lois Lane, pero me pregunto si Batman salvaría a Robin antes que a su amiguita en el episodio semanal de turno (con el Caballero Oscuro nunca se sabe, amigos).

Unos chavales están hablando de la última película de los Vengadores, así que escojo dos cómics y me planto frente al mostrador con rapidez, para no tener

que convertirme en un Hulk furibundo si les da por contar el final de la peli. No la vi en su estreno en diciembre, porque nadie tenía ganas de ir al cine. Todos estábamos hechos polvo por lo sucedido a Kenneth.

—Hola, Stanley.

—¡Aaron! Cuánto tiempo.

—Pues sí. Digamos que he estado metido en un episodio algo complicado.

—Eso suena muy misterioso. ¿Es que te ha dado por ponerte una máscara y saltar de un rascacielos a otro?

Me tomo un segundo antes de responder: —La familia, ya se sabe.

Le entrego mi tarjeta regalo para pagar los dos dólares que le debo. La pasa por la máquina. Vuelve a pasarla y dice: —Estás sin saldo, colega.

—No, aún me quedan unos dólares en la cuenta.

—Me temo que estás en las últimas; peor que Bruce Wayne con la cuenta del banco bloqueada —dice.

Tendría que darle vergüenza, y no porque sea una descortesía espetárselo a un cliente, sino porque lleva meses repitiendo el mismo chiste malo. No me digas que estoy peor que Bruce Wayne en sus peores momentos.

—Si quieres, te los guardo.

—Eh, bueno, veo que te enrollas. Bueno, pues vale.

Genevieve se acerca.

—¿Todo bien, cariño?

—Sí, sí. ¿Te parece que nos vayamos?

El rostro se me acalora, y los ojos se me humedecen. No porque no vaya a volver a casa con el par de cómics —pues tampoco tengo ocho años—, sino porque estoy muriéndome de vergüenza delante de mi chica.

Genevieve ni me mira mientras rebusca en el interior de la bolsa deportiva y saca un puñado de dólares, lo que viene a incomodarme más todavía.

—¿Cuánto es?

—Gen, no pasa nada. Tampoco los necesito.

Los compra, sin embargo. Me pasa la bolsa y empieza a hablarme de una idea que tiene para un cuadro: unos buitres famélicos siguen las sombras de unos muertos que circulan por la calle, sin percatarse de que los cadáveres en realidad se encuentran sobre sus cabezas. Me parece que es una idea fantástica. Quiero darle las gracias por lo de los cómics, pero seguramente hace bien al cambiar de tema para que deje de sentirme como un inútil.

C C C C

—¿Recuerdas la vez en que Kyle se sometió al tratamiento Leteo?

Lo del «¿recuerdas aquella vez en que...?» es un jueguito tontorrón al que jugamos, siempre refiriéndonos a cosas que han sucedido hace muy poco o que están pasando ahora mismo. Recorro al jueguito para distraerla mientras caminamos por Fort Wille Park a la altura de la calle 147, cerca de la oficina de correos en la que trabajaba mi padre, no lejos de la gasolinera donde Brendan y yo solíamos comprar cigarrillos de chocolate cuando nos sentíamos algo estresados (hoy a veces bromeamos sobre lo tontitos e infantiloides que éramos).

—¿Y cómo se sabe, si nadie lo ha visto? —Sin soltarse de mi mano, Genevieve se sube a un banco de un salto y empieza a andar por lo alto del respaldo, en un equilibrio menos que inestable. Estoy seguro de que un día de estos va a romperse el cráneo y tendré que suplicar a los del Instituto Leteo que me ayuden a olvidarme del espectáculo—. Es posible que a la chismosa de la madre de Freddy le haya llegado un cuento chino. Por lo demás, decir que Kyle se ha olvidado de Kenneth es un poco excesivo, pues los del Leteo suprimen tus recuerdos. No los borran para siempre.

Genevieve tampoco cree en el método del Instituto Leteo, y eso que antes sí creía en las predicciones de los horóscopos y las cartas del tarot.

—Diría que si no vuelves a acordarte de lo sucedido, es como si lo hubieras olvidado.

—Buena respuesta.

Genevieve finalmente pierde el equilibrio, y consigo agarrarla, aunque no de una forma heroica, como para llevarla en brazos hacia el horizonte, ni siquiera de modo divertido, para que cayera sobre mí en perfecto plano horizontal, a fin de rematarlo todo con un beso. Su cuerpo más bien se retuerce, y la agarro por debajo de los brazos, pero sus piernas le fallan y patinan, y termina con la cara frente a mi entrepierna, lo que resulta incómodo, pues nunca ha visto lo que se esconde bajo el pantalón. Le ayudo a levantarse, y nos disculpamos los dos; yo por ninguna razón en particular, y ella porque un poco más y hunde la nariz en mi pantalón.

Bueno, siempre habrá otra ocasión.

—Eh... —Se aparta los cabellos oscuros del rostro.

—¿Y cuál sería tu estrategia si los zombis vinieran a atacarnos en este preciso instante?

Esta vez soy yo quien cambia de tema para que ella no se sienta incómoda.

Cojo su mano y la llevo por el parque. Me responde con unos planes no muy elaborados, que digamos: subir a las copas de los manzanos y esperar a que los zombis se larguen del parque. Quien la oyera en este momento pensaría que es tonta de remate.

Su madre acostumbraba traerla a este lugar cuando era pequeña, cuando el parque era más adecuado para los niños y en él había columpios y toboganes. Genevieve dejó de frecuentarlo después de que su madre muriera en un accidente aéreo mientras se dirigía a visitar a unos familiares en la República Dominicana, hace un par de años. Cuando jugamos a intercambiar planes, por lo general llevo a Genevieve a otros lugares, como el mercadillo de segunda mano o la pista de patinaje los miércoles, pero hoy vamos a acordarnos del día en que me pidió que saliera con ella.

Llegamos a la explanada donde están las fuentes decorativas de agua. Los diez conductos de salida hoy están obturados de hojas asquerosas, colillas de cigarrillos y basura de todo tipo.

—Hacía tiempo que no venía —comenta ella.

—Pensé que estaría bien venir contigo aquí —apunto.

—Tampoco es que nos hayamos peleado.

—¿Es que tenemos que pelearnos para venir? —pregunto.

—No puedes pedirme que salgamos juntos si ya estamos saliendo juntos.

Eso sería como matar a alguien que ya está muerto.

—Bien observado. Dime que rompes conmigo.

—Necesito tener una razón.

—Ya. Eh... eres una petarda, y tus cuadros son una birria.

—Rompo contigo.

—Fantástico —digo con la mejor de mis sonrisas—. Siento haber dicho que eres una petarda y que tus cuadros son una birria. Y siento haber intentado cometer lo-que-ya-sabes.

Siento que tuvieras que pasar por eso y siento haber sido lo bastante imbécil para pensar que no tenía ninguna razón para sentirme feliz cuando está más que claro que mi felicidad eres tú.

Genevieve cruza los brazos. En el codo hay algunos rastros de pintura que ha olvidado limpiarse.

—Que era tu felicidad, hasta que rompí contigo —corrige—.

Pídemelo otra vez.

—¿De verdad tengo que hacerlo?

Me suelta uno de sus puñetazos.

—Muy bien, Genevieve. ¿Quieres salir conmigo?

Se encoge de hombros.

—¿Por qué no? Este verano voy a tener que matar el tiempo de alguna manera.

Encontramos la sombra de un árbol y nos libramos de las zapatillas dando unos patadones en el aire; nos tumbamos con los pies descalzos sobre el césped. Me dice por millonésima vez que no tengo que disculparme por nada, que es verdad que en su momento sufrió y lo pasó muy mal, pero que no me odia por ello. Y lo pillo, pero me hacía falta este nuevo comienzo para los dos, aunque haya sido medio en broma. No todo el mundo puede permitirse ir al Instituto Leteo para que le reformateen el pasado, y el hecho es que si pudiera, tampoco iría. Porque, en ausencia de los recuerdos necesarios, después sería incapaz de recrear momentos de la vida tan bonitos como este.

—Y bien... —Genevieve resigue con el dedo las líneas de la palma de mi mano, como si se dispusiera a leerme el futuro, cosa que en cierto modo va a hacer—: Mi padre va a marcharse de la ciudad el miércoles. Su novia y él se marchan >a ver una exposición de arte en un pueblo del norte del estado.

—Bueno, pues me alegro por él.

—Va a estar fuera hasta el viernes.

—Me alegro por ti.

Tan solo ahora comprendo dónde quiere ir a parar. Se me enciende una bombilla sexual en el cerebro, y entonces me levanto y pego un salto tan alto que temo dejar un boquete en forma de Aaron entre las nubes. Pero cuando vuelvo a aterrizar en la hierba, me acuerdo de algo fundamental. Y es que, carajo, en lo referente al sexo soy un cero a la izquierda.



TODO UN HOMBRECITO

Después me siento tan jodido...

Sí, ya sé que el chiste es malo, pero bueno, voy a hacer lo que puedo, y cuando Genevieve vea que me estoy tomando todo esto muy en serio, lo más probable es que se le salten las lágrimas de la risa, y que se me salten a mí también, pero no porque esté riéndome con ella. Se me había ocurrido la idea de mirar una cantidad insensata de pornografía para memorizar las técnicas, pero en un piso de una sola habitación resulta casi imposible. Ni siquiera puedo esperar a que Eric se duerma, pues mi hermano se pasa la noche en vela jugando a los videojuegos. He considerado la posibilidad de mirar porno a primera hora de la mañana mientras duerme, pero ni los cuerpos desnudos van a conseguir que me despierte.

Sé que tengo la suerte de contar con un teléfono móvil, aunque tenga la conexión a internet más birriosa del universo, pero si dispusiera de un portátil, podría encerrarme en el cuarto de baño a «investigar». Lo que tenemos es un ordenador enorme en la sala de estar, donde Eric ahora mismo está ocupado en la construcción de un portal gratuito para su grupo de los videojuegos, los Alpha God Kings.

Maldita sea.

Estoy haciendo garabatos en la parte posterior del boletín de notas que ayer me entregaron, con reprimenda incorporada. Los alumnos teníamos que volver al Instituto para limpiar nuestras taquillas e inscribirnos en los cursillos del verano, si era pertinente. Durante el último par de meses mis notas han sido más malas que de costumbre, porque, bueno, por-lo-que-ya-sabéis, pero al final aprobé todas las asignaturas (incluso la química, que por mí, bien podría desintegrarse en ácido hidroc্লórico para toda la eternidad).

Mi tutora trató de hablar conmigo y sugerirme algunas actividades veraniegas que me vinieran bien para el último curso. Me parece estupendo, pero ahora mismo me preocupa más esta noche que el último curso del instituto.

El piso me resulta más minúsculo que nunca, y siento que mi cabeza también es diminuta, por lo que salgo a respirar un segundo, un minuto o una hora, pero no más, pues esta noche voy a estrenarme sexualmente, sepa cómo hacerlo o no. Veo que Brendan se dirige a una de las escaleras del edificio, le llamo y me deja la puerta abierta. Cuando tenía trece años, Brendan se las arregló para que esa chica, Charlene, le hiciera una mamada por primera vez. Más tarde no paraba de contarlo, cada vez que jugábamos a los videojuegos. Lo detestaba por haber conseguido algo que yo nunca había logrado, pero el hecho es que me vendría bien aprender un poco de él.

—Hola. ¿Tienes un segundo?

—No sé. —Los dos miramos sus manos, en las que lleva una bolsita hermética de plástico con marihuana. La época en que se dedicaba a jugar al solitario ha quedado muy atrás—. Ahora mismo iba a ocuparme de esto.

Entro antes de que pueda cerrar la puerta. La escalera huele a orines recientes, y veo un charco en el suelo. Seguramente ha sido Dave el Flacucho, a quien siempre le gusta marcar su territorio.

—¿Vas a fumarla? ¿O a venderla?

Brendan consulta su reloj.

—A venderla. Mi cliente va a presentarse dentro de un minuto.

—Voy a ser rápido. Necesito saber cómo se folla.

—Espero que no vayas tan rápido, y lo digo por tu bien.

—Gracias, capullo. Ayúdame a no pifiarla, anda.

Me pasa por las narices la bolsita con la hierba de olor intenso.

—Tengo que sacarme algo de pasta, Aaron.

—Y yo tengo que hacer feliz a mi novia, Brendan. —Saco del bolsillo los dos condones que ayer compré en el trabajo y se los pongo delante de las narices—. Mira, solo quiero que me des unos pocos consejos o me digas que a las chicas en realidad no les importa mucho lo que pasa la primera vez, o lo que sea. Tengo miedo de no... Y una cosa: si se te ocurre contarle todo esto a alguien, juro por Dios que le pagaré al Orate para que te haga una cara nueva. Y bueno, tengo miedo de no... de no hacerlo bien.

Brendan se frota los ojos.

—A la mierda con eso. Cuando yo estoy con una chavala, lo único que me importa es soltar lastre y pasármelo bien.

—Pero yo no estoy dispuesto a tratar a Genevieve de esa manera.

Ni a Genevieve, ni a ninguna otra chica. Al final va a resultar que Brendan no es el más indicado para darme consejos.

—Esa es la razón por la que sigues siendo virgen. Lo mejor es que le pidas consejo a Nolan.

—¿A Nolan? Nolan ha tenido dos hijos a los diecisiete años... No, gracias.

—Aaron, pareces un niño. Y si ahora te rajas, todos van a pensar que eres un payaso o un blandengue.

—¡No pienso rajarme!

Suena su teléfono.

—Es mi cliente. Tienes que largarte.

No me muevo. Necesito que mi —más o menos— mejor amigo se implique algo más en este día tan importante para mí.

—Necesito que me lo expliques mejor, Brendan.

—A ver un momento. ¿Es que tu padre no te habló del sexo antes de diñarla?

La suya es una forma muy poco elegante de referirse al suicidio de papá.

—No. Siempre decía que por algo teníamos televisión por cable en casa. Aunque una vez sí que le oí hablar con Eric del asunto.

—Bueno, pues ya está. Pregúntale a tu hermano. —Me dispongo a protestar, pero se me adelanta—: Mira, o bien tienes pensado comprarme esta bolsa con hierba, o bien vas a tener que irte. —Esboza una sonrisa de pega y extiende la mano como si yo fuera a pagarle. Me vuelvo—. Es lo que pensaba —apostilla—. Esta noche vas a convertirte en todo un hombrecito.

C C C C

Hay muchas cosas que preferiría hacer en lugar de hablar con mi hermano sobre el sexo, pero morir virgen no es una de ellas.

Encuentro a Eric jugando a la última versión del Halo —he perdido la cuenta y no sé cuál es exactamente—; y está a punto de terminar la partida. No tengo ni idea de lo que voy a decirle. A veces jugamos juntos a juegos de carreras, últimamente menos que antes. Lo que nunca hacemos es hablar sobre las cosas importantes de la vida, ni siquiera sobre la muerte de papá. Me siento en la cama. Acaba de jugar la partida, dejo de fingirme tan absorto como si estuviera leyendo Scorpius Hawthorne y la cripta de los embustes y me levanto.

—Eric, ¿te acuerdas de lo que papá te contó sobre el sexo?

No se gira, pero entiendo que está haciéndose a la idea de lo que acabo de preguntar. Habla al micrófono de sus cascos e indica a sus «soldados» que va a estar ocupado un par de minutos, desconecta el micro.

—Sí que me acuerdo. Las charlas de este tipo siempre te dejan marcado.

No nos miramos. Tiene la mirada puesta en las estadísticas de la partida y seguramente está analizando en qué podría haber mejorado su equipo. Me alejo de las manchas amarillentas en los rincones del cuarto y asomo la cabeza por la ventana; la vida no parece tan extraña en el exterior.

—¿Qué fue lo que te contó?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque quiero saber qué es lo que me habría contado.

Eric pulsa unas teclas que no modifican en absoluto el menú en la pantalla.

—Me contó que cuando tenía nuestra edad no pensaba demasiado en los sentimientos. El abuelo le animaba a divertirse siempre que tuviera ocasión y simplemente le recomendaba que se pusiera el condón, para que no tuviera que hacerse mayor de golpe, como les había pasado a algunos de sus amigos. Seguramente se sentiría orgulloso de ti si hubiera sabido que ha llegado tu momento.

El eco de las palabras de papá resonando en Eric me resulta insuficiente.

Echo de menos a papá.

Eric vuelve a conectar el micro y me da la espalda, como si se arrepintiera de haberme dirigido la palabra. No tendría que haberle obligado a acordarse de papá cuando estaba entretenido en sus cosas; los dolientes necesitan cualquier posible respiro. Se pone a jugar otra vez y empieza a dictar instrucciones a los de su equipo, pues por algo es el macho alfa. Como también lo era papá, cuando le

daba por jugar al baloncesto, al béisbol, al fútbol americano o a lo que fuera.

Rebusco en el armario y saco una camisa que huele a jabón lavavajillas concentrado. Es lo que pasa cuando compartes la ropa con un hermano que siempre está impregnándolas de muestras de colonia.

—Voy a pasar la noche en casa de Genevieve —le indico antes de salir—. Dile a mamá que estoy en casa de Brendan, jugando a un juego nuevo o algo por el estilo.

Mis palabras le descolocan por entero. Me mira durante un segundo, antes de recordar que mi vida no le importa un comino. Vuelve a sumirse en el juego.

C C C C

Me siento desgarrado por las dudas mientras voy a casa de Genevieve.

Pienso demasiado. ¿Cómo es que no estoy corriendo? Si de verdad ansiara todo esto, tendría que ir corriendo, o a paso rápido, como poco, y para no malgastar demasiadas energías.

Pero lo que siento no es ansia. Lo que tendría que hacer es detenerme, dar media vuelta y volver a casa, antes de llegar a donde vive Genevieve. Quizá estoy haciendo bien al contentarme con andar a paso normal, sin dejarme llevar por la impaciencia, sin pensar en exceso en este monumental ritual de paso a la masculinidad. Nada tiene de malo ser un chaval larguirucho con un diente mellado y un inicio de vello en el pecho... ni tampoco que alguien quiera hacer todo esto conmigo. Y no estamos hablando de cualquier persona, sino de Genevieve: mi novia, que es artista, se ríe de todos mis chistes penosos y no me abandona en los momentos difíciles.

Entro en el Sherman's Deli, una pequeña tienda que hay en esta esquina, con la idea de comprarle algo a Genevieve, pues me parece de patanes ir a visitar a una chica que te ofrece su virginidad sin llevar algún regalito. Dave el Flacucho asegura que las flores son el regalo idóneo a la hora de desflorar a alguien, y si eso es lo que piensa, está claro que no hay que comprar flores.

Antes de llamar a la puerta del piso de Genevieve, me miro la entrepierna y digo:

—Más te vale cumplir con tu cometido en esta vida. Juro por Dios que te haré trizas si no cumples. Te haré pedazos, y mejor que tomes buena nota. Y vale, Aaron, deja de hablarle a tu rabo de una vez. Y deja de hablar solo, por favor.

Genevieve abre la puerta. Lleva puesta una camisa amarilla sin mangas y tiene una mirada sensual en los ojos.

—No me digas que has estado hablando con tu rabo.

—No de forma tan profunda como me gustaría. —Acercó el rostro y la beso—. Llego un poco temprano, así que si te apetece estar unos minutos más con tu otro novio, puedo esperar aquí fuera.

—Entra de una vez, o volveremos a romper.

—No te atreverías.

Empieza a cerrar la puerta.

—Un momento, un momento.

Me llevo la mano al bolsillo y saco un paquete de caramelos Skittles.

—Eres lo que no hay.

Me encojo de hombros.

—No me parecía bien presentarme con las manos vacías.

Genevieve me agarra por la muñeca y me hace pasar. El piso huele a las velas de arándanos que su madre le regaló, y también a pintura fresca, pues seguramente ha estado mezclando colores para conseguir una tonalidad que no se encuentra en las tiendas.

Tras la muerte de papá pasé mucho tiempo en el sofá que hay en esta sala de estar, llorando en el regazo de Genevieve.

Me prometió que todo se arreglaría con el tiempo. Su promesa, de hecho, estaba fundamentada, pues ella misma había perdido a su madre. A diferencia de mis amigos, quienes se contentaban con consolarme con palmaditas en la espalda y mirándome de forma fija y extraña.

Genevieve es la razón por la que las cosas fueron a mejor.

Las paredes están cubiertas de cuadros en colores vistosos.

Hay lienzos de jardines en flor, de circos en los que los payasos contemplan a personas normales y corrientes que ejecutan números en la pista, de ciudades sumergidas bajo un mar negrísimo, de torres de arcilla que se funden bajo un sol inclemente, y muchas otras cosas más. Su padre no comenta demasiado sus obras, pero su madre siempre explicaba con orgullo que Genevieve había aprendido a pintar el arcoíris en la escala de colores correcta antes de que pudiera deletrear su propio nombre.

Unas inquietantes muñecas de porcelana se agrupan sobre una mesa, junto a un montón de cartas y un plato para dejar las llaves. Me fijo en un folleto donde aparece el nombre de Genevieve.

—¿Qué es esto? —pregunto, mientras contemplo la cabaña rural que aparece en la portada.

—Nada.

—¿Cómo que nada, Gen? —Abro el folleto—. ¿Una colonia para artistas en Nueva Orleans?

—Pues sí. Ofrecen una estancia de tres semanas en medio de un bosque, para que trabajes en tus obras sin la menor distracción. He pensado que un espacio así me vendría bien para terminar algo que tengo entre manos, pero...

Genevieve me brinda una de sus sonrisas tristes, y me odio a mí mismo.

—Pero no te fías de lo que el tontito de tu novio puede hacer si se queda a solas. —Le paso el folleto—. Estoy harto de que dejes de hacer cosas por mi culpa. Si al final no vas, que sea por un motivo decente: como un verano lleno de sexo, por ejemplo.

Genevieve deja el folleto sobre la mesa.

—Supongo que lo mejor será asegurarse de que vale la pena, ¿no crees?
Me hace un guiño, se marcha por el pasillo y entra en la sala de estar.

La primera vez que estuve en este apartamento, su disposición me resultó muy confusa, hasta el punto de que, sin querer, entré en el despacho donde su padre estaba ocupado en estudiar los planos de un centro comercial en cuyo diseño colabora. Sí, el hombre tiene un despacho en su piso, mientras yo tengo que compartir la sala de estar con mi hermano y me veo obligado a masturbarme en el cuarto de baño. La vida a veces puede ser un asco.

El olor a arándanos se vuelve más intenso al entrar en el dormitorio de Genevieve. Veo que hay dos velas en el escritorio, la única fuente de luz en la habitación en penumbra ocupada por pinturas a medio terminar y dos dieciseisañeros que están a punto de madurar de forma decisiva. La cama está hecha, cubierta por unas fundas azul oscuro. Se diría que Genevieve está sentada en el centro de un océano. Dejo la bolsa en el suelo y cierro la puerta a mis espaldas.

La hora de la verdad.

—No tenemos que hacerlo, si no quieres —indica Genevieve.

Es el mundo al revés, lo contrario de cuanto he visto en todos los malos culebrones de la tele, pero es muy amable al hacerme esta oferta. O antioferta.

La última vez que tratamos de practicar el sexo me puse enfermo por comer demasiadas palomitas de maíz. Estuvimos mirando una de esas comedias románticas, con otra pareja del instituto, Collin y Nicole (que ahora están esperando un hijo... es de locos), pero ahora estoy preparado para hacerlo.

No voy a echarme atrás.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Ven aquí, Aaron Soto.

Imagino que me quito la camisa de golpe y me abalanzo sobre ella para disfrutar de una tórrida sesión de sexo, pero es más probable que me enrede con la camisa, que tropiece y me la pegue, que el momento resulte todo menos tórrido. De modo que sencillamente me acerco, arreglándomelas para no tropezar, y me siento a su lado muy modosito.

—Eh... ¿Vienes mucho por aquí?

—Sí, sí que vengo mucho a casa, tontito.

Me rodea el cuello con los brazos y aprieta. Me ahogo un segundo, caigo de espaldas sobre su cuerpo y me hago el muerto. Genevieve me suelta un pescozón en el pecho y dice entre risas:

—¡Nadie se asfixia... tan rápidamente! ¡No sabes hacerte el muerto...!
¡Eres el peor muerto que he visto en la vida...!

Empiezo a rebotar de seguridad en mí mismo en este pequeño instante,

después de haberme hecho el muerto de mala manera y de que ella me haya desenmascarado, y la broma va a quedar entre nosotros, porque ha tenido lugar en nuestro espacio personal, cuando nos disponíamos a hacer algo muy personal, y tengo claro que quiero hacerlo con ella, sin el menor asomo de duda. Me suelto de su apretón, que tampoco es tan firme, me sitúo encima de su cuerpo y beso sus labios y su cuello, y todo cuanto siento de forma instintiva es lo adecuado. Me quita la camisa, que sale volando por encima de mi hombro.

—¿Te acuerdas de la vez en que estuviste medio desnudo en mi cama? — pregunta Genevieve, mirándome desde abajo.

Le quito la camisa; se queda en sujetador.

Abre la cremallera de mis pantalones vaqueros; me los quito dificultosamente, mientras ella ríe. Si pensara que Genevieve iba a reírse al verme en calzoncillos, recurriría a un pretexto cualquiera para escaparme de todo esto. Pero no recuerdo haberme sentido tan expuesto y —a la vez— tan cómodo en toda mi vida. La quiero tanto, con independencia de lo que papá hubiera podido aconsejarme sobre mi primera vez...

que mi felicidad y su felicidad van a convertirse en uno de los mejores momentos de mi vida.



LA CAZA DEL HOMBRE DURANTE EL DÍA DE LA FAMILIA

Es el Día de la Familia. Todo el mundo ha salido a la calle, pero yo estoy trabajando tras el mostrador de Good Food's porque el propietario, Mohad, ha ido a recoger a su hermano mayor al aeropuerto. El trabajo no me molesta, y menos después de una noche como la de la víspera. Me ocupé de los envíos de la mañana sin quejarme en absoluto. Incluso me las arreglé para vender todos los bollitos de miel que iban a caducar mañana, de forma que no vamos a tener que tirarlos.

Mis amigos han estado pasándose por el pequeño supermercado durante toda la mañana, con la idea de que les diera todos los detalles. Sin duda es de mal gusto contárselo todo a los amigotes a la mañana siguiente de la noche de autos, pero está claro que no hay forma de no hablar del asunto.

Brendan insistió en que le revelara unos cuantos detalles muy personales sobre Genevieve —que va a venir después—, pero al final lo dejó correr, pues la gente estaba comenzando a hacer cola a sus espaldas. Dave el Flacucho quiso saber cuántas veces lo habíamos hecho (¡dos!) y cuánto tiempo duré (no mucho, pero le mentí). El Niño Freddy se empeñó en comparar nuestras primeras veces respectivas, pero tuve la impresión de que estaba contándome patrañas, y lo cierto es que Tiffany sigue diciendo que nanay, que eso nunca pasó.

Por último, Nolan me preguntó si de veras llegué hasta el final. Me lo preguntó cuando entró a comprar toallitas húmedas para sus dos hijas; siempre usa el condón, pero creo que no sabe ponérselo muy bien. ¿Y qué decir de Collin, quien ni siquiera se molestó en usarlo la vez que se acostó con Nicole?

En nuestra calle viven algunos chicos y chicas de veinticinco o treinta años a los que llamamos «los Tíos Mayores». Les hemos visto zurrarse en las calles, liarse los unos con los otros, liarse con exnovios y exnovias de los otros... Los hay que se marcharon a la universidad para no volver. Hay otros, como Devon Ortiz, que sigue donde siempre. Devon entra a comprar unos pantis para su madre y me felicita. Lo que me preocupa, pues es señal de que la noticia está difundiéndose con rapidez, pero también hace que me sienta un poco orgulloso, como si yo mismo me hubiera convertido en miembro de los Tíos Mayores.

Cuando Mohad vuelve, Brendan también ha regresado, en compañía de Nolan y de Dave el Flacucho, quienes en este momento ocupan casi todo el mostrador.

—¿A qué hora sales? —preguntan—. Tenemos pensado jugar a la Caza del Hombre.

—Mohad me ha pedido que me quede hasta la una — respondo.

Desde la otra punta del supermercado, Mohad grita con su fuerte acento

árabe:

—¡Soto! Puedes irte ahora mismo, pero llévate a esos apestosos amigos tuyos.

Gritan con júbilo. Nos largamos.

En la calle se da una energía que no se daba cuando empecé a trabajar a las ocho de esta mañana. A unos pasos de la puerta del supermercado, mi hermano está jugando a los naipes con sus compañeros de partida habituales: Ronny, quien es un perdonavidas en internet, pero no ha salido ganador de una sola pelea en la vida real; Stevie, quien conoció a su novia, Tricia, en un portal de ligoteo para fanáticos de los videojuegos (está el pequeño detalle de que Stevie todavía no se ha encontrado con ella de verdad); y Simon el Chino, que de hecho es japonés, aunque eso no nos lo explicó sino un año después de que lo hubiéramos conocido.

Mi madre está pasando unos perritos calientes a Dave el Gordinflón y a su hermano menos rollizo. Mamá los ha preparado en la parrilla de su vecina Carrie, y espero que las salchichas no le hayan salido hinchadas de agua, como sucedió cuando cumplí los doce años. Brendan y yo las escupimos cuando mamá nos dio la espalda y fuimos a Joey's para compartir una hamburguesa gigante.

La madre de Dave el Flacucho, Kaci, está empujando un carrito de la compra lleno de camisetas azules en nuestra dirección. Las camisetas siempre se pagan con meses de antelación, pero sé que mamá este año no pudo poner el dinero, de forma que vamos a aparecer como dos bichos raros en las fotos que nos tomarán para el centro comunitario. Kaci entrega a Dave el Gordinflón una camiseta extragrande, lo que es buena idea, pues la camiseta blanca del Gordinflón a estas alturas está llena de manchas de mostaza. Kaci da otra camiseta a su hijo y se acerca a Brendan y a mí.

—Vosotros dos gastáis la talla mediana, ¿no?

—Sí, pero no creo que mi madre haya encargado una para mí —explico.

—Yo tampoco he encargado camiseta —dice Brendan.

Kachi nos entrega dos de las prendas.

—Vuestros familiares no se han olvidado de vosotros, chicos.

Que lo paséis bien. Y si necesitáis alguna cosa, no tenéis más que decirlo.

Le damos las gracias y nos ponemos las camisetas sobre las que llevábamos puestas. Son unas camisetas algo tontorronas.

Después de esta noche no verás que alguien vista una, como no sea mientras hace la colada en el autoservicio de lavandería o cuando se queda a dormir en casa de un amigo.

Pero me gusta un poco, un poquito, o bastante, la sensación de unidad que nos proporcionan. Consiguen que este complejo de cuatro edificios resulte un

lugar menos cutre donde vivir, que tenga algo más de verdadero hogar.

Mamá me llama. Hace mucho tiempo que no la veo feliz, pero al mirarme en este momento en especial no parece nada feliz. No sé de qué está hablando con la madre del Niño Freddy —no entiendo su conversación, pues mamá raras veces habla español en casa—, pero de pronto deja de charlar con ella y me espeta:

—He tenido que contenerme para no presentarme en tu lugar de trabajo esta mañana después de haberme enterado de que anoche no dormiste en casa de Brendan.

No entiendo que la madre del Niño Freddy siga a su lado, pues no hay razón para chismorrear cuando todo el mundo sabe qué es lo que está pasando.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tu hermano.

Preferiría que se hubiera enterado por las habladurías en la calle.

—El muy Judas.

—Te tenemos vigilado, Aaron, y se acabaron las libertades que tu padre y yo te dimos en su día. Eso se terminó. Si vas a algún lugar, voy a ser la primera en enterarme y quiero hablar con la persona adulta que vaya a estar en ese lugar.

—Muy bien, entendido. ¿Puedo irme?

—¿Tomaste precauciones?

—Sí, mamá.

Que me maten, por favor. El olor a salchichas chamuscadas llama su atención, y vuelvo con mis amigos, Brendan, Dave el Flacucho y el Niño Freddy, quienes me miran como si fuera un pobrecito pequeñín, incapaz de arreglármelas por mi cuenta.

—El rata de Eric le ha contado a mi madre dónde estuve por la noche. — Levanto el dedo medio a sus espaldas—. Bueno, vamos a jugar, ¿no?

C C C C

Cómo se juega a la Caza del Hombre: uno de los participantes es designado el cazador, y todos los demás tienen dos minutos para esconderse en algún punto de la manzana. Una vez que el cazador te ha capturado, pasas a formar parte de su bando y tienes que ayudarlo a dar caza a los demás chavales, hasta que todos han sido capturados o ha pasado una hora de reloj.

Es un poco como jugar al escondite, si bien bastante más intenso y a lo bestia.

El Niño Freddy pregunta si hay algún voluntario para hacer de cazador. Él está automáticamente descartado, porque la última vez que hizo de cazador su madre le llamó y le hizo volver a casa, pues eran las nueve de la noche, toque de queda, de forma que nos pasamos una hora sin salir de nuestros escondrijos, hasta que comprendimos que se había ido a casa. Los dos Daves detestan hacer de cazador. Deon muerde el anzuelo y empieza con la cuenta atrás.

Brendan y yo corremos tras el Orate, quien entra volando en el aparcamiento, donde sin duda pronto vamos a ver a Dave el Flacucho. Este siempre se esconde bajo un coche (lo que por poco acaba muy mal... dos veces). El Orate es un fanático absoluto de la Caza del Hombre, y todos tenemos claro que la próxima vez que se aburra va a convertirse en una amenaza para la sociedad. Eso sí, de momento es una especie de genio a la hora de encontrar los mejores escondites. El Orate fue el primero en descubrir que la ventana del pasillo en el tercer piso del edificio 135 da a un terrado adyacente, al que tiramos las pelotas desinfladas, las botellas y latas de refresco vacías cuando estamos en la acera. Por si esto fuera poco, el Orate hasta la fecha ha sido el único que se ha subido al techo de un Nissan en movimiento para escapar de seis perseguidores. Aunque parezca un chiste, también se llama Dave. Él mismo se puso el apodo del Orate, después de todos estos numeritos un tanto enloquecidos, y porque otra vez le dio por cortar las alas a un pájaro malherido, para reírse.

Menos mal que le caemos en gracia.

Las pesadas botas Timberland no le impiden correr con rapidez, aunque sus pisadas son tan estruendosas que me sorprende que no le delaten.

—¡Dejad de seguir al Orate! —dice el Orate—. Vais a conseguir que pillen al Orate.

—No, si nos escondemos los tres juntos —respondo jadeante. Brendan empieza a rezagarse.

El Orate se detiene, y no para señalarnos el próximo escondite. Pone los

ojos en blanco por entero. Se suelta un puñetazo en el rostro y pega unos saltitos.

Mierda: el Orate haciendo el tren. Cuando sucede, el Orate es muy capaz de agarrarte, subirte hasta la altura de sus hombros y machacarte contra una pared, un coche o lo que demonios tenga a mano.

—No te preocupes, que ya no te seguimos —indico.

Nos marchamos corriendo de su lado. Ahora está inmóvil por completo y ni mueve el rostro; sabe que sabemos lo que nos conviene.

—Maldito psicópata —masculla Brendan, mientras llegamos a la otra punta del aparcamiento y entramos a todo correr en el edificio 155. Nos colamos en el desocupado cuarto de los conserjes y nos detenemos para recobrar el aliento. El lugar huele a agua sucia de fregar y a desatascador de inodoros.

Brendan suelta un escupitajo en el lavadero, que está lleno de agua amarillenta hasta el borde.

—Ahora vas a tener que contarme cómo son las tetas de Genevieve.

—Olvídalo.

Oímos unos pasos y nos agazapamos, con las espaldas pegadas a una mesa medio rota.

—Mierda... —musita Brendan, quien mira por encima del hombro para detectar la posible llegada de Deon o de uno de los conserjes—. Al final has cumplido, Aaron —agrega—.

Estaba seguro de que al final te largarías por piernas y no rematarías el asunto.

—Ya te hubiera gustado —respondo en un murmullo—. La cosa fue increíble, lo que se dice increíble.

—Ya, claro. No me van los tíos, pero estaría bien echarle una mirada al vídeo, para ver cómo se lo monta tu chica. Ella, y no tú.

—Tío, me estás poniendo nervioso —bromeo.

—¡JODER!

Me giro para ver lo que ha sorprendido a Brendan. Deon viene en nuestra dirección. Nos levantamos de golpe y nos separamos, para obligarlo a escoger entre el uno o el otro. Me digo que lo tengo mal. Deon está muy en forma, pues lleva años jugando en el equipo de fútbol americano, y si me agarra, estoy perdido (basta que te inmovilicen con un abrazo y cuenten hasta tres para que tengas que darte por capturado). Deon hace amago de ir a por mí, pero de pronto agarra a Brendan. Lo que me permite escapar.

Salgo disparado, con el corazón en la boca. Subo los escalones en un segundo y abro la puerta de golpe. Estoy quedándome sin aliento, pero no puedo dejar que me cojan, o me pasaré el resto del juego tratando de adivinar dónde caray se ha escondido el Orate. Sería más fácil encontrar un unicornio, la verdad.

Voy hacia el pequeño callejón, con intención de ocultarme dentro de un contenedor de basuras.

No, de eso nada, me digo: mejor me esconderé detrás de uno de los contenedores. Pero resulta que la puerta está cerrada con candado.

No todo está perdido: si logro entreabrir la, soy lo bastante flaco como para escurrirme hasta el callejón.

Pero hay un problema: soy demasiado flaco y me falta la musculatura necesaria para entreabrir el portón.

Alguien silba a mis espaldas. Casi salgo corriendo hacia el Rincón del Hombre Muerto, así llamado porque es fácil que un par de perseguidores te arrinconen en él. Pero no es ni Deon ni Brendan. Un desconocido de cejas espesas y piel color café con leche está de pie a un lado. Con él se encuentra una chica bajita con el cabello teñido de rojo, quien parece sentirse molesta, triste o ambas cosas a la vez.

—¿Estás bien? —me pregunta el fulano.

—Sí, sí, estoy jugando a la Caza del Hombre —acuerdo a contestar—. Y me van a pillar en un segundo. —Sigo tirando de la puerta, hago lo posible por escurrirme al exterior, pero no hay manera—. ¡Mierda de puerta!

El Cejas dice algo a la chica, le da la espalda y se acerca. La chavala tiene pinta de estar hecha una furia; finalmente se larga de allí. Con un gesto, el Cejas indica que me haga a un lado. Y abre la puerta tranquilamente.

—Ahora puedes salir.

—Fantástico. Y gracias, hombre.

Me escabullo y me escondo detrás de unos bloques de hormigón, pues del contenedor sale un nauseabundo olor a basura recalentada. Oigo unas pisadas que vienen corriendo en mi dirección y me aplasto contra el suelo. El hormigón me caldea el rostro; huele a alquitrán achicharrado por el sol.

Oigo que el Cejas apunta:

—¿Estáis buscando a un chaval alto? —Supongo que Deon y Brendan asienten con la cabeza, pues el Cejas añade—: Se ha ido por allí. —Las pisadas se alejan en dirección al Rincón del Hombre Muerto—. No hay moros en la costa. Ya puedes levantarte, larguirucho.

Me levanto y me planto ante el desconocido.

—Gracias, compañero —digo, con los dedos entrelazados en torno al alambre en red de la verja que nos separa.

—Ha sido un placer —responde, con una sonrisa con la que sin duda encandila a muchas chavalas—. Por cierto, me llamo Thomas.

—Aaron.

—Le tiendo la mano, pero seguimos encontrándonos a uno y otro lado de la

verja. El otro suelta una risita—. Oye, ¿y qué le ha pasado a tu chica?

—Bueno, justo estaba rompiendo con ella.

—Vaya. ¿Y cómo es eso?

—Porque no es la persona que me conviene en este momento.

—¿Por qué no?

—Cosas mías.

Tengo miedo de que Brendan y Deon me sorprendan por la espalda, pero siento cierta curiosidad por saber por qué este desconocido llamado Thomas acaba de romper con su novia.

—Resulta que hoy se cumplía un año desde que empezamos a salir juntos —cuenta, rompiendo el silencio—. Fui al centro comercial a comprar el perfume que más le gusta a Sara. No me acordaba del nombre de ese perfume, y eso que antes lo sabía. Tampoco me pareció tan importante. Recordaba el olor, y me dije que ya lo encontraría. —Abre la billetera y saca un par de entradas de cine—. Pero entonces encontré estas entradas de cine antiguas usadas. Y no me acordaba de si había visto la película con Sara o con mis primas.

—Ah, ya... —Me pregunto adónde quiere ir a parar con esta historia tan rara. ¿Es que tiene un lío con una de sus primas, o algo por el estilo?

—... y si no me acordaba, entonces estaba haciéndole perder el tiempo. No valía la pena seguir con la relación porque sí, hacerle creer que estaba enamorado de ella... lo que me impediría encontrar a otra persona nueva —explica.

—Tiene sentido —respondo—. Por decirlo de otra forma: si Romeo y Julieta no hubieran visto claro que estaban hechos el uno para el otro, al final habrían seguido con vida.

Se echa a reír.

—Estás diciéndome que más vale que encuentre a alguien por quien valga la pena envenenarme, ¿es eso?

—Eso mismo —convengo—. ¿Vives por aquí?

—Sí. Por ahí —responde Thomas señalando los bloques del complejo Joey Rosa.

—¿Te apetece jugar?

—Pensaba que eso de la Caza del Hombre era para chavales de trece años.

—Qué va. Nosotros jugamos a lo bruto, nos hacemos placajes y lo que haga falta.

—¿Vais a estar jugando un rato más?

—No sé. Lo normal es que juguemos a una cosa y luego a otra.

—Tengo que irme a casa. Igual te veo después. Creo que necesitas a alguien que te guarde las espaldas.

—Seguro que me las arreglo.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Thomas señala a mis espaldas. Deon y Brendan vienen a por mí. Llegan jadeantes, pero cada vez están más cerca. Thomas abre la puerta de la verja, y vuelvo a encontrarme a su lado.

—Creo que lo mejor será salir corriendo.

—Eso me parece.

—Nos vemos luego, Thomas.

—Nos vemos luego, larguirucho.

C C C C

Diez minutos después cometo el estúpido error de esconderme dentro del tobogán de túnel, como un maldito 57

aficionado. Deon me pilla. Ahora estoy buscando a los demás en las escaleras y el aparcamiento. Y de pronto, una fuerza magnética me lleva hasta la verja donde antes estuve. No hay nadie. Ni el Niño Freddy, ni Nolan ni ese chaval, Thomas. Me voy.

C C C C

Poco después de las cuatro y media, Genevieve se suma a los festejos del Día de la Familia. Al verla, todos los chicos se ponen a silbar y vitorear. Me digo que Genevieve está a punto de agarrarme por el cuello como hizo anoche antes de que lo hicieramos, pero no en broma como entonces, sino muy en serio. No obstante, me abraza y susurra: —Yo también se lo he contado a mis amigas.

Y me suelta uno de sus puñetazos. Mis amigotes empiezan a aventurar preguntas sobre cómo fue la cosa, les damos la espalda y nos sentamos en un banco algo alejado.

—¿Cómo estás? —pregunto.

—Muy contenta, diría.

Contemplo su cuello desnudo y no puedo evitarlo: la vista se me va hacia abajo. Por lo general me las arreglo para no mirarle el escote cuando lleva una de esas camisetas amplias, pero tengo las hormonas a cien después de una noche de sexo. Soy pura debilidad. Me levanta la barbilla, hasta que nuestros ojos vuelven a cruzarse.

—He creado un monstruo, ¿a que sí?

—Juro que sigues gustándome como persona.

Genevieve, sin embargo, no sonríe.

—Voy a echarte de menos, Aaron —afirma.

Me coge la mano. Estoy confuso.

Y entonces lo veo en su cara. Siento como si me hubieran pegado un puñetazo en el plexo solar. Genevieve quiere cortar conmigo. Quizá solo me quería para probar el sexo. Es posible que el sexo no fuera bien. Lo hice mal porque fuimos deprisa. Quizá no hubiéramos tenido que probar el sexo, nunca en la vida. La vida sería difícil, pero más difícil va a ser una vida sin Genevieve, quien nunca me da la vara, ni cuando no sé qué contarle después de una jornada agotadora.

—¿Qué es lo que he hecho? —pregunto.

Lleva su mano a mi mejilla, con lástima.

—Me he apuntado a la colonia para artistas, tontito. Me he inscrito fuera de plazo, pero he llamado para insistir, y resulta que alguien se ha dado de baja. Me marchó después de mi cumpleaños, así que vas a poder celebrarlo conmigo y sorprenderme con alguno de tus planes estupendos.

Sí, soy el tontito más tontito del universo. Pero también soy el tontito con más suerte de todos, pues tengo una novia que encara el futuro con un buen par.

Y que, desde luego, no va a dejarme porque el sexo fuera una birria.

Seguramente, vaya.

—Estoy seguro de que yo también voy a echarte de menos —respondo.

La frasecita me queda la mar de bien, como cuando Han Solo dijo a la princesa Leia «Lo sé», después de que ella se confesara enamorada de él.

Su mano deja de acariciarme con lástima y se cierra en un puño que me golpea en el hombro. Si le dijera que en realidad no tenía ningún plan especial para su cumpleaños, sin duda me estamparía el puñetazo en la jeta. No sé con qué voy a sorprenderla para su cumpleaños, pero tendré que pensar en algo que no salga muy caro, pues he de dar a mi madre algo de dinero para el alquiler antes de final de mes.

—Seguro que te apetece pasar tu cumpleaños sentada en el parque, a la espera de que las estrellas aparezcan en el cielo, ¿verdad?

—Ahora que lo dices, me parece un plan perfecto.

—Nada de eso. Es aburrido a más no poder. Mejor vamos al edificio de la NASA y probamos el simulador de gravedad cero.

—No lo veo muy claro. Seguro que me pongo perdida.

—Pues yo lo veo estupendo.

—Esta vez no vas a salirte con la tuya, Aaron —comenta Genevieve mientras se levanta, sonriente, y empieza a alejarse.

Voy tras ella.

—Estoy seguro de que en la NASA tendrán estrellas de alguna clase...

C C C C

El gran dilema entre la NASA y el parque se resolvió cuando Genevieve al final sentenció:

—Haremos lo que yo diga.

Y bueno, me quedé con las ganas de ir al edificio de la NASA.

Ha oscurecido un poco; son las ocho y pico. Nos rodean las cintas de colores producto de nuestras luchas con globos llenos de agua mientras las luciérnagas emiten su titilante luz dorada en torno a la barbacoa en la que solemos asar nubes de azúcar. Es la primera vez que Genevieve asa nubes de azúcar al fuego, por lo que me apresuro a capturar el momento con la birriosa cámara de mi teléfono móvil. Esboza una mueca de disgusto y señala con el pulgar hacia abajo.

—Se han quemado —masculla, iracunda.

—Estás hecha toda una señorita —comenta Nolan.

Genevieve levanta el dedo medio y espeta: —¿Y esto qué te parece?

Todos los demás chicos exclaman con sarcasmo: —¡Ohh! ¡Huy! ¡Qué miedito!

Me como sus nubes, y nos sentamos. Mi hermano sigue jugando a las cartas con sus amigos bajo una de las farolas; mi madre hace lo posible por mostrarse amigable y charlar con los vecinos bajo la estrepitosa música salsa; algunos de los padres están jugando al pseudobaloncesto con latas de cerveza vacías que intentan encestar en el cubo de la basura...

y ese chaval, Thomas, también anda por aquí, un poco perdido, echando miradas en derredor.

Retiro el brazo de los hombros de Genevieve y voy corriendo a saludarlo.

—¡Eh, Thomas!

—¡Hola, larguirucho! ¡Menos mal! —Entrechocamos los puños—. No te encontraba. ¿Qué es todo esto? ¿Alguien está celebrando el cumpleaños?

Me señalo la camiseta, en la que al parecer no se fijó durante nuestro encuentro anterior.

—Hoy es el Día de la Familia, una celebración anual que organizamos los que vivimos en el complejo Leonardo. ¿Los vecinos del complejo Joey Rosa hacéis alguna cosa parecida?

—Pues no. ¿No hay problema en que esté por aquí? Si es solo una fiesta para los vecinos, no me importa marcharme.

Mira a uno y otro lado, y su expresión deja claro que se siente fuera de

lugar.

—No hay problema. Ven, que te presento a mis amigos.

Vuelvo sobre mis pasos y me planto ante mis colegas.

—Eh, os presento a Thomas. —Genevieve nos mira a los dos por turno—.

Y te presento a mi novia, Genevieve.

—Hola —saluda Thomas—. Que tengáis un buen Día de la Familia.

Le devuelven el saludo sin mucho entusiasmo.

—¿Cómo es que os conocéis? —pregunta el Niño Freddy.

—Por casualidad, porque antes nos tropezamos. Thomas justo acaba de romper con su novia, y me dije que igual se animaría un poco si jugaba a la Caza del Hombre con nosotros.

—Un segundo. —Deon se endereza en el asiento—. Yo a ti te tengo visto de algo... ¿no eres el que antes estaba junto a la verja? —Suelta un pequeño codazo a Brendan—. ¿Este no es el chaval que nos envió al Rincón del Hombre Muerto?

—¿Es como lo llamáis? —Thomas se lleva una mano al pecho y levanta la otra—. Pues sí, reconozco que soy el culpable. Este pobre larguirucho estaba en apuros, y traté de echarle una mano.

—¿Tú dónde vives? —pregunta Dave el Gordinflón.

—Calle abajo. En el complejo Joey Rosa.

Se miran los unos a los otros. Es un hecho que a lo largo de los años hemos tenido algunos encontronazos con los del Joey Rosa, que nos hemos metido en peleas con ellos cada vez que se han presentado en nuestros bloques por la cara. Pero tengo claro que Thomas no es como los demás.

A Dave el Flacucho no le importan estas rivalidades.

—¿Conoces a Troy? —pregunta—. ¿Sabes si sigue saliendo con Veronica?

—Lo conozco, pero no me cae bien —contesta Thomas—.

Mi vecino Andre en su momento estaba algo cabreado con Troy y preguntó a Veronica qué era lo que veía en él. Resultó que eso de que Troy estaba saliendo con ella era una trola como una casa.

—¡SÍ! —Dave el Flacucho pega un salto—. Ya sabía yo que ese payaso estaba mintiendo. Creo que voy a llamar a Veronica.

Thomas se rasca la cabeza.

—Siento darte una mala noticia, pero Veronica ahora está saliendo con Andre.

Todos nos reímos de Dave el Flacucho, quien se deja caer en el asiento.

—Bueno, ¿y cómo fue el final de la Caza del Hombre? —me pregunta—. ¿Ganaste?

—Me pillaron al cabo de diez minutos.

Me siento junto a Genevieve y cojo su mano. La aparta, y veo por qué: porque tiene la palma abierta, y en ella acaba de aterrizar una luciérnaga. Es fácil olvidarse de su presencia cuando no está reluciendo, pero de pronto te pilla por sorpresa y se ilumina otra vez. Hay algo melancólico en la luciérnaga.

—¿Sabías que las luciérnagas se iluminan con intención de emparejarse? — pregunta Thomas.

—Pues no —respondo—. A ver, no es que no me crea lo que dices. No lo sabía; eso es todo.

—Imagínate que pudiéramos iluminarnos para atraer pareja, sin necesidad de emparejarnos en esa agua de colonia que apesta a diez metros de distancia — observa, lo que resulta raro, pues no me parece que la colonia que lleva huella de esa forma.

—Aaron y Genevieve no necesitan lucecitas para montárselo —comenta Nolan.

Genevieve vuelve a enseñarle el dedo medio.

—¿Sabías que las luciérnagas también se iluminan para atraer a sus presas? Igual que una chica que mueve el trasero para que la sigas hasta un callejón... donde luego te mata.

—Qué cosas tan interesantes aprendo contigo.

Le paso el brazo por los hombros, con la esperanza de que nunca llegue a matarme en un callejón. Hasta ahora nunca me había parado a pensar que las novias existen en el mismo universo depredador habitado por las luciérnagas hambrientas.

C C C C

El Orate se pone persuasivo y consigue que Freddy acceda a ir al supermercado Good Food's con la idea de comprar una pelota nueva, pues durante el partido de béisbol envió todas las demás al terrado. Lo piensan y lo hablan un rato, hasta que Thomas se lleva la mano al bolsillo, saca un dólar y se lo entrega al Orate. Es su forma de agradecer que le hayan permitido colarse en el Día de la Familia. El Orate asiente con la cabeza, no le da las gracias y pasa el billete al Niño Freddy.

Éste frunce los labios, contento de no tener que pagar la nueva pelota con su dinero, pero fastidiado por la obligación de tener que ir a comprarla personalmente. Cuando vuelve del súper, hace que la pelota rebote en la acera y vaya a parar a las manos del Orate.

—¿Y ahora qué?

—El Suicidio —responde el Orate con un gruñido ronco, lo que también sonaría a locura dicho en tono normal.

Sin embargo, no está sugiriendo que hagamos lo posible por matarnos los unos a los otros con la pelota de béisbol, pues eso sería: 1) poco considerado (tampoco es que le importe demasiado, o eso creo); y 2) más bien imposible.

Genevieve levanta la vista y me mira como si todos fuéramos los miembros de una secta dirigida por el Orate.

—Es otro juego —aclaro.

Cómo se juega al Suicidio: aquí cada uno va a la suya.

Alguien batea la pelota contra el muro, la pelota sale rebotada y, si pega contra el suelo, otro la tira contra el muro de nuevo.

Pero si alguien la coge, el que la bateó con anterioridad tiene que correr hasta el muro y gritar «¡Suicidio!» antes de que le empiecen a llover los pelotazos.

—Qué cosa más bárbara —observa.

—Siempre puedes librarte de los palos —indica el Niño Freddy.

Es verdad. Hay una norma especial para las chicas y los chavales más pequeños, por la que en lugar de soltarles pelotazos, tratas de batear la bola contra el muro antes de que lleguen a él, para así eliminarlos del juego.

—También puedes no jugar en absoluto —indico. No tengo ganas de ver qué pasa cuando eche a correr hacia el muro y el Orate sea quien empuñe el bate.

—Me las arreglaré —asegura.

—¿Has jugado alguna vez a esto? —pregunto a Thomas.

—Hace unos años que no.

Vamos andando hasta la fachada donde se encuentra la ventana de mi cuarto. Uno de los cristales está empañado de cierto residuo blancuzco, el producto de nuestro birrioso aparato de aire acondicionado, o eso me parece. Junto a los trofeos ganados por mi padre hay un montón de cómics, coronados por un par de mis cuadernos de dibujo.

El Orate es el primero en batear. Nadie coge la pelota, sospecho que porque luego podrían darle demasiado fuerte, y al Orate se le podrían cruzar los cables. Nolan es el siguiente en tirar, y Brendan y el Niño Freddy chocan al ir a por ella.

Nolan llega corriendo al muro, y Brendan y el Niño Freddy tratan de alcanzarlo a tiempo a su vez. Agarro la bola y le suelto un pelotazo al Niño Freddy.

Eliminado.

Brendan grita «¡Suicidio!» antes de que otro pueda hacerse con la pelota y tirársela también. Pero eso de gritar «¡Suicidio!» en pleno Día de la Familia no es muy buena idea.

Todos, y mi madre y mi hermano en particular, se sumen en estado de máxima alerta por si otra vez he tratado de cometer un ya-sabéis-qué. Al cabo de un momento comprenden que estamos jugando a ese juego que llevan años pidiéndonos que bauticemos de otro modo.

Continuamos jugando. Dave el Gordinflón se las arregla para eliminar a Nolan, a Deon y a Dave el Flacucho; por muy gordo que sea, tiene la puntería de un lanzador profesional de béisbol. Tira la pelota, y Genevieve la coge.

—¡No la sueltes! —chillo.

Genevieve lanza la bola y... bueno, es un consuelo saber que si un día nos peleamos de verdad y amenaza con tirarme un cuchillo, no tendré que mover ni un músculo.

—¡Suicidio! —exclama Dave el Gordinflón.

El momento es tan tenso, que se diría que el suelo está sembrado de minas antipersona.

Genevieve no corre hacia la pared (como tendría que hacer).

Los demás no corren a coger la pelota (como tendrían que hacer).

Finalmente, Brendan va a por ella.

—No lo hagas —insto.

Yo mismo tendría que haber cogido la maldita bola.

Genevieve echa a correr. Está a un par de pasos de la pared cuando recibe el pelotazo en el hombro. Se gira, hace una mueca de fastidio y cruza los brazos.

—¿Esto es lo que os daba tanto miedo?

—No te he dado muy fuerte —dice Brendan, mientras Genevieve toma

asiento junto a los demás eliminados.

Brendan tira la pelota, que al rebotar va a parar directamente a las manos de Thomas. Éste se gira hacia Brendan y le suelta un pelotazo, pero Brendan recibe el golpe después de haber gritado «¡Suicidio!», por lo que Thomas es penalizado. La bola sale rodando hacia el Orate, y al novato Thomas le entra el pánico. Corro a coger la pelota y caigo sobre mi hombro al hacerlo. Me levanto, y Thomas no ha dado un solo paso hacia la pared.

—¿Estás bien?

—¡Dale un pelotazo!

Tiro la bola a Thomas, pero me sale el tiro por la culata.

Los dos salimos volando en dirección a la fachada. Thomas grita «¡Suicidio!». Voy a hacer otro tanto, pero recibo un pelotazo fortísimo que me estampa contra la pared y termina por derribarme al suelo.

—¡Aaron!

Genevieve corre a socorrerme, pero estoy bien, o creo que lo estaré dentro de unos cuantos días. Me frota las sienes, me giro y veo que el Orate está celebrando su golpetazo de mil demonios. Brendan menea la cabeza, a todas luces decepcionado por mi pésimo lanzamiento.

—¿Estás bien, cariño? ¿De verdad?

El resto del juego lo pasamos sentados; tengo la cabeza como un bombo.

—Me tomaría una caja entera de paracetamol —comento.

No es lo más tranquilizador que puede decir un chico con un intento de suicidio en su historial.

Contemplamos el juego y charlamos. Genevieve se embarca en el avión para Nueva Orleans el martes por la tarde; me dice que echará de menos contar con un amigo larguirucho que le ayude a subir sus cosas al compartimento del avión cuando vuele hacia Nueva Orleans. Voy a responderle con una frase no apta para menores, pero Thomas en ese momento le pega un pelotazo tan tremendo a Dave el Gordinflón que Brendan esboza una mueca de horror. Y sí, ahora todos se muestran muy solícitos con el Gordinflón — cuyos michelines al fin y al cabo tienen que haber amortiguado el impacto—, pero cuando a mí me dieron en la cocorota, la única que acudió en mi ayuda fue mi novia. Lo que tiene su qué, me digo.

Tan solo siguen jugando Thomas, Brendan y el Orate.

Thomas y Brendan van a tener que jugar fuerte durante las próximas rondas, pues no es cuestión de que el Orate gane porque les mete miedo. Brendan envía un tiro muy malo (y sin embargo, no voy a ser yo quien esboce una mueca de horror), y la bola sale rodando hacia mi madre y nuestros vecinos.

—Ya la cojo yo —me ofrezco.

Quiero comprobar el estado de mi capacidad motriz después de haber recibido el pelotazo en la azotea, y me alivia comprobar que no camino como un juguete mecánico defectuoso. Cuando llego a su lado, mi madre tiene la bola en la mano. Se la envió a Brendan.

—El juego hoy va en serio —dice mamá.

—¿Aun cuando tirábamos botellas de agua al Orate?

—Me temo que ese chico no puede estar peor, así que eso da igual — responde mi madre, con una voz un pelín alta.

Lo que provoca la risa de algunos vecinos a los que conozco sin conocer bien, si lo que digo tiene sentido. Pero entre ellos se encuentra una mujer a la que sí reconozco, más o menos, por sus penetrantes ojos verdes y su enmarañada cabellera rojizo-anaranjada. Unos cabellos que llevan a pensar en la llama de una vela.

—Hola, chaval —saluda la pelirroja con un ligero acento británico con algunas trazas del sur del Bronx.

—¡Evangeline! —prácticamente grito.

Es mi antigua niñera, de la que en su momento estuve perdidamente enamorado. Me resulta curioso verla tomar una cerveza despreocupadamente, pues de niño nunca le vi beber, lo que, dicho sea de paso, indicaba que era una buena niñera.

—Me gustaría darte un abrazo, pero me temo que estoy cubierto de sudor y un poco asquerosillo en general...

Deja la cerveza en la mesa y me abraza sin vacilar. Me revuelve el pelo y me mira a los ojos.

—Vaya, así que este es el aspecto que tiene Aaron Soto nueve años después. Estás guapísimo. Seguro que hay un montón de chicas que andan locas por ti, ¿a que sí?

—Tengo mi novia, y no necesito más —respondo con orgullo.

Es estupendo decirle a la primera chica que te sorbió el seso que hoy ya no estoy en el mercado. Ella se lo perdió, la vez que le pedí que saliéramos juntos, después de haberme tragado varios capítulos de los Powers Rangers seguidos.

—Y aquí el señorito ha estado pasando la noche con esa novia que tiene — rezonga mi madre—. Sin que yo me enterara.

—¿Qué tal te fue por Londres? —pregunto a Evangeline, haciendo caso omiso de mamá. Si recuerdo bien, tan solo tiene nueve o diez años más que yo —. Como sabes, me rompiste el corazón cuando te marchaste a estudiar a Inglaterra.

Estuve llorando como una magdalena después de que se fuera, aunque eso no voy a decírselo.

—Me marché a estudiar filosofía en el King's College.

Aunque, si pudiera volver atrás en el tiempo, preferiría haberme abstenido de especializarme en las ideas de los presocráticos y haberme quedado jugando a los coches de carreras contigo.

—No sabes cómo me alegro de oír eso. —Sonrío—. Y ahora has vuelto. ¿Para siempre?

—Eso mismo, sí. No sé lo que voy a hacer, pero me alegro de haber vuelto a nuestro país. Todo hay que decirlo: el horroroso metro de Nueva York es menos malo que el de Londres. —De pronto me mira con la misma expresión de tristeza que cuando me decía que mi madre aquella noche iba a tener que trabajar una hora o dos más—. Siento mucho lo de tu padre. Guapetón, si un día te apetece charlar, no tienes más que llamarme, aunque sea para quejarte de que tu hermano nunca te deja el mando de la videoconsola.

Me llevo la mano al bolsillo, para que no vea la cicatriz. Mi madre agacha la cabeza. Resulta mejor hablar con Evangeline que con el doctor Slattery, ese psicólogo repelente con el que estuve hablando durante semanas y semanas.

—Claro que sí. —Le brindo una falsa sonrisa, pues todos están empeñados en que me sienta feliz, tanto como yo mismo—. Bienvenida a casa.

Vuelvo con los demás, justo cuando el Orate propina un pelotazo a Brendan. Thomas llevará un minuto o dos eliminado, pues está sentado junto a Genevieve, supongo que hablando de luciérnagas otra vez. Me siento al otro lado de Gen, y el Niño Freddy me pregunta:

—¿Quién es esa pelirroja que está con tu madre?

—Mi antigua niñera. Está bastante buena, ¿verdad? —Mis palabras llaman la atención de Genevieve. Deja de hablar con Thomas y se gira para escudriñar a la posible rival—. De niño estaba locamente enamorado de ella. Pero luego se me pasó.

Brendan me reprocha:

—¿Y cómo es que no me he enterado de nada de todo eso hasta ahora, capullo?

—Porque aún tengo que hacer los dibujos de mi novela autobiográfica ilustrada, idiota.

C C C C

Más tarde me escapo con Genevieve, para estar un rato a solas los dos, antes de que su padre venga a recogerla. Mañana no vamos a vernos —su tía va a llevársela de compras con vistas a su viaje—, pero sí que estaremos en contacto y nos veremos con ocasión de su cumpleaños el lunes. La acompaño hasta el coche. Me suelta un puñetazo en el hombro, sube al coche y se sienta junto a su padre. Este me saluda con un gruñido y pone el motor en marcha.

Thomas parece estar cansado cuando vuelvo a su lado. Está sentado a solas, mirando a los demás charlar, reír y beber de sus latas de té helado Arizona.

—¿Todo bien? —digo.

Asiente con la cabeza.

—Aquí hay bastante más diversión que en los bloques donde vivo.

—¿Tienes algún plan para mañana?

—Mañana trabajo hasta las cinco.

—¿Dónde trabajas?

—En esa heladería italiana tan finolis que hay en Melrose.

—Suenas fatal. Y seguro que hace frío.

—Hace mucho frío y es lo que se dice fatal.

—Pasaré a recogerte a la salida del trabajo, y así podrás jugar a la Caza del Hombre con nosotros.

—Buena idea, larguirucho.

Chocamos los puños.

Empiezan a marcharse de la pista los adultos, que mañana van a tener unas resacas de campeonato. Una vez que se han ido todos, improvisamos un pequeño partido de baloncesto con los dos cubos llenos de latas de cerveza y papel de aluminio arrugado. Lo rematamos con un poco de peloteo y también nosotros terminamos por marcharnos.



UNA CARA FELIZ PERO SIN OJOS

La tarde del día siguiente me encuentro en Melrose Avenue.

Voy a recoger a Thomas al establecimiento donde trabaja, Ignazio's Ice Cream, donde el aire acondicionado está a máxima potencia. No tengo previsto comprar nada en absoluto. Si el dependiente fuera otro, seguramente me haría el listillo, probaría algún producto de muestra y me iría, pero Thomas no da la impresión de estar de humor para tonterías.

Lleva puesto el delantal color caqui más feo que he visto en la vida, y tiene las anchas cejas fruncidas mientras estudia un tíquet tras el mostrador al tiempo que pulsa el teclado.

—Bienvenido a Ignazio's —saluda sin levantar la vista—. ¿Le apetece un café? ¿Quiere probar nuestros gofres?

—Me conformo con un poco de contacto visual — respondo.

Thomas levanta la cabeza con brusquedad. Parece estar pensando en clavarme una cuchara de plástico en el ojo, pero al momento se tranquiliza.

—¡El larguirucho!

—¡Thomas! —No tengo un apodo para él—. En la calle hace un calor insoportable. Y retiro lo dicho: aquí no hace nada de frío, sino que se está la mar de bien. Menudo chollo tienes.

—No durará mucho.

—¿Qué quieres decir?

Se quita el delantal. Abre una puerta en la que hay una placa de bronce con la palabra GERENTE y dice: —Que sepas que me voy.

A continuación deja caer el delantal al suelo y se reúne conmigo al otro lado del mostrador.

No sé si ponerme a aplaudir o a vitorear, si tengo que inquietarme por su futuro.

Me empuja hacia la puerta y al salir grita: —¡YUJUUU!

No puedo evitarlo y me echo a reír.

—¿Qué diablos ha sido eso? ¿En serio has dejado tu empleo?

¿De verdad? —Me fijo en su expresión de felicidad y me digo que sí, que es eso—. Amigo, estoy empezando a darme cuenta de ciertos paralelismos. Ayer rompiste con tu novia y hoy dejas tu trabajo. Te faltan veinte años para la crisis de los cuarenta.

—Cuando me canso de algo, lo dejo —dice—. Y voy a seguir haciéndolo.

Echamos a andar hacia los bloques del complejo Leonardo.

Thomas suelta un puñetazo hacia arriba, y no entiendo bien contra qué está peleando.

—Ya no aguantaba la paranoia de Sara —explica—.

Tampoco aguantaba a esa gente que se presenta en la tienda y te pide ocho muestras para probar cuando saben perfectamente cuál es el sabor que les gusta. También me harté de inflar neumáticos de bicicleta, y lo dejé. Si no me aporta nada, me largo. Así que estás avisado: soy un flojo y me rindo con facilidad.

No sé qué responder. Era un completo desconocido hasta ayer mismo. Y ahora es... bueno, no sé bien cómo expresarlo.

Pero es algo más que un flojo que se rinde con facilidad.

—Eh...

—¿Tú alguna vez has dejado algo, larguirucho?

—Bueno, sí que dejé el monopatín, cuando tenía diez años o así. Una tarde bajaba a toda pastilla por una pendiente muy pronunciada y vi a todos los muñecos de héroes de mi niñez pasando ante mis ojos, justo antes de pegármela contra una furgoneta aparcada en la cuneta.

—¿Por qué no saltaste del monopatín?

—Porque tenía diez años y no sabía lo que me hacía.

—Buena respuesta.

—Pero entiendo por dónde vas. Supongo que siempre estás a tiempo de dejar las cosas. Siempre que no vayas a dejar algo o a alguien que te conviene de verdad.

—¡Justamente! —Thomas me mira y asiente con la cabeza, como si le sorprendiera haber dado con una persona que entiende por dónde va—. ¿Y cómo es que hoy no estás con Genevieve?

—Ha salido a dar una vuelta con su otro novio —contesto.

—Vaya, vaya. ¿Es buen chaval?

—Es un poco cretino, pero tiene un cuerpo como el de Thor, así que no puedo hacer mucho al respecto. Era broma.

Genevieve se marcha a una colonia para artistas dentro de un par de días y ha de comprar utensilios de pintura y cosas que le faltan. Mañana es su cumpleaños, y se supone que tenemos que pasarlo mejor que nunca, pues luego vamos a estar tres semanas sin vernos.

Tres semanas sin ver a Genevieve. Chúpate esa...

—Tendrías que retratarla desnuda, como en Titanic —sugiere Thomas.

—Creo que sería incapaz de dibujar con un par de pechos delante de mis narices. Quizá más adelante, cuando tenga mis años y me haya cansado de verlos.

Llegamos al complejo y nos encontramos con que los chicos otra vez están jugando a la Caza del Hombre. Nolan se ofrece voluntario como cazador, y todos echamos a correr. Thomas sale disparado en una dirección, y Brendan en

la contraria.

Sigo a Thomas, pues no quiero que me encuentren tan rápidamente como ayer. La jugada me sale bien, porque Thomas comete un error de novato y atraviesa a la carrera el vestíbulo del edificio 135, donde hay un guardia de seguridad.

Antes de que este pueda atraparnos, le llevo a la puerta de la escalera cuya cerradura no funciona y subimos a toda velocidad. Nos detenemos en el tercer piso, abrimos la ventana del pasillo y saltamos al terrado, donde hay un viejo generador y todos los desperdicios que hemos estado tirando desde la acera.

Desde aquí se divisa el segundo patio interior, el que está en el centro de los tres. Hay unas mesas de pícnic pintadas en color marrón, y los toboganes y columpios en los que solíamos jugar de niños. Vemos que Dave el Gordinflón sale corriendo del tercer patio interior. Se queda sin aliento y se detiene.

Nolan le hace un placaje y, ¡pum!, al suelo con él.

Thomas ni siquiera presta atención.

—Esto está lleno de tesoros —comenta, mientras se agacha a recoger un yoyó roto. Trata de hacerlo girar, pero el yoyó se suelta del hilo y rueda hasta chocar contra una muñeca Barbie descabezada—. ¿Cuánto tiempo llevas saliendo con Genevieve?

—Más de un año. —Recojo el mando de un viejo juego GameCube y hago girar el cable sobre mi cabeza como si fuera la cuerda de un vaquero del salvaje oeste antes de lanzarlo contra la gravilla otra vez—. Tengo suerte de que la cosa haya durado tanto. Genevieve me ha perdonado algunas cosas que son imperdonables.

—¿La engañaste? —Su voz se vuelve neutra—. Cuando empecé a fijarme en las otras chicas que pasaban por la calle, comprendí que ya no estaba completamente loco por Sara.

—No la engañé. Lo que pasó fue que mi padre murió.

Bueno, se suicidó. Y me hundí.

No suelo hablar de todo esto. Unas veces porque no quiero, otras porque a mis amigos no les gusta demasiado que menciones la muerte y el dolor.

—Lo siento mucho. —Se sienta en el suelo y contempla unas botellas vacías. No porque resulten precisamente fascinantes, sino porque es preferible a mirarme a los ojos, o eso supongo—. Pero no entiendo que Genevieve fuera a pensar en dejarte por una cosa así.

—Hay más —digo. Mis ojos van a la curvada cicatriz en mi muñeca.

—Dime quién eres —apunta Thomas.

—¿Cómo?

—Dime quién eres. Deja de esconderte. No voy a traicionar tus secretos,

larguirucho.

—Ya, pero ayer no tuviste problema en dar la espalda a tus amigos para congraciarte con mis amigos.

—No son mis amigos —replica Thomas.

Me siento frente a él. Antes de que pueda cambiar de idea, extendiendo el brazo para que pueda ver la sonriente cicatriz.

«Sonriente» y «cicatriz», dos palabras que no terminan de encajar. Desde su ángulo, la sonrisa más bien tiene que parecer un ceño fruncido. Thomas se sitúa a mi lado, acerca el rostro y me agarra el brazo con una mano. Acerca mi muñeca a su cara y la inspecciona.

—Tranquilo, no soy gay —declara, alzando la mirada hacia mí—. Es curioso: parece una sonrisa. Un emoji de felicidad, pero sin ojos.

—Sí, es lo que siempre me ha parecido.

Asiente con la cabeza.

—Sigo culpándome por no haber sido un buen hijo. Mi madre asegura que papá se mató porque era infeliz, lo que me llevó a pensar que quizá yo también me sentiría mejor muerto... —Resigo la cicatriz con una uña, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda—. Y me hice esto... supongo que para pedir ayuda, porque me sentía angustiado y desesperado.

Thomas resigue la cicatriz y hunde el dedo en mi muñeca un par de veces. Se ha ensuciado los dedos con el yoyó y los demás desperdicios del terrado. Pero ahora lo veo: ha añadido dos ojos sobre la cicatriz, dos sucias huellas dactilares.

—Me alegro de que no lo consiguieras, larguirucho.

Hubiera sido una pena.

Quiere que siga existiendo. Y eso es algo que ahora también quiero.

Aparto el brazo y cruzo las manos sobre el regazo.

—Tu turno: dime quién eres. —Las cejas se le unen en el centro, como si estuviera meditando las distintas posibilidades.

No responde, y agrego—: Sé que es una pregunta para niños, pero, ¿qué quieres ser de mayor?

—Creo que director de cine —contesta al momento—.

Aunque a estas alturas seguramente has adivinado que no voy muy encaminado en la vida.

—No voy a decirte que sí, pero tampoco voy a decirte que no. ¿Cómo es que quieres ser director de cine?

—He estado pensándolo desde que vi Parque Jurásico y Tiburón cuando era niño. Me pongo de rodillas ante Spielberg, un director que consigue hacer parecer más terribles aún a los dinosaurios y los tiburones.

Thomas abre mucho los ojos, como si me hubiera puesto a hablar en

lenguaje élfico.

—Juro que me arrancaría los ojos y te los daría, si así pudieras ver la magia encerrada en Tiburón. Al final de la película, Spielberg hace una cosa sensacional, cuando... Bien, mejor no te lo cuento. Un día de estos tendrás que venir a mi casa para verla conmigo.

Una ventana se cierra de golpe a nuestras espaldas.

Damos un respingo los dos, y vemos que Brendan y el Niño Freddy están de pie ante nosotros. Me levanto de golpe, como si me hubieran pillado haciendo algo indecoroso con una persona poco recomendable.

—Vaya. Eh... ¿Ya os han dado caza?

—No —responde el Niño Freddy—. ¿Qué demonios estáis haciendo?

—Recuperar el aliento —miento.

Thomas dice de forma simultánea:

—Charlar un poco.

Brendan está mirándonos con cierta expresión rara, pero de repente abre mucho los ojos. Me giro y veo que Nolan viene hacia nosotros, mientras Dave el Gordinflón se debate para salir por la ventana. Vamos corriendo hacia la ventana situada en el otro extremo. Thomas está a mi lado al cabo de un segundo, pero de inmediato tropieza y cae. Tengo una décima de segundo para decidir si me marcho a la carrera o me detengo para ayudarlo. Paro de correr para ver si está bien.

Nolan me agarra por el torso.

—La Caza del Hombre, uno, dos, tres. La Caza del Hombre, uno, dos, tres. La Caza del Hombre, uno, dos, tres.

Me ha pillado, pero en realidad me da igual. Me acuclillo junto a Thomas, quien está frotándose la rodilla.

—¿Estás bien?

Asiente con la cabeza, silbando distraídamente, y en ese momento comprendo que bien podría apartarme de un empujón y salir disparado, lo que me obligaría a estar dándole caza durante el resto del juego. De eso, ni hablar. Lo agarro por el torso.

—La Caza del Hombre, uno, dos, tres. La Caza del Hombre, uno, dos, tres. La Caza del Hombre, uno, dos, tres.

Bajamos todos, para dar con el Orate antes de que se termine el juego. Voy con Thomas por un lado, mientras Brendan y el otro se adentran en el aparcamiento. Pasamos por la balconada —Thomas cojea y va un poco por detrás— y buscamos al Orate en los porches desiertos, tras parrillas de barbacoa y bajo piscinas hinchables desinfladas.

—Ahora sé más de ti, y tú también sabes más de mí —dice Thomas, quien

esboza una mueca de dolor mientras intenta no quedarse rezagado—. Cuéntame algo sobre Genevieve.

—Juro que te mataré si tratas de pasarte de listo con mi novia.

—Por eso no te preocupes, larguirucho.

—Genevieve es... es una pasada. Se obsesiona con todo nuevo artista que descubre y siempre está enviándome unos correos electrónicos interminables sobre los que le gustan más, explicándome por qué tendrían que ser famosos. La noche que cambian la hora se queda despierta hasta tarde, simplemente para ver el salto de la hora en el reloj del ordenador. Y otra cosa: cuando era una chavalita se fiaba de lo que decía el horóscopo... y luego se lo tomaba a mal si las cosas no salían según lo previsto. —Levanto la mirada; el cielo se encuentra sumido en esa extraña fase azul-rosada carente de estrellas—. Tiene previsto que mañana vayamos al parque a mirar las estrellas, pero se me ha ocurrido algo todavía mejor.

—¿El planetario?

—Lo pensé, pero está descartado. Tengo miedo de que a Genevieve le entren ganas de almorzar o algo por el estilo. Y estoy sin un centavo.

Thomas tropieza con una pala que estaba apoyada contra la pared de un porche, y la herramienta se estrella contra el suelo con un fuerte ruido metálico. Thomas corre a esconderse contra la pared antes de que los vecinos salgan a ver y le peguen una bronca. Me escondo a su lado, y esperamos un rato; finalmente bajamos corriendo por las escaleras.

—Entonces, ¿tienes pensada otra cosa para mañana? — pregunta, una vez que estamos a salvo.

—Una compañera de trabajo de mi madre me ha dado una invitación para dos para una sesión de alfarería. Así que por la mañana vamos a hacer algo interesante juntos... eso sí, me gustaría terminar la jornada como está mandado.

Algo me dice que un encuentro sexual en una destartada habitación de motel no sería un verdadero regalo. Esas cosas tan solo tienen sentido en las películas de niños con un protagonista engreído e insoportable.

—¿Se te ocurre alguna idea, Thomas?

—Enséñale las estrellas, ya que es lo que quiere —sugiere—.

Sé dónde puedo conseguirte unas cuantas.

Me cuenta su plan, y el plan es la rehostia.



EL FELIZ CUMPLEAÑOS DE GENEVIEVE

Me gusta despertar de una pesadilla.

Sí, claro, una pesadilla siempre es una pájara mental, pero lo que me gusta es precisamente eso: despertar y darme cuenta de que estoy perfectamente bien. La pesadilla de la que acabo de despertar empezó como un simple sueño.

Tengo ocho o nueve años. Me encuentro en la playa, en Jones Beach, con mi padre. Estamos los dos solos, pasándonos un balón de fútbol americano el uno al otro. No consigo pillar uno de los envíos de mi padre y voy a recoger el balón; cuando me vuelvo, papá ha desaparecido. La arena empieza a estallar a mi alrededor, como si en ella hubiera minas explosivas, y sobre una gran ola de agua roja cabalga el cadáver de mi padre. Me despierto justo después de que su cuerpo caiga sobre el mío y me sumerja.

—Buenos días —saluda mi madre.

Está ocupada en sacar de la repisa de la ventana los trofeos de baloncesto ganados por mi padre, que va metiendo en una caja con las viejas camisas de trabajo de papá.

Salto de la cama y digo:

—¿Qué estás haciendo?

—Convertir nuestro hogar en un hogar de verdad. —Se agacha y coge otra caja, y a saber lo que hay en su interior—.

Estoy harta de ver a pacientes morir en el hospital y de volver a casa y encontrarme con esta especie de cementerio.

Por eso está en casa a esta hora, porque otro paciente ha muerto por sobredosis, violencia doméstica o lo que haya sido hoy.

Y entiendo lo que quiere decir. Me viene a la mente un dibujo de cómo sería nuestra casa si pudiéramos pegarle fuego: ventanas combadas, paredes cóncavas, lenguas de fuego que consumen todo cuanto no queremos, y luego los tres dejando nuestras huellas en las cenizas al tiempo que los recuerdos se funden y se dispersan a nuestro alrededor. Con la salvedad de que nunca voy a dibujarme a mí mismo rodeado de humo negro, pues tampoco estoy preparado para ver cómo todo arde y desaparece.

—¿Por qué tenemos que hacer estas cosas ahora mismo?

Eric sale del dormitorio de mamá. Lejos de haberse puesto a disfrutar de la maratónica serie de películas de La guerra de las galaxias que tenía previsto mirar en su día libre, está ayudando a mamá con las cajas. Estamos hablando del mismo fulano que es incapaz de lavar un solo plato o doblar sus propias camisetas.

—Hijo mío, han pasado cuatro meses. ¿De qué nos sirve conservar cartones

vacíos de cigarrillos y cartas sin abrir? Es demasiado. No me gusta vivir con un fantasma en la casa.

—Pero era tu marido —le recuerdo—. Y nuestro padre.

—Mi marido me traía refrescos cuando estaba enferma. Tu padre siempre jugaba con vosotros, con sus preciosos niños, durante vuestra infancia. No fuimos nosotros quien perdimos a ese hombre, sino que fue él mismo quien se apartó de nosotros. —Mamá se atraganta al hablar. Está llorando—: En parte preferiría no haberlo conocido.

Me acuerdo de los folletos del Instituto Leteo que tiene en su habitación.

—Quizá tendríamos que habernos esforzado un poco más para que se sintiera feliz —murmuro—. Es lo que tú misma dijiste hace unos días.

Eric interviene de forma sardónica:

—Hablas como un zombi. Papá ya no está con nosotros, y punto. Mejor cállate y déjala en paz.

En mi interior también hay un vacío, y por mi cabeza rondan unas preguntas que no puedo limitarme a ignorar.

Echo de menos al hombre que mi madre también añora, el que reía de buena gana cuando mis amigos y yo estábamos en su coche y fingíamos que se trataba de una nave espacial perseguida por los invasores extraterrestres, el que miraba los dibujos animados conmigo cuando me había despertado de una pesadilla, el que me acostaba y me reconfortaba antes de marcharse a trabajar en el turno de noche en la oficina de correos. No me gusta pensar en el hombre que era antes de que nos dejase.

Mi madre deposita una caja en el suelo. Creo que la he convencido, pero a continuación coge mi mano y vuelve a sollozar mientras resigue la sonrisa que emerge de mi muñeca.

—Ya hemos sufrido bastante, ¿no te parece?

Eric empieza a trasladar las cajas al pasillo. La próxima etapa es el incinerador de basuras. Me quedo inmóvil por completo.

Pronto no queda una sola caja.

C C C C

—Estoy muy ilusionada —dice Genevieve, y coge un jarrón de barro por cocer.

Nos encontramos en Clay Land, una escuela de alfarería situada en la calle 164 que, a partir de las cuatro de la tarde, se convierte en el estudio de un tatuador; supongo que por si alguien que acaba de pintar unos tazones para sus padres tiene un capricho del que más tarde se arrepentirá. Las sesiones de alfarería salen a treinta dólares con el cupón de dos por uno, cosa que ha hecho mella en mi billetera. Eso sí, estamos creando algo que va a perdurar, como nuestra propia relación. Lo que tiene su importancia, si tenemos en cuenta que el padre de Genevieve se equivocó de día y le felicitó por su cumpleaños ayer.

Estamos sentados a la mesa de la esquina. Genevieve no espera que llegue la profesora, sino que echa mano a un pincel y se pone a trabajar. Sus manos se apresuran, como si estuvieran operando contrarreloj, y, partiendo de un rojo iluminador, traza unas franjas amarillas y rosadas a lo largo del jarrón.

Pinto un zombi con cara de felicidad en el tazón que he escogido.

—Es una pena que no hayamos estado antes en este lugar.

—No me vengas con lamentos el día de mi cumpleaños, Aaron. —Su sonrisa se ensancha mientras resigue el contorno del jarrón con dos dedos empapados de color morado—. Esto me enamora. Es mejor que una bañera llena de caramelos Skittles.

Ha usado la palabra mágica: «enamora». No ha dicho que esté enamorada de mí, pero sí de algo que estamos haciendo juntos, lo que me deja un poco grogui. No grogui del todo — no ha dicho que esté enamorada de mí, repito—, pero sí lo bastante grogui como para que el tazón casi se me caiga al suelo. Quizá por efecto de las vaharadas de la pintura, termino por preguntar:

—¿Te estoy haciendo feliz?

Deja de frotar el contorno del jarrón y me mira. Levanta una mano empapada de colores y, cuando trato de cogerla, me suelta un puñetazo y me queda su coloreado puño marcado en el brazo.

—Ya sabes cuál es la respuesta a tu pregunta. —Mete el dedo en un frasco de pintura amarilla y dibuja una sonrisa en mi camiseta azul oscuro—. Y otra cosa, larguirucho. Deja de hacerme la pelota. Mira que eres tontito...

C C C C

Genevieve seguramente cree que al final la llevaré a mi piso, cosa que he evitado, pues mi piso es no apto para novias.

Siempre está en desorden y huele a calcetines sudados.

Pasamos por delante de mi edificio, llegamos al de Thomas, y subimos al terrado en ascensor.

El sol ha terminado de ponerse, y la luna está haciendo de las suyas. En el suelo hay una manta de pícnic sujeta con cuatro bloques de hormigón. Thomas se las ha arreglado para sorprendernos a los dos.

—Seguramente te preguntas qué demonios estamos haciendo en este lugar.

—Siempre sospeché que tenías poderes paranormales — afirma, mientras sigue agarrándome la mano con fuerza, como si estuviera colgando sobre un abismo. Levanta la vista y detecta unas estrellas prendidas en lo alto del cielo lejano.

Pero estoy a punto de superarlas.

Nos sentamos sobre la manta, y pulso las teclas adecuadas del proyector y el reproductor de discos compactos.

—Muy bien. Tenía pensado llevarte al planetario, pero lo descarté por unas razones que es mejor que no sepas, y así me evito el puñetazo. Pensé que, ya que no podía llevarte a ver constelaciones, te las traería a casa.

El proyector chirría al entrar en funcionamiento, y un rayo de luz ilumina la chimenea. Una inquietante voz femenina saluda:

—Bienvenidos al universo conocido.

Thomas se bajó de internet el vídeo de las estrellas y hasta consiguió grabarnos la pista de sonido en el disco compacto.

Genevieve parpadea repetidamente. Unas lágrimas asoman a los rabillos de sus ojos, y aunque sé que no está bien alegrarte cuando tu novia está llorando, no pasa nada si esas lágrimas son porque Aaron ha hecho algo estupendo.

—A partir de ahora vas a encargarte de todas mis celebraciones de cumpleaños —susurra Genevieve—. La manta de pícnic, la sesión de alfarería, las estrellas... y ahora esta mujer que habla como si fuera Dios.

—Los dos sabemos perfectamente que Dios es varón, pero te pillo la idea.

Me estampa un puñetazo en el brazo. La atraigo hacia mí con fuerza, y nos tumbamos para disfrutar de este viaje por el universo. Es un poco raro ver estas estrellas cuando las estrellas de verdad se encuentran sobre nuestras cabezas. Los satélites artificiales trazan órbitas en torno a los planetas, y los voy descartando

uno tras otro con gestos de la mano y chasqueando la lengua. Genevieve me pega otro puñetazo y me obliga a callar. Me hubiera callado igualmente al ver que los planetas se alejan para que podamos admirar las constelaciones: los mellizos de Géminis (que llevan a Genevieve a soltar un grito de admiración), el pez de Piscis, el carnero de Aries y el resto de la familia del zodiaco. Las constelaciones se esfuman. Los subtítulos indican que nos encontramos a un año luz de la Tierra, unas repetitivas señales de radio van acercándose cada vez más... hasta que estamos en la galaxia de la Vía Láctea cien mil años luz después. Todo esto parece estar directamente sacado de un videojuego.

Viajamos cien millones de años luz desde la Tierra hasta otras galaxias en las que vemos muchas tonalidades verdes y rojas, azules y violetas, que relucen en la negrura absoluta del espacio, como salpicaduras de pintura en un delantal oscuro.

No entiendo que no nos mareemos cuando nos desplazamos cinco mil millones de años luz de la Tierra. Hay algo en forma de mariposa, y descubrimos que se trata de la luminiscencia crepuscular del Big Bang, hermosa a más no poder.

Todo comienza a alejarse, el espacio y el tiempo nos revelan su presente, mi presente y el de Genevieve, hasta expulsarnos del cosmos. Este viaje lo cambia todo para mí. O es posible que no lo cambie todo, pero sí que me aclara qué es lo que puedo encontrar aquí en la Tierra, en mi hogar. El espacio resulta lo que se dice inalcanzable para casi todos nosotros.

Me vuelvo hacia Genevieve, la chica que acabo de llevar a las estrellas en viaje de ida y vuelta, la que sigue esperándome en tiempos tan oscuros como el propio espacio. Cojo su mano y le digo:

—Me parece... creo que, eh... que estoy enamorado de ti.

El corazón me late desbocado. Qué estúpido soy. Genevieve está fuera de mi alcance, no pertenece a este universo.

Aguardo una reacción por su parte, que se ría de mí, pero sonrío y disipa todas mis dudas de golpe... hasta que la sonrisa le flaquea un instante. No me habría dado cuenta de haber parpadeado o cerrado los ojos de alivio durante un segundo.

—No tienes que decirlo —indica Genevieve. Miro sus manos para comprobar si el hacha que acaba de clavarme justo en el pecho es tan enorme como parece—. Quizá piensas que estoy deseando escuchar algo así.

—Voy a serte sincero. Pensaba que estas cosas no eran para los chavales de nuestra edad, qué quieres que te diga, pero eres algo más que mi mejor amiga y, desde luego, mucho más que una chica con la que me lo paso bien en la cama. No estoy esperando que me digas lo mismo. De hecho, lo mejor es que no lo

digas. No voy a tomármelo a mal. Simplemente tenía que decírtelo.

Beso a mi novia en la frente. Nos soltamos de las manos, separamos nuestras piernas y nos levantamos. No me resulta fácil, pues noto una fuerte opresión en el pecho, parecida a la que sentí aquella vez que las olas me arrollaron en la playa del Huerto. Sigo el cable anaranjado hasta el saliente y miro abajo. En la calle, dos tipos están dándose la mano o trapicheando con marihuana, una joven madre tiene dificultades para desplegar un cochecito de niño mientras un par de chicas se ríen de ella. El mundo está lleno de fealdad, como las drogas, el odio o las novias que no te quieren.

Contemplo mi edificio, situado dos calles más abajo. No me importaría estar en casa en este momento.

Genevieve pone la mano en mi hombro y me abraza por detrás. En la mano tiene un papelito doblado. Lo blande ante mis ojos hasta que se lo quito.

—Míralo —insta, con la voz un poco ahogada.

El suyo es un abrazo de despedida, que viene con una carta de despedida escrita con palabras de despedida. Desdoblo el papel arrugado. Hay un dibujo: un chico y una chica en el cielo, con muchas estrellas como telón de fondo. El chico es alto y, cuando me fijo bien, la chica está pegándole un puñetazo en el hombro. Es una constelación formada por nosotros dos.

Genevieve se vuelve hacia mí, me mira a los ojos, y casi tengo que apartar la vista.

—Lo dibujé después de nuestra primera cita y he estado llevándolo encima, sin saber muy bien cuándo podría enseñártelo. Hasta ese momento no habíamos hecho más que pasear juntos, y todo fue muy sencillo, como si lleváramos muchísimo tiempo juntos.

Comprendo que está refiriéndose a mi torpe primer beso, que esa fue su inspiración.

—Me eché a reír después de besarte, y no te sentiste ofendida. Sonreíste y me pegaste un puñetazo en el brazo.

—Tendría que habértelo pegado en los morros. Supongo que me gusta ser mala con el chico del que estoy enamorada.

No me muevo. Le había pedido que no lo dijera, pero estoy contentísimo de que lo haya hecho. Nos quedamos petrificados en un extraño juego de miradas sin parpadeos, y nuestras bocas se curvan,

El mundo sigue siendo feo. Pero, por lo menos, es un mundo en el que tu novia también está enamorada de ti.



CUANDO ESTOY A SOLAS

No han pasado ni veinticuatro horas, y ya echo de menos a Genevieve. Vendería a nuestro hijo primogénito —un pequeñín al que supongo que daremos un nombre irónico, como Faust— para que volviera y me soltara uno de sus puñetazos.

Ni siquiera me he cambiado de ropa al levantarme, pues la camiseta lleva la impresión de su puño. Tampoco pienso contarlo a los amigos. He tratado de distraerme haciendo unos dibujos del Guardián del Sol. Es curioso que haya sido una distracción tan importante para Genevieve que haya tenido que irse a Nueva Orleáns para poder continuar con su trabajo.

Nunca hago las cosas bien.

No me conviene tener esta clase de pensamientos. Ese psicólogo repelente, el doctor Slattery, me recomendó hablar con alguien —con los amigos, con un desconocido en el metro, con quien fuera— cada vez que me sintiera solo e infeliz: una recomendación obvia, para la que no hacía falta pagar la pasta gansa que le pagamos. Salgo a buscar a Brendan, pues en casa no hay nadie con quien conversar.

Tampoco me pondría a darle a la lengua con mamá o con Eric, la verdad. Telefono a Brendan; no me responde.

En la calle, Dave el Flacucho está jugando con una pelota de béisbol. Me deja jugar con él, lo que es estupendo porque me distrae con su charla sobre la «masturbación aplazada», que consiste en guardar para después el enlace a una página porno, si en ese momento no te apetece mucho ponerte a limpiar el resultado inevitable. Pero al cabo de poco rato deja de jugar, pues va a comprobar si la colada ya está lista en la lavandería. Me quedo a solas con la pelotita.

—Más vale que no la pierdas —indica—. O te juro que os castraré, a ti y a tus futuros hijos.

(Lo siento, Faust.)

Veinte días.

Tan solo tengo que sobrevivir veinte días más sin ella.

C C C C

—Hola, soy Aaron.

—Ya me he dado cuenta, larguirucho. ¿Cómo va todo?

—Nada nuevo, lo que es un problema. Tendría que hacer 96 algo en lugar de quedarme aquí sentado echando a Genevieve de menos. ¿Estás libre para quedar?

—Ahora mismo ando un poco ocupado. ¿Tienes algún plan para mañana por la mañana?

—Pues no. A no ser que me propongas hacer alguna estupidez; en tal caso, sí que tengo algún plan, el de salvar el mundo, o lo que sea.

—Bueno, si al final no vas a salvar el mundo antes de la hora de comer, propongo ir al cine.

—Supongo que la humanidad podrá valerse por sí sola durante un par de horas. ¿Y qué estás haciendo ahora mismo?

—Nada —responde.

Lo dice en tono un tanto avergonzado y elusivo, como les pasa a todos (menos a Dave el Flacucho) cuando les preguntas si miran páginas porno o no y se sienten incómodos, por mucho que la respuesta esté más que clara.

Pero lo dejo correr y hago que me hable de tonterías, como que me diga el superpoder que le gustaría tener, por ejemplo, y que resulta ser la invencibilidad, que Dave el Flacucho siempre confunde con la invisibilidad.

Es mejor que jugar a solas con una pelota de béisbol, por lo menos.



OYE, QUE NO SOMOS GAIS

A la mañana siguiente me encuentro con Thomas, que tiene pinta de estar superagotado, en la esquina del edificio donde vive.

Son las once y unos minutos. No estoy seguro de si ha pegado ojo, y no sé si conseguirá seguir despierto durante la proyección de la peli.

—¿Es que estás ocupado en clonarte a ti mismo?

—¿Cómo? —dice con voz pastosa.

—Estoy tratando de adivinar qué es eso que te mantiene tan ocupadísimo.

—No creo que nadie quiera a dos Thomas despistados circulando por ahí.

—Atajamos por unos bloques de aspecto inquietante para llegar al cine cuanto antes—. Mejor no te lo cuento, o vas a pensar que soy un caso perdido.

—Más bien eres una obra de arte a medio hacer. Como lo somos todos. — Levanto las manos en señal de rendición—.

Pero no hay problema; no voy a insistir.

—Se supone que tienes que insistir, hasta que desembuche.

—Muy bien. Desembucha.

—No quiero hablar del asunto.

Y no lo hacemos.

Una vez más.

En su lugar, Thomas empieza a hablar de lo mucho que le gustan las mañanas del verano, en las que una entrada al cine tan solo te cuesta ocho dólares. Lo que tampoco importa mucho, pues se las arregla para entrar gratis, dado que el verano anterior estuvo trabajando en este mismo cine durante dos fines de semana, hasta que —acertasteis— lo dejó.

—Pero de mayor quieres ser director. Eso de trabajar en un cine es un primer paso, ¿no te parece?

—Eso pensé, pero cuando trabajas en el vestíbulo no tienes tiempo de ver ninguna película. No paras de quemarte con el aceite de las palomitas, y cuando estás en la taquilla, tus compañeros de clase te pegan la bronca si no les dejas entrar a ver una película para adultos. No vas a convertirte en director sentado tras una ventanilla.

—Supongo que tienes razón.

—Creo que si continúo haciendo trabajos ocasionales terminaré por reunir material para escribir mis propios guiones. Todavía no se me ha ocurrido una historia que contar.

Llegamos al cine; Thomas me agarra por el codo y me lleva hacia el aparcamiento. Pasamos frente a un par de salidas de emergencia y nos adentramos por un callejón en el que supone que no tendríamos que estar. Saca

la tarjeta de cliente de una tienda y la inserta en la cerradura de una puerta, hasta hacerla saltar con un clic. Se gira, sonrío y abre la puerta.

No me siento demasiado culpable; el subidón de adrenalina hace que no tenga miedo de que nos pillen. El truco también tiene su gracia, para cuando Genevieve vuelva, aunque lo último que haré después de su ausencia de tres semanas será ir con ella al cine. Cruzamos la puerta, pasamos por los servicios y salimos a un pasillo. Nos dirigimos al vestíbulo, donde compramos palomitas (ya lo veis: tampoco somos unos verdaderos delincuentes). Thomas las sazona con mantequilla.

—Siempre vengo a este cine a ver las proyecciones de medianoche — explica—. Hay una energía increíble.

Ninguno de mis vecinos se vestiría de esa forma, como no fuera en Halloween. Y lo hacen porque no se gustan como son. La vez que vine a ver Scorpius Hawthorne a medianoche había mucha gente. Molaba un montón. Me habría gustado conocerlos a todos. Iban vestidos de espectros y de brujos demoníacos.

—¡No sabía que leías los libros de esta serie!

—Claro que sí. Llevé un ejemplar a esa sesión de medianoche, y los que lo habían leído firmaron con sus nombres y subrayaron sus párrafos preferidos.

Ojalá hubiera ido yo también.

—¿Tú también te disfrazaste?

—Era el único Scorpius Hawthorne morenito en toda la sala —dice Thomas.

Me habla de otras sesiones de medianoche, en las que hizo que los demás le firmaran los estuches de los videojuegos y los álbumes de cómics que tanto les gustaban. Lo que tampoco está nada mal. Me siento feliz de tener un amigo que ha leído y visto las series de Scorpius Hawthorne.

Examinamos los carteles de las películas para decidir cuál vamos a ver. Thomas se lamenta de que no haya un nuevo estreno de Spielberg y se decanta por una película en blanco y negro sobre un chico que baila en un autobús.

—No, gracias —digo por mi parte.

—¿Y qué me dices de esta otra película que acaban de estrenar, La persecución final?

Thomas contempla un cartel donde una guapa chica de ojos azules está sentada en el borde de un muelle, como si fuera un banco del parque, mientras un chico vestido con un suéter sin mangas le tiende la mano.

—No sabía que ya la habían estrenado. ¿Te interesa?

La peli tiene toda la pinta de ser del tipo románticón.

—No mucho, la verdad.

—Es para mayores de trece años. Los has cumplido, ¿no?

—Muy gracioso. Sí que los he cumplido. Pero esta peli más bien parece ser de las que le gustan a Genevieve. ¿No hay ninguna otra cosa interesante?

Thomas mira buscando una película y da la espalda a las que prometen explosiones y tiroteos.

—No me importaría volver a ver esa película francesa. Pero aún falta una hora para que empiece.

Está claro que no quiere volver a ver la película francesa, porque, ¿quién va a querer ver una película francesa dos veces?

—Vamos a ver La persecución final. Cuando Genevieve esté de vuelta, ya la veré otra vez.

—¿Estás seguro?

—Sí. Y si es una birria, que vaya a verla solita.

Entramos, y hay un montón de asientos libres.

—¿Dónde prefieres?

—En la última fila, y no me preguntes por qué.

—¿Por qué?

—Tengo el miedo irracional de que alguien me rebane el cuello mientras estoy sentado en un cine. Y supongo que me siento más seguro si no hay nadie detrás.

Thomas deja de masticar palomitas. Sus ojos me escudriñan para determinar si hablo en serio o no. Y rompe a reír de forma estruendosa, hasta el ahogo, o poco menos. Me acomodo en la última fila, y se deja caer en el asiento vecino, riéndose un poco todavía.

Le enseño el dedo medio.

—No me dirás que nunca te ha entrado el canguelo por algo ridículo.

—No, claro. Pero lo tuyo me recuerda que, de niño, con nueve o diez años, le daba el coñazo a mi madre para que me dejara ver películas de terror, sobre todo las de asesinos en serie.

—¡Vaya! Pues la has clavado... Sobre todo cuando tu amigo, el aquí presente, tiene miedo de que le rebanen el cuello.

—Cállate, hombre. Al final mi madre se rindió y me dejó ver *Scream*. Estuve muerto de miedo y luego no conseguí pegar ojo hasta las cinco de la madrugada. Mamá siempre me aconsejaba contar corderitos cuando no pudiera dormir, pero eso tan solo sirvió para empeorar las cosas. Me puse a contar corderitos, y cada vez que saltaban al otro lado del vallado...

—Una pausa efectista—.... el asesino de *Scream* los acuchillaba uno tras otro, hasta que caían muertos y cubiertos de sangre.

Rompo a reír tan estruendosamente que algunos espectadores sisean, y eso

que la pantalla todavía está en negro. No consigo dejar de reír.

—¡Estás chalado! ¿Cuánto tiempo te duró la chaladura?

—Todavía dura —dice Thomas con voz siniestra, mientras hace el gesto de acuchillarse a sí mismo. En la pantalla proyectan los avances de los próximos estrenos. Nos callamos.

Pasan el tráiler de una comedia romántica, Próxima parada: el amor, sobre un revisor de tren que se enamora de su nueva ayudante. Siguen con la consabida película de terror en el que unas niñas de aspecto inquietante aparecen cada vez que alguien dobla por la esquina. Después viene Que no se te olvide, sobre un hombre que intenta convencer a su esposa de que no se someta al tratamiento Leteo para olvidarse de él.

Por último proyectan el avance de una comedia sobre cuatro jóvenes recién licenciados de la universidad que están en un crucero marítimo. No parece tener la menor gracia.

—Las cuatro tienen pinta de ser horrosas —comento.

Thomas acerca el rostro y me amenaza: —Si hablas durante la película, juro que te corto el cuello.

C C C C

La peli es una patochada.

Se supone que es de risa, pero lo único que me divierte es que los productores hayan conseguido disfrazar de comedia veraniega lo que en realidad es una historia lúgubre y angustiosa.

El protagonista es un fulano llamado Chase, quien se encuentra en un tren y se pone a charlar con una desconocida bastante guapa. Pregunta dónde va, y ella responde:

—A un buen lugar.

Chase le pide más detalles, pero la chavala no explica más.

La chica se olvida el móvil en el tren, y Chase baja corriendo a devolvérselo. Pero no consigue encontrarla, es demasiado tarde, así que mira en el teléfono y se tropieza con un listado de cosas que la chica tiene previsto hacer antes de suicidarse.

Thomas se ha quedado frito. Seguramente tendría que hacer lo mismo, pero espero que la película mejore un poco... cosa que no sucede. Hacia el final, Chase deduce que la chavala piensa matarse en el muelle y, cuando finalmente llega allí, se encuentra con las cegadoras luces rojas y azules de los coches policía. Y entonces estrella el teléfono contra el suelo, haciéndolo trizas.

Me entran ganas de hacer otro tanto con alguna cosa.
Cuando Thomas se despierta, le explico qué tal ha estado la peli:
—Menudo muermo. Menudo muermo. Menudo muermo...
Se despereza y bosteza.
—Por lo menos nadie te ha cortado el cuello —observa.

C C C C

La verdad es que mi barrio me gusta bastante durante el verano: las niñas que juegan a la rayuela, los vecinos que juegan a los naipes bajo la primera sombra que encuentran; los amigos que ponen la música a tope; las charletas con los colegas sentados en los escalones de las casas. En mi piso no hay mucho espacio, pero en estos momentos me digo que sus paredes parecen ser más gruesas de lo que son en realidad.

Señalo el hospital de urgencias situado al otro lado de la calle.

—Mi madre trabaja allí... y todas las mañanas se las arregla para llegar veinte minutos tarde. —La oficina de correos se encuentra calle abajo—. Mi padre trabajaba como guardia de seguridad en esta oficina postal.

Es posible que el hecho de pasar tanto tiempo a solas con sus pensamientos fuese lo que provocó que se le cruzaran los cables.

Alguien ha reventado la boca de riego de la esquina. Los niños chillan bajo los chorros, y me acuerdo de cuando llenábamos cubos y los volcábamos en el parque para tirarnos a las charcas. No teníamos dinero para ir a un parque acuático, y esa era nuestra única alternativa.

—No sé a qué se dedica mi padre —revela Thomas—. La última vez que lo vi fue cuando cumplí los nueve años.

Recuerdo que estaba en la ventana y le vi dirigirse a su coche para recoger el muñeco Buzz Lightyear que iba a regalarme.

Pero de pronto se puso al volante y se marchó.

Nos hemos detenido, sin saber muy bien cómo.

—Menudo pájaro.

—Mejor hablemos de otras cosas más alegres, ¿vale? — Thomas repara en que los irrigadores de agua están en marcha, levanta las grandes cejas con aire malévolo, se quita la camiseta y flexiona los brazos. Se le marcan unos abdominales en plan Dios de la Guerra, mientras que lo único que se me marca a mí es el costillar—. Vamos.

—No quiero que se me moje el móvil.

—Envuélvelo con la camiseta. Nadie te lo va a robar.

—No sé si te has dado cuenta, pero este barrio no es precisamente Queens, ¿eh?

Thomas mete el móvil dentro de la camiseta enrollada, que deja junto a un buzón.

—Tú te lo pierdes, socio.

Echa a correr como un atleta y se pone a pegar saltos bajo los chorros, mientras el sol arranca destellos a la hebilla de su cinturón. Algunos se lo quedan mirando como si estuviera loco, pero a él no parece importarle.

Algo se apodera de mí, algo que da al traste con todas mis inseguridades y hace que me quite la camiseta, pero resulta liberador. Thomas levanta los dos pulgares. De repente, he dejado de sentirme un chaval flacucho y desgarrado.

Echo mano al teléfono, pero este suena antes de que pueda meterlo dentro de mi camiseta. Quien llama es Genevieve. Me paro en seco.

—¡Hola! —saludo.

—Hola. No sé qué me pasa, pero empiezo a echar en falta tu cara de tontito. Ven a verme en avión, para que construyamos una casa en el bosque y formemos una familia —dice.

—Yo te echo mucho más de menos, pero no lo bastante para irme de acampada.

—Si vamos a vivir en el bosque para siempre, no estamos hablando de una simple acampada.

—Cierto. —La veo sonreír, a pesar de lo lejos que está, y me siento feliz, más feliz que nunca. Tengo ganas de suplicarle que vuelva a casa, pero quiero que siga concentrándose en sus cuadros, sin preocuparse por mí—. ¿Ya te has puesto a pintar?

¿O primero os someten a uno de esos aburridos cursillos de orientación?

—El aburridísimo cursillo de orientación terminó ayer. Hoy tenemos unas horas de descanso, y luego vamos a pintar bodegones, árboles y...

Casi se me cae el móvil al suelo cuando veo que Thomas está haciendo flexiones bajo los chorros de los aspersores, luciendo el tipito ante las chicas que están al otro lado de la calle. Devuelvo el teléfono al oído, justo cuando Genevieve está llamándome por mi nombre.

—Perdona. Thomas está haciendo payasadas.

A él le da igual, a mí no.

—Otra vez os habéis puesto todos a jugar al Suicidio. Como si lo viera.

—No. Tan solo estamos Thomas y yo. —Me siento desnudo sin la camiseta—. Pero creo que pronto voy a volver a casa.

Estoy hecho polvo. ¿Podrás llamarme esta noche? Quiero que me cuentes que ya has terminado quinientos cuadros porque no me tienes al lado para darte la lata.

—De acuerdo. Te llamo esta noche, cariño.

Cuelga sin darme tiempo a despedirme o a decirle que la quiero.

Ahora me siento fatal por haberme dejado distraer, pero, bueno, más tarde volverá a llamarme. Le explicaré que necesitaba divertirme un rato, lo que en

parte es culpa suya, por haberme dejado aquí plantado... aunque si no se hubiera ido, la culpa la hubiera tenido yo, así que tampoco puedo echárselo en cara. Con un poco de suerte me enviará otro de sus puñetazos, a larga distancia esta vez, y todo irá sobre ruedas. Meto el móvil dentro de la camiseta doblada y, de una patada, me quito las zapatillas. Lo dejo todo en el suelo. Corro hacia los chorros en vaqueros y calcetines y me pongo a saltar entre los chorros de agua. Cuando llego al otro lado estoy riendo a carcajadas.

—¡Fiuuuu! —silba Thomas—. Ya era hora.

Tiemblo de frío.

—Eh... creo que voy a vestirme otra vez.

—Relájate durante sesenta segundos, larguirucho. — Thomas me agarra por los hombros, como si fuera a darme unas instrucciones con vista al último partido de la temporada; no sé bien qué clase de partido—. Olvídate de todo. Olvídate de tu padre. Olvídate de tu novia, incluso. Convéncete de que en este momento eres el único en el mundo.

Me suelta tras darme sus consejos y se sienta en el suelo. El agua sigue cayéndole encima.

Me siento frente a él, y el agua me deja empapado.

—Soy el único en el mundo —me digo en voz baja, desprendiéndome de mis inquietudes, como si estas fueran a desaparecer por el alcantarillado. Cierro los ojos por completo y cuento los segundos, sintiéndome más ligero a cada uno que pasa, más yo mismo—. Cincuenta y ocho, cincuenta y nueve... —No quiero que llegue este último segundo—. Sesenta.

Abro los ojos y veo que un grupo de niños está jugando a tocar y parar junto a nosotros.

—No voy a poder quitarme estos pantalones vaqueros — observo.

Casi no puedo oír mi propia voz, pues el agua se estrella contra mis oídos y los niños no cesan de chapotear a mi lado.

Thomas se levanta y me tiende la mano para ayudarme a levantarme.

Me agarro a su antebrazo.

—¡Oye, que no somos gais! —exclama.

Nos reímos mientras volvemos para recoger las pertenencias que habíamos abandonado. Thomas se seca el pecho con la camiseta y la deja chorreando.

—Quizá sea por esa siestecita que me he echado, pero, chico, ¡qué guay! No me divertía tanto desde... ni me acuerdo, la verdad.

—Bueno, pues me alegro de oírlo. A ver si me explico: peor para ti, pero me alegra saber que no te hago perder el tiempo.

Empiezo a ponerme la camiseta, pero meto la cabeza por la abertura equivocada y me hago un lío. Lucho conmigo mismo, hasta que noto que las

manos de Thomas me sujetan para que no caiga.

—¡Para! ¡Para! —Thomas se parte de risa. Ya podemos decir que no somos gais, ya, pero el hecho es que ahora está vistiéndome. Me debato un poco más bajo la camiseta, pero finalmente consigo ponérmela bien y me encuentro mirando a Thomas cara a cara—. No se te puede llevar a ningún sitio.

¡Qué ridículo!

Miro al otro lado de la calle. Las chavalas que antes admiraran a Thomas de pronto están riéndose de mí. Cosa que me habría fastidiado mucho, si no fuera porque ahora tengo a Genevieve. En este momento veo que Brendan y el Orate están apalancados no lejos de los aspersores, fumando los cigarrillos que el Orate le roba a su padre. Me están mirando como si ni siquiera me reconocieran. Saludo con un gesto de la cabeza, pero tengo la impresión de que andan colocados, de que antes han estado fumando de la hierba de Brendan.

—¿Haces algo esta noche? —pregunta Thomas—. Además de dormir, cosa que también puedes hacer en mi casa. — Sonríe—. ¡Jo, qué mal suena! De rollo gay, nada, ¿eh?

—¿Qué tienes pensado?

—Ya que me parece que La persecución final te ha decepcionado un poquito...

—Al cien por cien —corrijo.

—Se me ha ocurrido que podríamos mirar Tiburón en el terrado de mi edificio.

—Me apunto.

Siempre he pensado que el peor momento para que te traten como a un niño es en verano. Es así. Los padres de por aquí suelen dejar que estemos en la calle hasta las diez de la noche, pero lo normal es que no volvamos a casa hasta la medianoche, hasta la una o las dos incluso. No porque nos las demos de rebeldes o porque tengamos la idea de chingar a los adultos hasta que bajen a sacudirnos con el cinturón (Dave el Gordinflón es el que peor lo tiene en este sentido). El problema estriba en que aquí estamos más expuestos a los malos rollos de los mayores que los chicos que viven en los bloques más tranquilos o en los barrios de casas unifamiliares con jardines y vallados de madera blanca. Y cuando llamo a mi madre para decirle que me voy a quedar a dormir en casa de Thomas, me habla como si fuera un mocoso de cinco años.

Quiere conocer a Thomas para asegurarse de que no es un traficante de drogas o un ser maligno e indeseable que se ha propuesto convencerme de que me tire de una azotea.

La esperamos sentados a una de las mesas de pícnic pintadas de marrón que hay en el segundo patio. Sentados a esta misma mesa, Brendan me comunicó la

noticia de que iba a pasar el verano en Carolina del Norte con su familia cuando teníamos trece años. Empecé a dibujar cómics durante su ausencia, y cuando volvió se encontró con un retrato en el que aparecía como un entrenador Pokémon.

Mamá sale por la puerta de las escaleras vestida con la camiseta de gimnasia que solía ponerme hace dos o tres años.

Preferiría que no llevase el llavero en la mano, pues Thomas seguramente va a advertir que lleva prendidos en él todos los cupones de descuento del supermercado.

—Hola.

—Hola, soy Thomas —saluda él, tendiéndole la mano.

—Elsie. —Mi madre sonrío y se la estrecha—. ¡No me digáis que estáis empapados de sudor!

—No, es agua de los aspersores —aclaro.

—Menos mal. Decidme, chicos, ¿qué planes tenéis para esta noche?

—La película que hemos visto era muy mala, y se me ha ocurrido que a su hijo el larguirucho seguramente le gustaría ver Tiburón —explica Thomas.

Mamá me mira.

—No me avisaste de que te ibas al cine.

—Ya ves que no me ha pasado nada malo.

Sus ojos van a la cicatriz de mi muñeca y vuelven a posarse en mi rostro.

—Thomas ya lo sabe —indico.

Thomas interviene:

—Señora Elsie, si así se queda más tranquila, puedo darle mi dirección, mi teléfono y el teléfono de mi madre. Estoy seguro de que Aaron lo va a pasar en grande cuando vea Tiburón por primera vez. Y sepa que está más que invitada a acompañarnos si usted tampoco la ha visto.

Sus palabras consiguen que mi madre vuelva a sonreír.

—La vi en el cine cuando era pequeña. Gracias.

Thomas casi parece tenerle envidia, porque vio la película en su momento. Es posible que piense que ojalá él mismo hubiera vivido esos tiempos. Por mi parte creo que preferiría vivir en el futuro, y no en este presente que me ha tocado en suerte.

—Esta noche voy a quedarme trabajando en el supermercado hasta bastante tarde, así que puedes ir —me indica mamá.

Estoy sonriendo como un idiota. No me hacía tanta ilusión quedarme a dormir en casa de un amigo desde que la madre de Dave el Gordinflón nos llevó a medianoche a todos los chavales a comprar la última versión del juego Throne Wars y luego nos pasamos la noche entera jugando partidas en su casa.

—Thomas, por favor, asegúrate de que se vaya a dormir antes de las dos, recuérdale que vaya al baño antes de acostarse y no dejes que se gaste más de un dólar en chuches y refrescos.

Me entra tanta vergüenza ajena que tengo ganas de hacer un chiste sobre aquello que ya sabéis, pero eso tan solo serviría para prolongar mis sufrimientos. Mamá le abraza, y me abraza a mí después. Le agradece que me deje dormir en su casa, toma todos los datos que él le da —la dirección, su número, el de su madre— y echamos a andar.

—Tu madre es estupenda —elogia Thomas.

—Sí, cuando no le da por tratarme como a un niño pequeño. Oye, quizá sea mejor que vaya a recoger un poco de ropa si me quedo a dormir en tu casa.

—No te preocupes. Tengo lo necesario.

Tan solo estamos a un par de calles, pero —y lo dice alguien que seguramente nunca va a tener el dinero suficiente para admirar las pirámides de Egipto o los canales de Venecia— tengo la impresión de que este día que estoy pasando fuera de casa viene a ser como si me hubiera ido de viaje a otro país.

C C C C

El cable anaranjado nos sigue hasta el terrado y serpentea sobre el suelo cubierto de gravilla, donde no queda ni rastro de la noche pasada junto a Genevieve. Thomas sitúa el proyector en su sitio, pero todavía hay algo de luz, por lo que tendremos que esperar un poco para ver la película. Me tumbo boca arriba y con los brazos abiertos, como quien se propone dibujar la silueta de un ángel en un suelo cubierto de nieve.

—¿Qué haces? —pregunta Thomas.

—Secarme.

Cierro los ojos, pero sigo viendo culebras anaranjadas y siento que el sol continúa tostándome la cara. No sabría decir hasta qué punto mi camiseta está empapada de agua o de sudor. El verano es un latazo en este sentido, pero el invierno resulta mucho peor, pues siempre me niego a salir de casa, por mucho que Genevieve quiera dar un paseo, hacer un muñeco de nieve y tomar cursilonas fotografías de pareja.

—Oye, que no somos gais, pero recomiendo que te quites la camiseta —dice Thomas.

Levanto la mirada y veo que se ha quitado su propia camiseta, que deja a secar en el saliente del terrado. Me siento, me la quito también, se la tiro y vuelvo a tumbarme boca arriba y con los brazos en cruz. La gravilla recalentada por el sol me quema la piel, pero no resulta peor que la arena de Jones Beach. Lo que me lleva a pensar que nuestra estampa no es muy distinta a la que puedan ofrecer dos chicos con el torso al aire en la playa, así que conviene tener claro que, oye, no somos gais.

Thomas se sienta a mi lado.

—Antes siempre subía a mirar películas con Sara. Bueno, digamos que empezábamos a mirar una peli y luego nos poníamos a hacer de las nuestras.

—¿Tu ex y tú lo hicisteis en este lugar?

Ríe.

—No, qué va. Tan solo tonteábamos.

—¿Ella fue la primera? —pregunto.

—Sí. ¿Y tú?

—Pues sí, Sara también fue mi primera chica.

Thomas me suelta un manotazo en el hombro, tan fuerte que me lo deja señalado. Respondo con un puñetazo sobre su corazón, pero tiene el pecho más robusto que el mío.

—Vaya pechazos.

—Se llaman pectorales, y mis horas de gimnasio me han costado.

Por la razón que sea, me incomoda hablar de su cuerpo, seguramente porque está mejor esculpido que el mío.

—¿Echas de menos a Sara? Lo pregunto en serio.

—Sí y no —contesta—. Me sentí obligado a romper con ella porque no acabábamos de encajar. Sí que echo en falta contar con alguien a quien llamar, con quien salir y divertirme. Pero eso no quiere decir que tenga que ser Sara.

—Entiendo lo que dices.

Lo dejamos correr y hablamos de otras cosas mientras el sol se esconde tras los rascacielos de la ciudad: de nuestros videojuegos y cómics preferidos; de lo tedioso que es ir al instituto, de las profesoras que están buenas y de las chicas que lo hacen todo más llevadero; de su próximo cumpleaños —el mismo día del regreso de Genevieve—, de que nunca ha fumado, ni siquiera un cigarrillo. Me mira con cierta decepción cuando reconozco que yo sí fumo un poco de hierba vez en cuando, con Brendan y los demás. Para cambiar el tono de la charla, admito algo que me da mucha vergüenza:

—No sé montar en bicicleta.

—Pero ¡eso es imposible! —exclama.

—Nunca me enseñaron. Mi madre tampoco sabe ir en bici, y mi padre siempre decía que iba a enseñarme, pero nunca llegó a hacerlo.

—En tal caso, voy a tener que enseñarte. Es fundamental en la vida, lo mismo que nadar y masturbarse.

C C C C

El cielo ha oscurecido.

La calidad de imagen de Tiburón es muy mala, porque: 1) la película es antigua, y 2) la estamos proyectando contra una superficie de ladrillos. Pero no cambiaría la experiencia por ver una edición restaurada en un televisor de gran pantalla.

Empieza a refrescar, pero no me decido a levantarme y recoger la camiseta, pues estoy demasiado inquieto por la suerte de la chica que se adentra corriendo en el mar como si nadie le hubiera explicado que esta es una peli de tiburones.

—¿Cuántas veces la has visto?

—He perdido la cuenta —responde—. Más veces que Caballo de batalla, pero menos que Parque Jurásico.

Después de una sucesión de secuencias de las que quitan el hipo, en las que el tiburón se zampa a varios actores más y el barco de los supervivientes estalla en mil pedazos, nos ponemos las camisetas otra vez, metemos el proyector en su caja y bajamos por la escalera de incendios con cuidado... y eso que la puerta del terrado está abierta de par en par.

—Mi madre seguramente está durmiendo, así que mejor que no hagamos ruido —avisa Thomas, mientras abre la ventana y entra en el piso.

Su habitación huele a ropa recién lavada y a virutas de haber sacado punta a los lápices. Las paredes están pintadas de verde y decoradas con carteles de películas y fotos de sus directores preferidos. Paso por encima de unos calcetines hechos una bola y tirados en el suelo y me fijo en el pequeño aro de baloncesto clavado a la puerta, con el que seguramente practica cuando está aburrido. En la puerta hay un montón de garabatos: partidas de tres en raya, citas sacadas de películas de Steven Spielberg, bosquejos de dinosaurios, un dibujo muy fiel de E.T. y muchas otras cosas que no alcanzo a discernir.

Tiene la cama por hacer, pero su aspecto es acogedor, a diferencia de la mía. Mi cama viene a ser un simple camastro carcelario, o poco más. Thomas incluso tiene su propio despacho, mientras que la única superficie sobre la que dibujo yo es un manual de texto en el regazo. En el escritorio hay un cuaderno abierto; me fijo y veo unas notas musicales, una composición musical que estuvo haciendo y que tachó en favor de un guión de cine con el que no ha llegado demasiado lejos.

Thomas abre la puerta del armario —otra cosa que yo no tengo— y arroja unas cuantas camisetas sobre la cama.

—Mira a ver qué puedes ponerte para dormir, larguirucho.

Examino las camisetas. Casi todas son demasiado holgadas, demasiado ceñidas, demasiado infantiloides, demasiado viejunas o, lo juro, demasiado marcianas. Resulta que esta última prenda fue un regalo hecho por su tía tras visitar Roswell, en Nuevo México. Me decido por una camiseta blanca, que me pongo con rapidez. En una esquina del cuarto, detrás del cesto para la ropa sucia, hay un gráfico circular con multitud de notas adhesivas pegadas. Lleva el encabezamiento: EL GRÁFICO DE LA VIDA.

—¿Y esto qué es? ¿Un trabajo para el colegio?

—Es lo que he estado haciendo durante estos dos últimos días —explica, mientras se pone unos pantalones de pijama con la efigie de Snoopy y una camiseta sin mangas—. He pensado en orientarme a mí mismo, en seguir la dirección en la vida que más me interesa. Un poco como hizo Maslow con la jerarquía de las necesidades, ya sabes. Pero con el matiz de que no quiero obsesionarme ni planearlo todo hasta el último detalle.

No tengo idea de quién es ese tal Maslow, pero el gráfico hecho por Thomas me parece más bien obsesivo. Coge el tablero y lo apoya sobre la cómoda. Nos sentamos frente a él.

Las categorías en este diagrama circular están divididas atendiendo a: colegio/trabajo, salud, autorrealización y relaciones personales.

—Diría que estoy bien de salud. Como alimentos saludables y hago ejercicio físico. Tengo problemas con la seguridad económica, porque no consigo encontrar un empleo que me guste de verdad. El dinero en mi cuenta del banco no me llega ni para comprar una entrada de cine.

Por lo menos él sí tiene una cuenta bancaria, lo que indica que en su momento estuvo ganando el dinero suficiente como para ahorrar un poco. A mí, si me regalan unos billetes por mi cumpleaños o por Navidad, lo normal es que los meta casi todos en el monedero de mamá, pues ella sabe mejor que yo en qué conviene gastarlos. Eso de pagar el alquiler de un piso que detestas resulta poco agradable, pero peor sería estar sin techo. Siempre hay que mirar el lado bueno de las cosas, ¿no os parece?

—Encuentro que mis principales problemas son el amor y la falta de unos objetivos claros —prosigue Thomas. Este gráfico es la obra de un loco empeñado en que su vida tenga un final feliz. Seguramente haría bien en imitar su chaladura—. Creo que tenía la autoestima por los suelos después de romper con Sara. Pero tu compañía me ha ayudado a no caer en un agujero negro, o eso pienso.

—Me alegro —digo.

El teléfono zumba en mi bolsillo. Veo que es Genevieve.

Pulso «ignorar». La llamaré antes de meterme en la cama.

—Hablo en serio. Me has dado algo. No sé qué, pero algo que nadie más me ha dado. Ni mi padre, a quien nunca veo; ni mi madre, que no para de trabajar; ni mi exnovia. Quizá vayas a tener que ayudarme a descubrir mi verdadero potencial.

Contemplo su dormitorio un momento. Este lugar pertenece a una persona que vive varias vidas a la vez. Hay composiciones musicales inacabadas y guiones de cine (más tarde me entero de que en el armario incluso tiene un musical inacabado, sobre un robot que se traslada en el tiempo hasta llegar al Mesozoico para estudiar los dinosaurios mientras entona canciones sobre una vida sin tecnología).

Hay un montón de cajas de Lego encajadas en una esquina, así como un vistoso edificio construido en la época en que quería ser arquitecto y diseñador escénico.

Pienso en la niñez, en cuando te propones ser astronauta, antes de aceptar que eso seguramente va a ser imposible... por mucho que la gente diga que no hay nada imposible y te ilustre con ejemplos históricos para que termines sintiéndote como un estúpido. Eres consciente de tus dotes y de tus limitaciones, y empiezas a pensar que quizá tendrías que dedicarte al boxeo, aunque seas demasiado flaco. Pero siempre estás a tiempo de hacer ejercicio y desarrollar los músculos. Y todo cambia cuando sueñas con escribir para un periódico y tener tu propia columna, y pones manos a la obra.

Y un día, mientras estás escribiendo consejos para que el lector lleve una vida más organizada, te da por pensar de nuevo en pilotar una aeronave por el espacio exterior.

Esta es la forma en que Thomas vive su vida, con un sueño frustrado tras otro. El viaje puede durar toda una existencia, pero, incluso si llega a la vejez sin saber bien qué es lo suyo, está claro que Thomas va a morir con unas arrugas bien merecidas y una sonrisa en el rostro.

—Si me ayudas a ser un poco feliz, para no acabar como mi padre, trato hecho —le digo.

—Trato hecho.



MÁS ALLÁ DE LOS CALLEJONES SIN SALIDA Lo único malo de la noche previa fue que al final no encontré el momento de devolverle la llamada a Genevieve. Es lo primero que pienso al levantarme.

La silla de Thomas cruje. Anoche estuvo sentado en ella un rato, presumiendo de su «buenísima técnica de papiroflexia japonesa» (pero cuando trató de crear una concha marina, el resultado fue un papelote arrugado). Me siento en la cama y me froto los ojos. Sé que es temprano, porque así me lo dice el ángulo de los rayos del sol proyectados entre los listones de la persiana. Cuesta creerlo, pero Thomas ya está despierto, encorvado sobre el escritorio, escribiendo algo mientras taconeá el suelo sin hacer ruido; se diría que está sometándose a un examen de final de curso y que no quiere que le copie las respuestas.

—Hola. ¿Qué haces?

—Escribir en mi diario.

—¿Lo haces todos los días?

—Casi todas las mañanas, desde hace dos o tres años — responde—. Ya casi he terminado. ¿Cómo has dormido?

¿Siguen secas las sábanas?

—Que te den.

Me duele un poco la espalda, aunque tampoco es para morir.

Te he dejado una toalla y un cepillo de dientes limpios en el cuarto de baño, por si quieres asearte antes de desayunar — indica, sin apartar la vista del papel.

—¿Vas a preparar el desayuno?

—Eso mismo. Aunque te aviso: solo sé preparar tostadas y sacar galletas del paquete. Nos las arreglaremos.

Sonríe y vuelve a enfrascarse en el diario.

Tengo que esperar unos segundos antes de levantar las sábanas, por causa de ese fenómeno que nos sucede a los chicos al despertar por la mañana. Pero Thomas no está mirándome en absoluto. Salgo de la habitación, dando por sentado que su madre ya se ha ido, pues mi amigo me deja andar por la casa en libertad. Doy con el cuarto de baño y orino mientras contemplo los estantes cubiertos de toallas limpias y esponjosas. En mi casa compartimos un mismo juego de toallas raídas y andrajosas, que como mucho lavamos un par de veces al mes. Termino de cepillarme los dientes y vuelvo al dormitorio, pero Thomas ya se ha ido.

Sigo el sonido de los utensilios metálicos procedente de la cocina y me detengo a mirar las fotos que adornan una de las paredes del pasillo. Una de ellas muestra a Thomas de niño, jugando al baloncesto, con las mismas cejas

llamativas que hoy tiene. La cocina es dos veces más grande que la que tenemos en casa. De la pared penden cazos y sartenes de color rojo, impolutos todos ellos. En lo alto de la nevera hay un televisor en miniatura, y Thomas ha conectado un programa de noticias, como hacen los adultos. Pero no le presta atención, pues está ocupado en hablar por teléfono.

—... te las puedo devolver por correo electrónico —dice, mientras vierte copos de maíz en dos tazones. Me pasa uno—.

No, Sara, creo que aún es pronto para volver a vernos... mira, yo... —Contempla el teléfono un segundo y lo deja en la encimera—. Ha colgado.

—¿Hay algún problema?

—Quiere que le devuelva las cartas y las postales que me escribió. No sé... Creo que quiere que las vuelva a leer, o algo parecido, para que la eche de menos. —Toma asiento al otro lado de la mesa y se encoge de hombros—. Pero bueno, dejémoslo de una vez. Siento decirte que no me quedan cereales de otro tipo. La otra noche me comí todos los de avena. Eso sí, nos quedan galletitas y nubes de azúcar. Y los restos de un conejito de Pascua de chocolate al que siempre se le puede hincar el diente. Espero que sea suficiente.

No me he sentado a la mesa de una cocina para comer desde la última vez que estuve en casa de mis abuelos, que ya están muertos. Me levanto del asiento, echo mano del paquete de galletitas con virutas de chocolate y vierto su contenido en el tazón con los cereales. Thomas me brinda la más amplia de sus sonrisas.

C C C C

Después de desayunar salimos a la calle y nos ponemos a vagar sin rumbo, en dirección contraria a la del complejo donde vivo.

—¿Qué amigos tienes por esta zona? —pregunto.

—Tú —contesta Thomas—. Y creo que el Niño Freddy y Dave el Flacucho tampoco me miran mal.

—En tu bloque de apartamentos, quiero decir.

—Ya sé lo que querías decir. Me da vergüenza reconocerlo, pero mi único amigo en este complejo es el señor Isaacs, el que vive en el primer piso. El hombre está loco por los gatos y tiene una obsesión con las fábricas. —Se encoge de hombros—. Después de que mis amigos me dieran la espalda, me dije que era mejor olvidarse de ellos.

Algo incómodo, no me queda más remedio que preguntar: —¿Qué es eso de que te dieron la espalda?

—Después de lo que mi padre hizo aquel cumpleaños pensé que era mejor evitar las celebraciones, pero mi amigo Victor el año pasado estuvo llamándome e insistiéndome. Iba a organizarme una fiesta, con juegos de mesa y con bebidas. Me disponía a ir a su casa, pero en el último minuto me llamó y lo canceló todo, porque iba a asistir a un concierto con nuestros colegas. Pensé que estaban preparándome una sorpresa todavía mayor. Pero no volvieron a llamarme. Estaba demasiado deprimido para ponerme a beber a solas, y al final me quedé en mi cuarto sin hacer nada. Ni siquiera me trajeron una camiseta del concierto.

No lo conozco personalmente, pero tengo claro que ese tal Victor es un gilipollas de cuidado.

—Tampoco te interesa relacionarte con babosos, mira lo que te digo. La gentuza de ese tipo es un lastre en la vida.

Thomas se detiene y se vuelve hacia mí.

—Es lo que me gusta de ti, larguirucho. Que te tomas en serio a ti mismo. Todos los demás se han resignado a la idea de no ser nadie en la vida, de que van a quedarse en este lugar para siempre. Son incapaces de soñar. No pueden pensar en el futuro.

Tengo que apartar la vista, pues toda esta conversación sobre el futuro me pone un poco nervioso. Me acaricio la cicatriz.

—Conmigo te equivocas —respondo. Quizá tendría que dar media vuelta e irme a casa, para no hacerle perder el tiempo—. En su momento pensé que la muerte era una estrategia para llegar a un final feliz. Entiendo todo lo que me

dices, pero...

—Pero nada. —Me agarra por la muñeca—. Todos cometemos errores. Cometo un error cada vez que me apunto a un trabajo que no me conviene, pero también estoy dando un paso en la dirección adecuada. Como poco, es un paso que me aleja de la dirección inadecuada. No vas a volver a hacerte algo así a ti mismo, ¿verdad?

Me está mirando a los ojos, obligándome a encontrar los suyos.

—No.

Me suelta y echa a andar otra vez.

—Esa simple respuesta deja claro que ahora eres una persona diferente.

Seguimos andando calle abajo en silencio, y una mujer joven que enarbola un pequeño cartel de manifestante se cruza con nosotros.

INSTITUTO LETEO: ACABEMOS CON SU RECUERDO

Voy tras ella, seguido por Thomas.

—Perdóneme la molestia, pero... ¿qué quiere decir con este cartel?

—Que hay una chica con muerte cerebral por culpa de los del Instituto Leteo —responde la desconocida. Tiene la voz grave y la mirada inexpresiva—. Es la cuarta en una semana.

Nos estamos manifestando para que las autoridades cierren ese lugar.

Lo dice con orgullo, dándose aires de grandeza.

Seguramente es una de esas fanáticas animalistas que arrojan sangre de mentirijillas a las ancianas que llevan abrigos de pieles.

—¿Nos? ¿Y quiénes son ustedes?

La mujer no contesta. Thomas y yo nos miramos. Cuanto más nos acercamos a la calle 168, más fuerte es el ruido del gentío escondido entre los edificios. Hay unos coches policía que bloquean los accesos, con las sirenas encendidas para avisar a los conductores. Doblamos por la esquina, y resulta que la calle está tan llena como cuando hay un festejo en el barrio... con la salvedad de que en el aire no hay globos festivos, sino pancartas y carteles de protesta.



UNA MANIFESTACIÓN PARA EL RECUERDO

Ya había visto fotos del Instituto Leteo en el Bronx, pero cuando lo ves de cerca rodeado de manifestantes enfurecidos, la cosa es más interesante. Lo lógico sería esperar que el instituto tuviera un aspecto futurista, como el de una tienda Apple en el centro de Manhattan, pero la verdad es que el edificio del Museo de Historia Natural resulta más innovador que el del Leteo: una simple estructura de cuatro pisos con una fachada de ladrillos color ceniza.

Los manifestantes proclaman que en el Leteo hay más bajas que en un depósito de cadáveres. Encuentro raro que la gente nunca proteste en el caso de los hospitales, donde las negligencias médicas están a la orden del día y afectan a más personas aún. Una posible explicación que se me ocurre: la gente asocia el Instituto Leteo con la ciencia ficción, y los adelantos de este tipo sí que les meten el miedo en el cuerpo.

Un fulano calvorota nos habla de la última operación quirúrgica que ha salido mal. Según parece, operaron a una chica esquizofrénica de veintipocos años para quitarle de la mente los personajes imaginarios que le atormentaban desde que era niña. Pero lo que pasó fue que la chica no volvió a despertar, que está al mismo borde de la muerte. Los representantes del instituto no han dado más detalles sobre el estado de la joven en coma.

Una mujer con el pelo rizado y un hombre de mayor edad pugnan por abrirse paso entre la multitud. Cada uno lleva un cartel de protesta:

NO MÁS MILAGROS PARA LOS CRIMINALES

Lo que no termina de encajar con la historia de la joven con muerte cerebral.

—¡Tratasteis de ayudar a un criminal! —grita el hombre entrado en años por encima del gentío, como si alguien del Leteo estuviera escuchando sus protestas personalmente—.

¿Qué será lo siguiente? ¿Ayudar a unos terroristas?

—Disculpe, señor —tercia, Thomas—. ¿Qué quieren decir con esos carteles?

La mujer se adelanta y responde:

—Nos estamos refiriendo al accidente de coche, naturalmente.

—No terminamos de entender —digo yo.

La mujer se vuelve hacia el otro.

—Harold, cuéntales a estos chicos lo del accidente. Siempre se te ha dado mejor explicar este tipo de cosas.

—Chavales, tendríais que dejar los móviles y mirar las noticias de vez en cuando —indica Harold. Me vuelvo hacia Thomas, quien esboza una mueca—.

Hace unos meses, cierto individuo se estrelló con el coche. Su mujer y su hijo de cuatro años murieron en el accidente. Por increíble que resulte, esos impresentables del Instituto Leteo aceptaron tratar de borrar de su memoria el recuerdo de su mujer y su hijo, después de que el fulano tratara de suicidarse en la cárcel.

—¿Cómo se explica que quisiera olvidarse de su familia?

—Porque se sentía culpable —responde Harold—. La gente del Leteo sostiene que ese tipo ahora puede manejarse mejor en el entorno de la cárcel, pues desde entonces está convencido de que mató a unos desconocidos. Maggie y yo pensamos que todo eso es pura basura. Y que ese sujeto está obligado a sentirse culpable.

—Si te enteras de los detalles del accidente, resulta que no fue por simple casualidad —incide Maggie—. Los del instituto miran a las personas como a clientes, no como a pacientes. Lo que no es lo mismo. —Nos da la espalda, levanta el cartel en alto y grita—: ¡No más milagros para los criminales! ¡No más mi-la-gros para los cri-mi-na-les!

La policía se abre paso entre los manifestantes, con el propósito de llegar a la entrada del edificio. Thomas me echa hacia atrás, para que no me vea arrastrado por el tumulto. Me vuelvo una última vez, dándome contra otro par de personas, y veo que un niño pequeño sentado a hombros de su padre enarbola un cartel que dice: FUERA LA TABULA RASA. Es evidente que el niño no tiene idea de lo que significa, pero si a alguien se le ocurre hacer una foto, la imagen sin duda se convertirá en viral.

Al otro lado de la calle se encuentran unos partidarios del Instituto Leteo. No pasarán de ser la cuarta parte de los que protestan, pero están dando la cara. Seguramente son amigos, familiares o personas que han olvidado y aprecian la labor del Leteo a la hora de reparar vidas. Casi espero encontrarme a los padres de Kyle entre ellos, aunque no sé bien qué clase de cartel llevarían. Quizá uno con la leyenda: GRACIAS POR AYUDAR A MI HIJO A OLVIDARSE DE SU HERMANO GEMELO. SIEMPRE QUISO SER HIJO ÚNICO. Me digo que no, que si andan por aquí, seguramente están dentro del instituto, con la idea de olvidarse de Kenneth también. Es lo que yo haría si me viera obligado a vivir con alguien que tiene su misma cara y su misma risa.

Thomas finalmente me suelta al llegar a la esquina. Nos detenemos en el mismo momento en que los manifestantes se ponen a corear:

—¡No vamos a olvidar! ¡No vamos a olvidar!

C C C C

—En su momento pensé que el método Leteo tenía que ser la estafa más gorda del universo de las estafas —explico a Thomas mientras volvemos a casa caminando, bajando la voz cuando pasamos junto a una parada de autobús atestada de gente. No sé por qué lo hago, pues el país entero está al corriente de lo que se cuece en el Leteo. Hay tres institutos en Nueva York, uno aquí en el Bronx, otro en Long Island y un tercero en Manhattan. Me pregunto si también estarán produciéndose manifestaciones frente a los edificios de Texas, California o Florida—. Pero conozco a alguien que se sometió al procedimiento. Y ya no lo conozco. Bueno, lo conozco, pero ahora es otro, no sé si me explico.

—¿Cómo?

—Te estoy hablando de Kyle, un chaval con el que crecí. A su hermano gemelo lo mataron a tiros, parece ser que por su culpa, y Kyle entonces se olvidó por completo de la existencia de Kenneth para seguir con su vida. Espero que le vaya bien, que el procedimiento no tenga algún efecto retardado negativo.

—¿Ya no estás en contacto con él?

—No. Su familia y él se fueron del barrio antes del tratamiento. No sé muy bien adónde. Tampoco sé muy bien cómo, pero la madre del Niño Freddy se enteró del asunto, y no pasó un día antes de que todos los que vivimos en el bloque de apartamentos lo supiéramos también. Está claro que la gente iba a insistir en preguntarle a Kyle por lo de su hermano muerto, así que tiene sentido que la familia decidiera marcharse.

Kyle y Kenneth, los gemelos Lake. No nos acordamos lo bastante de ellos. En los bloques donde vivimos, no hay generación que no haya perdido a unos cuantos de sus amigos. Uno de los Tíos Mayores, Benton, hace un par de años iba bebido y se metió con la bici entre el tráfico. No sé los detalles precisos, pero hoy está haciendo compañía a Kenneth en algún lugar. Lo menos que podemos hacer es acordarnos de Kenneth, sobre todo ahora que Kyle es incapaz de hacerlo.

El corazón se me acelera al pensar en todo esto, de modo similar a como sucede cuando soy el último que anda suelto en el juego de la Caza del Hombre.

—¿Tú te apuntarías a una cosa así? ¿Te someterías al procedimiento Leteo?

—Yo no tengo nada que olvidar, y si lo tuviera no me apuntaría —contesta Thomas—. Todas las personas que conoces desempeñan un papel en tu vida, incluso un padre que te miente o se olvida de ti. El tiempo al final se encarga de borrar el dolor, de forma que tampoco pasa nada. ¿Y tú?

¿Tú te apuntarías?

—Ahora que lo dices, lo pienso mejor y me digo que tampoco tengo que borrar nada de la mente —le aclaro—.

Bueno, quizá sí me gustaría olvidarme de una cosa para siempre. De los payasos. No estaría mal que eliminaran los recuerdos que tengo del circo.

—Esos medicuchos tendrían que limitarse a borrar a los payasos. Y punto.



INTERCAMBIOS

Últimamente estoy haciendo turnos adicionales en Good Food's, pues mamá no se encuentra bien. Hoy es el segundo día seguido que no viene a trabajar, lo que vamos a notar mucho a fin de mes. Mohad anoche incluso confió en mí para dejarme a solas a la hora de cerrar la tienda. Como era de esperar, todos mis amigotes querían que les encerrase en el interior para montar una fiesta con barra libre de cervezas, cigarrillos, patatas fritas y demás. Lo último que mi familia necesita es que me encierren en el calabozo y me pongan una denuncia.

Hoy es mi primer libre desde que me encontré con la manifestación frente al Instituto Leteo en compañía de Thomas, a quien no he vuelto a ver desde entonces. Vamos a encontrarnos dentro de un rato, pero ahora mismo estoy relajándome y holgazaneando un poco con Brendan y el Niño Freddy en una de las escaleras. Sentado en un escalón, Brendan está liando unos petardos de marihuana sobre una hoja de papel cuadriculado y varias facturas por pagar.

—Pensaba que tus clientes los liaban por su cuenta.

—Estos canutos no son para mis clientes habituales — explica Brendan, quien lame la punta del chato cigarrillo de hierba recién liado—. Tengo pensado ampliar el mercado. Si me pongo a trabajar en algunas esquinas y facultades de la universidad, y si los lío yo mismo, voy a esquilmarles el veinte por ciento de toda la maría que me compren.

—Mi jefe está buscando otro friegaplatos —interviene el Niño Freddy—. Lo digo por si quieres dejar de vender hierba.

—El trabajo de lavaplatos es para hispanos como tú o Dave el Flacucho. Ya me va bien como estoy.

—Como quieras. ¿Puedo pegarle un tiento?

—Puedes fumarte la mitad.

Brendan es listo. He visto al Niño Freddy tratar de fumar otras veces, y lo que pueda inhalar va a ser una fracción de lo que Brendan termine por esquilmar a sus clientes.

—A Kenneth le gustaba fumar porros —observo.

Brendan levanta la vista.

—El hermano de Kenneth la metió hasta el fondo al tirarse a la hermana de un tío peligroso. Un fulano con pistola.

El Niño Freddy hace caso omiso.

—A Kenneth le gustaba copiar todo lo que hacía su hermano, y mira que eso a Kyle le reventaba.

—Quizá por eso Kyle terminó por olvidarse de Kenneth — comenta

Brendan, mientras enciende el porro chato y recién liado. Inhala con fuerza y agrega—: Ya lo ves, te las has arreglado para que me ponga a fumar los petardos de mis clientes. —Mete todos los cigarrillos de maría en una bolsita hermética de plástico transparente, en la que espolvorea los restos sueltos de hierba—. Vamos a jugar a alguna cosa, ¿vale?

Tengo ganas de correr un poco.

—Yo he quedado con Thomas dentro de unos minutos.

Pero vuelvo con vosotros dentro de un rato.

—Como prefieras —responde Brendan.

Nos vamos de la escalera, y uno de los guardias de seguridad ve la bolsita de plástico que Brendan lleva en la mano. Nos llama delincuentes, pero se marcha por su lado. El Niño Freddy dice:

—Nos vemos luego, Aaron.

Brendan ni se detiene.

Está claro que hubiera sido mejor olvidarse por completo del recuerdo de Kenneth y de Kyle.

C C C C

—¿Qué propones que hagamos?

—Con Genevieve siempre hago una cosa que...

—Si estás pensando lo que imagino, mejor déjalo correr — zanja Thomas, dándome una palmadita en la espalda.

—Muy gracioso. Bueno, ya sé que esto tampoco va a parecerte lo mejor del mundo, pero acostumbramos a jugar a una cosa que se llama Intercambio de Planes.

—¿Te refieres a eso que hacen algunos depravados? ¿El intercambio de parejas?

—No. Por Dios, ¿tan difícil resulta entenderlo? —Si hay algo que odio en el universo, es tener que repetirme. Pero le explico de qué va el Intercambio de Planes, con la esperanza de hacer algo divertido, y, oye, sin ser gais—. Se me ha ocurrido que podríamos jugar a un Intercambio de Planes a la Inversa, o llámalo como quieras. Tú me llevas a un lugar que tenga un significado personal para ti, y luego yo hago lo mismo.

—Me parece bien. Pero no vayamos al terrado, que ya lo conoces. Deja que lo piense. Tú decides primero.

Vamos al Manicomio de los Cómics. Hace un tiempo traté de conseguir un empleo en esta tienda, pero me dijeron que tendría que esperar hasta que terminase el colegio por no sé qué rollo, algo de la legislación laboral o no sé qué, ahora no me acuerdo. No puedo imaginar un lugar con un ambiente de trabajo mejor.

—Este es el mejor sitio del mundo —anuncio al llegar—.

Fíjate en esta puerta: ¡joder, qué pasada! ¡Vaya con la jodida puerta!

—Vaya con la jodida puerta... —conviene Thomas—. Te gusta soltar tacos, palabrotas, ¿eh?

—Pues sí. Mi madre se cabreaba cada vez que el conductor de autobús escolar le contaba que no paraba de largar cuando estaba con Brendan, pero una vez al año nos montaba un concurso de deletreo para mí y para mi hermano, y solo valían los tacos. Creo que era su manera de tenernos contentos.

Thomas se echa a reír.

—Tu madre es lo que no hay.

Camina directamente hasta el armario con las capas de superhéroes, se prueba la de Superman y luego la de Batman, mientras cita frases de una y otra película («KRIPTÓN TUVO

SU OPORTUNIDAD» y «JÚRAMELO A MÍ»). Me sigue al rincón de los saldos, coge uno de los cómics y apunta: —Es increíble que los superhéroes siempre tengan veinte años después de treinta de existencia. Así los dibujantes no tienen que molestarse en crear nuevos personajes. Es pura cuestión de pereza.

Algunos fanáticos de los superhéroes se vuelven y le miran fijamente. Empiezo a temer por su vida, un poco.

—No sé. Por lo menos esos dibujantes comerciales se las arreglan para terminar sus historias. En cambio, mi propio cómic...

—¿Tú también tienes un cómic?

—Sí, pero no está a la venta.

—¿Dónde lo tienes?

—No lo llevo encima.

—¿Puedo leerlo?

—Aún no lo he acabado.

—¿Y qué?

—Que todavía no está bien del todo.

—¿Y qué? Larguirucho, dejé que vinieras al terrado de mi casa con tu chica el día de su cumpleaños. Me debes una.

—Pensaba que iba a ayudarte a descubrir quién eres en realidad.

—Déjame leer tu cómic.

—Vale. Pronto.

Me acuerdo de que lo dejé en la página donde el Guardián del Sol se encuentra ante un dilema: dejar que sea su novia o su mejor amigo el que se convierta en la merienda del dragón. Si me obligaran a escoger entre salvar a Genevieve o salvar a Thomas, me tiraría de cabeza a las fauces del dragón, para no tener que elegir. Estoy a punto de decirle a Thomas que apenas si he dibujado algo desde la muerte de mi padre, pero al levantar la mirada veo a Collin, el del colegio, y él también me ve.

Me siento fatal. Cuando me dijo que había dejado embarazada a Nicole, no fui muy comprensivo o atento con él. Pero es que, bueno, el sexo viene a ser matemática elemental: el condón es igual a menos probabilidades, y la ausencia del condón es igual a muchas más probabilidades de tener un hijo. Tampoco es justo que me sienta como un cabronazo porque Collin no tuvo dos dedos de frente para enfundarse un condón.

Aunque estoy firmemente convencido de que todos los habitantes de este planeta un día terminarán por dejarse de chorradas para siempre —esto es, que se limitarán a saludarse cortésmente con la cabeza, en lugar de perder la mitad de sus cortas vidas en conversaciones insustanciales—, me siento obligado a decir alguna cosa.

Me acerco a Collin. Huele a colonia barata, de línea blanca de supermercado.

—Hola. ¿Cómo te va el verano? Los de la pandilla te hemos echado de menos, colega.

No es del todo verdad, pues Collin siempre consideraba que la Caza del Hombre era un juego para niños. No se equivoca, pero es que nunca terminó de ponerse a jugar a lo bestia, al contrario que los demás. Él prefería los deportes, el baloncesto sobre todo.

Tiene los ojos enrojecidos. No al modo de quien ha estado consumiendo drogas, sino como cuando yo mismo estoy más que exhausto y frustrado, o rabioso de una forma demencial.

Es de entender, pues he oído que está haciendo dos trabajos a la vez para costear los gastos de un bebé que seguramente no quería tener y para el que desde luego no estaba preparado.

Lo último que tendría que haber hecho es recordarle toda la diversión que está perdiéndose. En la mano lleva la sexta entrega de Alternativas oscuras, una serie que nunca terminó de engancharme. Lo que soy yo, me quedo con la magia de Scorpius Hawthorne.

No dice nada, así que pregunto:

—¿Qué te parece esta serie?

—Hazme un favor y déjame en paz —contesta Collin sin mirarme—. Hablo en serio. Piérdete.

Antes de que yo pueda disculparme, estrella el cómic contra el suelo y se marcha a paso rápido, poco menos que corriendo.

Me doy la vuelta. Thomas se ha vuelto a poner la capa de Supermán.

—¿Has visto lo que ha pasado?

—Pues no. No me digas que me he perdido algo bueno, como un fulano que dispara telarañas con las puntas de los dedos.

—No era eso. Y otra cosa: el Hombre Araña no dispara con las manos, sino con las muñecas —corrijo, pues la distinción es fundamental—. Fui compañero de clase de ese capullo durante años y años... ¡y ahora va y me da la espalda!

—¿Qué es lo que le pasa?

—Se acostó con una chica, no se puso el condón, y la chica ahora está embarazada. Fin.

—El estrés, seguramente. —Thomas hojea un par de cómics más, los devuelve a su sitio y golpea con el puño en la chimenea—. Me has traído a un lugar fantástico.

—Gracias. Ahora es tu turno. Cuando quieras.

—Ya lo he decidido. Espero que no te importe echar una carrera —dice

mientras se encamina a la puerta.

—¿Thomas?

—¿Sí?

—¿Te importaría dejar la capa en la tienda? Igual se lo toman a mal.

C C C C

Nos encontramos en la pista de atletismo de su colegio.

La puerta de la verja está abierta de par en par; según parece, las instalaciones deportivas están abiertas al público durante todo el verano. Hay seis personas corriendo por la pista: dos de ellas llevan auriculares y escuchan música, y las demás están obligadas a oír el estrépito de los trenes de las líneas dos y cinco que pasan zumbando. La pista discurre en torno a la cancha del colegio, equipada con porterías de fútbol, de fútbol americano y otros deportes. Circula una brisa agradable, y este es el lugar idóneo al que acudir cuando la vida te resulta sofocante.

—¿Estás en el equipo de atletismo del colegio?

—Lo intenté, pero no era lo bastante rápido —responde Thomas—. Eso sí, me apuesto lo que quieras a que soy más rápido que tú.

—Claro, claro. Ya te vi correr cuando jugamos a la Caza del Hombre.

—No es lo mismo correr y que te persigan.

—En mi caso es lo mismo. Siempre voy por delante.

—El que pierde paga unos helados.

Improvisamos unas líneas de salida y llegada, y nos acuclillamos como unos atletas profesionales.

—Creo que me apetece uno de pistacho —apunto—. Para que lo sepas.

Tres.

Dos.

Uno.

¡YA!

Thomas se sitúa al frente y corre a su máxima velocidad durante estos segundos iniciales; por mi parte sé cuándo conviene ser rápido, pero también sé dosificarme. Al cabo de unos diez segundos, empieza a perder comba. Thomas es un fiero del gimnasio y seguro que pronto tendrá unos abdominales de película, pero yo estuve participando en carreras de relevos con Brendan durante la mayor parte de mi niñez. Mis pies golpean con fuerza el pavimento de caucho compactado, y aunque las zapatillas me van pero que muy pequeñas, corro y corro sin parar hasta adelantarlo, y ya no me detengo hasta que salto sobre la botella vacía de agua mineral que situamos a modo de línea de llegada. Thomas ni siquiera termina la carrera; sencillamente se desploma sobre la hierba.

Brinco y salto de júbilo, hasta que me duelen las costillas.

—¡Menuda paliza te he pegado!

—Porque has hecho trampas —dice Thomas resollando.

Medio recobra el aliento y añade—: Tienes la ventaja de que eres más alto. Con las piernas más largas, así cualquiera.

—Vaya. En la vida he oído una chorrada semejante. —Me dejo caer de bruces a su lado, y la hierba mancha las rodillas de mis pantalones vaqueros—. Te recomiendo que la próxima vez escojas otro lugar en el que hacer el ridículo. ¿Y cómo se te ha ocurrido traerme aquí?

—Bueno, ya te dije que estoy acostumbrado a hacer las cosas a medias y dejarlas...

—¿En serio? —Le suelto un puñetazo en el hombro.

Me devuelve el puñetazo.

—En serio. Lo que pasó es que este lugar me dijo que no, y era la primera vez que me lo decían.

—No lo veo claro. ¿Quieres que me sienta culpable porque corres como una tortuga reumática?

—Nada de eso. El atletismo tampoco es una de mis pasiones, la verdad, pero en su momento por lo menos comprendí que no siempre puedes escoger lo que vas a ser en el futuro. Hay quien es lo bastante rápido para dedicarse al atletismo. Y hay quien no lo es. —Entrelaza los dedos tras la nuca, sin dejar de respirar con pesadez—. Pero bueno, aquí se está la mar de cómodo. Es un buen lugar para acordarte de las cosas y pensar, ¿no te parece?

Me doy cuenta de que tiene razón.

No vamos a comprar los helados. Esperamos a que nuestros costillares dejen de matarnos de dolor, mientras contamos el número de trenes que pasan sobre nuestras cabezas. Luego subimos y bajamos corriendo por las gradas, hasta dejarnos caer sobre el césped de nuevo.

C C C C

Cuando regreso a los bloques donde vivo, mis amigos están sentados a una de las mesas de pícnic pintadas de marrón, con las bicicletas alrededor. Cuando éramos niños acostumbábamos a jugar al Tiburón en este lugar. Cómo se juega al Tiburón: una persona (el tiburón) te agarra por los tobillos y trata de apartarte a rastras de la mesa (la balsa).

Cuando lo consigues, te conviertes en otro tiburón. A veces, cuando había muchos escualos, algunos de los chavales se montaban en las bicis y se contentaban con pedalear en derredor de los náufragos de modo amenazador.

—Hola, chicos. ¿Os apetece jugar un rato a la Caza del Hombre?

Estoy bastante cansado después de tantas carreras, pero si logro encontrar un buen escondite, no tendré problema.

—Mejor salimos a dar una vuelta en bici —responde Nolan.

—Ya hemos estado jugando a la Caza del Hombre —indica Deon.

—Y también nos hemos fumado unos pitos —informa Dave el Flacucho, riendo.

—Bueno, pues subo un momento a casa y pillo los patines —digo, y giro para salir corriendo.

Pero Nolan me detiene.

—Nada más que bicis, colega.

Miro a Brendan. No sé por qué espero que me eche un cable; es una estupidez por mi parte. Está claro que le ha cabreado que antes mencionase a Kenneth y a Kyle. Y es evidente que se lo ha contado a los demás.

—Bueno, pues tampoco pasa nada. Me voy a casa, a leer Scorpius Hawthorne o...

No me dejan terminar. Montan en las bicis y se alejan pedaleando.



PELEAS Y FUEGOS ARTIFICIALES

Sí, tuvieron que transcurrir tres días para que a Brendan se le pasara el cabreo. Un día más, y hubiera sido el mosqueo más largo desde que teníamos catorce años, cuando se enfureció conmigo porque no lo escogí como compañero para un torneo de videojuegos que iba a tener lugar en la Tercera Avenida. Resumiendo: Brendan considera que si no estás con él, estás contra él. Es ridículo, pero qué le vamos a hacer. Eso sí, me alegro de que se haya calmado un poco.

Y bueno, estoy con él y los demás en la pizzería de Yolanda, y de pronto salimos a la calle corriendo.

El Orate está peleándose con un veinteañero en mitad de la calzada.

Tenía nueve años cuando por primera vez me peleé con alguien que no era mi hermano. No sabía cerrar bien el puño, y Brendan tuvo que ayudarme. Aquel chaval, Larry, me golpeó una y otra vez, y yo una y otra vez volví corriendo junto a Brendan, para que me ayudara a cerrar bien los puñitos. Hasta que al final me rendí.

Lo reconozco: perdí mi primera pelea, cuyo motivo fue un silbato de plástico, contra un mocoso llamado Larry.

Pero mi nueva capacidad para cerrar los puños más adelante me sirvió, cuando me peleé con Nolan. Estábamos todos forcejeando y haciendo tonterías, y Nolan de pronto me tiró con fuerza contra la colchoneta. Me cabreé y le solté un mamporro en la barbilla. Al final salí perdiendo otra vez, pero tuve tiempo de dirigirle un buen par de puñetazos antes de que Brendan interviniera y pusiera fin a la trifulca.

Nadie tiene intención de intervenir y poner fin a la pelea entre el Orate y el Cortito, y la verdad es que este último se lo ha buscado. Lo llamo así, porque se necesita ser cortito para meterse en una bronca con el Orate. Es verdad que el Orate le dio un empujón sin querer al otro en la pizzería y no se molestó en disculparse. Pero el Cortito se equivocó al llamarlo «escoria» y «vagabundo» tan solo porque el Orate tiene la cara llena de granos, los dientes amarillentos y huele como si no se hubiera duchado en una semana. Para ser justos, el Cortito no podía saber que la palabra «vagabundo» es el único punto flaco del Orate, cuya familia ha sido desahuciada dos veces. Que os sirva de lección: nunca hay que meterse con un tipo cuyo aspecto garantiza que no tiene ningún futuro fuera de la cárcel.

Y bien, el Orate le dio al Cortito en los morros con la bandeja de la comida y lo arrastró al exterior, por petición del propietario de la pizzería.

El Cortito está sangrando por la nariz, pero no de resultas del bandejazo,

no... sino porque el Orate a continuación estampó la cara del pobre desgraciado contra el cartel de madera que anuncia: COMPRA TRES PORCIONES Y LLÉVATE UNA BEBIDA GRATIS.

—Alguien tendría que parar todo esto —dice Thomas, con un tono urgente que nunca he oído emplear a mis amigos de siempre.

—Él mismo se lo ha buscado —comenta Dave el Flacucho.

El Flacucho está pegando saltitos, como si tuviera que orinar, y todo es posible, pues tiene la costumbre de aguantarse al máximo, para después echar una enorme meada en una escalera de su elección. El chaval es un poco raro.

—Esto es demasiado —insiste Thomas, cuando el Orate golpea al Cortito en los huevos repetidas veces.

Lo cierto es que tiene razón.

Los coches empiezan a detenerse, y suenan las bocinas.

Algunos conductores salen de los vehículos y gritan al Orate que lo deje de una vez; otros se contentan con contemplar la pelea. Por suerte para el Cortito, hay un hospital cerca porque, joder... estoy seguro de que nunca le han arreado tantas hostias seguidas. El Orate lo inmoviliza contra un coche aparcado y se dispone a estrellar su cabeza contra la ventanilla, pero de repente oímos las sirenas de la policía.

—¡Agua! ¡Agua!

—¡A correr, colegas!

Es verdad que no hemos tocado al Cortito, pero tampoco hemos hecho nada para acabar con la trifulca. Los polis no van a encontrar al Orate una vez que este se haya escondido, y no queremos tener que escoger entre el calabozo o delatar al Orate, de forma que todos salimos por piernas. Thomas me sigue, corriendo con mucha mayor rapidez que durante la carrera de hace tres días. Le conduzco hasta el aparcamiento, donde nos acucillamos tras un Mazda plateado.

Thomas se interesa:

—¿Siempre estáis haciendo este tipo de cosas?

—No siempre.

Está claro que le disgusta que nos metamos en esta clase de broncas, y me abstengo de decirle que a veces escapamos corriendo a otros bloques del vecindario, para que la poli busque en ellos al sospechoso —el Orate, por lo general—, en lugar de en nuestro propio complejo de viviendas.

—¿En cuántas peleas te has metido? —pregunto.

—Nada más que en una —responde Thomas.

—¿Cómo es posible?

Incluso el mismo Niño Freddy ha estado involucrado en más riñas, y eso que es un cobardica de cuidado.

—No soy de los que siempre andan buscando bronca.

—Ni yo, pero tengo que defenderme si alguien me busca las cosquillas, ¿no?

Estoy acostumbrado a las peleas desde siempre, y nunca me había parado a pensar que quizá hay otras formas de resolver las diferencias. Y me gusta esto de que Thomas nunca haya necesitado que le enseñen a cerrar bien los puños. De pronto pienso que nuestra costumbre de recurrir a ellos cada dos por tres no está demasiado bien.

—Sí, claro, no me gustaría que te mataran a golpes, pero voy a decirte una cosa: no me ha gustado mucho tu indiferencia al ver que estaban moliendo a palos a otro — indica Thomas.

El suyo es un golpe demoledor; de pronto me siento como un individuo que acostumbrara tirar comida al suelo ante los ojos de una familia de mendigos sin techo. Pero a la vez tengo la sensación de que hay una persona en el mundo que me aprecia lo suficiente y es lo bastante sincera para cantarme las cuarenta, sin importarle cómo voy a reaccionar.

—El hecho es que el Orate siempre te mete el miedo en el cuerpo. Pero supongo que eso no sirve de excusa, ¿verdad?

—Al contrario. Es una excusa fenomenal.

Dejo de pensar en mi historial de peleas como en una hoja de servicios de la que me siento orgulloso. Ahora que lo pienso bien, ¿es que soy un supervillano amante de la destrucción, una especie de Hitler o Megatrón? Puedo ser feliz sin meterme en este tipo de animaladas.

—¿Te parece que vayamos a ver si la ambulancia ha llegado para ayudar al otro? —propongo.

Thomas se endereza y me tiende la mano, como hiciera la semana pasada bajo los aspersores. Salimos del aparcamiento, y no las tengo todas conmigo: no sé cómo va a estar el Cortito.

C C C C

El Cortito está más o menos bien, o eso parece. Está claro que varios de mis vecinos también han presenciado la pelea, y es probable que hasta jalearan al Orate desde las ventanas. Pero si los agentes les preguntan por la identidad del agresor, es casi seguro que van a mentir para protegerse. El Orate puede ser un psicópata, pero también es uno de los nuestros. Nos guste o no, es una especie de hermano siamés al que estamos unidos de forma irremediable, por mucho que es posible que un día termine por matar a alguien. Qué demonios, hasta es posible que mate a alguno de nosotros.

Pero han pasado dos días desde entonces. Hoy es el Cuatro de Julio, y nos espera una jornada llena de fuegos artificiales.

Brendan se ha gastado cinco dólares en petardos de trueno, que ha metido en un viejo envase de palomitas. Luego ha salido al balcón, mientras yo me he situado junto a la mesa de pícnic, para darle la señal de que los arroje en el momento oportuno. El año pasado tratamos de poner en práctica este bromazo, pero muchos de los truenos no explotaron cuando Brendan los dejó caer, y nos habíamos quedado sin dinero para llenar otro cubo.

El Niño Freddy sale del Good Food's. Con las manos metidas en los bolsillos, doy una patada al muro. Es la señal. Brendan vuelca el cubo, y los truenos se precipitan contra el suelo; sorprendido por el repentino chisporroteo y los estallidos ensordecedores, Freddy se lleva un susto de muerte. Levanto la palma de la mano en dirección a Brendan, mostrándole los cinco dedos en señal de que la broma pesada ha salido a la perfección. Repetimos el gesto cuando nos volvemos a encontrar.

—Un día voy a ser rico y famoso y no voy a volver a veros nunca más, piojosos —espeta el Niño Freddy. Tiene un año menos que nosotros, pero no paramos de meternos con él, como si fuera nuestro hermano pequeño.

—Como te sigan llamando Niño Freddy —y es lo que va a pasar—, ya puedes olvidarte de ser rico y famoso —replico.

—Me apuesto lo que quieras. Tengo fe en mí mismo.

—La fe es simple arrogancia encubierta con el nombre de Dios —sentencia Dave el Flacucho. Es el comentario típico de un fumador de marihuana como él.

El Orate saca unos cohetes de los bolsillos —y sí, eso de llevarlos en los bolsillos es de locos— y amenaza al Niño Freddy con tirárselos a la cabeza.

—Déjame verlos —indico al Orate, adelantándome al Niño Freddy.

Me he prometido no volver a quedarme de brazos cruzados la próxima vez

que alguien esté en peligro. Dicho esto, no quiero ni pensar en lo que el Orate habrá hecho para convencer a alguien de que le venda fuegos artificiales.

El Niño Freddy pregunta.

—¿Te parece que podríamos tirarlos desde el terrado de casa de Thomas? Para que nuestros fuegos artificiales brillen más alto que los de todos los demás.

He invitado a todos a la fiesta que Thomas va a celebrar en su azotea el día nueve. Si no acuden, me temo que no habrá mucha fiesta, pues no parece que Thomas tenga otros amigos aparte de nosotros. En su ausencia tan solo estaríamos él, Genevieve y yo.

—Lo más seguro es que sus vecinos también estén en el terrado — recuerdo.

Me digo que mejor será no subir a terrado alguno, pues Dave el Flacucho el año pasado andaba ciego de hierba y a punto estuvo de reventar la ventana de un vecino con uno de los cohetes.

Convenimos en que no hace falta que subamos a una azotea. Dave el Gordinflón echa mano al encendedor de cocina recién hurtado a su madre y prende la mecha del primer cohete, cuando todos los demás seguimos estando peligrosamente cerca. Por suerte, el cohete sale disparado y estalla en resplandores amarillentos en un punto situado por encima del piso veintisiete del bloque donde vive Dave el Flacucho.

Nos sentamos a verlas venir, comemos bollitos de miel y bebemos té helado Arizona mientras Dave el Gordinflón sigue disparando cohetes que surcan el aire sibilantes y estallan en lo alto.

Thomas llega finalmente. No dice palabra, se limita a coger un bollo de miel y a contemplar el espectáculo. No lo he visto desde ayer por la mañana, cuando me fui de su casa. Durante la noche no pegué ojo en absoluto, y ahora tengo el reloj biológico desquiciado. Pero lo pasamos muy bien: estuvimos jugando al juego del Ahorcado en la pared situada sobre su cama y luego nos fingimos espías y fuimos sigilosamente a la cocina a calentar unos pastelillos de queso sin despertar a su madre.

Dave el Gordinflón me ofrece el encendedor. Nada me gustaría más que la compañía de Genevieve en este momento, que estuviera a mi lado y me cogiera de la mano.

Quedan cuatro cohetes por disparar, y escojo el pequeño de color naranja, pues los otros tres tienen aspecto de explosivos y me producen cierto miedo. Prendo la mecha, y el cohete sale volando. En este preciso instante me gustaría que mi existencia fuera igual de simple, que alguien me encendiera para volar alto y estallar en el cielo.



SIN CORAZÓN

Este sábado Thomas ha estado buscando empleo; le he acompañado a todas partes. Las cosas no han ido demasiado bien. Su madre le habló de un trabajo como ayudante en una barbería de Melrose, y aunque mi amigo no tenía muchas ganas de pasarse el día barriendo rizos del suelo mientras los barberos hacían chistes de mal gusto sobre las mujeres con las que se habían acostado, se llevó un desagradable chasco al enterarse de que ya habían contratado a otro. No solo eso, sino que el otro resultó ser un chaval muy contento de haberse conocido, quien se puso a lavar las navajas con ostentación mientras a Thomas le decían que no. Después fuimos a una floristería. Thomas consideraba que el trabajo en un lugar así seguramente resultaría agradable y le permitiría pensar con calma, pero la florista se echó atrás al ver su currículum tan accidentado. Lo mismo le pasó con el panadero, el fulano de la frutería, el propietario del taller de artistas y, por último y seguramente lo más enojoso, el mocoso de veinte años que espetó a Thomas que no lo veía capacitado para trabajar en su pequeña empresa recién creada.

Quiquiera que piense que necesitas tablas para envolver regalos de cumpleaños para mascotas es un imbécil que, de tablas, nada.

—Que se vayan a tomar por culo, larguirucho —masculla Thomas.

Tira a una papelera todas las copias restantes de su currículum, las rocía con un escupitajo. Esto último me parece excesivo, pero me digo que tiene que desahogarse un poco.

—Tampoco te apetecía trabajar en ninguno de esos lugares —le recuerdo.

—Ya, pero, ¿y si al trabajar en uno de ellos me hubiera salido la oportunidad de encontrar otro empleo fantástico?

—Hay muchos otros lugares en los que necesitan personal.

—Es una pena que Mohad ahora mismo no necesite a nadie más en el Good Food's.

—Supongo que siempre puedo encontrar trabajo limpiando una piscina.

—O como socorrista en una playa —sugiero—. O como monitor de natación. Yo sería tu primer alumno.

—¿No sabes nadar?

—Pues no. Nunca he aprendido de verdad, y mira que me hubiera venido bien el verano pasado, cuando por poco me ahogo.

—¿Qué demonios pasó?

—El agua estaba muy fría, y pensé en tirarme a lo más hondo en lugar de pasar por la tortura de entrar poco a poco por el tramo poco profundo —explico. El recuerdo del pánico vivido se me lleva como la resaca. Suelto una risita y

agrego—: Cometí la estupidez de creer que porque mido dos metros, el agua no iba a cubrirme.

—Sí que fue una estupidez, larguirucho. ¿Qué fue lo que pensaste en ese momento?

—Pensé que me gustaría dibujar un cómic con un protagonista con superpoderes pero incapaz de nadar, que de pronto empieza a ahogarse.

—¿No pensaste en tu familia y tus amigos? ¿En la vida en el más allá? ¿En que seguramente te hubiera convenido tomar lecciones de natación cuando eras niño?

—No.

—No tienes corazón —sentencia Thomas—. ¿Esta escena en la que el protagonista se ahoga aparece en ese cómic...? El que me dijiste que me dejarías ver. Porque me mentiste, ya sabes.

—¡No te mentí! Aún no te lo he enseñado porque...

porque... ¿sabes qué? Mejor ven conmigo. —No me gusta que me tachen de embustero, por lo que vamos a mi piso, donde cojo mi cómic sobre el Guardián del Sol mientras Thomas espera en el corredor. Decido que no tengo ganas de leerlo con él en la azotea de su edificio. Dejo el cómic sobre la mesa y abro la puerta del apartamento—. Entra —invito.

—Pensaba que no te gustaba traer amigos a tu cuarto...

—Voy a cambiar de idea a la que termine la cuenta atrás.

Cinco, cuatro, tres, dos... —Me callo, pues Thomas no acude al rescate—. Vamos, entra. No me hagas quedar como un retrasado.

Entra.

Me fijo en sus ojos mientras examina el piso. Al momento noto que mi apartamento efectivamente huele a ropa húmeda, tal y como el Orate comentó cierta vez. No puedo decir nada más. La primera vez que vino aquí el Niño Freddy de inmediato se puso a buscar el dormitorio —lo encontró volando—, para ver aquella cama en la que todos dormíamos juntos. La idea le resultaba pero que muy extraña, pues él tenía su propio dormitorio. Por su parte, Brendan se abstuvo de hacer comentarios, y menos mal. Thomas tampoco los hace. Pasa junto a los videojuegos de Eric y se planta ante mi colección de cómics. Se gira de repente y dice: —Me encanta. Es como la baticueva de Batman.

—No te burles. Ya sé que tú tienes tu propio cuarto.

—Te lo cambio.

—Trato hecho, si no te importa compartir el espacio con Eric.

Nos estrechamos la mano para sellar el supuesto acuerdo.

Thomas coge el cómic del Guardián del Sol. Nos sentamos en la cama y lo leemos juntos. Es muy gratificante que alguien se ría de unos chistes que en su

momento no me parecía que muchos fueran a entender. También se queda impresionado con una viñeta en la que el Guardián envía una serie de bolas de fuego al ojo-rubí de un cíclope armado con dos espadas colosales. Me trabajé este dibujo a fondo, hasta que me salió tal y como quería. Llega a la última viñeta, en la que el Guardián tiene que escoger entre salvar a su novia o a su compadre de toda la vida. Levanta la cabeza y pregunta: —¿Qué es lo que va a hacer?

—Todavía no lo he decidido. —Me encojo de hombros—.

Ahí lo he dejado.

Lo piensa unos segundos; vuelve a mirar la viñeta.

—El Guardián quizá podría dividir su cuerpo en dos, porque tiene nuevos superpoderes tras haber estado expuesto al reino celestial. Podría salvar a Amelia y a Caldwell a la vez... y después podría subdivirse otras veces. No sé si me explico, para acabar con todos los dragones. Los pequeños Guardianes podrían fulminarlos a la vez, acribillándolos con disparos solares y...

Thomas sigue improvisando durante cosa de diez minutos.

Cojo un cuaderno y dibujo un rápido bosquejo del basilisco con colas de diamante que me ha propuesto incluir en el relato. Se le ocurre que el basilisco podría tener la capacidad de cambiar de envoltura y transformarse en un anciano con alzheimer que no se acuerda de sus fechorías. Le corto y sugiero que me recuerde esta idea cuando vaya a dibujar el segundo episodio de la serie.

Sigo tomando notas, y va al baño a orinar. Cuando vuelve, su expresión ha cambiado. Me aterra la posibilidad de que haya visto algo embarazoso, como los sujetadores de mi madre, o que el retrete apeste. Sea lo que sea, no va a decírmelo. Lo último que quiere es incomodarme, pero no se da cuenta de que no puedo seguir aquí sentado fingiendo que no pasa nada. Le pregunto qué es lo que sucede.

—La bañera —responde—. Me ha hecho pensar... —No hace falta que continúe. La imagen del padre de un amigo matándose en una bañera sin duda es estremecedora—. Lo siento.

—No hace falta que te disculpes.

—¿Quién fue el que lo encontró, larguirucho?

—Mi madre —contesto—. No sé por qué lo hizo, Thomas.

Mi madre dice que nunca estuvo muy bien de la cabeza, que tenía muy mal humor y todo eso... pero sospecho que a su manera llevaba otra vida que no conocíamos y que eso fue lo que le llevó a hacer lo que hizo... —Contemplo el ordenador portátil, mientras me esfuerzo con desespero en acordarme de alguna cualidad de mi padre, en lugar de sentir rabia y volver a hundirme otra vez—. Ni siquiera fuimos a su funeral, porque, ¿cómo puedes mirar a alguien que lo único

que quería era escapar de ti?

Thomas se sienta a mi lado y me pasa el brazo por los hombros. No digo nada, durante un par de minutos. Explica que él también se hace preguntas sobre su propio padre. Se da cuenta de que la situación es otra —mi padre se mató, mientras que el suyo le abandonó, si bien seguramente continúa vivo—, pero sigue tratándose de una pérdida, de algo que lo cambió todo para siempre. No tiene muchos buenos recuerdos de él, con la salvedad de la vez que fueron juntos a pescar. Pero Thomas no puede dejar de pensar en otras experiencias que bien podrían haber compartido: lecciones de conducción, partidos de hockey, charlas sobre el sexo...

—¿Te parece que el no tener padres hace que nos falte un tornillo? —pregunto.

—Yo creo que acabaremos por perder la cabeza si seguimos preguntándonos por qué nos dejaron sin mayor explicación, pero creo que las cosas van a ir a mejor —responde Thomas—. Para ti, por lo menos... después de que te enseñe a montar en bici y a nadar. Voy a estar muy ocupado contigo, larguirucho.

Sonríó a mi pesar. Su brazo sigue sobre mis hombros.

Ninguno de mis amigos me reconfortaría de esta manera.

Es... muy diferente, la verdad. Thomas antes bromeó diciendo que no tengo corazón. Pero sí que lo tengo, y él lo sabe.



ALGUNOS PENSAMIENTOS A LAS CUATRO DE LA MADRUGADA

Genevieve vuelve a casa mañana.

Por fin...

Viene en taxi del aeropuerto y confía en que voy a estar esperándola en la puerta de nuestro edificio, cosa que voy a hacer, naturalmente. No he visto a mi novia en tres semanas y la echo mucho de menos. Creo que es la ansiedad de verla otra vez lo que me impide pegar ojo mucho después de que los demás se hayan dormido. Eric lo ha hecho cuando no llevaba ni una hora en casa, y es que los dobles turnos en el trabajo están pasándole factura.

Me siento en la cama y miro por la ventana. La calle está muerta.

Hay algo de lo que quiero hablar, pero esta conversación no la puedo tener con cualquiera. He de hablar con la persona indicada, y esa persona es la razón precisa por la que tengo que hablarlo todo. Al final me pongo a dibujar, pues plasmar los pensamientos en el papel siempre es de ayuda, ya lo creo que sí.

Bosquejo algunas de las cosas que gustan a mis amigos: a Dave el Gordinflón le encanta la lucha libre, que le permite imaginarse propietario de un cuerpo musculoso y en forma; al Niño Freddy le gusta el béisbol más que el fútbol, el deporte que su padre quiere que juegue; a Brendan le gustaba ser el hijo de alguien, y no el nieto de otra persona; a Deon le molan las peleas; Dave el Flacucho se contenta con un petardo de marihuana y una escalera en la que orinar; Genevieve se siente más feliz que nunca cuando está ante un lienzo, incluso los días en que no consigue terminar la obra que tiene en mente; y, por último, a Thomas le gustan los chicos.

Del mismo modo que no fue necesario que me dijeran que Dave el Flacucho disfruta fumando porros o que Brendan está metiéndose en el callejón sin salida del tráfico de drogas porque sus padres se encuentran en la cárcel, no hace falta que otros me expliquen que Thomas es gay. Ni siquiera hace falta que me lo diga el propio Thomas. Es incluso posible que se haya encaprichado de mí, lo que no tiene el menor sentido, pues está claro que podría buscarse a alguien más atractivo que un chaval con un diente mellado, heterosexual y con novia.

Y me preocupa lo que pueda pasarle a Thomas. Si un día decide contarlo, es posible que a mis amigos no les importe...

pero ¿y si les importa? ¿Y si son incapaces de aceptar que le gustan otros chicos por naturaleza, del mismo modo que el Orate y Deon son proclives a pelearse por naturaleza? ¿Y si la emprenden a guantazos con él, con la idea de eliminar una parte de su personalidad que nunca va a desaparecer?

Arranco la hoja del cuaderno.

Miro por última vez el dibujo donde Thomas está besándose en los labios con un chico más alto que él. Lo arrugo y hago una bola con él.

SEGUNDA PARTE: UNA FELICIDAD DISTINTA 164



1

UN FELIZ CUMPLEAÑOS PARA ÉL

Estamos en el ascensor, subiendo en dirección al piso de Genevieve, cuyo equipaje llevo bajo los brazos. Se aprieta contra mí y dice:

—El año próximo tienes que acompañarme. El profesor me ha enseñado en detalle la técnica del sombreado, que podrías emplear en tus cómics y...

La confianza que tiene en nuestro futuro debería de tranquilizarme; también me recuerda que estoy haciéndolo todo bien. El ascensor podría quedarse atascado en este momento, y no me entrarían los nervios, incluso si Genevieve siguiera parlotando sobre las colonias de artistas, las universidades, los barrios a los que nos mudaremos y demás latazos propios de los adultos.

Entra en su piso para asegurarse de que su padre no está en casa y me invita a pasar. Se extiende sobre sus amigos de la colonia artística, sobre lo mucho que le fastidió tener que orinar en pleno bosque después de una larga excursión, y añade:

—Tengo una sorpresa.

La sigo a su dormitorio, y saca un pequeño cuadro de la maleta.

Ha terminado una obra.

Una chica con el cabello oscuro está contemplando la ventana de un desván a través de unos prismáticos plateados.

En lugar de ver unos muebles gastados y olvidados, se encuentra con un universo preñado de estrellas atrapado en las esquinas de la buhardilla, y con la centellante constelación de un chico que le tiende la mano.

—¡Joder! Me encanta, de verdad...

Me siento para admirar bien todos los detalles, pero de pronto me arrebató el cuadro.

Lo deja en la mesa y se sienta en mi regazo a horcajadas. Me quita la camiseta, juguetea con el vello —algo más espeso— de mi pecho y resigue mi mentón con el dedo.

—Me ha inspirado echarte tanto de menos, o eso me parece. No podemos volver a estar separados tanto tiempo. — Apoya su frente en la mía.

—Yo también te he echado de menos.

Le miro a los ojos mientras lo digo, pero las palabras no acaban de sonarme sinceras. A ver si me explico. Sí que la he echado en falta... más o menos. No tanto como debería, pero sí que estaba en mi mente en todo momento... más o menos.

Volteo su cuerpo sobre la cama. Saco un condón de mis pantalones vaqueros mientras nos desvestimos. No me lo pongo, pues aún no termino de estar a punto. Porque estoy dándole demasiadas vueltas a las cosas. Me agarra, y

cierro los ojos, pues me digo que si veo su expresión de decepción, acabaré por tirarme por la ventana. De repente me siento abrumado por el recuerdo de Thomas con el torso al aire, corriendo hacia los aspersores y haciendo flexiones, y aunque hago todo lo posible por borrarlo de mi mente y centrarme por completo en mi novia tan guapa, lo que sigue es el hundimiento total y absoluto.

g g g g

Thomas no es Genevieve, y Genevieve no es Thomas, y este horroroso juego de ping-pong que se ha entablado en mi cabeza es absurdo a más no poder. Cada uno desempeña un papel muy distinto en mi vida. Juro que lo tengo claro.

Genevieve es la chica a quien quiero, la persona cuya ausencia siempre echaré en falta. Thomas sencillamente es mi mejor amigo, un amigo en quien confío mucho, pero que nunca va a arrancarme unos secretos que no haya confiado antes a Genevieve. ¿Y qué, si Genevieve y yo no vamos a correr por una pista de atletismo o nos ponemos a contar el número de trenes que circulan por nuestro lado? ¿Y qué si a veces huelo que un desconocido lleva la misma colonia que Thomas y al momento me pongo a pensar en los ratos pasados en su compañía?

Si me encontrara ante la disyuntiva del Guardián del Sol — tener que decidir entre salvar a la novia o al mejor amigo de las garras del dragón—, siento decir que he cambiado de idea, pero Thomas acabaría en esas garras monstruosas sin que yo moviera un dedo. Y tomaría la decisión sin vacilar, pues todo se reduce a que Genevieve es mi novia y yo soy su novio, mientras que Thomas y yo tan solo somos amigos. Y punto.

g g g g

Lo que no significa que no pueda celebrar la existencia de Thomas el mismo día preciso que mi novia vuelve después de una ausencia de tres semanas.

Lo último que se merece es que los amigos le vuelvan la espalda dos años seguidos.

Thomas tiene instrucciones estrictas de no subir al terrado, donde ahora estamos, hasta que yo baje a buscarlo. Como era de esperar, soy el único que le ha comprado un regalo. Eso sí, el Niño Freddy ha robado tres botellas de vodka Smirnoff con aroma a frambuesa de la vitrina donde su madre guarda los licores. (El chaval a veces es un friki cobardica, pero está claro que le gusta ponerse a tono siempre que tiene ocasión.) Espero que Thomas no encuentre ridículo mi regalo, ni ridículo ni estúpido, como Genevieve lo encontró cuando le dije de qué se trataba.

He tenido el impulso de comprar unos cuantos farolillos baratos en una tienda de saldos por el camino, pero tan solo dos de ellos tienen el tono verde preciso que a él le gusta.

Hemos pinchado la lista Ponte Ciego de Brendan, con hip-hop en cantidad, y Dave el Flacucho está empezando a apretujarse y a magrarse con nuestra vecina Crystal, cuya amiga está rondando junto a los pastelillos de bollería industrial que he comprado en un comercio de todo a un dólar. Lo que de verdad me apetecía era comprarle un pastel helado en la heladería donde antes trabajaba, uno con una forma especial, como la de una claqueta de cine o algo así.

Pero la cosa salía por un ojo de la cara, así que tuve que fastidiarme.

—Una fiesta como tiene que ser —comenta Brendan, mientras termina de poner en su sitio el equipo de sonido—.

No me lo esperaba de ti, después de aquella birria de fiesta que montaste en la playa.

—Porque tenía doce años, y porque la playa del Huerto es mal lugar para montar una fiesta. Mejor olvidarse del asunto.

—Miro a Genevieve, quien va por su segunda bebida. Lleva unos diez minutos charlando con el Orate, mucho más tiempo del recomendable—. Hazme un favor y llévate a Genevieve del lado de Frankenstein, ¿quieres?

Empiezo a alejarme, y Brendan pregunta: —¿Adónde vas?

—A buscar a Thomas.

No lo he visto en todo el día. Hablé con él ayer a medianoche, cuando le llamé para desearle un feliz cumpleaños, y he vuelto a telefonarle hace un par

de horas, para decirle que pronto íbamos a ponernos con los preparativos. De forma milagrosa, me las he arreglado para llevar a todos a la azotea sin tener que meternos en peleas con los chavales del complejo Joey Rosa.

—Espero que vayas a montarme una fiesta igual de guay — dice Brendan, lo que me recuerda la ocasión, hace cuatro o cinco años, en el autobús escolar, en que el Niño Freddy y él se pusieron a discutir sobre quién iba a ser mi mejor amigo de los dos. Hay amistades que nunca son sencillas, en las que no basta con compartirlo todo.

Bajo por la escalera de incendios, llamo a la ventana de Thomas y me siento en la repisa. Está al otro lado del escritorio, con el torso desnudo, ocupado en leer una entrada de su diario; finalmente levanta la vista y sonrío.

—Feliz cumpleaños, amigo. ¿Estás escribiendo tus meditaciones en este día tan señalado?

Thomas hace un gesto con la cabeza.

—Las escribí hace un rato. Tan solo estaba leyendo lo que escribí al final de mi último cumpleaños. Por entonces me sentía muy solito y angustiado.

—Puedo suponerlo. Pero la cosa está que arde ahí arriba.

Quizá hemos hecho mal en invitar al Orate a subir a un terrado en el que hay alcohol, pero ya nos las arreglaremos.

—¿Y si le da por tirarnos a la calle?

—Creo que todos podemos estar tranquilos, menos Dave el Flacucho. Al Orate le encanta tirarlo, ¡vaya si le encanta!

—Choca el puño cien veces por haber montado esta fiesta para mí. Me muero de ganas por leer mi diario mañana, después de que esta noche escriba la última entrada medio borracho.

Se levanta y va hacia el armario. Miro los carteles en las paredes, para no seguir contemplando sus espaldas. Me cuenta que ha recibido un montón de llamadas de familiares, que su madre le ha regalado una felicitación con doscientos cincuenta dólares en el sobre.

—No estoy seguro de que la fiesta vaya a ser mejor que una felicitación con todo ese dinero.

—¡BUUU! —grita alguien a mis espaldas.

Doy un respingo y casi me doy un cabezazo contra la ventana abierta de guillotina. Me lleva un segundo reconocer a Genevieve. Han pasado unos minutos, y todavía no hemos subido. No es de extrañar que haya bajado a ver. Gen contempla la escena en la habitación. Thomas está de pie, cubriéndose el pecho desnudo con una camiseta a rayas sin mangas. Gen se vuelve hacia mí y apunta: —¿Es que la fiesta ahora es aquí? ¡Vamos al terrado a beber!

¡Yujuuu!

No me gusta mucho que Genevieve empine el codo, pues entonces se vuelve un poco petarda y hace cosas de las que luego se arrepiente por la mañana. Me agarra por la nuca y me besa con fuerza; su lengua busca mi garganta y sabe a vodka con aroma de frambuesa y a zumo de arándanos. Se diría que está esperando a que Thomas se largue y nos ceda su cama. Me agarra de la mano y me lleva corriendo a la azotea. Thomas nos sigue unos pasos por detrás. Algunos de mis amigos le vitorean cuando aparece; otros siguen bebiendo o tratando de camelarse a las chavalas a base de palique.

Thomas señala uno de los farolillos relucientes, dice que es muy bonito, lo coge, y el farolillo de repente se apaga.

Qué le vamos a hacer.

Voy a buscar unas copas para él y para Genevieve (la número tres o cuatro en su caso) y los dejo charlando a solas.

Dave el Gordinflón se acerca con un vaso de plástico rojo lleno hasta el borde. La bebida se derrama y le salpica la mano.

—¡Brindo por esas tetorras tan estupendas que tiene tu chica!

—Salud —respondo, sin una copa en la mano. Lleno tres vasos (en el de Gen vierto un ochenta por ciento de zumo de arándanos). Voy con dos en la mano y uno en la boca al lugar donde Thomas y Genevieve siguen charlando. Se los entrego y capto que Thomas pregunta a Gen:

—¿Eres una bruja?

Me sorprende el giro que ha tomado su conversación.

—¿Qué demonios...?

—Tu amigo piensa que soy una bruja porque... — Genevieve corre a recoger la pequeña bolsa deportiva que ha dejado en el suelo. Al hacerlo, se le cae la mitad del contenido de su vaso, y mejor así. Vuelve a nuestro lado con una baraja de extraños naipes sujeta por una cinta azul anudada... porque he hecho esto. Unas cartas del tarot. Las hice en la colonia de artistas, con tiras de corteza de árbol en lugar de papel, para darles un aspecto sobrenatural.

—Lo que acabas de decir es propio de una bruja.

—Terminarán por quemarte en la hoguera —tercia Thomas con una sonrisa—. El larguirucho me ha contado que te metiste en los horóscopos. Yo soy más de leer lo que pone en las galletitas chinas de la suerte.

—Las galletitas de la suerte no tienen ningún misterio — replica ella.

—Te dan una oportunidad —argumenta él—. Que es mucho más fácil de seguir que las predicciones contradictorias de los horóscopos de turno.

Gen reprime un eructo y contesta:

—Por eso mismo prefiero los horóscopos. Si tu horóscopo en internet predice que hoy vas a ganar un montón de dinero pero por la noche vuelves a

casa sin un centavo, está claro que te han mentido. Pero si lo lees en la página web de un médium y te falla, es posible que el del periódico acierte.

Esta conversación es del género idiota. Que alguien me pegue un tiro, por favor. Dos veces.

—¿Y cómo es que dejaste de hacer caso a los horóscopos?

Genevieve hace girar el vaso en la mano y contempla el minirremolino antes de echárselo todo al coleteo.

—Porque me harté de llevarme chascos.

—Bueno, pues el día que quieras te cambio una galleta de la suerte por una sesión con una pitonisa —dice Thomas.

Veo que Gen se ruboriza con intensidad. Está tomándose todo esto muy a pecho. Normalmente me daría lo mismo, pero resulta que se trata de mi novia.

—¿Y si vamos a comer unos pastelillos antes de que se los zampen? —propongo. Mejor será que pasemos a otra cosa, pues este diálogo no tiene mucho de feliz cumpleaños.

—¿Pastelillos? ¡A por ellos! —exclama Thomas.

Da una palmadita a Gen en el hombro y se marcha corriendo.

Le seguimos. Todos gritamos con asco cuando el Orate hunde el dedo en el glaseado y lo chupa a continuación.

Unos echan mano a los platos de plástico y otros meten directamente el tenedor. Ojo, porque cuando el Orate se apropia de los pastelillos, los pastelillos son suyos. (Mis disculpas por haberlo traído, Thomas.) Me siento en el suelo, y Genevieve hace otro tanto en mi regazo, con un pastelillo en una mano y un nuevo copazo en la otra. En parte preferiría que otros se ocuparan de refrenarla un poco durante esta velada, pero también me digo que la quiero y que puedo arreglármelas solito.

Thomas se acomoda a nuestro lado, con una birriosa porción de pastelillo en la mano.

—Y bien, Genevieve, aún no te he preguntado qué tal te fue por Nueva Orleáns.

—No pasa nada. Por mi parte todavía no te he felicitado por tu cumpleaños.

Muevo los labios y le anuncio a Thomas en silencio: —Está pedo.

Mi amigo se encoge de hombros.

—Nueva Orleáns es fantástica —explica Genevieve—.

Quiero volver con Aaron el próximo verano. Creo que me enamoré durante mi estancia... —Deja el vaso en el suelo y me coge de la mano, con mucha fuerza, como si fuésemos a hacer un pulso—.... enamorada de la ciudad, quiero decir.

Pues el chico del que estoy enamorada se encuentra en Nueva York.

—Claro —conviene Thomas—. El larguirucho constantemente está hablando de ti.

Genevieve se echa hacia atrás en mi regazo, vuelve el rostro y me besa con fuerza otra vez; su lengua y la mía andan desincronizadas. A continuación coge el vaso y el tenedor, que empieza a golpear contra el plástico, a fin de atraer la atención de todos:

—¿Y si jugamos a algún juego?

—¡Al juego de la Botella! —propone Dave el Gordinflón.

No, por favor. En serio. La proporción entre chicos y chicas es parecida a la que se da en el público de un combate de boxeo.

—¡Juguemos al Volteo del Vaso! —grita Brendan. Pero en el terrado no hay una maldita mesa en la que jugar a este juego.

—¡Juguemos a los Reyes! —exclama Deon. Fantástico. Un juego de cartas para emborracharse, y no tenemos naipes.

—¡A Siete minutos en el Cielo! —sugiere Crystal, riendo de forma tan estrepitosa e irritante que bien podría caerse del saliente sin que yo moviera un músculo.

—Yo estaba pensando en Dos verdades y una Mentira — anuncia Genevieve, y todo el mundo aplaude.

Cómo se juega a Dos Verdades y Una Mentira: cada persona cuenta tres cosas sobre sí misma, y los demás luego tratan de adivinar por turno cuál de ellas es un embuste. Es un juego perfecto para romper el hielo.

Hay un problema: no me gusta que Genevieve conozca este jueguito.

—Empiezas tú, que eres el homenajeado —indica a Thomas.

Formamos un corro. Thomas dice tres cosas, subrayando sus palabras con los dedos.

—Muy bien. A por ello. Me encanta Walt Disney. Me encanta Steven Spielberg. Me encanta Martin Scorsese.

—Eso de que te encanta Disney es una trola —tercia el Niño Freddy—. ¿Cómo va a encantarte un fulano que hacía películas sobre princesitas?

—Yo aún diría más. ¿A quién puede encantarle otro fulano, el que sea? De eso, nada —comenta Brendan.

—No es verdad que te flipa Martin Scorsese —intervengo, antes de que alguien más diga otra imbecilidad—. Podrá gustarte más o menos, pero no he visto que tengas ningún cartel de sus películas en tu cuarto. —Thomas asiente con la cabeza y levanta su vaso—. Y bueno, ahora me toca a mí, ¿no?

—pregunto a Genevieve.

Apura su copazo de un trago.

—A ver quién de todos es el que te conoce mejor, guapo.

A estas alturas preferiría estar jugando a los Reyes, al Volteo del Vaso o incluso a la Botella. Y con mucho.

—Eh... Soy un as del juego del Tres en Raya. Me encanta ir por la calle en monopatín. No me gusta nada cierto tipo de música latina.

—Eres portorriqueño, así que te gusta toda la música latina —contesta Deon.

—Sí, y seguramente mueves las caderas mientras vas en monopatín escuchando esos ritmos latinos —añade Dave el Flacucho.

—No eres muy bueno jugando al Tres en Raya —agrega Genevieve, de forma menos ofensiva.

—Tú no vas en monopatín, sino en patines —dice Thomas.

Le señalo con el dedo y chasqueo la lengua.

—Lo ha pillado. —Me vuelvo hacia Dave el Flacucho—.

¿Cuántas veces me has visto en un monopatín dando vueltas al edificio?

—¡Pero eso del Tres en Raya no es verdad! —grita Gen—.

No se te da bien; siempre que jugamos te gano.

—Pues la otra noche estuvimos jugando, y el flacucho no paraba de ganarme —explica Thomas.

Genevieve se pasa los dedos por el cabello oscuro; de pronto parece encontrarse fatal, como si estuviera a punto de vomitar.

—Creo que es tu turno otra vez, Thomas.

—No, por favor. Adelante.

Gen se cubre la cara con las manos. Creo que lo hace para que no detectemos su mentira. O porque está a punto de vomitar sobre mi regazo.

—Estoy lista. De pequeña quería ser bailarina clásica, actriz y enfermera. —Para estar tan borracha, lo dice en tono tan firme que creo que las tres cosas son verdad. Los demás se disponen a intervenir, pero al momento levanta la mano—.

Que Aaron sea el primero en hablar. ¿Cuál es el embuste, cariñín?

—Nunca pensaste en ser bailarina clásica. Venga ya, que esta era fácil.

—Eso es —reconoce, y me siento aliviado. Lo he dicho al azar, y la jugada me ha salido bien.

Voy a pasar el testigo a otro, pero Genevieve de pronto se endereza, un poco tambaleante. Eleva un brazo sobre la cabeza y entrelaza una pierna sobre la otra, de tal modo que parece un flamenco... un flamenco con una trompa de campeonato.

—Sí que me moría de ganas de ser una bailarina clásica.

Incluso tenía unas mallas y demás. —Se tambalea, y el Niño Freddy la sujeta—. Pero no era lo bastante buena, y por eso hoy me burlo de las chicas que

sí lo son. —Se sienta a mi lado y apoya su hombro en el mío—. Me temo que lo habías olvidado.

Dave el Flacucho y Dave el Gordinflón hacen muecas burlonas. El Orate me espeta:

—¡Te han tomado el pelo, colega!

Miro alrededor...

Brendan se desanuda los cordones de la zapatilla, para volver a anudarlos después.

Thomas echa mano al teléfono, y me digo que está tecleando un falso mensaje sin destinatario.

Los demás están bebiendo o mirando para otro lado, con expresión de sentirlo mucho por mí. O por ella, quizá.

—No es más que un juego —comenta Gen, encogiéndose de hombros—. Thomas, ya va siendo hora de que abras el regalo que vas a hacerle a Aaron.

¡Jolín! Mi novia tiene un morro que se lo pisa.

—¡Ha llegado la hora de los regalos! —anuncia Thomas, sin que la tensión disminuya en absoluto.

La amiga de Crystal, quien también lleva una cogorza importante, le tira el regalo envuelto en papel de colores.

—Es una tontería —aviso.

Thomas lo abre y rompe a reír con estruendo.

—¡Esto es fantástico!

—Es un juguete —dice Genevieve.

—¡Un muñeco de Buzz Lightyear!

Thomas lo saca de la caja y pulsa un botón que la figura tiene en la muñeca: unas luces rojas empiezan a parpadear.

—¿Es el personaje de Toy Story? —pregunta Dave el Gordinflón.

—¡Fíjate! ¡Es un muñeco-hucha que habla! —exclama el Orate—. ¡Me gusta!

Thomas explica a todos que el desgraciado de su padre prometió regalarle un muñeco de Buzz Lightyear para su noveno cumpleaños y que luego se marchó con viento fresco.

—Hace muchos años que quería tener este muñeco en casa.

Gracias, larguirucho. —Se vuelve hacia mí, y chocamos los puños—. No. No es suficiente. Levántate, anda.

Me levanto, y me pega un abrazo de los fuertes, de los de verdad, nada de darse palmaditas en la espalda.

Razones por las que, de pronto, noto una extraña calidez interior:

1. Porque he bebido mi copa muy rápidamente, con el estómago poco

menos que vacío.

2. Porque todos están mirándonos.

3. Por mi secreto inconfesable.

—Oye, que no somos gais.

—No somos gais —convengo.

Los demás se ponen a beber otra vez, pero Thomas se queda a mi lado y dice:

—Hablo en serio, larguirucho. Es el mejor regalo que me han hecho desde que tenía seis años y me llevaron a Disney World. Tú sí que sabes: Buzz Lightyear es mucho mejor que el Ratón Mickey.

—Bueno, eso siempre estuvo más que claro, ¿no?

—Se me ha ocurrido una idea para superar lo de esta noche el día de tu cumpleaños.

—Esto no es una competición, colega.

—El juego no ha terminado —responde con una sonrisa. Se levanta para servirse otra copa.

Cosa de una hora después nos hemos pimplado todas las botellas, y la gente empieza a desfilar. Estoy ayudando a Thomas a limpiar, pero lo dejo, porque Genevieve está borracha como un cosaco del Volga y tiene que irse a casa.

Por eso nos las pizamos.

En la calle hago lo posible por parar un taxi para ella.

Transcurren un par de minutos, y no hay suerte.

Si la tensión entre los dos fuera una persona de carne y hueso, le partiría el cuello y patearía el cadáver para asegurarme de que está bien muerto.

—Otra vez estoy perdiéndote... —solloza Genevieve de pronto.

—No, Gen, eso no es...

—¡Sí que es verdad! ¡Joder, ya lo creo que sí!

Rompe a llorar con fuerza, y no sé qué decir. Un taxi se detiene, y Gen abre la portezuela.

—¿Quieres que te acompañe?

—¡No tendrías ni que preguntármelo, Aaron...! ¿Cómo se te ocurre? —Trato de meterme en el taxi con ella, pero me rechaza de un empujón—. No, esta noche no. Mejor me voy sola, a llorar de rabia contra la almohada, o lo que sea. Ya hablaremos de todo esto mañana. —Cierra de un portazuelazo, y el coche arranca.

Tendría que salir corriendo tras el taxi. Pero me falta el impulso. Juego mentalmente a Una Verdad y Una Mentira.

Quiero que Thomas sea feliz. Quiero que Genevieve sea feliz.

No puedo seguir ocultándome la verdad a mí mismo.



LA GUERRA EN MI INTERIOR

Hace dos días que no para de llover, lo que es un asco, por muchas razones. Genevieve está usando el pretexto de la lluvia para no quedar conmigo, pero yo sé que lo que quiere es estar unos días sin verme. No puedo jugar a los naipes con Thomas en su terrado, y tampoco vamos a salir juntos a ver si encuentra un trabajo. Además, no puedo salir a distraerme jugando a la Caza del Hombre o al Skelly, a no ser que quiera pillar una pulmonía. Hay algo peor que estar encerrado en el piso más diminuto del mundo pensando cosas poco convenientes, y es estar encerrado sin parar de toser sobre las cosas de mi hermano, quien a su vez terminará por ponerse malo y toserá sin parar sobre mis cosas... hasta que yo vuelva a ponerme malo, y así sin parar, metidos en el círculo cruel de fastidiarnos los dos hasta que estemos lo bastante inmunizados como para comer caramelos directamente del suelo de la unidad de urgencias del hospital Washington.

Pero mamá hoy me ha encargado que vaya a la oficina de correos.

Mañana es el cumpleaños de mi primo pequeño, y me ha pedido que le envíe su regalo a Albany por el servicio urgente de veinticuatro horas. Dos minutos después de pisar la acera, el viento me destroza el paraguas, y aunque siempre me ha parecido una pasada pagar veinte dólares por un paraguas, el hecho es que no sale a cuenta comprarte unos birriosos paraguas de cinco dólares que se desmontan cada vez que caen cuatro gotas. Los números no salen.

Voy andando hacia la oficina postal situada a una manzana de distancia, con un creciente humor de perros. Tengo la sensación de cargar con una pesada mochila llena de ladrillos, mochila que podríamos llamar «LA GUERRA EN MI INTERIOR». Cada uno de estos grandes ladrillos lleva inscrita una leyenda: «GENEVIEVE ME ODIÓ» y «NO SÉ QUÉ VOY A HACER CON THOMAS» y «SIGO ECHANDO EN FALTA A PAPÁ».

Este último ladrillo es el más pesado de todos. Es la primera vez que voy a su antiguo lugar de trabajo desde que nos dejó.

Cuando era pequeño jugaba a ser un guardia de seguridad apostado ante la puerta del dormitorio. Mamá no tenía problema en entrechocar los cinco dedos para que le dejara pasar, pero Eric sencillamente me ignoraba y cruzaba sin mirarme.

El paquete está mojándose, y me arriesgo a coger una pulmonía, así que corro al interior, antes de que cambie de idea y me ponga a recorrer las doce manzanas que me separan de la siguiente oficina postal más cercana. No hay demasiada cola ante la ventanilla. Nadie me reconoce como el hijo del guardia de seguridad que se suicidó, y mejor así. El funcionario me entrega mi recibo, y

de camino a la salida veo que Evangeline está sentada en el banco de madera situado junto al mostrador donde venden sobres y artículos de papelería, ocupada en escribir una postal.

—Hola, Evangeline —saludo.

Levanta la mirada.

—Hola, guapetón. ¿Qué haces por aquí?

—He venido a enviarle una jirafa de peluche a mi prima pequeña. Es su cumpleaños. ¿A quién estás escribiendo?

—En Londres dejé más de un corazón roto; prometí seguir en contacto. No les di mi correo electrónico. Es mejor hacerlo así. —Me muestra la decena de postales que se dispone a mandar. Firma una de ellas y pone la fecha de hoy en la que lleva una imagen del Yankee Stadium—. Phillip me gustaba mucho, pero su hermano también estaba encaprichándose de mí. Lo último que yo quería era provocar problemas de familia.

—Entonces, ¿no vas a enviar una postal al hermano?

—No. Justo acabo de mandarle una carta pidiéndole que deje de escribirme. —Se hace a un lado para que me siente en el banco, baraja las postales y agrega —: Y bueno, ya que estaba aquí, se me ha ocurrido enviar todas estas otras postales antes de volver a casa a enfrascarme en la montaña de libros que tengo por leer. ¿Y tú cómo estás?

—Mojado a más no poder.

—Es otra de las razones por las que estoy aquí metida.

No sé por qué, pero de repente tengo el impulso de confesárselo todo a mi antigua niñera, quizá porque es una desconocida a la vez que alguien en quien confío.

—Esta semana he estado echando muchísimo de menos a mi padre. No comprendo cómo demonios pudo dejarnos, no sé si me explico... —Respiro entrecortadamente, tratando de contener la rabia que anega mi interior. Pero no lo consigo y termino por escupir—: Todo esto está perjudicando mi relación con Genevieve, quien piensa que está perdiéndome y... y no sé.

—¿Y está perdiéndote de verdad?

—Creo que... un poco... yo mismo estoy cada vez más perdido, y mucho.

—¿En qué sentido, guapetón?

—No sé. Quizá simplemente estoy madurando.

—¿Quieres decir que has dejado de jugar con aquellos juguetes de la serie Tortugas Ninja Mutantes?

—No eran juguetes, sino figuras de acción, Evangeline — corrijo. Me siento un poco mejor al hablar con alguien que está fuera del universo de mis problemas. Pero no sé si quiero explicarle que hay una persona sin mucha

dirección en la vida que está desorientándome de forma muy seria—. Creo que será mejor que vuelva a casa para ver si Genevieve está de humor para contestar a mis llamadas. O para darme de cabezazos contra la pared si no me contesta.

—Siempre igual de bruto —dice Evangeline.

—Y tú sigues siendo la misma niñera de siempre, ya lo veo.

—Eso me temo, guapetón.

Franquea las postales y me acompaña a casa, cubriéndome de la lluvia con su gran paraguas amarillo. Sin quitarme las ropas mojadas, salto a la cama y llamo a Genevieve. No sé qué tenía pensado decirle, pero me siento frustrado cuando sigue sin contestar al teléfono.



LA CARA A DEL DISCO

Si pudiera pagar lo que cuesta una intervención en el Instituto Leteo, le daría el dinero a Genevieve para que se olvidara de mí, pero como eso no va a pasar, he salido del piso y estoy tratando de dibujar cómo sería el futuro si al final lo arregláramos todo entre nosotros. La página sigue en blanco.

Ha pasado una semana desde el cumpleaños de Thomas, y a pesar de la incómoda conversación telefónica de anoche, tengo bastante claro que Genevieve no cree que siga queriéndola.

Dejo el cuaderno a un lado cuando veo que el Orate cruza por la entrada de la verja. Con la cabeza echada hacia atrás, aprieta con los dedos su nariz ensangrentada. Brendan, Dave el Flacucho y el Niño Freddy le siguen a paso rápido. Voy hacia él.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, nada... Una de esas hemorragias nasales —dice el Orate, riendo.

—Está sangrando porque ha zurrado a unos cuantos capullos del complejo Joey Rosa —informa Dave el Flacucho, quien está dando saltos y pegándose puñetazos en las palmas de las manos, como si hubiera tomado parte en la trifulca.

Cuando éramos pequeños y nos metíamos en una bronca con los chavales del Joey Rosa, era un cagueta y se escondía tras los cubos de la basura o en el interior de alguna bodega.

—¿Qué coño te han hecho?

Brendan sienta al Orate en el banco.

—Estábamos paseando tranquilamente, y los babosos de costumbre empezaron a cotorrear porque habíamos ido a la fiesta de tu amiguete, la que hizo en el terrado. Ese buscabocas de Danny hizo el gesto de enviarle un beso al Orate, y el Orate lo molió a palos.

—¡El Orate los ha puesto a caldo! ¡A todos! —grita el Flacucho.

El Flacucho y el Niño Freddy se dirigen al Good Food's para comprar una caja de pañuelos de papel, y les oigo recordar el mejor momento de la pelea: el Orate obligó a Danny a besar el tacón de su bota, siete veces nada menos. No creo que Danny sea gay, pero sé que esa clase de bromitas ponen al Orate de los nervios, más que los cucuruchos de confeti blanco. Está como una cabra, y menos mal que está de nuestro lado.

Y este es otro de mis problemas: si no me decanto por Genevieve, al final voy a encontrarme con un tacón de bota en las narices.

g g g g

Antes de salir para encontrarme con Genevieve me pongo a hacer una cosa tras otra. Desde emparejar y anudar los calcetines a ordenar la colección de cómics siguiendo un código de colores, pasando por arreglar un poco mi rincón de la sala de estar. De pronto todo me parece urgente. Al final lo dejo; estoy contento porque la veré pronto, o por lo menos eso es lo que me digo, pues es lo que sentiría si fuese a salir para verme con Thomas.

Genevieve anoche mencionó al teléfono que hoy hay un mercadillo de cosas usadas; me autoinvité a visitarlo con ella, pues eso es lo que hace un buen novio.

Cuando me encuentro con ella, lo primero que hago es decirle algo bonito, como que me encanta la constelación de pecas que discurre de su cuello al omóplato. Estoy tratando de convencerla de que es mi universo entero, de que orbito a su alrededor, pura y simplemente. He aprendido a comportarme de este modo gracias a mis amigos. No de forma directa, claro, pues Brendan es de los que va a lo bruto con las chicas, mientras que Dave el Flacucho siempre está mandando mensajes de texto a varios planes de ligue a la vez, pero de los modelos negativos también se aprende.

Como muy poco, Genevieve da la impresión de que aprecia mi intención. O de que finge hacerlo.

El mercadillo está lleno de gente. Hacemos caso omiso de los puestos en los que se venden cosas aburridas: botones, cordones, calcetines deportivos, ropa interior. Gen se para ante una mesa y se prueba unos pendientes de esmeraldas; y yo me alejo un poco con la idea de encontrar algún cómic de interés. En una mesa cercana hay un cartel que indica: VIDEOJUEGOS ANTIGUOS. Tienen viejos cartuchos Nintendo de Pac-Man, de Super Mario 3 y de Castlevania. Los precios son de escándalo: veinte dólares o más. Saludo con la cabeza al fulano vestido con una camiseta de Zelda y voy a la mesa vecina, en la que hay imanes para neveras. Se me ocurre la posibilidad de comprarle uno a Thomas. Pero eso me daría la excusa necesaria para ir a verlo, así que no compro nada, aunque por mi mente circula la idea de dar la cara, de contarle todo de una vez.

Giro; Genevieve ya no está frente a la mesa de la joyera. Doy unos pasos y veo que me está haciendo señas con la mano.

Llego a su lado, y me muestra un cuaderno de dibujo con tapas aterciopeladas azules.

—¿Te gusta? He pensado que era mejor preguntarte directamente antes de

comprártelo.

—No me hace falta una libreta nueva —respondo. Aún me quedan unos cuantos cuadernos de espiral por estrenar.

—Pero ¿te gustaría tener una nueva?

—No, gracias.

Sé que Genevieve no es rica, pero no ignoro que maneja bastante más dinero que yo, que tiene un dormitorio propio y una paga semanal fija. A diferencia de mí, no termina de entender la distinción entre algo que necesitas y algo que quieres; el simple hecho de que puedas pagarte una cosa no justifica que la compres.

Estas son las cosas que quiero: nuevos videojuegos; unas zapatillas cool; un portátil con Photoshop; una casa con los suficientes dormitorios como para que los amigos puedan visitarme y quedarse a dormir por las noches.

Estas son las cosas que necesito: comida y agua; abrigos y botas para el invierno; un hogar propio, por pequeño que sea; una novia como Genevieve; y un buen amigo como Thomas, en lugar de un más o menos amigo íntimo como Brendan.

Genevieve me coge de la mano, y finjo una sonrisa. Reparo en que ella también sigue un poco triste.

g g g g

Esa noche llaman a la puerta del apartamento. Eric está a punto de irse, pues le ha tocado hacer el inventario durante el turno de noche, y mamá se ha quedado frita después de haberse tomado el lingotazo doble de todas las noches.

Cuando llaman a la puerta de esta forma inesperada, a veces no puedo evitarlo y pienso que es papá, que se ha dejado las llaves en casa. Creo que voy a necesitar cierto tiempo para quitarme estas ideas de la cabeza. Lo normal es que mis amigos me llamen por la ventana. Dejo de jugar y rezo por que no sea alguien que llama y se da a la fuga: que sea lo que Dios quiera...

Abro la puerta, y es Thomas.

—Hola —saluda sonriente.

Le devuelvo la sonrisa.

—¿Te apetece venir a casa esta noche? —pregunta, ya que no digo nada—. He estado trabajando con el gráfico existencial y he pensado que podríamos encontrarnos para hablar de nuestras cosas. Hace tiempo que no nos vemos.

Sí, ocho días desde la última vez. Y han pasado diez horas sin que nos hayamos mandado mensajes de texto. Lo que tendría que hacer es quedarme en casa y descansar, pues mañana voy a pasar el día con Genevieve otra vez. Pero si me quedo en casa luego no voy a pegar ojo, pues todo el rato estaré pensando en cómo hubiera podido ayudarlo a saber quién es, para que no vaya por la vida ciego y sin rumbo.

—Vale, voy contigo. Dame un segundo.

Vuelvo al interior y apago la Xbox. Eric me mira como si estuviera al cabo de la calle de todos mis secretos y mentiras, igual que el día que salí por la puerta para mantener mi primera relación sexual. Dejo que mamá siga durmiendo, pues voy a volver incluso antes de que se levante en mitad de la noche para orinar. Para no encontrarnos con mis amigos, que están reunidos en el patio, llevo a Thomas por la escalera posterior. Alguien ha estado fumando hierba hace poco.

Detengo a Thomas poniéndole la mano en el pecho por si oímos que hay alguien en la entrada.

No oigo nada, bajamos y nos tropezamos con Brendan y una chica, Nate. En realidad se llama Natalie, pero hace cuatro años que viste y se comporta como un tiarrón: siempre lleva el cabello recogido en gruesas trenzas, luce medallones de oro falso, se cubre con gorras con visera y viste camisetas de béisbol. Brendan mira a Thomas, pero me pregunta a mí: —¿Qué haces por aquí,

Aaron?

—Me las piro. —Veo que tiene una bolsita con marihuana en la mano—.
¿Y tú?

—Ocuparme del negocio.

—Si yo fuera uno de los guardias de seguridad, te habría pillado con las manos en la masa.

—Eso no va a pasar. Las llaves que llevan colgando del cinto hacen un ruido de mil demonios, y se les oye venir.

—Imagínate que yo fuera un soplón.

—A mi abuelo le da igual lo que haga, siempre que lleve dinerito a casa — responde Brendan, frotándose el índice y el pulgar—. Y bueno, ahora mismo tengo cosas que hacer.

—Claro.

Mientras salimos oigo que Brendan pregunta a Nate: —Vamos a ver. ¿Estás completamente segura de que a ti no te gustan los tíos?

Hacemos alto en el Good Food's, donde Thomas compra un montón de galletas, caramelos ácidos y bolsas de patatas fritas como para alimentar a un regimiento. Hace buen tiempo, así que subimos a la azotea y jugamos a las cartas. Empieza a oscurecer, pero a Thomas le queda uno de los farolillos de su fiesta de cumpleaños. Sigue funcionando, milagrosamente.

Meto la mano en la bolsa de caramelos ácidos y pregunto: —Y bien, ¿qué te cuentas de cara al futuro?

—He llegado a una conclusión importante. Sobre lo que quiero ser de mayor. —Bebe un trago de refresco y eructa—.

Mejor dicho, sobre lo que no quiero ser de mayor.

No sé si el subidón de azúcar está empezando a afectarle y no sé adónde quiere ir a parar. No las tengo todas conmigo.

—¿Y qué es lo que no quieres ser?

—No quiero ser director de cine —contesta. Es la respuesta propia de un nota que no sabe bien lo que quiere—. Tengo la impresión de que no me lo tomo tan en serio como pensaba.

Si lo piensas, ni siquiera he filmado algo o he colgado un vídeo en YouTube. Lo único que hago es buscar información sobre directores de cine y mirar películas, como si con eso fuera suficiente.

—Pero has estado escribiendo guiones... —argumento.

Se encoge de hombros.

—Tampoco tengo nada interesante que contar. Puedo escribir todos los guiones que quiera, pero solo tengo diecisiete tacos, y mi vida no es lo bastante interesante como para escribir sobre ella. Si tu vida es un asco, tus historias

también lo son.

—A veces tus historias pueden ser interesantes precisamente porque tu vida es un asco —observo—. Pero tampoco creo que tu vida sea un asco.

—Sí que lo es. No sé qué voy a hacer de mayor. Tan solo tengo un amigo: tú. Mi madre siempre está currando y nunca tiene tiempo para mí... y mi padre podría estar muerto y yo ni me enteraría. —Al momento levanta la cabeza. Su expresión es de horror—. Perdóname. Esto que acabo de decir es una idiotez.

Quiero decirle que no pasa nada, que mi propio padre tampoco se mató por mi culpa, pero eso puede llevarle a pensar que la culpa del abandono de su padre es suya. Así que no digo nada. No se oye nada, como no sea el viento. Tiro una piedra al suelo del terrado.

—Thomas, me parece normal que en este momento te sientas un poco confuso. Somos jóvenes y estamos aprendiendo a manejarnos con la vida, pero nuestras vidas tampoco son un asco. Te lo dice uno que tiene que dormir en la sala de estar.

—Lo que quiero es saber cómo va a ser mi futuro, no sé si me entiendes. —Sonríe—. Quizá tendríamos que invitar a tu novia al terrado, para que nos tire las cartas del tarot.

—No sé si vamos a seguir mucho tiempo juntos —indico cabizbajo.

—¿Cómo es eso? —pregunta Thomas, y con el rabillo del ojo veo que también tiene la cabeza baja.

—Las cosas no marchan como antes. Y creo que voy a seguir tu ejemplo y poner algo de distancia entre los dos. —Tiro de la manga de mi camisa; es un gesto que solía hacer de pequeño, cuando estaba muy nervioso—. La quiero, y quiero estar siempre con ella, pero no encajamos.

—Lo capto.

Con la mirada fija en mis manos, comento: —Me resulta un poco raro hablar de estas cosas. ¿Los chicos también las hacen? Hablar de los sentimientos y del amor, quiero decir.

—Lo preguntas como si no fueras un chico. Hay tíos que dejan que su mente se convierta en una especie de cárcel.

Pero a mí no me gusta vivir entre rejas. Es posible que seamos distintos, pero por mí no hay problema.

Tiene razón. Voy a atreverme a ser diferente. Voy a demostrar a todos que el mundo no va a convertirse en cenizas, ni girará fuera de control, ni va a ser engullido por un agujero negro. Lo que está claro es que alguien tiene que ser valiente y dar el primer paso.

—Hay algo que quiero decirte, pero tiene que quedar entre nosotros —apunto. Tengo la impresión de que quien está hablando es otro—. Y por favor,

no vayas a escaparte corriendo.

—Por favor, cuéntame que tienes un superpoder, que en realidad descienes de los extraterrestres, o algo por el estilo.

Siempre me ha hecho ilusión ser el amigo del protagonista de una peli de superhéroes, el único que está al corriente del secreto del superhéroe —dice Thomas—. Lo siento; he visto demasiadas películas. Por supuesto que puedes confiar en mí, larguirucho.

—Hay dos cosas, y no sé si estoy preparado para contarte las dos ahora mismo. Pero lo haré, y pronto.

—Muy bien. Pues empieza por hablarme de la cara A del disco, ahora mismo. O cuando te venga bien.

Vuelvo a bajar la vista y me froto las sienes. Siento que mi cabeza va a estallar de resultas de lo que estoy a punto de reconocer.

—Mira, tío, está claro que eres mi mejor amigo, pero si lo que voy a decirte te resulta excesivo, no hay problema en que...

—Calla y dime lo que tengas que decir —corta Thomas.

—Lo que me acabas de decir es un poco contradictorio. — Me mira con unos ojos que siguen diciendo: calla y dime lo que tengas que decir—. Bien. Voy al grano. Lo digo de una vez. Me parece que... es posible que... bueno... quizá... soy...

—¿Es un acertijo?

—No, no. Puedo decirlo tranquilamente. Déjame decirlo.

Voy a decirlo. Creo que... posiblemente... soy un poco... bueno... no un poco, sino bastante mucho...

No consigo escupir la última palabra, esa que no sé adónde me llevará después de atragantarme.

—Quizá te resulte más fácil si lo adivino. ¿Quieres que lo probemos?

—Vale.

—Eres virgen.

—No.

—Eres un descendiente de los extraterrestres.

—Tampoco.

—Estoy quedándome sin ideas. Pero voy a decirte algo sobre mí. No me importa que puedas ser virgen, medio extraterrestre o medio cíclope. Para mí eres el larguirucho de siempre, y eso no va a cambiar, me cuentes lo que me cuentes.

Escondo la cara en las manos y clavo las uñas en mi frente, como si pudiera arrancarme el rostro y desenmascarar a la persona que estoy tratando de revelar.

—Bueno, verás, resulta que... yo... creo que... creo que me gustan los

chicos, ¿me explico?

Y me quedo callado e inmóvil, incapaz de retractarme de lo que acabo de decir. Aguardo a que el mundo empiece a dar vueltas de forma descontrolada o, peor todavía, a que Thomas se levante y se marche.

—¿Ya está?

—Más o menos, sí.

—Bueno. ¿Y qué?

Levanto la vista, y el cielo no está sangrando. Oigo las bocinas de los coches, los gritos de los borrachos. Los pájaros siguen volando, y las estrellas dejan de esconderse, justo lo que yo mismo acabo de hacer. Hay chavales y chavalas de mi edad que están besándose por primera vez, y hasta puede ser que estén yendo un poco más lejos. La vida sigue. Todo sigue.

—¿No te importa?

—Me importas tú; lo otro no me importa. Bueno, sí que me importa, pero no de la manera que piensas. —Se rasca la cabeza y silba—. Entiendes lo que quiero decir, ¿no? Me da lo mismo que seas gay.

—¿Podemos usar otra palabra? Todavía no termino de hacerme a la idea.

Levanta el pulgar y dice:

—Colega, haremos lo que quieras. Si prefieres utilizar una palabra en código, por mí no hay problema.

—No se me ocurre nada.

—¿Qué tal «amigo de los tíos»? Me parece bastante neutro.

—Sí.

Es una pena que una palabra como «gay», que se supone que denota felicidad, de una forma u otra suene algo retorcida.

—¿Y qué me dices, amigo de los tíos? Entonces, ¿nadie más lo sabe?

—Tan solo nosotros dos —respondo—. Ni siquiera se lo he dicho a Gen. Tengo que pensar en lo que voy a decirle cuando ponga en orden las ideas. Es posible que a todos los amigos de los tíos siempre les pase lo mismo: un día eres amigo de las tías, pero al día siguiente la cosa ha cambiado.

Supongo que también puedo ser un amigo de los tíos y de las tías a la vez, pero no estoy seguro.

Thomas cambia ligeramente de postura y se acerca un poquito, o bien puede ser que haya hecho ademán de apoyarse en mí un momento.

—¿Y qué es lo que te parece que lo ha cambiado todo?

Tú lo has cambiado todo, quiero decir, pero no lo digo. No se oye una mosca. Este silencio me incomoda, como si nunca más en la vida fuera a sentirme cómodo. Si juego mis cartas mal, no tan solo voy a perder mi privacidad, sino que hasta es posible que nunca vaya a ser feliz.

—He estado pensando en un final feliz para mi vida incluso más que de costumbre, creo que porque tú mismo ahora estás empeñado en llegar a un mismo final feliz. No creo que pueda ser feliz si no sé quién soy, y lo que está claro es que no me siento feliz al cien por cien con mi vida.

—¿Te preocupa ser un amigo de los tíos?

—Aún no lo sé. Como puedes imaginar, ser un amigo de los tíos en un barrio como este puede causarme problemas, y me preocupa que a alguien le dé por partirme la cara. Así que tampoco voy a darme prisa en contárselo a los demás.

Tampoco creo que vaya a ponerme a hacer campaña con alguna organización que defienda a los amigos de los tíos. Eso sí, me parece perfecto que luchen por un futuro en el que sea posible casarse con otro chico sin que haya problemas. Ya me ocuparé de enviarles una cestita con regalos por Navidad.

Thomas ríe, y me parece claro que ha llegado el momento, que ahora va a confesar que ha estado tratando de engatusarme, dándome señales de que a él también le gustan los chicos, para conseguir que me quitase la careta de una vez.

—¡Ja, ja,ja...! «Una cestita», dices... ¿Es que ahora vas a empezar a hablar de esa forma?

—Eres un imbécil. Te odio.

Está desternillándose, y cuando finalmente deja de reír un poco —aunque no me hubiera importado contemplarlo un poquito más—, agrega:

—Y bien, ¿ahora qué vas a hacer? ¿Tienes pensado encontrar al chico de tus sueños para alcanzar ese final feliz?

—No tengo ni puta idea.

Thomas se acerca, sin que esta vez quepan dudas, y cruza las manos en el regazo.

—Bueno, pues todo esto me recuerda el apagón de hace unos años. ¿Te acuerdas? Me encontraba en la calle cuando se produjo, y todo estaba tan oscuro que casi no podía ver mi propia mano, por no hablar de lo que había a dos metros en la calle. Pero seguí andando hacia adelante, paso a paso, hasta que llegué a una esquina que me era conocida. A veces tienes que seguir adelante para descubrir qué es lo que estás buscando.

—Esto último lo has sacado de una de esas galletitas chinas de la suerte, ¿no? ¿Todavía la guardas?

—No; pensé que era mejor librarme de las pruebas incriminatorias.

Sonríó, y al igual que hace un momento, me siento bien, y es que siempre me encuentro bien a su lado. Pero sigo teniendo una sensación de vacío en el pecho. No sé qué puedo decirle para que se sienta lo bastante tranquilo para

hacer lo que yo justo acabo de hacer. Dado que Thomas nunca cuenta mentiras, me pregunto qué respondería si se lo se preguntara directamente: ¿también te gustan los chicos? Si responde que no, será muestra de que también es capaz de mentir. Pero si responde que sí, no sé si estaré muy contento de habérselo arrancado de esta forma.

—Tienes pinta de estar un poco estresado, o quizá sea una impresión mía, pero quiero que sepas que nada ha cambiado entre nosotros, larguirucho. Está claro que eres distinto a los demás, y me parece bien. Pero nuestra relación no va a cambiar —dice Thomas.

Pasa el brazo por mi hombro, como si lo que acabo de contarle no tuviera nada de especial. Este chico siempre me hace feliz.

—Gracias por leerme la mente —respondo. Le palmeo la rodilla—. Y bien, supongo que a partir de ahora ya no tengo que decir eso de «oye, que no somos gais», ¿verdad?

—No importa.

Thomas ríe, y quisiera que todas las noches fueran como esta, que siempre pudiésemos reír sin que nuestras risas estuvieran fuera de lugar.

Pero ya está bien por esta noche. Sería imposible adivinar que las formas proyectadas por el farolillo verde de papel son las de dos chavales sentados juntos que hacen lo posible por saber quiénes son. Tan solo veríais unas sombras que se abrazan, sin los contornos definidos.



¿RECUERDAS AQUELLA VEZ...?

No termino de atreverme; estoy plantado a los pies de la ventana de Genevieve, y llevo veinte minutos bajo la lluvia. Un taxi con publicidad del Instituto Leteo pasa sobre un charco y me deja los pantalones vaqueros chorreantes. Lo que más quiero en el mundo es que Genevieve sea capaz de perdonarme.

Y también me gustaría mucho tener otro par de pantalones conmigo.

Finalmente subo a su piso y dejo las zapatillas delante de la puerta. Casi resbalo en el recibidor, pues también tengo los calcetines mojados, pero Gen me coge de la mano y evita que >me caiga. Estoy a punto de venirle con un pretexto estúpido para que nos quedemos en la sala de estar, diciéndole que no quiero mojarle la cama, cuando en realidad tengo otras razones para no entrar en su dormitorio, pero me lleva hasta él y la sigo sin decir ni pío.

—El mercadillo de cosas usadas hoy está cerrado —indica.

Me ayuda a quitarme la sudadera con capucha y me pellizca el pezón a través de la camiseta blanca. Siento un cosquilleo, pero no me río mucho—. Lo bueno de tener un mal padre es que nunca está en casa. —Nos sentamos en su cama. Me besa, y sé que tendría que apartarla de mí, pero no lo hago—. Te quiero —dice, y antes de que yo no diga otro tanto y se produzca un silencio incómodo, Gen agrega—: ¿Recuerdas la vez que también tenías los vaqueros mojados y me dejaste la cama hecha un desastre?

El juego ha perdido su chispa, quizá porque me siento abatido, o, muy posiblemente, porque es una completa ridiculez que me pregunte si recuerdo algo que está teniendo lugar ahora mismo.

Estoy siendo injusto.

Me siento, cruzo las piernas, cojo sus manos y juego con ellas.

—¿Recuerdas aquel día del verano pasado, cuando compramos pistolas de agua y estuve persiguiéndote por el césped del parque Fort Wille?

Se sienta y enreda sus piernas en las mías.

—¿Recuerdas aquella noche de febrero pasado, cuando estuvimos yendo y viniendo en el metro durante horas seguidas, porque hacía demasiado frío para salir a la calle?

—Lo que fue una idiotez, porque cuando al final salimos a la una de la madrugada hacía aún más frío. —Un frío polar, que estaba matándonos, a mí sobre todo, pues me había quitado la chaqueta para ponérsela a Genevieve—. ¿Recuerdas la vez que estuvimos enviándonos mensajes por medio de un crucigrama en el aula de estudio, hasta que al final nos lo quitaron? Una lástima, porque ahora no puedo demostrar que escribiste «turnado» en vez de «tornado».

Genevieve me suelta uno de sus puñetazos.

—¿Recuerdas la vez que estuvimos enviándonos aquellos mensajes de texto que eran títulos de canciones?

—¿Y la vez que se puso a llover mientras estábamos remando en Central Park y de pronto me entró el pánico?

Ríe. Este juego de hecho puede ser incluso peor que compartir nuestra intimidad, pero el momento también es idóneo para explorar nuestros recuerdos compartidos.

—¿Recuerdas el día de mi cumpleaños, cuando hablamos de todo cuanto nos había pasado juntos? ¿Cuando me dijiste que me querías?

Se sube a mi regazo, y sus manos van ascendiendo por mis brazos.

Nos miramos a los ojos, y no me resisto cuando acerca el rostro para besarme, pues este va a ser el último beso que nos demos, lo sepa Gen o no. Pone la barbilla en mi hombro, y la abrazo, con fuerza.

—¿Recuerdas cuando era un buen novio, y te regalaba recuerdos bonitos como estos? —Noto que intenta separarse, para mirarme a los ojos de nuevo y decirme que soy un buen novio, pero continúo abrazándola, pues me resulta imposible mirarle a la cara y decirle lo que voy a decirle—. He dejado de ser el chico del que estamos hablando.

Deja de resistirse. Me abraza con más fuerza, y sus uñas se clavan en mi carne.

—¿Es eso..? Lo es. ¿Verdad?

Seguramente está preguntándome si voy a romper con ella, pero considero la posibilidad de que no, de que esté preguntándome si soy un amigo de los tíos.

Tengo clara una cosa: la parte de mí que durante tanto tiempo estuvo haciéndose pasar por heterosexual quiere mentir y decirle que puedo volver a ser la persona que ella necesita que sea, pero está el problema de que ya no soy esa persona o de que nunca tendría que haberlo sido. De forma que asiento con la cabeza y digo:

—Sí.

Estoy a punto de disculparme y de tratar de explicarme, pero se suelta de mi abrazo y se sienta en la otra punta de la cama, dándome la espalda.

Genevieve fue la chica que me trajo a casa después del suicidio de mi padre, la que me dejó llorar de un modo que yo nunca me hubiera permitido delante de mis amigos. Me ayudó con la química cuando estaban a punto de suspenderme, y eso que tampoco prestaba mucha atención, pues estaba demasiado fascinado por ella. Después de la muerte de su madre, cuando su padre comenzó a presentarse en su casa por las noches acompañado de jovencitas, la distraje saliendo con ella los fines de semana, como la excursión

que hicimos al otro lado del puente de Brooklyn, o cuando nos dedicamos a mirar a la gente en el parque Fort Wille. Ahora se ha convertido en la chica que no permite que la abrace.

—Es por culpa de él —suelta.

Respondo con un embuste:

—No sé de qué me estás hablando.

Está llorando y no me deja verle la cara, como ha pasado otras veces. Me tira la sudadera.

—Ya puedes irte.

Y eso hago.



OTRA TRIFULCA

Cómo se juega al Skelly: hay quienes dibujan con tiza el cuadrángulo en el suelo, pero el nuestro es de los buenos, pues lo trazamos con pintura amarilla sobre el negro asfalto hace ya unos cuantos años. En su interior hay trece casillas numeradas —la casilla 13 está en el centro—, y tienes que disparar de casilla en casilla un tapón de rosca de envase con la punta de la uña, en orden numérico. El primero en alcanzar las trece casillas gana.

Lo más divertido siempre es preparar las chapas. Nos quedamos con los tapones de los envases de agua o leche que llegan a nuestras casas (cuando no los robamos directamente de las neveras de las tiendas) y vertemos un poco de cera de velas en su interior para que tengan cierto peso y no salgan volando a la primera ráfaga de viento. Mi madre siempre compra leche desnatada, por lo que mi tapón es azul y tiene un relleno de cera amarilla procedente de una de sus velas de santería.

Estoy jugando con Freddy (tapón verde, cera roja), Brendan (tapón rojo, cera anaranjada) y Dave el Flacucho (tapón azul, cera azul).

Thomas no va a tardar en llegar para jugar con nosotros.

El Niño Freddy está a cuatro patas, midiendo la distancia existente entre la línea de salida y la casilla 13; si metes la chapa en esta casilla al tirar por primera vez, ganas automáticamente la partida. Lanza el tapón hacia ella, pero se queda corto. Brendan es el siguiente en tirar su chapa, que tiene el aspecto de un cometa y se desliza como tal. El tapón aterriza en la casilla 1, y luego en la 2, pero queda fuera de la 3.

—Oye, Aaron. Anoche intercambié unos cuantos juegos...

¿y a que no sabes con qué me encontré en el lote? ¡Con La Leyenda de Iris!

Me echo a reír. Es un juego que compramos cuando teníamos doce años, porque corría el rumor de que la persona que lo había creado —una chica guapa que no llegaba a los treinta años— había escondido una foto de su trasero en el juego, como una especie de conejito de Pascua que los jugadores tenían que encontrar. Estuvimos jugando horas y más horas, hicimos trampas para acelerar el juego, pero no hubo manera.

—«La gran caza del trasero a los doce años de edad», podríamos llamarlo. Buenos tiempos aquellos.

—Sí que lo fueron.

Es curioso: tengo muy claro que antes me gustaban las chicas. Les pedía que salieran conmigo, y a los catorce años una de ellas incluso propuso hacerme cierto servicio sexual a cambio de que fingiera ser su novio, con la idea de poner celoso a su ex (dije que sí, pero me entró miedo y me rajé cuando comenzó a

desabotonarme los pantalones) y cuando miraba una página porno, tan solo me fijaba en las chicas que aparecían en ella. En enero no sabía qué comprarle a Genevieve por San Valentín, pero al cabo de un par de semanas me dijo que esa celebración le daba lo mismo. Lo que fue un alivio, pero yo iba muy en serio.

Me toca jugar después de Dave el Flacucho, y doy de lleno al tapón del Niño Freddy, que expulso del cuadrángulo. Vuelvo a tirar, pero no consigo acertar la casilla 1.

Thomas se presenta cuando Brendan y yo estamos compitiendo por llegar a la casilla 7. Después de mi turno, nos saludamos entrechocando los puños. Le entrego la chapa que he hecho para él (verde, con cera amarilla).

—¿Puedo sumarme a la partida, colegas?

—No vas a alcanzarnos ni en broma —dice Brendan.

—¿Me estás desafiando?

—Pues claro. Como mucho, si tienes suerte, igual ganas a Dave el Flacucho.

Thomas sitúa el tapón a la izquierda de la línea de salida, dispara y aterriza directamente en la casilla 13.

Brendan le suelta una patada al tapón.

—No puede ser. Esto es una mierda.

—La cosa está clara, ¿no? —apunta Thomas.

—Nueva partida —anuncia Brendan, echando mano a su tapón. Obliga a Thomas a disparar el primero, y tengo la impresión de que Thomas esta vez no acierta en la 13 a propósito.

Soy el siguiente. Llego hasta la casilla 4, y termino por fallar.

Thomas pregunta:

—¿Cómo se tomó Genevieve la noticia anoche?

Brendan está a punto de disparar, pero levanta la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—Que he roto con Genevieve, más o menos.

Se levanta.

—Me estás vacilando.

—¿Qué? No, lo digo en serio, tío la situación en casa sigue siendo complicada y...

Brendan levanta el tapón y lo tira al suelo con rabia.

—¿Y cómo es que este tipejo se ha enterado antes que nosotros? ¿Qué cojones tiene este tío?

—Como si tú hubieras estado ayudándome a quitarme la mierda de encima...

Antes de que pueda evitarlo, antes incluso de que me dé cuenta de lo que

está pasando, Brendan, mi mejor amigo, más o menos, se abalanza sobre mi mejor amigo, Thomas.

Brendan le estampa un puñetazo en la barbilla, seguido por varios otros.

—¡Deja de comerle el coco a mi amigo...! ¿Entendido...?

Antes de que Brendan le propine un sexto golpe, lo derribo y lo inmovilizo agarrándole por la garganta.

—¡Déjale en paz!

Estoy jadeando. Aferro su garganta con mayor fuerza todavía cuando trata de voltearme con las piernas, recurriendo a un viejo truco que siempre se le dio muy bien. Seguro que en este momento se arrepiente de haberme enseñado a pelear.

Me levanto y contemplo a Thomas mientras Brendan recupera el aliento. Thomas no está sangrando, pero me doy cuenta de que hace lo posible por no llorar.

—No pasa nada; estás bien —digo.

Le ayudo, y se pone en pie y me pasa el brazo por los hombros. El Niño Freddy y Dave el Flacucho se arrodillan junto a Brendan. Nos vamos, seguidos por sus miradas.

—Lo siento —se disculpa Thomas—. No sabía que no se lo habías contado...

—Cállate. La culpa no es tuya. Brendan es un capullo de mucho cuidado. Se frota la cara y entorna los ojos; se le escapa una lágrima.

—No tenías que ponerte de mi lado, larguirucho.

Creo que siempre voy a hacerlo. Lo tengo claro, mejor dicho.



LA CARA B DEL DISCO

Ayer defendí a Thomas por instinto, pero no me resultó fácil.

Si un día alguien escribe mi biografía, se encontrará con muchos episodios protagonizados por Brendan, el Niño Freddy, el Orate y los demás de la pandilla. Forman parte de mi historia personal. Pero anoche dormí bien, consciente de que me puse de parte de la persona que está conforme con el final feliz hacia el que trato de dirigirme, y no con los que seguramente te estamparían un puñetazo en la cara para demolerlo.

Hace un rato que me he presentado en casa de Thomas con unas cervezas. Lo bueno de trabajar en la caja del Good Food's es que, si bien estoy obligado a asegurarme de que los que compran alcohol son mayores de edad, eso no me afecta a mí, porque nadie me vigila cuando cierro la caja y me voy.

Sentado con la espalda apoyada en la pared de su dormitorio, me echo al colete lo que queda de mi tercera Corona, mientras Thomas abre una cuarta lata de Pabst. Cojo otra más, no para seguirle la corriente, sino porque verdaderamente necesito un trago cuando le veo apretar el bote helado contra su ojo hinchado.

—Te lo digo por milésima vez: lo siento mucho. No entiendo ese cruce de cables de Brendan.

—Brendan cree que estoy apartándote de ellos —responde Thomas, como si le diera igual haber recibido una paliza porque mis amigos tienen celos de él—. ¿Te parece que con el tiempo les vas a contar la verdad? ¿La cara A, por así decirlo?

—Es posible que un día me marche del barrio y entonces les envíe una postal diciendo: «Que sepáis que me gustan los chicos. Pero no os preocupéis, pues vosotros no me gustáis.

Porque todos dais asco».

Thomas mira a izquierda y derecha, por encima del hombro y asoma la cabeza por la ventana.

—Discúlpame... Tan solo quería comprobar que Brendan no ronda por aquí, con la idea de soltarme otro guantazo antes de que te haga la próxima pregunta. —Reímos los dos—. ¿Tienes pensado contárselo a Genevieve?

—No lo sé. Hace dos días que no sé nada de ella. Supongo que estoy preparado para contárselo, más o menos, pero tengo miedo de que se lo tome a mal, de que piense que he cambiado de gustos por su culpa, o algo parecido.

—Pagaría dinero por estar presente durante la conversación.

—No vamos a conversar hasta dentro de mucho tiempo, así que tómatelo con calma.

—¿Quién es el famoso que más te fascina?

—¿Cómo?

—Lo pregunto para que te sientas un poco más relajado en general.

—Ya, bueno, pues Emma Watson —contesto. Enarca una de sus gruesas cejas en señal de escepticismo—. Está magnífica en su papel de la hechicera Lexa en las películas de Scorpius Hawthorne. Si me propusiera matrimonio, me volvería hetero otra vez, por arte de magia. Pero si hablamos de los chicos, el que más me gusta es Andrew Garfield. Nada me gustaría más que hacerme amigo personal del mismísimo Batman. ¿Y tú?

—Natalie Portman me tiene completamente fascinado, desde que la vi en Algo en común. De hecho ya me gustaba desde La amenaza fantasma... Su actuación fue lo único bueno en toda esa trilogía de La guerra de las galaxias —indica Thomas.

No es exactamente lo que estaba esperando oír, pero me he metido tres cervezas y media entre pecho y espalda, y con el estómago vacío, y de pronto me siento osado.

—¿Qué actor masculino es el que más te gusta?

—En plan gay, ¿quieres decir?

—Eso mismo.

—Hmmm... —Thomas se echa hacia atrás. Con la nuca sobre la almohada y las rodillas en lo alto, bebe de la lata de Pabst con avidez, hasta vaciarla—. Está claro que tiene que ser Ryan Gosling. Es guapísimo, y soñé con ser él después de ver Drive.

—Yo no tendría problema en que me sacara a dar una vuelta en su coche —convengo.

—Pásame otra birra, anda.

Le envío otra lata en un tiro bombeado; gritamos con júbilo cuando la intercepta en el aire. La abre, y la cerveza sale disparada y le empapa por completo. Me parto de risa, borrachuzo por el suelo, lo que significa que estoy riéndome como otras veces, pero muchísimo más fuerte, porque llevo una cogorza... Thomas también se parte, borracho, mientras se pone una camiseta limpia. Sin duda es consciente de que me encanta verle cambiarse de ropa, que me resulta excitante, aunque vaya sin recompensa. Termina de ponerse la camiseta amarilla sin mangas.

—Levántate. Voy a enseñarte a pelear.

—No, gracias, larguirucho.

—Eso que sueles hacer en el gimnasio es pura pérdida de tiempo, a no ser que hayas estado haciendo flexiones con alguna chica debajo.

—He visto muchos combates de lucha libre.

—La lucha libre siempre es una comedia. Vamos, levántate.

—Deja la lata de Pabst en la mesilla de noche y se encuentra conmigo en el centro de la habitación—. Estupendo. La próxima vez que Brendan u otro quiera sacudirte, vas a darle para el pelo.

Cómo arreglártelas en una pelea callejera: eres tu propia arma, pero si da la casualidad de que tienes unos puños americanos o un bate de béisbol, pues mejor todavía.

—Bien, para empezar vamos a... —me callo y le rodeo el cuello con el brazo. La llave le inmoviliza—. Nunca esperes a que el otro golpee primero. —Le suelto, y trastabilla. Antes de que pueda protestar, le envío un puñetazo que detengo a dos dedos de su cara—. Siempre vale la pena apuntar a la nariz...

Incluso si fallas, es muy posible que le des en la mandíbula o el ojo. Pero si de verdad te propones romperle la nariz, lo mejor es pegarle un cabezazo.

Lo agarro por los hombros, acerco mi frente a la suya y contemplo sus ojos achispados mientras finjo darle un cabezazo tras otro en la nariz.

—Todo esto es muy violento para absorberlo en un minuto —observa él—. Creo que por esta noche ya tengo bastante.

—Aún queda mucho por... —Hago amago de soltarle otro puñetazo, pero esta vez me agarra la muñeca con una mano y la pierna con la otra, derribándome y sujetándome contra el suelo. Thomas sonrío.

—Acabo de decirte que ya tengo bastante.

Me da unas palmaditas en el hombro y se sienta en el suelo frente a mí.

—Bueno, pues dejemos la segunda lección para otro día.

Pero me alegro de que sepas cómo utilizar esa musculatura que tienes. Creo que tendría que hacer más ejercicio, aunque solo para estar más cachas.

—Yo voy a ser tu amigo igual, tengas músculos o no —dice.

—Voy a tatuarte esa frase en el cuerpo, para que no se te olvide —respondo.

—Nunca voy a hacerme un tatuaje. ¿Y si un día me da por trabajar como modelo de ropa interior? No me conviene tener estampada en el dorso una frasecita del tipo: «Solo se vive una vez» —bromea Thomas. O, por lo menos, espero que se trate de una broma.

Me levanto y cojo uno de los rotuladores que hay en el escritorio. Me siento a su lado y pongo la palma de la mano en su hombro.

—Pues voy a hacerte un tatuaje ahora mismo. ¿Qué quieres que ponga?

—Olvidalo —dice riendo.

Pero yo sé que ansía tener un tatuaje.

—Vamos, hombre. Si al final no trabajas como modelo de ropa interior, ¿qué clase de tatuaje te gustaría lucir?

—Las agujas me dan miedo.

—Te lo hago con este rotulador.

—Bueno.

—¿Y si pones uno de esos proverbios que sacas de las galletitas chinas de la suerte?

—Sorpréndeme.

Lo agarro por la muñeca, le inmovilizo el brazo y me pongo a dibujar un monigote con una claqueta del cine en la mano; espero que sea un indicio de lo que está por llegar y, si no, pues mala suerte. Mi cicatriz se aprieta en su antebrazo, y si por entonces hubiera tenido tantas ganas de vivir como ahora, esta cicatriz ahora sencillamente no existiría. El momento es muy especial, y me digo que ha llegado la hora de pasar a la cara B del disco.

—¿Thomas?

—¿Larguirucho?

—¿Te sorprendiste? ¿Cuando te puse la cara A?

—Un poco. Eres muy distinto a cualquier otro amigo que haya podido tener, y por eso mismo quise ser tu amigo desde el primer instante en que te vi.

—Es curioso que lo diga mientras estoy dibujando las cejas del monigote, y es que me encantan las cejas que tiene Thomas—. Pero me pareció bien que me lo contaras. Pensé que era un honor que confiaras tanto en mí.

—Pues claro. Porque eres la persona que más me gusta — respondo sin vacilar. No tan solo quiero que Thomas forme parte de mi vida; quiero que sea feliz, que ahuyente la muerte de mi existencia, que me resulte fácil seguir siendo el que soy —. Lo que digo va a parecerte una estupidez, pero creo que eres la felicidad de mi vida. —Le acaricio el hombro. Se gira hacia mí, resigo sus cejas con el dedo, acerco el rostro y le beso.

Thomas me aparta y se levanta.

—Lo siento, colega. Soy hetero, por si no te habías dado cuenta.

Escucho estas palabras, esta mentira y, de repente, me siento abrumado por todo cuanto es negativo en el mundo: paros cardíacos, disparos de bala, hambrunas, un padre que te abandona a tu suerte... Parpadeo con rapidez, para no romper a llorar.

—Pero pensaba que... pensaba que tú... ¡Jo...! Lo siento, he bebido demasiado... —Me siento como un jodido idiota—.

Mierda, lo siento. ¡Mierda! —Levanto la vista; está tapándose la boca con la mano—. Di algo.

—No sé qué decir. No sé qué hacer.

—Por favor, olvídate de todo esto. De lo que he hecho y he dicho. No puedo perder a la persona que más... No puedo perder a mi mejor amigo.

—Claro. Voy a olvidarlo, larguirucho.

—Me marchó a casa. Mejor será que duerma un poco.

—Está lloviendo.

Lo dice sin entonación de ninguna clase, y sus palabras resuenan en mi cabeza una y otra vez, pues la cosa cae por su propio peso: soy hetero, por si no te habías dado cuenta. Soy hetero, por si no te habías dado cuenta. Soy hetero, por si no te habías dado cuenta...

—¿Quieres un paraguas? —ofrece.

—Son cuatro gotas.

Me dice algo, pero no consigo oírlo, pues las palabras siguen resonando en mi mente. Hace ademán de llevar la mano a mi hombro, pero lo piensa mejor.

—Hablamos en otro momento.

Noto sus ojos clavados en mí mientras salgo por la ventana a toda prisa, casi derribando el muñeco de Buzz Lightyear de la repisa. Bajo por la escalera de incendios, llego a la acera y me vuelvo para ver si me ha seguido. Pero ni siquiera está en la ventana.

Estoy solo.

El viento empuja basura por la acera, creando unas sombras inquietantes bajo las luces de las farolas. Me detengo en un punto situado a mitad de camino entre su casa y la mía; tengo la sensación de que no pertenezco a lugar alguno. Me dejo caer y me siento en el borde de la acera, donde permanezco inmóvil, anhelando que Thomas venga a buscarme. Pero la realidad es otra, y me siento hundido.



7

MIS PENSAMIENTOS DURANTE LA MADRUGADA 12.22 horas

A ver si se aparta la luna de mi cara de una maldita vez.

En casa no tenemos persianas, claro, y me cuesta estar mucho rato de espaldas a la ventana porque Eric siempre deja abierto el videojuego de turno, y la pantalla no cesa de parpadear en su lado de la habitación. Me siento en la cama y veo a Brendan, a Dave el Flacucho y al Orate pasándose un cigarrillo en los columpios del parque. Vuelvo a echarme en la cama, para que no se les ocurra lanzar un pelotazo a mi ventana.

Cojo el cuaderno de dibujo y veo que tengo las puntas de los dedos manchadas de tinta del rotulador negro.

En este momento me resulta imposible dibujar.

g g g g

2.45 horas

En ningún momento he olvidado qué es lo que me gusta de Thomas.

El que miente soy yo, y no él. He estado engañando a Genevieve, a mis amigos, a todo el mundo. Pero me he pasado de rosca, y esta es la verdad: nunca en la vida me he sentido tan dolorosamente confuso como ahora, y Thomas ha sido la primera persona que me ha dicho las palabras indicadas y que me recuerda los primeros días del verano, cuando sales de casa sin chaqueta y en todo momento estás escuchando tus canciones preferidas. Y ahora es posible que nunca más vuelva a hablarme.

5.58 horas

Me acuerdo de que hace un año, cuando me entraba el insomnio, me calzaba las zapatillas e iba a ver a mi padre a su trabajo a una manzana de distancia. Me acuerdo de que hace un par de meses siempre podía llamar a Genevieve, quien no tenía problema en despertarse para hablar conmigo. Me acuerdo de que la semana pasada podía salir de casa y hablar de chorradas con Brendan y los chavales, si aún estaban en la calle. Me acuerdo de que ayer podía quedarme a dormir en casa de Thomas sin que nos sintiéramos incómodos.

He perdido a todas estas personas. Tan solo me queda un hermano que ronca. Y con la televisión de madrugada: interminables anuncios de remedios contra el acné juvenil, líneas de atención para los que están pensando en suicidarse y organizaciones protectoras de animales. Me levanto para apagar la tele antes de que empiecen a programar viejas teleseries de comedia que no tienen la menor gracia. Y, de pronto, un último anuncio llama mi atención.

El Instituto Leteo. Con su promesa de que conseguirán hacerte olvidar y pasar página.

Entro de puntillas en el cuarto de mamá y le robo el folleto.



RECUERDOS Y GOLPES BAJOS

Quiero someterme al procedimiento Leteo.

Al principio no fue más que un pensamiento demencial, la clase de pensamiento que te viene a la mente a las seis de la mañana después de una noche en vela, mientras te dices que la vida es un ascazo. Pero he estado investigando el Instituto Leteo a fondo durante el fin de semana, y creo que aún hay esperanza. Lo más problemático es la sucesión de casos polémicos que se han dado en los últimos tiempos. Pero he descubierto que por cada caso fallido, los del instituto han conseguido modificar los recuerdos con éxito en doce ocasiones, por todo el país. Si otros consideran que vale la pena hacer el tratamiento, aunque te arriesgues a sufrir muerte cerebral, convengo en que seguramente es mejor que lo pruebe y no vuelva a intentar ya-sabéis-qué porque me siento abrumado por la derrota.

En el Leteo te ofrecen una segunda oportunidad en la vida.

En su portal describen muchos casos que han terminado bien, sin aportar nombres ni detalles personales, claro está.

Un soldado del ejército conocido como F-7298D vivía atormentado por el síndrome de estrés postraumático, hasta que los del Leteo tomaron cartas en el asunto y sepultaron sus peores recuerdos. F-7298D hoy ya no sufre insomnio ni pesadillas. Una madre con dos hijos gemelos, M-3237E, tenía agorafobia de resultas del estallido de una bomba en una maratón en la que estaba participando. Los del Leteo escondieron dicho recuerdo para siempre, y M-3237E ahora ya no tiene miedo de salir a la calle, y la vida es más fácil para ella y para sus hijos.

En el Leteo también se ocupan de los chicos jóvenes como yo.

Una joven de diecisiete años, S-0021P, fue violentada sexualmente por un tío suyo. Este fue a parar a la cárcel, pero la chica empezó a quemarse las pantorrillas con cigarrillos encendidos. El instituto le brindó la posibilidad de pasar página, de suprimir de su memoria aquellos episodios que le llevaban a pensar que en su momento quizá estuvo insinuándose y provocando a su tío. Otro chaval de diecisiete años, J-1930S, era víctima de unos incontenibles ataques de pánico y tenía unas premoniciones horrorosas cada vez que volvía del colegio y su familia no estaba en casa. Los especialistas del Leteo dieron con la raíz de sus problemas y le curaron.

Estos especialistas se toman nuestras historias personales muy en serio.

Pero eso no es lo que me empuja a someterme a su método.

He encontrado la historia de A-1799R, un hombre ruso de cincuenta años, casado y con hijos, que se dio cuenta de que había pasado media vida

engañándose a sí mismo y engañando a todo el mundo, y una cuarta parte de esa época, casado con una mujer a la que no quiere... a la que no puede querer. Pero no podía trastocar la existencia de su familia, no podía abandonarlos o emigrar a un país más tolerante que Rusia, así que vino a Nueva York en avión y preguntó a los del instituto si podrían convertirlo en hetero. Y los del Leteo se pusieron a revolver en su cabeza y lo consiguieron. Después leí sobre otro caso parecido, protagonizado por una chica de diecinueve años, P-6710S, a la que todos acosaban a diario. No se gustaba tal como era y se sentía desgraciada. Sus padres hicieron todo lo posible para que se sintiera aceptada, pero finalmente recurrieron al Leteo, donde la «corrigieron».

No quiero ser el que soy.

No quiero seguir dándole vueltas a si mis amigos van a aceptarme tal como soy y, lo que es más importante, no quiero ver lo que pasa si finalmente no me aceptan. No quiero verme obligado a renunciar a la amistad de Thomas, pues hay algo aún peor que no poder estar con él: la certeza de que nuestra amistad va a acabar teniendo fecha de caducidad si estar con él resulta imposible.

Soy consciente de que no ser yo constituirá una mentira, pero sé que si de un modo u otro consigo pagarme una intervención en el Leteo, estaré haciéndome un favor a largo plazo. Y es que mi situación actual es una invitación a pasarlo mal en la vida.

La felicidad no tendría que resultar tan difícil.

g g g g

Hay un problema: si eres menor de edad, el Instituto Leteo exige que vengas a su consulta acompañado de un adulto. A estas alturas me he quedado sin padre, y tengo clarísimo que no voy a pedirle a Eric que me acompañe, lo que significa que estoy obligado a contarle a mamá el motivo exacto por el que quiero someterme al procedimiento Leteo. Y entonces recuerdo cuando me llevaba al barbero e indicaba a este cómo tenía que cortarme el pelo. Con la salvedad de que el Leteo no es una barbería —en todo caso, se parece más a una clínica especializada en borrado de tatuajes—, lo que a su vez significa que voy a tener que contárselo todo con pelos y señales.

Voy corriendo al hospital, a ver si la pillo antes de que se marche a trabajar en el turno nocturno del supermercado. El hospital se encuentra al otro lado de la calle, por lo que tampoco se trata de lo más difícil que he hecho en todo el día. No, lo más difícil sin duda ha tenido lugar esta mañana, cuando estaba trabajando en el Good Food's y he olido la colonia que llevaba Thomas en un cliente; he sentido un gran dolor en el pecho. Bastante me ha costado sobrevivir a esta, la peor experiencia de todo el día. Estoy harto de luchar.

Llego a su despacho, y mamá está terminando de hablar por teléfono con alguien.

—Aaron...

Cierro la puerta y me siento. Mi secreto me resulta igual de oprimente, asfixiante incluso... pero si se lo cuento, y se muestra conforme con mi plan, cosa que va a hacer, porque mamá siempre quiere lo mejor para mí, entonces todo será cuestión de mentir con desenfado cuando hable de mí mismo. No solo eso, sino que probablemente terminaré por olvidarme de toda esta historia tan desagradable.

—¿Qué es lo que pasa, hijo mío? ¿Te encuentras bien?

—Me encuentro bien —digo, aunque no es de verdad, ni de lejos.

De pronto noto los golpes recientes: el rechazo, el miedo, la incertidumbre. Y gracias a Dios que ahora estoy al lado de mi madre, pues seguramente voy a necesitar uno de esos abrazos suyos que tanto me reconfortaban de niño, como la vez que tuve un problema con los guardias de seguridad por correr por los pasillos, o cuando el padre de Dave el Flacucho se burló de mi torpeza aun siendo tan alto durante un partido de baloncesto, o todas las demás veces que me sentí avergonzado o inútil.

—Dime qué es lo que pasa —insta mamá, echando una mirada de reojo al

reloj en la pantalla del ordenador.

Sé que no está metiéndome prisa, y menos aún cuando no tiene idea de qué demonios es lo que voy a contarle, pero no hay duda de que sigue teniendo presente lo reducido de nuestra cuenta en el banco, como es su obligación.

—Quiero un tratamiento en el Leteo.

Ahora está mirándome con toda su atención. Su mirada es tan intensa que mis ojos vagan por el escritorio, y me pregunto cuándo retiró la foto en que yo estaba montado en los hombros de papá mientras Eric descansaba en su regazo, agrupados los tres sobre el sillón reclinable del abuelo.

—Aaron, por favor, sea lo que sea...

—No, mamá, escucha, porque el tiempo vuela y estoy empezando a perder la cabeza y a asustarme de lo que puede pasar si no me someto al procedimiento.

—Pero ¿qué es lo que quieres olvidar?

—Espero que lo que voy a decirte no te resulte demasiado difícil, pero resulta que tengo, que he estado... —Pensaba que lo escupiría todo de golpe, pero, por muy posible que sea olvidar este momento, me resulta casi imposible vivir el presente con una carga semejante—. Eh... He estado manteniendo una relación con Thomas. Es posible que lo hayas adivinado, porque te fijas en las cosas.

Hace rodar la silla, se acerca y coge mi mano.

—Ya... pero, ¿qué problema hay?

—El problema soy yo.

—Tú no eres ningún problema, hijo mío. —Se abraza a mi cuerpo de lado y apoya la cabeza en mi hombro—. No sé qué pensabas que iba a suceder. ¿Que iba a pegarte con un cinturón? ¿Que iba a darte friegas con aceite, para purificarte?

—Ojalá pudieras —sollozo, pues el hecho de que mi madre me diga que no hay nada malo en mí hace que me aterre vivir con este sufrimiento para siempre—. Quiero empezar de cero, mamá. La relación con Thomas no funciona. Sé que te prometí ser más abierto contigo después de lo que te hice sufrir en abril, y por eso estoy contándote la verdad: lo sucedido con Thomas me ha hecho despertar a la realidad.

Pero él sigue dormido, y no sé si puedo hacer o decir lo suficiente para que se despierte también.

—¿Qué es lo que me estás pidiendo?

—Que hagas que me cambien y me corrijan.

También está sollozando, un poco; me aprieta la mano.

—Gracias por ser sincero conmigo, Aaron. Te lo he dicho antes, y voy a seguir diciéndotelo siempre: voy a quererte seas como seas. Estás siendo

demasiado impulsivo con eso del Instituto Leteo. Podemos hablarlo todo con calma o concertar otro cita con tu psicólogo...

—¡Ese doctor Slattery es un inútil! ¡Estás tirando el dinero!

El Instituto Leteo sí que va en serio, mamá. Dicen que es imposible escoger si te gustan los chicos o las chicas, pero sí que puedes ayudarme a volver a ser el de antes, cuando no tenía estos problemas.

Aparto el hombro de su cabeza, porque está haciendo que me sienta como cuando era niño y le suplicaba que me comprase un nuevo camión de juguete Hess por Navidad. Los chavales de mi edad podemos pasarnos de impulsivos, lo sé, pero cuando tu hijo, que ha estado a punto de matarse, te pide cambiar su vida para mejor de la noche a la mañana, tu condición de madre tendría que obligarte a responder con un sí rotundo.

—No, Aaron. —Suelta mi mano y se levanta—. Tengo que irme a trabajar. Si quieres, esta noche lo hablamos y...

—Olvídalo.

Salgo volando de su despacho y aprieto el paso cuando me llama una y otra vez. Tan solo me enjugo las lágrimas que corren por mis mejillas cuando llego a la esquina.

Echo mano al teléfono móvil. Lo que quiero es llamar a Thomas o a Genevieve, pero eso no puedo hacerlo. Tampoco puedo contactar con Brendan, porque estoy seguro de que ha terminado de encajar todas las piezas que guardan relación con Thomas en mi cataclísmico rompecabezas. Lo mismo vale para los demás de la pandilla. Reviso la agenda del móvil y no llamo ni a Brendan ni a Collin, a Deon, al Niño Freddy o a Papá...

Llamo a Evangeline. No responde.

Me encojo contra la pared, mientras me pregunto dónde está mi lugar en este universo de mierda que no para de joderme. Empiezan a invadirme unos pensamientos que haría bien en evitar. Me animan a buscar el olvido absoluto, allí donde podré descansar y olvidar para siempre. Lloro más todavía, porque no es lo que quiero, pero una vez más empiezo a pensar que se trata de la única solución.

Suena el teléfono. No es ni Thomas ni Genevieve, pero sí que se trata de la tercera mejor opción posible.

—Hola, Evangeline.

—Hola, guapetón. Perdona que antes no cogiera tu llamada.

—No te preocupes. Tengo que pedirte un favor. —Me doy cuenta de que una mentira es lo que me hace falta para alcanzar la ansiada vida de mentira, la única salida que me queda. Tampoco es una mentira que vaya a perjudicar a otros —. He estado hablando con mi madre, pues tengo que hacer cierto trabajo

sobre el Instituto Leteo, pero no puede acompañarme. ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

Guarda silencio un momento.

—Nos vemos dentro de una hora. Ponte a hacer cola, ¿entendido?

Todavía tengo la oportunidad de alcanzar el tan ansiado olvido, o eso parece.

g g g g

Llevo casi una hora haciendo cola en la esquina de la calle 168, a la espera de entrar en el Instituto Leteo. Muerto de aburrimiento, pregunto al hombre de mediana edad que me precede por sus razones para estar aquí. Responde que quiere olvidarse de su exmujer que le engañó, o acabará por matarla a ella y a su amante de veintidós años de edad.

Después, dejo que un par de personas pasen por delante de mí.

Cuando finalmente llego al interior, cojo mi número y me siento en una sala de espera tan grande como la que hay en las oficinas del departamento de tráfico.

En cada una de las pantallas hay dos televisores, que muestran los mismos vídeos del Instituto Leteo.

PREGUNTA: ¿Hasta qué punto son seguras estas intervenciones?

RESPUESTA: Son muy seguras. Nuestro procedimiento no es del tipo quirúrgico y facilita que podamos abordar y modificar los recuerdos preexistentes, con precisión molecular. La medicación que dispensamos en forma de pastillas homologadas por las autoridades sanitarias es completamente indolora.

CONTRAINDICACIONES: Consultar folletos en las ventanillas de información.

PREGUNTA: ¿De dónde procede el nombre Leteo?

RESPUESTA: Leteo es el nombre en español de Lete, el río del olvido situado en el Hades legendario.

PREGUNTA: ¿Quién está detrás del Instituto Leteo?

RESPUESTA: La doctora Cecilia Inés Ramos, neurocirujana y ganadora del Premio Nobel de Medicina, fue quien desarrolló el procedimiento. La doctora Ramos descubrió la ciencia de la alteración del recuerdo mientras estudiaba ciertos trastornos psicológicos. Tenía razones personales para hacerlo: su hermana sufre de esquizofrenia paranoide. Empeñada en mejorar la calidad de vida de su hermana tan querida, la doctora Ramos descubrió la oportunidad de utilizar unos recuerdos para sepultar otros. La doctora Ramos actualmente reside en Suecia. Es posible conocer cuáles fueron los orígenes del Instituto Leteo en sus diarios científicos, y saber más sobre la propia doctora Ramos en su autobiografía La mujer que trajo el olvido al mundo.

PREGUNTA: ¿Cuánto cuesta el olvido? ¿Mi seguro médico cubre los gastos?

RESPUESTA: El coste del tratamiento está en función de la alteración de

que se trate. En las ventanillas de información hay unos folletos en que se especifican los convenios establecidos con distintas aseguradoras.

PREGUNTA: ¿Los pacientes después pueden acordarse de aquello que han olvidado?

RESPUESTA: Sí. Es posible que un recuerdo enterrado vuelva a la superficie. Es lo que se conoce como «resurgimientos». Lo normal es que tengan lugar por efecto de recordatorios insistentes, quizá formulados por los seres queridos, de las situaciones o traumas precisos.

Ciertas imágenes, olores, sonidos o sonidos específicos también pueden disparar un resurgimiento.

PREGUNTA: ¿Cuánto tiempo tienen que estar ingresados los pacientes?

RESPUESTA: La duración del tratamiento está en función de la alteración precisa. Hay pacientes que necesitan estar ingresados una noche entera; otros reciben el alta en menor tiempo.

PREGUNTA: ¿Este procedimiento es una estafa absoluta?

RESPUESTA: No, este procedimiento NO es una estafa en absoluto.

Y una más:

Bueno, esto último no aparece en las pantallas, sino que acaba de pasar por mi cabeza. Pero se trata de la típica pregunta de listillo que yo hubiera hecho, antes de que Kyle nos viniera con aquel pequeño truco de magia con éxito. El número de atención es el 184, y yo tengo el 224. Evangeline por lo menos va a tener tiempo de dejar atrás la cola en la calle y llegar hasta esta sala. La verdad es que en este lugar hay tanta gente esperando que pienso que bastaría con darle a alguien en la cabeza para crear un enloquecido efecto de dominó, de tal forma que todos estaríamos amnésicos cuando la última persona cayera derribada.

g g g g

—Ah, aquí estás —dice Evangeline, y se sienta a mi lado. Lleva puesto un chaleco de seda parecido al que Genevieve vistió cierta vez que fuimos juntos al cine. Pero sigue siendo la misma niñera de siempre—. ¿Y si me explicas de qué va todo esto?

—Esto es una mierda, Evangeline. Mi vida entera es un desastre.

—Esa lengua. Cuéntame.

Sus ojos van de un punto a otro de la sala. Normal. Los míos también han estado haciéndolo.

—Cuando era niño, ¿en algún momento tuviste la sospecha de que quizá fuera a ser...? —Pensaba que conseguiría escupirlo—. ¿... de que me gustarían los chicos?

—No, nunca. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te parece que quizá eres gay?

—Lo soy... pero no quiero serlo. Quiero que me conviertan en hetero.

—¿Qué te lleva a creer que el hecho de ser gay es la causa de todos tus problemas? —inquire. Tengo la impresión de que está viniendo a juzgarme.

—Tenía una novia que me quería y unos cuantos buenos amigos. Ahora no los tengo. Y todo porque en su momento conocí a un imbécil que vaga sin rumbo por la vida. —Trato de no mostrarme a la defensiva. Si este tratamiento sirve para que me olvide de lo que siento por Thomas y del dolor que me produciría una despedida, entonces está claro que lo necesito—. No estoy contento conmigo mismo. Es suficiente, ¿no?

Evangeline escudriña mi rostro.

—Escúchame, guapetón. Incluso si lo que pides fuera posible, e incluso si tuvieras hasta el último centavo necesario para pagar el tratamiento, este no es un centro al uso. No basta con presentarse y concertar una intervención para el fin de semana. Tu madre tendrá que dar su consentimiento y firmar un montón de papeles, para empezar, y luego te obligarán a hablar con psicólogos, de forma repetida, para determinar si es posible cambiar tus sentimientos con el paso del tiempo.

No respondo.

Me acaricia el hombro, y doy un respingo, pues es lo mismo que hice con Thomas el viernes antes de besarlo; es uno de los muchos recuerdos de los que tengo que liberarme si quiero seguir con vida.

—Me hago cargo de lo mucho que sufres en este momento, Aaron —indica.

—Sí, porque tú eres una adulta y yo no soy más que un jodido crío,

¿verdad?

—Esa lengua... —musita.

Guardamos silencio. Sigo a la espera de que anuncien mi número. Evangeline de pronto se levanta. Alguien está saludándola desde la otra punta de la sala.

—¿Conoces a esa mujer? —pregunto.

—Quédate aquí —susurra—. No te vayas.

Como si yo tuviera pensado dejar el lugar donde van a proporcionarme el billete de viaje a los Campos Elíseos, al lugar donde reina la perfecta felicidad... Miro a Evangeline charlar con la desconocida y vuelvo a mirar las pantallas informativas. Evangeline se sienta a mi lado de nuevo al cabo de unos minutos; de nuevo le pregunto si conoce a la mujer.

—Un poco. Fue quien me entrevistó para el puesto de profesora auxiliar en el departamento de filosofía. No sabía que estaba siguiendo un tratamiento en el Leteo. Según me ha contado, se trata de la sexta y, posiblemente, de la última sesión. Lo que quiere es que le alteren la memoria, para no recordar que su marido estuvo manteniendo relaciones con otra mujer antes de morir. O sea, tan solo quiere acordarse de las cosas bonitas, y de nada más. Curioso, ¿eh?

—Un poco retorcido, más bien —observo.

Se diría que los filósofos están a favor del método Leteo.

Finalmente anuncian mi número, y voy corriendo a la ventanilla de información más cercana; por el camino casi derribo a un hombre que está llorando.

Una morena vestida con una bata color gris —Hannah, o eso indica la pequeña placa en su pechera— pone en blanco la pantalla de su tableta electrónica extraplana y nos sonríe.

—Hola. Bienvenidos al Instituto Leteo. ¿En qué puedo ayudarles?

Tienen que estar vigilándola con cámaras, porque en la vida he visto una encargada de atención al cliente tan amable y servicial.

—No tengo una cita concertada, pero quisiera hacer un tratamiento.

—Por supuesto. ¿Puedo ver su documento de identidad?

Se lo paso. En la foto aparezco desgreñado, en urgente necesidad de un corte de pelo.

Hannah teclea unos segundos a la velocidad de la luz, y el ordenador emite unos ruiditos. Levanta la vista otra vez.

—Muy bien, señor Soto. ¿Qué es lo que le ha empujado a venir al Instituto Leteo?

—Últimamente no me siento muy feliz —explico.

Y a continuación hago algo despreciable de veras: apoyo el brazo en el

mostrador y me aseguro de que la otra puede ver la sonriente cicatriz en mi muñeca, con la esperanza de que se tome mi caso en serio.

—¿Desde cuándo se siente así?

—Desde hace un tiempo.

—¿Podría ser un poco más específico, señor Soto?

—Unos pocos días, de hecho. Pero la cosa viene de lejos, de hace unos cuantos meses.

—¿Hay algún hecho concreto que haya precipitado estos sentimientos?

—Sí.

—¿Podría ser un poco más específico, señor Soto?

—¿Usted va a ser una de las personas encargadas de alterarme los recuerdos?

—No, señor Soto. Yo me limito a recopilar información para nuestros técnicos.

—Si es posible, preferiría mantener en secreto mis secretos —digo.

Hannah se gira hacia Evangeline.

—¿Usted es de la familia?

—Una amiga de la familia —indica Evangeline.

Hannah juguetea un poco más con su tableta.

—Puedo concertar una consulta con nuestro equipo para el doce de agosto a las doce del mediodía. —Lleva la mano a un cajón, saca una carpeta y se la pasa a Evangeline. Antes de que yo pueda protestar, Hannah agrega—: Me temo que en este momento es imposible concertar una consulta en fecha más temprana. Estaremos encantados de volver a verlo en agosto.

Dicho lo cual, anuncia el siguiente número. Evangeline me conduce a la calle.

Estoy aturdido. Contemplo el macizo edificio envuelto en la calima veraniega. No sé bien cómo tomarme lo que acaba de tener lugar en el interior.

—Siento que las cosas no hayan salido como querías —dice Evangeline; ella misma da la impresión de sentirse derrotada—. Pero ahora tendrás más tiempo para saber si esto es lo que de verdad quieres hacer.

—No es que sea lo que yo quiero hacer —contesto—. Es lo que todos quieren hacer.

g g g g

Escondo la carpeta bajo el colchón, como si fuera una revista porno o algo por el estilo, y salgo a pillar un té helado en el Good Food's. Me dispongo a pagar a Mohad cuando veo que Brendan está en el pasillo de la bollería, metiéndose pastelillos de café en los bolsillos.

—¿Te hace falta un dólar? —pregunto, y pega un respingo—. Te presto un dólar, pero tienes que prometer que no vas a pegarme.

No me enseña el dedo medio y me envía a tomar viento, así que me acerco y le tiendo un billete de dólar.

—Tengo dinero —dice Brendan—. Simplemente estoy tratando de ahorrar.

—Entendido.

—¿Vas a chivarte para que no me dejen entrar más?

—No, si me dejas invitarte a esos pastelillos. ¿Te parece?

Esboza una mueca y me los pasa.

—Me parece.

Voy al mostrador y se lo pago todo a Mohad. Siento algo parecido a la esperanza mientras salimos de la tienda. Después de nuestras peleas siempre se dan unos silencios incómodos.

Fue lo que pasó cuando teníamos ocho o nueve años y se burló de mí en plena clase porque dormía en la misma cama que mis padres; volvió a pasar hace algunos años, la mañana de Navidad cuando robó de los pies del árbol de mi casa un mando que mi madre me había comprado; luego iba diciendo que su padre le había regalado el mismo modelo exacto. Y aunque fue Brendan quien agredió a Thomas, tengo remordimientos por no haberme puesto de su lado.

—Lo siento, tío —digo.

—Ya, claro, y yo. —Abre el envoltorio de uno de los pastelillos y pregunta—: ¿Te apetece una Caza del Hombre?

Hablamos con los otros y montamos un juego.

Vamos al primer patio del complejo, donde todos están congregados en torno al cuadrángulo del Skelzies. Hablan de lo que hay que hacer para excitar a una chavala nada más que con los dedos y de que no hace falta ponerse el condón si se hace por detrás. No me esfuerzo en soltar una risa falsa o en sumarme a la conversación. Tampoco sería propio de mí, y así parece todo más natural: me siento como siempre y tengo el mismo aspecto de siempre, como si aún fuera uno de ellos.

Brendan asiente con la cabeza, como viniendo a decir que todo está

arreglado entre nosotros, que no hay problema.

—Pasando del Skelzies. Mejor juguemos a la Caza del Hombre. Aaron me ha dicho que se presenta voluntario para hacer de cazador.

—Capullo —murmuro, mientras los demás salen disparados en todas direcciones.

Miro debajo de los coches en busca de Dave el Flacucho, quien de hecho tiene que estar sobrio, pues hoy no ha cometido la idiotez de esconderse donde siempre. Examino con rapidez los dos o tres lugares del aparcamiento donde el Orate podría estar escondido. No hay suerte, y casi mejor si no resuelvo el misterio, pues no tengo muchas ganas de pasar largo rato en compañía de ese loco furioso.

Vuelvo al patio y diviso a Dave el Gordinflón en el terrado.

Me enseña el culo, y respondo mostrándole el dedo medio.

Veo a Nolan y a Deon, quienes se dan a la fuga en dirección a la calle. Los persigo, salen por la puerta de la verja, y corren en direcciones opuestas. Veo que Thomas viene andando hacia mí, y durante un segundo pienso en atraparlo, hasta que recuerdo que en realidad no está jugando con nosotros.

Pero está aquí. Me mira y dice con rapidez: —Tengo claro que las cosas a veces resultan extrañas, aunque no lo queramos. —Clava los ojos en mí; estoy tratando de recobrar el aliento. Todavía no sé si me siento eufórico o hundido—. Pero eres mi mejor amigo, y echo en falta tu compañía. Sé que en realidad no te intereso de esa otra forma. La bebida a veces produce confusiones de ese tipo, así que lo mejor es considerar que el tema es tabú, que no vamos a hablar del asunto en diez años o así. Podemos seguir viéndonos para hablar del Guardián del Sol, mientras busco un empleo en...

—¿Por qué no puedes interesarme de esa otra forma?

—Porque a la larga no funcionaría —responde Thomas.

—¿Porque no encajo en tu lista de prioridades?

—Porque soy hetero, larguirucho. —Su voz ahora suena tensa—. Y me he dicho que más vale olvidar todo lo que ha pasado.

—Ya, claro. Pero eso de olvidar no es tan fácil como lo pintas. —Siento un nudo en la garganta—. No puedo quedarme de brazos cruzados y fingir que no ha pasado nada, o esperar a que un día termines por llegar a tus propias conclusiones.

—No tengo que llegar a ninguna conclusión —replica—. Sé que a veces no tengo claro lo que voy a hacer con mi vida y que me siento fuera de lugar, pero sí tengo claro lo que me acelera el corazón y me produce cosquilleos más abajo. No lo digo para que te sientas insultado, larguirucho. Sencillamente, así estoy programado.

—Yo antes también me decía lo mismo. Negaba la realidad, pero un buen día te encontré al otro lado del vallado, y a partir de ese momento me dio un vuelco la vida. No quería ser un desgraciado, y por eso dejé a una persona a la que, de hecho, no puedo amar. Pero si necesitas un poco más de tiempo, lo entiendo.

—Eso es una fantasía que tienes en la cabeza y que a mí no me va —repite Thomas.

Sin pensarlo dos veces, le abrazo, y me quedo abrazado a él, aunque él se queda quieto, sin hacer nada.

—Lo que no puedo prometer es que vaya a seguir esperándote.

No creo que el dolor vaya a desaparecer de la forma prevista por Evangeline. Estoy seguro de que esta espera frustrante tan solo servirá para que las semanas me parezcan meses, los meses, décadas y las décadas sean como el anuncio del final de mis días. Si al llegar a ese punto no he alcanzado la felicidad, entonces habré vivido una vida sin risas y sin alegría, y eso ni es vida ni es nada.

Doy la espalda a Thomas.

Vuelvo al interior del complejo de edificios, y cuando atravieso el tercer patio unas manazas enormes me agarran por los hombros. Casi espero que sea Thomas, que ha vuelto y quiere conducirme a un lugar donde podamos hablar con calma, pero de pronto me derriban, y voy a parar rodando contra una de las columnas del edificio. Estoy muerto de miedo. Dudo que sean esos pendejos del complejo Joey Rosa, pues yo no tuve nada que ver con la paliza que el Orate propinó a sus vecinos.

Este ataque es personal. Son mis amigos. Me levanto como puedo. Es el Orate, respaldado por Brendan, Dave el Flacucho y Nolan... son demasiados como para escapar de ellos corriendo.

—Defiéndete, maricón —reta el Orate.

Pone los ojos en blanco, y es cuestión de segundos que empiece a aporrearse la cabeza, como aperitivo previo a la tunda que va a pegarme.

—¿Qué coño te pasa? —le pregunto.

—He visto cómo te abrazabas con tu novio —contesta.

Nolan interviene:

—¿Por qué te lo montas con tíos? Tenías una novia que era la bomba, pero Bren nos ha dicho que le diste la espalda.

—Lo hice por tu bien —dice Brendan.

Está demasiado avergonzado para mirarme a los ojos como un hombre, como el hombre que quiere que yo sea y que él cree ser. Hace crujir los nudillos y se balancea adelante y atrás; su aspecto es ridículo, y tengo que hacer

esfuerzos para contener la risa.

Acerco mi cara a la suya, tanto que podría darle un beso y jorobarlos a todos.

—Venga, chavales. A ver si me atizáis fuerte.

Las normas de una pelea en la calle no están claras, pero he conocido a personas —a Brendan, de hecho— que se libraron de recibir una paliza considerable de los del colegio rival porque sacudieron de lo lindo a uno de los otros y se ganaron el respeto de todos. Si consigo dejar para el arrastre a Brendan, o a Dave el Flacucho, quien da la impresión de llevar un globo de campeonato, es posible que los demás lo dejen correr.

Brendan me empuja. Recupero el equilibrio. Respondo con otro empujón y con el cabezazo más fuerte que soy capaz de soltarle sin perder el conocimiento. Algo aturdido, Brendan finge contestar con un derechazo y me envía un gancho de izquierda a la barbilla. Le pateo la rodilla, con violencia, tal como él mismo me enseñó, y se viene abajo; le estampo un rodillazo en la cara. El Flacucho me clava un puñetazo por sorpresa, pero el Orate me aprisiona entre sus brazos y me derriba; me doy cuenta de que estoy perdido. No puedo moverme de resultas de su abrazo asfixiante. Me duele el cuerpo entero. Cada vez me cuesta más ofrecer resistencia, y todo se vuelve más borroso y oscuro a cada nuevo puñetazo que recibo en el rostro y a cada golpe que me dan contra el pecho. El Orate ruge mientras trata de estrangularme, y Nolan y el Flacucho están pateándome el cuerpo.

Grito, me revuelvo, lloro; consigo liberar un brazo y trato de protegerme la cara. El Orate me suelta, y me digo que ya está, que van a dejarme en paz. Tengo náuseas y mareos. Estoy hecho un ovillo, y el suelo da vueltas a mi alrededor, en un sentido primero, en el contrario después. Ni siquiera intento arrastrarme o alejarme de donde estoy. Siento que estoy cayendo por un precipicio...

Pero no, alguien me agarra y me levanta. Durante un segundo me parece que en lugar de levantarme, me dejan caer. Me asalta entonces la aterradora sensación de ser presa del Loco Tren, la técnica enloquecida que practica el Orate y que tan familiar me resulta. Me sube a sus hombros y echa a correr. Oigo que Brendan grita que me suelte, que está yendo demasiado lejos, pero el Orate sigue corriendo. No sé adónde nos dirigimos, hasta que atravesamos el cristal de la puerta de mi edificio, y aterrizo desparramado en el suelo del vestíbulo.

Noto una explosión en la parte posterior de mi cabeza; se trata de un efecto retardado. La sangre anega mi boca. Así es como te sientes cuando te mueres, pienso. Grito como si estuvieran clavándome cien cuchillos a la vez; suelto escupitajos de sangre. Y no estoy llorando por efecto de los golpes. Estoy llorando porque oigo un nuevo ruido en mi cabeza, un ruido que crece a partir de

un par de ecos lejanos, hasta convertirse en un ensordecedor batiburrillo de voces: todos los recuerdos que en su momento olvidé vienen a mi encuentro.

PARTE CERO: LA INFELICIDAD



HOY LOS TIENES, MAÑANA LOS PIERDES (NUEVE AÑOS DE EDAD)

Hace mucho que me he acostado, pero no puedo dormir, pues estoy viviendo una pesadilla. Cuyo protagonista soy yo.

En mi familia se llora mucho últimamente, pero no puedo controlarme. Mamá trata de calmarme en la cocina, y me sirve un vaso de zumo de arándanos. Por absurdo que resulte, lloro aún más fuerte, y es que tengo celos de Brendan y de su casa, que es mucho mejor que la mía, beben un zumo más bueno y tienen unos videojuegos fantásticos, porque sus padres tienen más dinero que nosotros.

Estoy sentado en la encimera de la cocina, y mamá me abraza.

—Hijo mío, puedes contarme lo que quieras. Te quiero tal y como eres.

No quiero contárselo a nadie, pero tengo miedo de que me pase algo malo si no lo hago.

—Hijo mío, mi pequeño... conmigo estás seguro. Nada malo va a pasarte, te lo prometo.

—Creo que soy... —Respiro con fuerza—. No puedo decirlo. Tengo demasiado miedo.

Eric aparece por detrás de nuestro viejo y horrible equipo de sonido.

—¡Eres gay! —grita—. ¿Y qué? ¡Eso a nadie le importa!

—¡NO! ¡NO! Tengo miedo de volverme loco como el tío Connor, de tomar demasiadas pastillas y morirme como él. — Doy un puñetazo a la cubeta de plástico en la que guardamos los sobrecitos con sal, pimienta y ketchup que mamá hurta en los restaurantes, y todo va a parar al suelo—. ¡Eres un gilipollas!

Tengo el mal genio y la boca de mi padre. Salto de la encimera para pegarle un puñetazo en su cara de imbécil, pero mamá me agarra a tiempo.

—¡Aaron! ¡Aaron! ¡Ya está bien! ¡Eric, a la cama ahora mismo!

Eric esta vez no me provoca, como suele hacer cuando papá, mamá o mis primos me agarran para que no me pelee con él. Se encoge de hombros.

—Tan solo estoy tratando de ayudarte un poco... friki, que eres un friki.

Friki, que eres un friki. Friki, que eres un friki. Friki, que eres un friki.

b b b b

(DIEZ AÑOS DE EDAD) Estas Navidades mamá nos ha comprado el último modelo de PlayStation, así como un juego de los X-Men que estaba de oferta y que pudo pagar con el poco dinero que tenía ahorrado. Estamos jugando, y Eric ha escogido ser el Lobezno, pues a mi hermano siempre le gustan los personajes protagonistas. Se jacta de ser «el hombre ejército», porque siempre lo hace muy bien. Por mi parte escojo a Jean Grey, por su capacidad para transformarse en la Fénix Oscura y conseguir nuevos poderes. Jean también se las arregla para disparar de una forma muy guay con un chorro de luz y fuego, tal como vi en la demostración del videojuego en la tienda.

—¡Para ya con los personajes femeninos! Eres un chico, ¿no?

Finalmente me decanto por el Cíclope.

b b b b

(ONCE AÑOS DE EDAD)

Como todos los veranos, el portero del edificio se presenta a las once de la mañana con su llave inglesa y abre la boca de riego. Los chorros de agua salen disparados. Algunos de los chavales se quitan las camisetas, mientras otros ni se molestan y se refrescan directamente con ellas puestas.

Brendan se quita la suya.

Es mi mejor amigo desde el primer curso, y nos vemos continuamente, pero no dejo de mirarlo hasta que el Niño Freddy propone que juguemos a tocar y a parar. Sin saber bien por qué, únicamente voy a por Brendan, como si estuviera imantado. Cuando finalmente le pillo, le toco en el hombro desnudo, y dejo mi mano ahí más tiempo del necesario.

b b b b

Este fin de semana, Brendan por fin vuelve de visitar a sus familiares en Carolina del Norte, y estoy muy contento.

Durante su ausencia, por primera vez me he aficionado a los cómics, para matar el tiempo que normalmente hubiera pasado a su lado. Incluso he dibujado un cómic para él.

Es uno de Pokémon, coloreado con bolígrafos. Hay marcas de goma de borrar, pues he corregido muchos de los dibujos iniciales, pero seguro que no va a importarle. En la historia, Brendan se convierte en un maestro de Pokémon invencible y demuestra que es imparable en gimnasios y batallas.

Espero que le guste.

b b b b

(DOCE AÑOS DE EDAD)

La señorita Olivia hoy nos ha hablado de Shakespeare y de sus obras en clase.

Estoy sentado en el sofá junto a mi padre, que está mirando un partido de baloncesto con Eric. El partido es un rollo patatero. Ahora que me han hablado del teatro y del grupo de arte dramático del colegio, me he propuesto ser actor, con la idea de protagonizar películas de acción de las buenas, como Scorpius Hawthorne, en las que siempre hay luchas de espadachines y batallas de magia. Preferiría ver películas en lugar de un puñado de fulanos sudorosos empeñados en meter una pelota en un aro. Así podría estudiar lo que hace falta para ser actor, y más ahora, pues todo ha cambiado mucho desde los tiempos en que vivió Shakespeare (si es que llegó a vivir de verdad, pues tengo la sospecha de que es una invención, como Santa Claus y Jesús, por mucho que los adultos digan que existió de verdad).

—Papá, ¿sabías que los hombres hacían papeles de mujer en las obras de Shakespeare?

Mi padre aparta la mirada del televisor y se vuelve hacia mí por primera vez en toda la noche.

—Tú eres un chico —me dice—, así que no se te ocurra hacer de chica, nunca en la vida.

b b b b

(TRECE AÑOS DE EDAD)

Brendan viene a la carrera.

—¡Oye, oye! —grita.

—¿Qué pasa?

—¡Que es la primera vez que me la chupan!

De pronto me siento acalorado. De la sorpresa, claro está.

—Vaya... Increíble. ¿Quién ha sido?

—Una chavala que es amiga de Kenneth y de Kyle. A ella le gusta más Kyle, porque empieza a tener bigote... pero, bueno, me la ligué a base de palique y acabó en mi entrepierna. ¡Soy el mejor!

Le doy una palmadita en la espalda.

—Bien hecho, amigo. Tú sí que sabes.

Brendan ve que el Niño Freddy sale por la puerta de nuestro edificio con su equipamiento de béisbol.

—Un momento, que voy a contárselo a ese pedazo de animal.

Brendan sale corriendo, y de repente me entran náuseas.

b b b b

(QUINCE AÑOS DE EDAD)

Está claro que hay algo entre nosotros. Durante la clase de ciencias naturales no hemos hecho más que pasarnos notas con dibujitos, sin prestar atención a la maestra, que pronuncia mal los nombres de los minerales porque tiene un fuerte acento portorriqueño. Siempre estamos inventándonos excusas para seguir juntos después de las clases. Nos contamos historias en una cafetería donde venden pollo frito, un lugar muy cool, muy guay. Vamos al cine y metemos caramelos y chocolatinas en nuestras cubetas de palomitas de maíz; nuestros brazos se rozan. Muchas veces tonteamos por el parque, los dos solos, como si se tratara de un secreto. Un secreto que no sabemos esconder muy bien, porque todos empiezan a sospechar que estamos saliendo juntos. Pero me quedo con la boca abierta el día que ella me dice: —Me gustaría que fueses mi novio.

Tengo que reconocer que hasta entonces pensaba que tendría que contentarme con ligoteos como los de Brendan y Dave el Flacucho. O, como los del Niño Freddy, que va detrás de las chicas y no se come un rosco. Nunca pensé que alguien querría cogerme de la mano por la calle. Lo que significaba que seguramente estaba equivocado en todo cuanto tuviera que ver con mi propia persona. Estamos sentados en un banco del parque, y me acerco a Genevieve un poquito más.

Acaricio su mano y respondo:

—Claro. Voy a probar a ser tu novio... y a ver qué pasa.

b b b b

No lo comprendo.

Todo parecía inmejorable cuando le dije que sí, que estaba dispuesto a salir con ella. En ese momento me sentí más hetero que nunca, pero tras volver a casa por la noche seguía pensando en los demás chicos. Ya no más en Brendan, pues últimamente me repelía que siempre estuviera presumiendo de acostarse con las chavalas como si aquello fuera una conquista. No, más bien pienso en los chicos a los que veo desvestirse en los vestuarios del instituto, a los que están sentados delante de mí en el autobús, con la mirada perdida, y pensando seguramente en sus amoríos.

No pienso en Genevieve. Ella, en cambio, está mirándome como si yo fuera lo único en lo que piensa, como si tuviera que acercar mis labios a los de ella, pues por algo es mía. Voy a hacerlo, y entonces compruebo que estoy equivocado. En el último segundo giro, y nuestras cabezas entrechocan.

—¡Ay! —Genevieve ríe—. Ve con cuidado, tontito...

—Lo siento. —Me froto la frente.

—¿Segundo intento?

Asiento. Echa la cabeza hacia atrás en broma, como si tuviera miedo de encajar otro cabezazo. Me atrae hacia ella, y cuando gira la cabeza a la izquierda, me atolondro y la giro a la izquierda yo también, con lo que volvemos a pegárnosla. Es posible que esta vez se lo tome como un mensaje enviado por el universo y comprenda que ha escogido mal con quien besarse.

Tengo claro que no voy a poder engañarla, ni a ella ni a nadie, y ahí está el problema: sin ella a mi lado, desde luego que no voy a engañar a nadie. La atraigo hacia mí, y esta vez lo hago bien, y cuando hemos terminado río, lo que seguramente está fuera de lugar. Pero Genevieve sonrío... y a continuación me estampa un puñetazo en el brazo.

—Algo me dice que voy a pegarte muchos más —sentencia.

b b b b

(DIECISÉIS AÑOS DE EDAD. OCTUBRE, HACE SEIS MESES) Estoy en la biblioteca del instituto, releendo Scorpius Hawthorne y la legión del dragón y lo sorprendo mirándome desde el pasillo donde están los libros de tema fantástico. Collin Vaughn tiene más o menos mi edad y es de esos alumnos que yo llamo «semideportistas»: no ha logrado ingresar en el equipo de baloncesto, pero se da muchos aires en las clases de gimnasia.

Collin viene con dos libros y se acomoda al otro lado de la mesa.

—¿Te importa si me siento aquí?

—No hay problema —respondo—. Me he fijado en que siempre estás leyendo cómics y libros de fantasía en clase y a la hora de comer. —Sus ojos oscuros van a mi libro de Scorpius Hawthorne.

—¿Estos libros están bien?

Empuja los dos tomos en mi dirección. La guía del autoestopista 253 galáctico y El hobbit.

—La guía del autoestopista galáctico es la rehostia —comento.

La bibliotecaria me mira con expresión de fastidio y vuelve a enfrascarse en su novelucha romántica de tres al cuarto.

—No he leído El hobbit, pero las películas son buenísimas —añado.

Golpea con los nudillos el libro de Scorpius Hawthorne.

—¡Ja! Pues yo no he leído estos libros, pero sí que he visto las pelis de la serie.

Hay quien está obsesionado con las obras de Jane Austen, de William Shakespeare o de Stephen King, pero yo crecí con las aventuras de este joven hechicero con extraordinarios superpoderes, y cuando un chaval de mi edad me dice que no las ha leído, siempre me imagino que un encantamiento de fin de ciclo está proyectándose al cielo, pues sus palabras indican que una niñez acaba de morir.

—¿Y cómo demonios no los has leído?

Collin sonrío.

—Porque nunca me puse con ellos.

—Pero sin embargo sí que fuiste a ver las pelis al cine para pasártelo bien, ¿verdad?

—Es más o menos lo mismo, ¿no?

—Eres lo que no hay —espeto—. Si mañana te presto el primer libro de Scorpius Hawthorne, ¿vas a leerlo este fin de semana?

—Puedo intentarlo. ¿Nos vemos aquí mañana?

—Vamos a seguir viéndonos hasta que seas capaz de recitar las siete leyes de la magia híbrida.

b b b b

Collin se presenta en la biblioteca a la mañana siguiente, y finjo estar leyendo las últimas páginas de la Legión del dragón. Se sienta delante de mí, sin pedir permiso esta vez, y pregunta: —¿Has traído el material?

Quien le oyera pensaría que estamos traficando con drogas.

Le paso mi mochila por encima de la mesa. He metido en ella los dos primeros libros de Scorpius Hawthorne, así como Camelot, Juego de tronos y un par de cómics, por si pertenece a esa insignificante fracción del universo que no disfruta con el joven hechicero con extraordinarios superpoderes que ha inspirado siete películas y hasta un parque temático.

—He incluido un par de clásicos. ¿Cómo es que te gusta el género fantástico?

Collin abre la mochila y echa un vistazo a la página inicial de Scorpius Hawthorne y el cetro del monstruo. Si el método Leteo no fuera una engañifa y me pudieran intervenir gratis, haría que suprimieran de mi memoria la lectura de esta serie, para volver a leerla por primera vez en la vida.

—Supongo que porque me gusta fingir que soy otra persona —responde Collin. Las páginas están amarillentas, y de pronto se topa con el bosquejo que hice de Alastor Riggs, el cuernilargo señor de la escuela de la Corona de Plata—. ¿Tú dibujas?

—Sí. Me gusta —contesto. No suelo dármelas de artista extraordinario, pues hay que ser un poco modesto, pero Collin se pone a estudiar mis dibujos como si se propusiera pujar muy alto por ellos en esas tontas subastas que organizamos en el instituto—. Que sepas que es un honor que te deje mis sagrados ejemplares originales. Y te advierto: como se te ocurra estropearlos, te destrozaré como lo haría un machacahuesos.

—Esa referencia me la sé —afirma Collin, y me digo que hay que poner un poco de esperanza en el futuro del chaval—. Es un tipo de troll que aparece en la primera película, ¿verdad?

Acaba de confundir un botarate de troll con un demonio despellejado. Este chico no tiene futuro.

b b b b

Un par de semanas después, Collin devuelve mi ejemplar de Scorpius Hawthorne y los hombres sin sombra, el último libro de la serie. En el interior hay una nota en la que me pide que rellene la casilla del sí o no, sin hacerme una pregunta en concreto. Pero sé a qué se refiere, y no me asusto como pensaba que me asustaría llegado este momento.

Relleno la del sí, y empujo el libro al otro lado de la mesa.

Collin lee lo que he apuntado, dobla el papelito y lo lleva al bolsillo de su camisa. Asiente con la cabeza y declara: —Muy bien.

Después de las clases hay un partido de baloncesto, e informo a Genevieve de que voy a acercarme a mirarlo. Lo encuentra un poco sorprendente, pero a la vez le viene bien, pues así podrá dedicar un poco más de tiempo a los deberes sin que le distraiga con mis llamadas. Collin ha contado a su novia, Nicole, que quiere ver si los chavales seleccionados para el equipo valen para eso o no.

Pero no miramos el partido.

Sigo a Collin por las escaleras hasta el piso de arriba.

Jadeante, pregunto:

—Tío, ¿por qué te has fijado en mí? Y no te limites a encogerte de hombros o a decirme que porque no estoy mal.

Se encoge de hombros.

Hago amago de bajar por las escaleras.

Me agarra por el brazo.

—Porque me fijé en que eras distinto, pero de una forma que no resultaba evidente para todos, ¿me explico? Y pensé que valdría la pena hablar contigo un poco, para ver si de verdad eras distinto o no, ¿me explico? Y lo que veo de ti me gusta, ¿queda claro?

—Claro, aunque no hace falta que me vengas con tanto discursito.

—Capullo. Y bien, tu turno: ¿por qué te has fijado en mí?

Me encojo de hombros, acerco el rostro y le digo que porque me gusta. Miramos las escaleras a la vez, para asegurarnos de que nadie sube por ellas. Nos volvemos y nos besamos.

b b b b

(DIECISÉIS AÑOS. NOVIEMBRE, HACE OCHO MESES) —Voy a enseñarte a ir en bici —dice Collin, mientras viene montado en un desvencijado cacharro de diez velocidades con una cadena suelta—. Tienes dieciséis años, y tu papaíto a estas alturas no va a enseñarte.

Se arrodilla y pone la cadena en su sitio; le asoma la rabadilla y le veo la piel.

—Quizá ya sea demasiado viejo para aprender.

—No. Si ni siquiera sabes montar en bici, ya puedes irte olvidando de sacarte el permiso de conducir. Vamos, hombre, imagínate que la bici es la escoba de Scorpius. El vehículo rojo lo llaman, ¿no?

—Eso mismo.

Me subo, y Collin me enseña los puntos fundamentales.

Espero que ponga la mano en mi espalda u hombro, pero estamos en su barrio, y sus amigos andan cerca. Pedaleo y me caigo; casi me estampo de morros contra una boca de riego.

Tiende la mano, me ayuda a levantarme y apunta: —Empiezo a preguntarme si fabrican escobas mágicas con ruedecillas laterales de seguridad...

b b b b

Collin a estas alturas ha perdido sus dos virginidades.

La primera la perdió a los catorce años, con esta chica, Suria, quien le hizo un trabajo manual bajo las gradas del gimnasio. Y el año pasado, mientras estaba de vacaciones en las montañas Pocono, dejó que un chaval se lo montara con él.

A mí aún me quedan por perder mis dos virginidades. Con Genevieve no he pasado de unos cuantos magreos. Y quiero ver si soy capaz de llegar al siguiente nivel con Collin.

Hace poco intentamos hacerlo en la escalera de un edificio del barrio, pero apenas tuvimos tiempo de desvestirnos antes de oír que alguien bajaba. Lo mismo pasó en la pequeña balconada abandonada que hay en mi propio bloque, lo que fue muy arriesgado, aunque valió la pena, o eso me parece.

Nos hemos alejado de mi manzana y encontramos un escondrijo, un callejón desierto que hay tras un vallado metálico situado entre una carnicería y una floristería: los negocios de la muerte y de la vida.

—Aquí apesta a vaca muerta —comento—. Pero a la vez huele bien. Qué extraño.

—Por Dios, ¿es que vas a pedirme que te traiga una de esas flores? —pregunta Collin, y al momento me enseña el dedo medio. Es un gesto que hacemos de forma constante, porque así seguimos siendo unos tiarrones de pelo en pecho, ya me entendéis. Pasa por encima de una bici herrumbrosa y sin ruedas, y me pregunto cuándo volverá a enseñarme a montar en bicicleta. Empuña la llave inglesa y retuerce la parte inferior del vallado metálico, hasta crear una abertura por la que podemos pasar reptando.

El lugar está a oscuras, y nos encontramos muy lejos de nuestros amigotes del complejo y de nuestras novias, que están en sus casas. Estoy seguro de que ni la maldita luna puede vernos. Le empujo, y él me empuja a su vez. Le llevo contra una pared, le desabotono la camisa, y a partir de ese momento todo son condones y recuerdos incómodos.

b b b b

Nos encontramos en el lugar de siempre, pero hoy hace más frío, por lo que no podemos mantener relaciones sexuales. En su lugar, se nos ocurre dejar una marca física en este paraje.

He conseguido que Genevieve me preste unos pulverizadores de pintura en lata que tenía arrumbados desde que los usó para hacer un trabajo el año pasado. Me puse muy contento cuando Collin se mostró conforme con la idea, pues era señal de que compartíamos algo más que el sexo.

Collin pinta un mundo negro y azul en la sucia pared. Oigo unas sirenas de la policía, así que conviene pensar con rapidez, por si vienen a por nosotros. Dibujo una flecha verde en lo alto del mundo. El resultado recuerda el icono universal del sexo masculino, lo que está bien, pues seguimos siendo dos hombres, con independencia de lo que hagamos juntos.

Collin agrega una corona, y de pronto nos hemos convertido en reyes.

Las sirenas se desvanecen en la distancia, así que nos quedamos donde estamos y seguimos decorando... por decirlo de algún modo, ya que no hay una palabra más exacta.

Collin pinta un extraño ser informe en la pared opuesta.

—Oye, colega, ¿puedo darte un beso?

—Bah, olvídalo.

—Muy bien, te lo diré de otra forma: bésame, o te cubro de pintura —amenaza Collin.

Sonrío. Doy un paso hacia él, y me apunta con el pulverizador.

—Ni te atrevas, Collin Vaughn. —Me echo atrás, pero recibo una descarga de pintura azul en el pecho—. ¡Serás hijo de puta!

Cojo otro pulverizador, le persigo y le pintarrajeo la espalda de verde. La guerra se prolonga diez minutos, y al final estamos cubiertos de azul, de verde y de negro, y no tengo la más remota idea de cómo voy a explicárselo a mis padres en casa.

b b b b

(DIECISÉIS AÑOS. DICIEMBRE, HACE SIETE MESES) Ayer se cargaron a tiros a Kenneth, y todo por culpa de Kyle.

El mal nacido de Kyle no pudo contenerse y tuvo que acostarse con la imbécil de la hermana de Jordan, por mucho que todos sepamos que el borde de Jordan es de los que te mata a la que te metas con él. Esas balas eran para el mierda de Kyle, pero no, atravesaron a Kenneth, que volvía andando tranquilamente después de la clase de clarinete del instituto.

Ya no podremos ver a Kenneth en un jodido escenario, ni podrá dedicarnos una de esas jodidas canciones suyas para que podamos burlarnos de él, sentirnos orgullosos de que el garrulo de Kenneth haya llegado a ser alguien en la vida.

Por suerte tengo a Collin a mi lado. Se porta como un campeón y deja que lllore en su pecho. Promete distraerme con películas y cómics, pero no hay mejor distracción que contar con alguien que me abraza cuando me siento perdido y derrotado.

b b b b

Collin y yo habíamos quedado para ver la nueva película de Los vengadores juntos... pero nuestras novias se autoinvitaron al cine. Como buenos novios, dejamos que vinieran. Genevieve estaba empeñada en sentarse junto a Nicole, para admirar y comentar el atractivo de Robert Downey júnior, pero Collin insistió en que esta era una película para chicos y que lo procedente era que los chicos nos sentásemos juntos. Collin incluso fingió sentirse celoso por que tuvieran tantas ganas de hablar de otros hombres. De locos.

Hace una hora que la película ha empezado. Cojo un puñado de palomitas de la cubeta que Collin tiene en el regazo y me las arreglo para rozarle el brazo. Y me digo que soy maldito capullo, que cómo puedo hacerle eso a Genevieve cuando está sentada a mi derecha, y hasta cuando se encuentra lejos de mí. Pero el hecho es que Collin me hace feliz, y punto.

—Menudo pelicolón —me musita Collin, apretando sus labios contra mi oreja un segundo. Esta salida a dos parejas está resultando bastante excitante, pero hay un problema de los gordos: después no vamos a volver a casa juntos.

—Las he visto mejores —murmuro en respuesta.

—Y un cuerno.

Le suelto un puñetazo en el brazo y luego le pego un codazo. (Un consejo: tu novia nunca va a sospechar que te acuestas con tu amigote si de vez en cuando le pegas un costalazo.)

—Dejad de hacer niñerías —sisea Nicole después de que le hayan llovido unas cuantas palomitas (o estén a punto de lloverle).

Genevieve murmura mi nombre en el mismo momento en que Collin acerca los labios para susurrar otra cosa; me vuelvo hacia él. Me río de su estúpido chiste sobre un chimpancé y un dragón que se encuentran en un bar, lo que molesta a los espectadores. Genevieve incluida, lo más seguro. Voy a contestar a esta con cierto fastidio, pero me digo que no puedo correr el riesgo de ignorarla en favor de mi novio clandestino —o como queramos llamarnos a nosotros mismos —, de forma que me vuelvo hacia ella y musito: —Me muero de ganas de que termine la peli para estar contigo a solas, Gen.

b b b b

Genevieve me agarra por el cinturón y me atrae hacia el borde de la cama. Su padre está fuera de la ciudad hasta mañana, por cierta razón de la que ahora no me acuerdo, y está claro que Gen tenía muy claro lo que se proponía hacer después de la salida a dos parejas. Si quiero continuar conservando mi relación con Collin, tengo que seguirle la corriente para que no sospeche. Se sube a la cama, se sienta sobre las rodillas y me mira a la cara.

—Quieres hacerlo, ¿no?

Tendría que responder algo así como «la verdad es que no», irme de su lado y llamar a Collin. En su lugar, le agarro por los hombros y acerco su rostro al mío. Beso su cuello, cara y labios.

—Eres una preciosidad —susurro a su oído.

Se supone que son las cosas que tengo que hacer.

Me quita la camiseta y la tira a la otra punta de la habitación.

—Quítame la blusa —indica, trazando círculos en mi pecho con sus dedos.

Cada vez que suelto un botón, Genevieve emite un gemido ahogado que suena artificial, pero sería demencial que los dos estuviéramos fingiendo. Dejo caer la blusa al suelo; estudiamos nuestros cuerpos respectivos. Lleva puesto un sujetador color verde, que seguramente ha comprado especialmente para esta noche, mientras que yo visto los mismos calzoncillos de la víspera.

Genevieve se tumba boca arriba y apaga la lámpara de la mesilla de noche.

—Ven aquí.

Espero que la luz de la luna no revele la aprensión en mi rostro, una aprensión que trato de camuflar moviendo las cejas y sonriendo de manera sugerente mientras gateo hacia ella. Agarro su cadera, y antes de que pueda besarla, me pego un palmetazo en el estómago desnudo y suelto un gruñido.

—Creo que me están entrando ganas de vomitar... Me parece que han sido las palomitas. Estaban rebosantes de mantequilla...

Esta nueva Genevieve tan sensual, que tanto me confunde, se volatiliza como por ensalmo, y en su lugar aparece la Genevieve de siempre.

—¿Quieres que te traiga algo de la cocina? Tengo pan y agua con gas...

—Ya, pero... creo que tendría que intentar dormir, a ver si se me pasa. Normalmente, suele funcionar.

—Vale, pero, cariño... ¿estás seguro de que no quieres seguir despierto a ver si se te pasa? Esta es la única noche en que vamos a poder hacerlo, hasta no se sabe cuándo.

—Lo sé. Sí que quiero hacerlo, pero...

Las mentiras que digo después no importan, pues le he dicho la verdad, por una vez en la vida: esto, no quiero hacerlo.

b b b b

(DIECISÉIS AÑOS. ENERO, HACE SEIS MESES) No me lo esperaba, pero Collin me ha hecho un regalo por Navidad: un cheque regalo de veinte dólares para gastar en el Manicomio de los Cómicos.

He estado suplicando a Mohad, el propietario de la tienda Good Food's, para pedirle un trabajo, y me ha dicho que es posible que pronto vaya a necesitar un cajero. Mi padre me ha dado quince dólares, pues el otro día le lavé el coche y luego le traje unos emparedados del bar de Joey's. Me los ha dado para que le compre algo bonito a Genevieve, pero no es eso lo que he hecho con el dinero.

Bueno, sí que he invertido cuatro pavos en un taco de páginas en blanco, en el que he dibujado un folioscopio para Gen, pero el resto lo he gastado en dos ejemplares del primer número Alternativas oscuras, uno para Collin y otro para mí. Se trata de una nueva serie de la Marvel, cuyos protagonistas combaten contra sus Equivalentes Negativos en un paisaje medieval caracterizado por las fuertes tormentas y siempre sembrado de cadáveres de los guerreros. Los leemos juntos en el recibidor de su casa después de Navidad.

El Manicomio de los Cómicos está cerrado por vacaciones hasta el dos de enero. Vuelvo ese mismo día y voy derecho al mostrador antes de que me entren tentaciones de gastar el cheque regalo en la clase de cómicos que nunca van a estar en el cajón de los saldos. Charlo un poco con Stan sobre cómo le han ido las vacaciones y pregunto:

—¿Puedo hacer una suscripción mensual a Alternativas oscuras?

—¿Has leído el primer número? Es atómico, colega. Flipé cuando el tornado destruye el cuartel general de los malos.

—Mi amigo también alucinó mucho con esa parte — convengo.

Stan llama para pedir detalles sobre la promoción de Año Nuevo. El total sube a veinticuatro dólares. Canjeo el cheque regalo y pago la diferencia en efectivo.

—Tengo entendido que hay siete números, ¿no?

—Eso mismo. El número mágico. Uno cada mes.

Me quedan seis más para leer en compañía de Collin.

Fantástico.

b b b b

Últimamente me he embarcado en un proyecto nuevo, para no pensar en unas cuantas cosas, como la muerte de Kenneth, el distanciamiento de Kyle y los remordimientos que siento por estar engañando a Genevieve. Es un cómic protagonizado por un personaje de mi invención, el Guardián del Sol. Cierta vez soñé que estaba tan famélico que me comía el sol a bocados y luego notaba que los huesos de mi cuerpo estaban al rojo vivo, pero sin llegar a estallar, fundirse o algo por el estilo. Encontré que la idea tenía su qué. Me parece que cuando lo termine, se lo regalaré a Collin.

b b b b

(DIECISÉIS AÑOS. FEBRERO, HACE CINCO MESES) —Aaron, puedes contarme lo que quieras.

Estoy sentado ante mi madre, en su dormitorio, y el corazón me late como loco.

—Te lo he dicho una y mil veces, desde que eras pequeño.

¿Te acuerdas de la vez que no quisiste contarme que...?

—Me gustan los chicos, mamá. —Escupo las palabras. Fijo la mirada en las ropas sucias tiradas por el suelo—. Lo siento.

Pero... es así.

Se pone en pie y me levanta la barbilla, pero sigo sin mirarla.

—Hijo mío, no hay razón por la que tengas que sentirlo.

—Ya, pero es que he estado mintiendo y portándome como un idiota —explico. Me coge la mano, y a punto estoy de soltar lo que Collin suele llamar «lágrimas de nenaza», y es que ya se sabe que los chicos no lloran—. Puedo irme a vivir a otro lugar. No sé dónde, pero puedo...

—Aaron Soto, no vas a irte a vivir a ninguna parte. No hasta que ingreses en la universidad. Entonces podrás largarte, licenciarte, conseguirte un empleo y devolverme todo el dinero que he estado gastándome en ti desde que te traje al mundo.

Sonríe, y me obligo a sonreír a mi vez.

—Bueno, ¿y ya está? ¿No vas a decirme que siempre lo supiste, o algo por el estilo?

—Valgo demasiado para hacerlo, hijo mío.

—Gracias. Te debo una.

—Lo que me debes es un millón de dólares, pero esa no es la cuestión. Estoy contenta de que estés preparado y de que lo lleves bien, o eso parece. Era lo que siempre me preocupaba, que no fueras a entenderlo.

Sé lo que quiere decir. En los últimos tiempos no me reúno tanto con Brendan y mis amigos, quienes me han visto cruzar la calle para encontrarme con Collin. Este a veces viene y anda con nosotros, pero normalmente hago lo posible para tener a Collin en exclusiva. Me doy perfecta cuenta de que no va a gustarles lo que estamos haciendo, y todo el mundo está un poco de los nervios desde que perdimos a Kenneth.

—¿Tienes algún compañero en particular? —pregunta mamá.

—Sí que lo tengo. Pero no es necesario que te hagas la tonta. Es Collin, y lo

sabes.

Lo sabe porque siempre estoy hablando de él. Si alguien te hace feliz, es casi imposible esconder el entusiasmo.

Se sienta en la cama en la que dormía con ellos, hasta que cumplí los trece años y me fui a compartir la sala de estar con Eric, en camas separadas esta vez.

—¿Tienes una foto de Collin?

—Tengo dieciséis años. ¡Pues claro que tengo una foto de Collin!

Me desplazo por las fotos almacenadas en el móvil, mientras mamá mira por encima de mi hombro. Dejo atrás una foto en la que aparezco con Genevieve.

—Entonces, Genevieve y tú no sois novios de verdad, ¿me equivoco?

b b b b

Decírselo a mamá es una cosa. Decírselo a papá es algo muy distinto.

Está en la sala de estar, fumando y mirando un partido de los Yankees que considera muy importante. El encuentro está en la novena entrada, y el resultado es de empate. Pienso en la posibilidad de volver sobre mis pasos y, quizá, esperar que pase otra semana más o así, pero también es posible que no se lo tome a mal cuando se lo cuente. Es posible que todo aquello que me dijo de niño, que no tenía que comportarme como una chica ni jugar con muñecas, se esfume tan pronto como comprenda que soy como soy y no tengo elección al respecto. Quizá vaya a aceptarme.

Mamá me sigue al interior de la sala de estar y se sienta en la cama de Eric.

—Mark, ¿tienes un minuto? Aaron quiere hablarte de una cosa.

Suelta una bocanada de humo de cigarrillo.

—Estoy a la escucha.

En ningún momento aparta la vista del partido de béisbol.

—Olvédemoslo. Mejor lo dejamos para otro día. —Me vuelvo para regresar al cuarto de mis padres, pero mi madre me agarra de la mano

Mamá tiene claro que es posible que nunca vaya a sentirme preparado para hacer esto, que bien pudiera encontrar una excusa tras otra para posponerlo hasta después de la muerte de mi padre y que entonces quizá pudiera ir a su tumba a contárselo. Pero hay que hacerlo ahora, para que me sienta tan cómodo en casa como cuando estoy en compañía de Collin.

—Mark —repite mamá.

Sigue con los ojos fijos en la tele. Respiro hondo.

—Papá, espero que no te moleste lo que voy a contarte, pero bueno, verás, resulta que estoy saliendo con alguien y...

—Veo que ya está empezando a sentirse confuso, como si le hubiera instado a resolver un problema de matemáticas sin contar con bolígrafo, papel o calculadora—.... y ese alguien es mi amigo Collin.

Tan solo entonces se gira hacia nosotros. Al momento, su expresión deja de ser confusa para tornarse rabiosa. Como si los Yankees no tan solo hubieran perdido el partido, sino que además hubieran anunciado que se retiraban de la competición para siempre. Señala a mamá con el cigarrillo.

—Toda la culpa la tienes tú. Así que tú misma vas a encargarte de decirle que de eso, ni hablar.

Lo suelta como si yo no estuviera en la habitación.

—Mark, desde el principio estuvimos de acuerdo en que querríamos a nuestros hijos pasara lo que pasase y...

—Promesas, malditas promesas, Elsie. Dile a tu hijo que o cambia, o a la calle.

—Si no entiendes bien qué es la homosexualidad, siempre estás a tiempo de hablar con tu hijo de forma civilizada — responde ella, en un tono firme que encuentro imponente pero que no falta al respeto a mi padre. Porque sabemos de lo que es capaz—. Si prefieres no hacer caso o dejar que pase un poco de tiempo, por nosotros no hay problema, pero Aaron no va a irse de casa.

Papá deja el cigarrillo en el cenicero y, a continuación, suelta un patadón al reposapiés. Retrocedemos un par de pasos. No es lo que suelo decirme, pero en este momento ansío que Eric esté presente, por si las cosas se ponen tan feas como parece que van a ponerse. Papá me señala con el dedo.

—Yo mismo me encargo de echar de mi casa a este vicioso.

Mi madre se interpone.

Papá cierra las manazas en torno a su garganta, y su cuerpo se estremece.

—Y bien, ¿aún piensas que el chaval está haciendo lo que es debido?

Corro al sofá, empuño el mando a distancia de la tele y le pego un golpe tan tremendo en la parte posterior de la cabeza que las pilas salen disparadas. Papá estampa el cuerpo de mamá contra el interfono de la pared. Mi madre se derrumba, haciendo esfuerzos desesperados por recobrar la respiración. Sin darme tiempo a ayudarla, papá —el jodido tío que de pequeño jugaba conmigo a tocar y a parar—, me suelta un puñetazo en la nuca. Salgo volando y me estrello contra la torre donde Eric guarda los videojuegos usados. Me agarra por el cuello de la camisa y me deja en el rellano de la escalera.

—¡Maricón de mierda...! Lo último que me faltaría: que vinieras con un tío a mi casa. ¡Antes muerto!

Oigo el clic de la cerradura, y lloro con mayor desgarró que nunca antes en la vida, pues no puedo cambiar lo que soy, no con tanta facilidad y rapidez como mi padre ha hecho al dejar de ser ya mi padre.

b b b b

La noche anterior la he pasado en el rellano, después de haber estado aporreando la puerta durante más de una hora.

Tenía miedo de que mi padre me estrangulara o me matara a golpes, pero más miedo tenía de lo que pudiera ser de mamá.

La escandalera fue tremenda, y alguien terminó por llamar a la policía. Cuando llamaron a la puerta, mi padre sencillamente abrió y se marchó con ellos. Ni siquiera me miró mientras lo esposaban y le leían sus derechos. Mamá fue al hospital, para que la reconocieran, a fin de asegurarse de que estaba bien.

Este es el recuerdo peor —y de lejos—, de todos los que conservo en el banco de mi memoria.

Hoy necesitaba encontrarme con Collin en nuestro lugar habitual en el parque Pelham. Me ha enseñado a orientarme por la ciudad, y es que siempre me pierdo, por mucho que haya nacido en ella. No hemos hablado demasiado de lo sucedido la noche anterior, pero al final hemos estado de acuerdo en que ha llegado la hora de romper con nuestras novias. Sí, es verdad que su compañía nos escuda de posibles episodios como el de ayer noche, pero tampoco es cuestión de seguir tomándoles el pelo para ahorrarnos problemas.

—Espero que no seas de esos que se te pegan como una lapa, lo mismo que Nicole —dice Collin mientras volvemos en el tren—. No hace más que llamarme por las noches, cuando estoy tratando de pegar ojo.

—No lo veo probable —respondo, aunque en realidad sí que es muy probable.

Cuando alguien te gusta, te vuelves extrañamente posesivo y obsesivo; quieres saber todo lo que le ha pasado antes que los demás, y a veces incluso quieres ser la única persona con la que el otro se relacione.

Pego mi pierna a la suya, y él hace otro tanto. Si fuéramos una pareja al uso, formada por un chico y una chica, podríamos besarnos y cogernos de la mano, y a nadie le importaría un mierda. Pero si estamos hablando de dos chicos como nosotros, y a bordo de un tren que se dirige al Bronx, más te vale esconder las muestras de afecto si quieres volar por debajo del radar. Es algo que siempre he tenido claro, pero ojalá las cosas fuesen de otra manera. Alguien nos suelta un silbido, y de inmediato comprendo que nuestro pequeño gesto de hace unos segundos no ha pasado desapercibido.

Dos fulanos que hace un momento estaban haciendo flexiones en medio del vagón vienen hacia nosotros. El más alto de los dos, el que lleva los pantalones

vaqueros con los bajos remangados, espeta:

—A ver un momento. ¿Vosotros dos sois maricones?

Contestamos que no.

Su amiguete, quien huele a sobaco que es un primor, hinca el dedo medio entre los ojos de Collin. Frunce los labios y dice:

—Mienten, que te lo digo yo. Y creo que estamos poniéndolos cachondos.

Collin aparta su dedo de un manotazo, lo que es un error tan catastrófico como el cometido por mamá al tratar de evitar que mi padre anoche me echara de casa.

—Vete a tomar por culo.

Pesadilla tras pesadilla.

Uno de los dos me estampa la cabeza contra el pasamanos.

El otro martillea a Collin a puñetazos. Trato de darle a su compañero en la nariz, pero estoy demasiado aturdido y no acierto. No tengo idea de cuántos guantazos me suelta ni de en qué momento me encuentro hecho un ovillo en el suelo mugriento, mientras Collin trata de protegerme con su propio cuerpo, hasta que lo apartan de un patadón. Collin vuelve el rostro hacia mí, y veo que está llorando de dolor y de pena.

Sus amables ojos oscuros se ponen en blanco al recibir otra patada en la cabeza. Grito pidiendo ayuda, pero nadie tiene los cojones de parar la pelea. Nadie tiene los huevos de hacer lo correcto.

El tren se detiene, y las puertas se abren, pero no hay posibilidad de escape. Para nosotros, por lo menos. Entre risotadas, los dos tipos salen corriendo al andén. Entran otros pasajeros, y algunos ocupan los pocos asientos libres. Otros fingen no vernos. Tan solo un par de personas vienen en nuestro auxilio. Pero es demasiado tarde.

b b b b

Collin se negó a ir al hospital. Dijo que no tenía dinero para pagar los gastos, y aunque mamá seguramente podría conseguir que le atendieran gratuitamente, Collin sabe que entonces tendría que llamar a sus padres y que seguramente tendría que contarle todo, incluyendo aquello que no quiere revelar en absoluto.

Llego a casa treinta minutos después, apretando la camisa contra mi nariz para taponar la pequeña hemorragia. He entrado por el aparcamiento, para que mis amigos no me vieran hecho una mierda. Cojeando, voy derecho al cuarto de baño, que está iluminado y cuya puerta está entreabierta. Eric esta noche tenía turno en la tienda de videojuegos, y mamá iba a visitar a uno de sus pacientes en la cárcel. Abro la puerta, y cuando veo quién está sentado en la bañera, la camisa se me cae al suelo, y la sangre de nuevo corre por mi cara y mi pecho.

No, por Dios.

Papá.

Tiene los ojos abiertos, pero no está mirándome.

No se ha quitado las ropas antes de meterse en la bañera.

El agua es de un color rojo oscuro, por efecto de la sangre que mana de los cortes en las muñecas.

Ha venido a casa para matarse.

Porque prefería estar muerto a verme llegar a casa acompañado por un hombre.

Ha venido a casa a matarse por mi culpa.

Toda esta sangre.

Tanto rojo hace que lo vea todo negro y me desmaye.

b b b b

Las piernas me duelen en cantidad, pero no dejo de seguir corriendo por el parque. Me encaramo a un banco y salto de él, yendo a aterrizar con fuerza sobre la pierna que tengo mala de resultas de la paliza del otro día. Pero sigo corriendo.

Cuando hago carreras con Collin, por lo general bajo el ritmo un poco, para que no se sienta humillado. Pero hoy no. A estas palomas que picotean migas de pan junto a una papelera volcada más les vale salir volando antes de que las atropelle.

Continúo corriendo, pero el recuerdo de mi padre muerto en un baño rojo sigue persiguiéndome, y me resulta imposible detenerme... hasta que tropiezo con los cordones de mis zapatillas y caigo rodando sobre la tierra.

Collin me da alcance, se arrodilla a mi lado y pregunta jadeante:

—¿Estás... bien?

Estoy temblando y tengo ganas de aporrear el suelo con los puños, como un niño que tiene una rabieta. Lleva la mano a mi rodilla, y me enderezo y abrazo a él con tanta fuerza que casi le rompo la espalda.

—¡Jo, tío, vale ya! —grita, soltándose—. Un poco de cuidado, que nos pueden ver.

Miro en derredor para ver si hay más gente en el parque.

Estamos a solas. Pero Collin también tiene sus propios fantasmas, por algo tan simple como el roce de nuestras piernas en el tren. Si ahora nos vieran abrazados, es muy posible que nos quemaran en la hoguera.

—Lo siento.

Han pasado dos días, pero sigo echando de menos su cara sin los moratones y el ojo hinchado.

Se levanta, y pienso que va a tenderme el brazo para que me ponga en pie, pero se limita a rascarse la cabeza.

—Tengo que ir a asearme un poco. He quedado con Nicole.

Quiere hablar.

—¿No puedes quedarte un rato más? —Veo que sus labios forman un no, y al momento agregó—: Olvídalo. Haz lo que tengas que hacer.

Y lo hace.

b b b b

(DIECISÉIS AÑOS. MARZO, HACE CUATRO MESES) Ninguno de nosotros fue al funeral. El féretro estuvo cerrado.

Tengo claro que poca gente fue al servicio. Los odiados y los odiosos no suelen tener muchos amigos. Por lo demás, a mi padre no le hubiera gustado que asistiera, de forma que perdí la oportunidad de echar una meada sobre su tumba. En su lugar fui a encontrarme con Collin, lo que para mí fue muy poético.

Estoy sentado en el suelo, mientras Collin se pasea arriba y abajo. Todavía no me ha dado su más sincero pésame, y ni siquiera me ha abrazado, lo que comienza a darme cierta mala espina.

—Lo hizo por mi culpa —repito a Collin, por enésima vez—. Por lo que tú y yo hacemos cuando estamos juntos.

—Quizá sería bueno que nos diéramos un respiro —sugiere—. Probablemente te vendría bien que no nos viéramos durante una temporada.

—Ahora mismo es lo último que necesito. —No digo lo que es obvio: que la paliza nos la pegaron a los dos, pero que el único que se mató fue mi padre—. Tenemos que hablar con las chicas cuanto antes. Necesito que tú, eh... necesito que arreglemos esta situación. Lo último que me hace falta es que nos encontremos con otro problema de los gordos.

—Aaron, sé que no es el momento, y lo siento, pero ahora mismo no puedo romper con Nicole. Desde que tú y yo nos liamos, no hemos tenido más que problemas. Fíjate en todo cuanto te ha pasado a ti solo... Entiendes que no podemos seguir juntos, ¿verdad?

Esta es una de esas ocasiones en las que crees estar soñando y viviendo una pesadilla, porque es imposible que tu vida no haya sido más que una sucesión de desgracias, hasta encontrarte abandonado por completo.

—No puedes hacerme esto —respondo—. Le he hablado a mi madre de ti. Mi padre se mató porque no soportaba que estuviéramos juntos. Nos pegaron una paliza en el tren porque somos como somos.

Collin sigue paseándose arriba y abajo; se niega a mirarme a los ojos.

—Pues hemos escogido mal. Es imposible que lo nuestro vaya a funcionar, tío. No te lo he contado, pero Nicole está embarazada. Traté de convencerla para que no tuviera el hijo, antes de que pudiera decírtelo a ti, pero va a tenerlo, así que estoy obligado a ser un hombre otra vez.

Otro acontecimiento nefasto, pero que no me pilla tan por sorpresa, pues el riesgo siempre existía.

—O sea, que la has dejado preñada. Pero eso no te convierte en hetero, y nunca vas a...

—No tiene sentido que sigamos juntos, Aaron.

Camina hacia la verja. Espero que regrese, que siga paseándose arriba y abajo, pero no lo hace. Se agazapa y se marcha sin añadir palabra.

Algo se rompe en el interior de mi cabeza, y me esfuerzo por no llorar.

Todo me ha salido mal, a mí también.

Pero no. Yo también tengo una novia, al fin y al cabo.

No necesito a Collin.

b b b b

(DIECISÉIS AÑOS. ABRIL, HACE TRES MESES) Sé que mi padre se mató por mi culpa.

Mamá cree que su reciente paso por la cárcel fue la gota que colmó el vaso, que los numerosos desequilibrios de su mente terminaron por abrumarlo.

Ahora hago lo posible por encontrar la felicidad, para no acabar como él.

Me entero de que en Texas hay un pueblo llamado Happy, y me digo que tiene que ser fantástico vivir allí.

Me obligo a aprender a decir y leer feliz en español, alemán, italiano y hasta japonés, y hasta a dibujar la palabra en este último idioma.

Aprendo que el animal más feliz del mundo es el quokka, un pequeño cabroncete que siempre está sonriendo.

Pero no es suficiente.

Los recuerdos siguen reverberando en mi cabeza, hendiéndome como un cuchillo. No quiero esperar a ver qué es lo siguiente que me pasa en esta trágica historia de la que soy protagonista. Abro una de las cuchillas de afeitarse nuevas que mi padre tenía en el armario del baño y me corto las venas como él mismo hizo, trazando la curva de una sonrisa, para que todos sepan que he muerto para encontrar la felicidad.

Esperaba encontrar la calma, pero siento el dolor más triste que haya experimentado jamás. No puedo evitar sentirme vacío, pensar que no vale la pena que alguien venga en mi rescate, ni siquiera cuando la delgada línea en mi muñeca hace que todo se vuelva rojo.

b b b b

No quiero morir, y no morí.

Estuve unos días en el hospital, y allí fue donde conocí a este psicólogo, el doctor Slattery: lo peor de lo peor. Pensaba que yo era el único que no lo soportaba, pero leí algunos comentarios en la red que dejaban claro que muchos otros lo consideraban un payaso.

«El doctor Slattery me volvió más loco todavía.»

«¡Slattery no hacía más que darme la tabarra con sus propios problemas personales!»

Y así sin parar.

Genevieve está cuidando mucho mejor de mí que el payaso mencionado más arriba. Mi madre finalmente ha dejado de vigilarme personalmente, y Eric ha hecho otro tanto. No han tenido más remedio que ausentarse del trabajo varios días, los que he estado en casa sin ir al instituto. Me dejaron salir a celebrar con Genevieve nuestro primer año de relación.

Gen quizá tenía previsto ir conmigo al centro, para divertirnos un poco y para que me olvidara un tanto de mis problemas, pero en cambio estoy tumbado en el sofá de su casa, llorando con la cabeza en su regazo, por todo el dolor que me sobrepasa. Un dolor del que tan solo otra persona puede liberarme.

—No creo que una intervención en el Instituto Leteo vaya a ayudarte de verdad —indica—. Cuando mi madre murió, fue brutal, pero...

No lo entiende. Porque no se vio obligada a encontrar los restos de su madre en el lugar donde se estrelló su avión, mientras que yo sí que encontré a mi padre muerto en la bañera.

—Quisiera olvidarme del momento en que entré en el baño y encontré su cadáver —explico—. Los del Leteo seguramente podrán ponerse las pilas para borrar eso, ¿no?

—Ya, claro... —murmura Gen, que también está llorando—.

Seguramente.

La televisión está a un volumen alto, para que su padre no me oiga llorar. Tampoco es que me avergüence de llorar, pero tengo la impresión de que el hombre se siente incómodo. En la pantalla aparece el anuncio de una película que estrenan, La persecución final, y siento que me han pegado un puñetazo en la boca del estómago cuando pienso en las películas que no voy a ver con Collin, en los cómics que no vamos a leer juntos, en cómo se esfuerza en aparentar que no me conoce de nada en absoluto.

Está reprogramándose, y tengo que hacer lo mismo.

b b b b

(DIECISÉIS AÑOS. MAYO, HACE DOS MESES) Después de haber pasado una hora con el doctor Slattery, en la que no he parado de llorar de rabia, decido que quiero salir a la calle, aunque mi madre vaya a tener que vigilarme.

Delante del edificio 135 está aparcado un camión de mudanzas. Me acerco a curiosear, y veo que Kyle está saliendo por la puerta con un carrito de la compra lleno de cajas. Casi espero ver a Kenneth a sus espaldas, ocupado en sus propios asuntos.

Una de las cajas se cae del carrito. La recojo y se la entrego a Kyle, quien se obstina en no mirarme a los ojos.

—¿Es que te vas?

Asiente con la cabeza y mete la caja en el camión.

—¿Adónde?

—Eso da igual. Pero yo aquí no puedo seguir.

Brendan, el Niño Freddy, Nolan y Dave el Gordinflón se acercan. Brendan me saluda con una inclinación de la cabeza, mientras los demás miran mi muñeca vendada.

Contempla el camión, se sienta en la rampa y pregunta: —¿Qué coño pasa?

—Que Kyle se marcha del barrio —revelo, pues esta tarde tengo verdaderas ganas de no seguir hablando de mis problemas—. No quiere decirme adónde.

—¡Porque importa un huevo donde vaya! No puedo ir al Good Food's sin que Mohad me llame Kenneth. No puedo jugar más a Skelzies con vosotros, pues automáticamente me pongo a hacerle unos bonitos taponos a Kenneth. Ni siquiera puedo mirarte, Aaron, porque te las has arreglado para seguir vivo después de haber intentado acabar con tu vida... y Kenneth a estas alturas se ha convertido en un puñado de huesos.

Sus padres salen del edificio, y Kyle coge la caja que lleva su madre y la tira al interior del camión, de tal forma que pasa volando sobre la cabeza de Brendan; oímos que algo se hace añicos.

—Lo mejor es que os olvidéis de mí para siempre.

Vuelve a meterse en el edificio, y nos vamos todos al tercer patio, antes de que regrese.

El Niño Freddy observa:

—Qué cosa más chungueta.

Brendan se encoge de hombros. Se gira hacia mí y pregunta:

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, aunque en realidad estoy hecho una mierda.

—¿Ese Collin ha venido a ver cómo te encuentras?

—No. Y no quiero que venga —contesto.

Lo dejamos correr. Brendan incluso me da una palmadita en la espalda. Seguimos juntos un rato, como si nunca hubiera dejado de formar parte de la pandilla, hasta que mi madre me llama, y corro hacia ella buscando pretextos para que me deje estar fuera un rato más.

—El doctor Slattery ha llamado —dice, con el móvil todavía en la mano.

—¿Para devolverte todo ese dinero que le has regalado por las buenas?

—Resulta que conoce a alguien en el Instituto Leteo. — Tiene los ojos cerrados, como si fuera incapaz de mirarme—.

Ha estado charlando con esta mujer, la doctora Castle o algo parecido, y sugiere que hablemos con ella para ver qué posibilidades hay.

¡Jo...!.

Me doy la vuelta para mirar a mis amigos. Sé cómo arreglar las cosas para que nunca más vuelvan a odiarme. Me digo que ya nunca más voy a tener que pensar en Collin.

—Quiero hacerlo.

b b b b

(DIECISÉIS AÑOS. JUNIO, HACE UN MES) En tan solo una sesión la doctora Evangeline Castle desentrañó la raíz de mis problemas: me gustan los chicos. Me obligó a concertar unas cuantas citas más, pero al final ha dado con un tratamiento para mí. Y ese día por fin ha llegado.

Mamá no puede venir conmigo, pues a su jefe se le ha acabado la paciencia y ya no tolera más ausencias. Alguien va a tener que pagar el alquiler del piso y el coste de este tratamiento. Eso sí, Genevieve va a estar a mi lado.

—Todo irá bien, hijo mío.

En su momento también prometió que todo me iría bien en la vida, y luego crecí y todo me salió mal, pero esta vez la creo, pues lo peor que puede pasar es que no pase nada en absoluto.

—Lo sé.

—Aaron, entiendes que he dicho que sí a todo esto porque tú me lo has pedido, ¿verdad? No porque yo quiera que cambies o porque piense que tienes que cambiar. Creo que esto va a servir para que todos pasemos página. Quiero que me devuelvan a mi hijo, el chico que nunca me hizo sufrir al verle utilizar a Genevieve, el que nunca intentó dejarme para siempre.

Sigue abrazándome, y sus palabras me duelen de verdad.

Con un poco de suerte, nunca más me acordaré de lo mucho que decepcioné a mi madre y a mi padre.

b b b b

(DIECISÉIS AÑOS. 18 DE JUNIO)

Resigo la cicatriz sonriente, y me entran ganas de sonreír también. Me siento eufórico de felicidad.

Han aceptado mi solicitud de someterme a una intervención liberatoria de recuerdos. La operación suena un tanto siniestra y es muy extrema —al fin y al cabo estamos hablando de una intervención experimental en el cerebro—, y los médicos son reticentes a hacérsela a los menores de veintiún años. Pero soy un peligro para mí mismo, razón por la que se avienen a arrancarme de la cabeza las costumbres y los recuerdos del ayer.

La sala de espera está tan atestada como siempre, en contraste total con la del hospital donde iba a visitarme con el doctor Slattery. La gente no hace precisamente cola durante horas para hablar con él. Pero al recomendarnos a la doctora Castle, el hombre por lo menos ha conseguido que nos rebajen en mucho la tarifa habitual. Hay que ver el lado positivo de las cosas.

Genevieve no cesa de mover una pierna con nerviosismo.

No consigue tener las manos quietas. En parte es la razón por la que prefería venir solito, pero mi madre y ella me dijeron que ni hablar. Pienso en coger alguno de los folletos, impresos y publicaciones sobre salud mental que hay sobre la mesa, pero a estas alturas ya sé todo cuanto tengo que saber.

El Instituto Leteo se niega a admitir a quienes quieren someterse al procedimiento para no recordar un spoiler de Juego de tronos u olvidarse de alguien que les rompió el corazón.

La cosa no va por ahí. El instituto ayuda a las personas que se causan daño a sí mismas por tener recuerdos dolorosos: no vas a morirte de un desengaño amoroso, pero sí que vas a morirte si... bueno, si te matas.

Como este anciano de origen hispano que no cesa de recitar los números ganadores de la lotería que nunca llegó a comprar; lo más probable es que lo envíen de vuelta a casa sin que tenga oportunidad de olvidar.

Reconozco a algunos de los pacientes de las sesiones de terapia de grupo a las que me obligaron a asistir, para ver si el simple paso del tiempo era suficiente para resolver mis problemas.

Es divertido: ir a esas sesiones tan solo sirvió para que me entraran más ganas de hacerme daño.

Una mujer de mediana edad suelta un berrido en su asiento, se balancea adelante y atrás y aporrea la pared con los puños.

Un celador corre en su ayuda y trata de calmarla. Sé quién es esta mujer, no porque conozca su nombre, sino porque constantemente está reviviendo el recuerdo de cuando su hijita de cinco años se puso a perseguir un pajarito y se asomó a una calzada con mucho tráfico rodado... y bueno, no es preciso decir más, ¿verdad?

Trato de mantener la mirada baja y de ignorar sus aullidos, pero no puedo evitarlo y levanto la vista cuando un segundo celador se presenta con una camisa de fuerza. Se la llevan por la misma puerta que estoy a punto de cruzar. Me pregunto qué porcentaje de su vida va a tener que olvidar para ser capaz de vivir sin una camisa de fuerza... y hasta un bozal, si continúa bramando de esa forma.

En la sala de espera se ha hecho el silencio. Todas las conversaciones se han detenido. Hay vidas que dependen de este procedimiento.

En nuestro grupo de terapia, un fulano verdaderamente obeso —Miguel, creo que se llama— explicó que tan solo podría dejar de atiborrarse cuando se olvidara de sus traumas de la niñez. Ahora está aquí, con una mancha de ketchup en la camisa. Casi me entran ganas de abrazarlo. Espero que se den cuenta de que está muy mal y aprueben su intervención, para que vuelva a estar sano, física y mentalmente.

Lo mismo que él, estoy aquí porque no quiero ser el que soy. Quiero sentirme tan feliz como para que los malos recuerdos dejen de perseguirme como sombras indeseables.

La doctora Castle me pidió que le diera un listado de las cosas agradables en las que tendría que pensar cada vez que me vinieran a la mente recuerdos desagradables. En el curso de las sesiones no paré de esbozar falsas sonrisas, por muy infeliz que me sintiera, porque era una mujer atenta y considerada. Hacía lo posible por ayudar.

Cojo la mano de Genevieve para tranquilizarla un poco, en un gesto que —qué queréis que os diga— me resulta un tanto anticuado y tontorrón. En las uñas tiene pintura reseca de color azul y naranja.

—¿En qué has estado trabajando? —pregunto.

—En nada interesante. Estuve dándole vueltas a esa idea que te conté, la de un sol que se hunde en el mar, en lugar de ponerse tras él. Pero no sabía cómo terminarla...

No tengo idea de qué me está hablando. No es de extrañar.

Me toca el brazo para que deje de tirarme de la manga de la camisa; ni siquiera me había dado cuenta de que estaba haciéndolo. Sabe interpretar mis gestos, y yo ni siquiera puedo prestar atención a sus palabras.

—Verás cómo todo sale bien, cariño. Te encontrarás bien.

Una promesa vacía. Nadie piensa que un día enfermará de cáncer. Nadie

espera que un atracador abra fuego dentro del banco.

—Lo que más me preocupa es que no vaya a funcionar, y no que algo salga mal.

Algunos de los riesgos son: pérdida grave de memoria, amnesia anterógrada, y otros rollos por el estilo. Pero una pequeña parte de mí está diciéndose que sería mejor estar en coma cerebral que despertarse por las mañanas como hago estos días.

Genevieve observa la sala de espera: las sobrias paredes blancas, los locos y los pacientes empleados del instituto. Estoy seguro de que le gustaría pintar algo relacionado con el Leteo, pero está el problema de que, a fin de estar a mi lado, ha tenido que firmar un acuerdo de confidencialidad que le obliga a no hablar con nadie de su visita a este lugar. Si no cumple, tendrá que pagar una indemnización de miles de millones de dólares.

—Tampoco es tan preocupante —dice—. Hemos leído mil veces esos folletos y hemos visto una maratón de vídeos sobre postoperatorios, y todo parece funcionar bien.

—Ya, pero lo lógico es suponer que no nos enseñan a los pacientes a los que habrá que meterles la cuchara en la boca durante el resto de sus vidas.

Finjo sonreír, para quitarle hierro a mis palabras. Estoy harto de fingir, lo que es grotesco, si tenemos en cuenta lo que muy pronto va a suceder. Eso sí, por lo menos no seré consciente de estar fingiendo, y eso sí que me parece honesto por mi parte.

Genevieve mira detrás, y los ojos al momento se le llenan de lágrimas. Me giro. La doctora Castle está junto a la puerta. Sus ojos verdemar, muy hundidos en las cuencas, siempre son algo reconfortantes, incluso ahora que me mira sin pestañear, pero su alborotada mata de pelo rojo-anaranjado me recuerda unas lenguas de fuego. Lucho contra el pánico. Seguramente no ha anunciado su presencia para que pueda compartir unos minutos más con Genevieve, conmigo mismo incluso.

Agarro a Gen por la cintura y la hago girar un par de veces.

Ya sé que es absurdo marearme cuando están a punto de manipularme el cerebro. Antes de que pueda preguntárselo, Genevieve coge mi mano y anuncia:

—Voy contigo.

Cuanto más nos acercamos a la doctora Castle, mayor es la sensación que tengo de estar dirigiéndome al encuentro de la muerte. Y me digo que, de hecho, es lo que estoy haciendo, en parte por lo menos, la parte de mi ser que a nadie beneficia. El pánico se esfuma.

—Estoy listo —declaro a la doctora sin vacilar.

Me giro hacia Genevieve, y mientras beso a la chica que ha estado

guardando mi secreto sin saberlo, vuelvo a preguntarme si en realidad sí que lo sabía, y desde siempre.

Durante el año que llevamos juntos no hemos llegado a decirnos que nos queremos. Un detalle, quizá, pero es lo bastante lista para no reconocer que está enamorada de alguien que no puede devolverle ese amor.

Nunca pensé que terminaría por decirle una cosa así, me decía que iba a conservar este secreto metido en mi puño cicatero hasta el día de mi muerte, pero doy un paso al frente y digo:

—Sé que sabes cómo soy, Gen. Pero mañana no seré así, ¿entendido? Vamos a ser felices juntos para siempre, y hablo en serio.

Se queda con la boca abierta. La beso por última vez, y se despide con un débil gesto de la mano. Probablemente está diciendo adiós a la persona que a su manera consiguió amar, a pesar de este muro que estoy a punto de derribar.

Me vuelvo y cruzo por la puerta, abrumado por el hecho de que mis mentiras y mi caótica vida me hayan llevado a este punto sin retorno. Tengo claro que estoy haciendo lo mejor.

Yo no soy como Collin, quien es muy capaz de fingir que entre nosotros nunca hubo nada, y tiene la mala leche de poder olvidar todo cuanto pasó entre nosotros. Voy a liberarme para siempre del riesgo de que otro chico me arruine la existencia. Nunca más voy a tener que herir a la chica que cree que estoy enamorado de ella.

En el umbral, la doctora Castle lleva su mano a mi hombro para tranquilizarme un poco.

—Recuerda que todo esto es por tu propio bien —indica, con su ligero acento británico.

No voy a recordar que es por mi propio bien, porque no voy a recordar qué fue lo que me trajo aquí en primera instancia.

El Instituto Leteo va a hacer que me olvide de mi relación con Collin. Le echo tanto de menos que mis entrañas arden, pero pronto van a dejar de hacerlo. Nunca más van a darme una paliza en un tren porque me guste un chico. Mis amigos dejarán de sospechar de mí cuando no estoy con ellos. Vamos a matar esa parte de mí que lo ha destrozado todo. Voy a ser heterosexual, justo lo que mi padre quería.

b b b b

No me prometen que la intervención vaya a conseguir que deje de ser lo que ya sabéis, pero vale la pena utilizar la ciencia para combatir la naturaleza, o eso me digo.

Estoy tumbado en una estrecha cama con unos cables pegados en la frente y el corazón. He perdido la cuenta de las inyecciones que me han clavado en las venas y de las veces que me han preguntado si me siento cómodo y si estoy seguro de que quiero hacer esto. He dicho que sí, que sí y que sí un montón de veces.

Médicos y técnicos van de un lado a otro, ajustando monitores; otros teclean ante los ordenadores y analizan los gráficos de mi cerebro. La doctora Castle en ningún momento se ha movido de mi lado. Llena un vaso con agua en un pequeño lavamanos, mete dos pastillas azuladas y me lo pasa.

Miro las pastillas, pero aún no bebo.

—¿Cree que luego estaré bien, doctora?

—Esto es absolutamente indoloro, guapetón —responde.

—Y también me van a alterar los sueños, ¿verdad?

Hay sueños que son memoraciones indeseadas; otros son pesadillas, como la de anoche, en la que Collin me subió a una bicicleta por sorpresa y me empujó por una ladera muy pronunciada, riéndose de mí antes de dar media vuelta.

—Para evitar que se den resurgimientos, sí —contesta la doctora Castle—. No tendríamos este problema si sencillamente pudiéramos borrar los recuerdos sin más, pero la manipulación de los recuerdos es mucho menos arriesgada.

Cuando la intervención haya empezado, ni siquiera tendrás que revivir los recuerdos... eso sería cruel. Tan solo te sentirás sumido en un sueño largo, muy largo.

—Eso suena muy parecido a la muerte.

—No pienses en nosotros como en ángeles exterminadores; más bien somos una especie de genios de la lámpara.

—¿Y no voy a sospechar nada cuando despierte?

—Vamos a manipular tus recuerdos, y cuando despiertes pensarás que yo soy una niñera que tuviste de pequeño. Las pocas personas que están al corriente de tu tratamiento serán las únicas en saber la verdad —explica.

Pero esto ya lo sé; me lo han explicado mil veces y lo he leído y visto en dos mil ocasiones, en los folletos que he leído y los vídeos que he mirado. Los empleados del Instituto Leteo después se hacen pasar por otros, con permiso, para

comprobar la evolución de los pacientes que han sido intervenidos, sin levantar sospechas.

No voy a tener nada que me recuerde a Collin. Ningún recuerdo, ningún objeto personal. Tiré a la basura todos sus dibujos malos, sus regalitos patéticos y el suéter de los X-Men que me dio. Quemé sus notas descaradas en la cocina, como si pudiera olvidarme de sus palabras una vez que estas se convirtieran en cenizas humeantes en un cazo.

La doctora Castle me ahueca la almohada con la mano. Me pregunto si es tan atenta con todos sus pacientes.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Aaron? ¿Algo puramente personal?

—Adelante.

Desvía la mirada, y está claro que está pensándolo dos veces.

—Espero no estar siendo demasiado curiosa. Desde el momento en que me hablaron de tu caso, me hice cargo de las penalidades por las que habías tenido que pasar. Pero no puedo evitarlo y tengo curiosidad... ¿Seguirías adelante con esta intervención si tu sexualidad no fuera un problema?

¿Querrías dejar de ser gay?

Por suerte, he estado dándole vueltas a la cuestión antes incluso de que mi padre se matara.

—La cuestión no es lo que yo quiero. Tengo que hacer esto.

Viene un técnico.

—Cuando quieran, doctora Castle.

Me trago el vaso de agua y se lo devuelvo.

—Al lío.

Un médico me pone una mascarilla, mientras otro técnico enciende los diales de un monitor. El gas anestésico entra en acción. Es fresco, seco y huele a recio metal en la parte posterior de mi garganta. Me resulta tan difícil seguir despierto... Evangeline no se tira de la manga de la blusa, pero sé que también está nerviosa. Los ojos se me cierran, y me acuerdo de una cosa. Me quito la mascarilla, respiro hondo y digo:

—Antes de que se me olvide... Gracias.

La mascarilla vuelve a posarse sobre mi cara.

Los médicos empiezan una cuenta atrás desde diez, y los ojos se me cierran cuando llegan a ocho. Cuando vuelva a despertar, voy a ser un chico hetero y normal que se encuentra en su cama.

TERCERA PARTE: MENOS FELIZ QUE ANTES



1

ESTA VEZ

Sigo con vida, y estoy tan sorprendido como todos los demás.

El dolor me estremece los huesos, de una forma que no consideraba posible. Pienso en la vez que me puse a llorar tras haberme caído de rodillas, el día que cumplí nueve años, y el episodio en comparación me resulta risible, ridículo. La paliza que me propinaron en el tren por rozarme con Collin es una niñería comparada con esta última agresión, que parece haber sido causada por un odio personal y furibundo. Lo que me está rompiendo por dentro ni siquiera tiene que ver con mi desengaño con Thomas.

Cada error que he cometido, cada acción reprobable, cada punzante decepción amorosa... Todas y cada una de estas cosas me abruman, y mucho, a medida que me siento aplastado por el peso de mi antiguo mundo. Si miraseis en mi interior, seguramente encontraríais dos corazones diferentes que palpitan, y que corresponden a dos personas distintas, como si el sol y la luna hubieran salido a la vez, en un eclipse pavoroso del que soy el único testigo.

Mis mundos han chocado, y no consigo ponerme en pie.

b b c c

La intervención vino a suponer un apagón, una gran laguna mental. Los profesionales del Instituto Leteo fueron los que decidieron cómo iba a despertar. Habían alterado algunos de mis recuerdos, camuflándolos ligeramente para engañarme.

Y, con los otros, fue como si me hubieran dado con una pala en la cabeza hasta enterrarlos vivos, fuera de mi alcance. Pero el Leteo la pifió. Llegados a cierto punto de los territorios no cartografiados de mi mente, fracasaron a la hora de hacer borrón y cuenta nueva, y entonces me convertí en la persona de la que me había olvidado.

El objetivo era que me olvidase de que soy gay. Era más fácil decirlo que hacerlo, pues en estos casos no existe un simple interruptor de conexión o desconexión, por mucho que mi padre pensara lo contrario. A fin de derrotar a la naturaleza, el Leteo trató de potenciar mi efímero yo heterosexual aprehendiendo y enterrando los recuerdos vinculados a mi sexualidad: mi relación con Collin, la crueldad de mi padre, mi precoz enamoramiento de Brendan, etcétera. Si sencillamente me convencía de que era hetero, entonces sería hetero. La vida resultaría fácil. Pero los del Leteo no tenían los superpoderes que ellos y yo ansiábamos que tuvieran.

Los ojos me pesan demasiado; no puedo abrirlos.

Me cuesta mucho respirar, como cuando Dave el Gordinflón me aplasta contra el suelo.

El dolor de cabeza me lleva a pensar que alguien está jugando a los bolos en el interior de mi cráneo. Los pensamientos rebotan contra sus paredes como una pesada bola.

Noto el rostro hinchado. Quizá porque mis amigos me pegaron porque me odian.

—Aaron, si puedes oírme, parpadea —oigo que dice la doctora Castle.

Evangeline.

En este momento no puedo mirarla, ni a ella ni a nadie, por lo que mantengo los ojos cerrados y sigo escondido en la oscuridad, allí donde el dolor horrible desdibuja a Evangeline de mi mente.

b b c c

Por mucho que me esfuerzo, no consigo dormir.

Puedo abrir un ojo con facilidad, pero el otro sigue pesándose y doliéndome, así que lo dejo en paz. Veo la mitad de una habitación azul oscuro que no me es familiar; me recuerda una noche sin estrellas. Vuelvo mi cuello, un poquito, y veo que Evangeline está dormida en un sillón, con una tablilla sujetapapeles en el regazo. Me cuesta creer que sea capaz de dormir. Es posible que este sillón para las visitas sea más cómodo que el que tiene en su consulta; este último sillón da la impresión de estar hecho de hormigón, para que uno nunca se sienta cómodo. Al lado de Evangeline se encuentra mi madre, quien está sentada un poco encorvada, sujetándose el rostro con las manos, rezando.

—Mamá...

Apenas puedo pronunciar la palabra sin que me duela la garganta, pero me oye. Evangeline también; se despierta de golpe, dando un respingo, como si su jefe la hubiera sorprendido echando una cabezadita sobre el escritorio.

—Hijo mío...

Mamá me besa en la frente, y me hace daño en cantidad. Se disculpa y da gracias a Dios, pero Evangeline la aparta a un lado, proporcionándome un espacio físico que necesito con desespero.

—Estás estable, Aaron —informa—. Intenta no moverte demasiado. —Le dice a mi madre que me dé un poco de agua con una pajita. Aprieta una compresa helada envuelta en una toallita contra mi frente y mi ojo malo—. Te duele la cabeza, ¿no? Pero, bueno, que sepas que estamos muy contentos con tu recuperación.

—Contentísimos, hijo mío —tercia mi madre.

Bebo otro sorbito de agua, que me reconforta y escuece a la vez.

—¿Cómo es que... no estoy... en un hospital?

—Te llevamos a un hospital, pero tu madre nos llamó cuando te oyó gritar cosas que habías olvidado —explica Evangeline, y el cuello también me duele al mirarla—. Te trajeron en ambulancia, y durante los últimos cuatro días hemos estado devolviendo tu mente a su estado anterior, antes de que se desmoronase por completo bajo el peso de los recuerdos resurgidos. Cuando te encuentres un poquito mejor, haremos unos análisis para asegurarnos de que todo está bien.

Cuatro días. He estado fuera de combate durante cuatro días.

Creo saber todo cuanto antes sabía, pero no estoy seguro del todo. Recuerdo haber creído que Evangeline era una antigua niñera, con tanta claridad como sé

que la santería es una idiotez o que soy un capullo y un cobarde.

—¿Habéis cambiado... alguna cosa?

—Nada de eso, guapetón.

Había demasiadas complicaciones.

Mi mente vuelve a verse asaeteada por recuerdos terribles: el cadáver de mi padre, sus palabras preñadas de odio; el abandono de Collin, los besos de Collin; los menosprecios de Eric por cualquier tontería; las miradas reprobadoras de los demás chicos del complejo; y, lo más duro de todo, mi madre, y uno de los últimos momentos que pasamos juntos antes de que me intervinieran.

El recuerdo de la vez que se lo confesé todo y salí del armario me resulta familiar y desconocido a la vez, como un matón del colegio al que llevas años sin ver pero a quien sigues reconociendo por mucho que haya crecido. Sé que ella sabe que sé que lo sabe, de forma que cierro el pico y me concentro en lo que a continuación tiene que suceder.

—¿Cuándo vais a cambiarme otra vez? —pregunto, y la garganta ahora me duele menos—. Para convertirme en hetero de nuevo. De verdad y para siempre, quiero decir.

Evangeline no responde. Mamá rompe el silencio con otro arrebato de llanto.

La voz se me endurece.

—Vuestro procedimiento no ha funcionado... pero hemos pagado un montón de pasta para que funcionase, así que vais a tener que hacer lo que sea para que funcione.

—El procedimiento no tiene la culpa de que el corazón recuerde lo que la mente ha olvidado —argumenta Evangeline.

—Y un cuerno.

—Te advertí que este procedimiento seguía estando en fase muy experimental, ¿te acuerdas?

—Sí que me acuerdo. Y ese es el problema.

Me vuelvo hacia mamá, quien meneaba la cabeza y dice: —No voy a dar mi consentimiento otra vez. Esta vez no. Me habéis devuelto a mi hijo, y no voy a entregároslo de nuevo.

Ojalá me hubieran hecho un exorcismo o enviado a uno de esos campamentos cristianos en los que tratan de convertirte en hetero a rezo limpio.

—¿Os importaría salir de aquí un rato? Quiero estar solo.

—Puedo concederte unos cinco minutos a solas —indica Evangeline—. Pero en vista de la situación, me temo que no puedo darte más.

—Muy bien. Cinco minutos.

Evangeline coge a mi madre del brazo; se marchan por la puerta.

Tengo que orinar, y no pienso hacerlo en una de estas bolsas que tienen por aquí. Me arranco los cables de la frente y el pecho, me levanto y trato de mantener el equilibrio. Estoy mareado, como si tuviera resaca y justo me hubiera fumado un petardo de marihuana de la fuerte; la sensación es horrorosa. Me apoyo en la pared y trastabillo hasta el cuarto de baño.

Me meo encima al verme en el espejo.

Tengo un ojo negro. El otro ojo está hinchado y amoratado, y lleva a pensar en una ciruela pasada de fecha.

En la frente tengo unos cortes profundos remendados con puntos, con sangre reseca que las enfermeras no han terminado de limpiar.

Tengo el labio partido.

Las lágrimas corren por mis mejillas.

Algo primario estalla en mi garganta dolorida, y el espejo se hace añicos cuando estrello el puño contra el cristal.

b b c c

Los añicos de vidrio estuvieron punzándome bajo la piel hasta que las enfermeras los extirparon y me vendaron la mano.

Otra herida de guerra. Ahora se niegan a dejarme a solas, y no hay vuelta de hoja, pues tienen miedo de que me dibuje una sonrisa en la garganta si no consigo lo que quiero. Mamá me hace compañía y me cuenta que Eric vino de visita esta mañana, pero no es él quien está en mi mente.

—¿Alguna otra visita?

—Genevieve y Thomas han venido todos los días — responde—. Gen vino anoche, y Thomas ha estado unas horas por la mañana. Tienes unos amigos estupendos.

No aparto la vista de la pared azul oscuro.

—Genevieve me ha contado que rompiste con ella.

—Supongo que ahora ya no vas a seguir sintiéndote decepcionada conmigo. Está llorando otra vez, escondiendo el rostro bajo las manos.

—Se suponía que no ibas a acordarte de...

Pero sí que me acuerdo. Y necesito que mamá me ayude a olvidar otra vez.



LA VIDA ES DURA

Despierto de la misma pesadilla que solía atormentarme después de que mi padre se suicidara. La pesadilla en la que se desviste por completo en el cuarto de baño mientras me llama nenaza y degenerado, mientras me dice que no vale la pena vivir con un hijo como yo. Abre el grifo y se acomoda en la bañera; a continuación se raja las venas. Y de pronto estoy ahogándome en un mar rojo. Y no hago lo predecible y me despierto cuando empiezo a ahogarme. Sigo ahogándome durante una eternidad, lo que es injusto a todas luces, pues no fue elección mía cometer el crimen por el que él me odiaba.

En ningún momento escogí. Sencillamente, yo era lo que era.

Lo que sigo siendo.

—¿Otra vez has tenido una pesadilla? —pregunta mamá.

Asiento con la cabeza.

Como el desayuno, hablo con los médicos sobre cómo me encuentro («hecho polvo») y leo la sucesión de mensajes de disculpa que Brendan me ha enviado por el móvil. No le respondo. Un par de horas después, Evangeline anuncia que tengo visita. Son Thomas y Genevieve, que han venido juntos.

Otros dos mundos que no quiero ver en colisión.

Mi madre les invita a entrar y nos deja a solas.

Tendría que alegrarme de verlos, y ellos tendrían que alegrarse de verme con vida, pero nadie sonrío.

—Te he visto mejor —comenta Thomas finalmente. Tiene unas bolsas oscuras bajo los ojos. Tampoco tiene muy buen aspecto que digamos. Si lo conociera ahora por primera vez diría que tiene veintidós años en lugar de diecisiete—. Oye, de gais, nada ¿eh? —añade, sin mirarme en absoluto—. Lo siento. Esto no ha tenido gracia.

—No pasa nada —digo. Un nuevo silencio, tan solo roto por el golpear de los nudillos de Genevieve contra el cabezal de la cama—. Gracias por la visita.

—Gracias por haberte despertado —responde Thomas, quien insiste en no mirarme. Pero por lo menos ha venido. No sé si Collin se ha enterado, y tampoco sé si le importa una mierda en caso afirmativo. Ojalá a mí él también me importara una mierda, por mucho que la persona que de verdad me importa esté justo delante de mí. No sé si todo esto tiene algún sentido. Esta situación es peor que imposible.

—La policía ha detenido al Orate —indica Genevieve—. La madre del Niño Freddy le ha dicho a Elsie que van a encerrarlo en un reformatorio de las afueras.

—Bien hecho.

Thomas descarga un puñetazo contra la palma de su mano.

—Estuve buscando a Brendan después de que lo soltaran del calabozo, para darle su merecido y pegarle una buena paliza, como me enseñaste a hacer. Pero no lo he visto. Creo que todos andan medio escondidos.

Lo dudo.

—No te preocupes —apunto, con la esperanza de ajustarle las cuentas a Brendan un día de estos, y en persona.

De nuevo se hace el silencio. Supongo que antes han estado charlando, y espero que no hayan hablado de mí; pero también lo espero, de alguna manera. Aunque si no han estado hablando de mí, no tiene sentido, porque es así como se han conocido, a través de mí, y sin mí no tienen nada que decirse. Pero si efectivamente han hablado de mí, espero que Genevieve no le haya contado lo que me ha llevado a estar ingresado en el Instituto Leteo, todo cuanto olvidé confesarle a Thomas en persona. Son mis historias, no las de Gen. Y

espero que Thomas no le haya contado que una vez lo besé y que él no me devolvió el beso.

—¿Te importaría salir un minuto, Genevieve?

Me mira como si le hubiera estampado un puñetazo en plena cara y, ya en el suelo, la hubiera molido a patadas.

—Estaré en el pasillo —dice a Thomas, que no a mí... y a continuación le suelta un puñetazo en el brazo.

Otra vez me siento mareado. La puerta se cierra con estrépito detrás de Gen; me zumban los oídos.

Thomas se pasea arriba y abajo, lo que hace que me duela el cuello, pues no dejo de mirarle.

—Y bien, ¿qué me cuentas? —le pregunto.

—He estado pensando en los altibajos del corazón. Es de locos... — responde. Tengo una premonición horrorosa.

Espero que no esté hablando de Genevieve—. He estado considerando el gráfico de mi vida, y el otro día oí un programa de radio en el que hablaban de la adicción al amor.

Estamos hablando de un fenómeno muy serio. De las personas que están enamoradas del amor. Creo que soy un adicto al amor. Eso explica por qué siempre corto con una chica cuando la fase de luna de miel ha quedado atrás. Por eso hago borrón y cuenta nueva y empiezo a buscar a otra persona. Es un ciclo cruel, larguirucho.

—¿Has estado pensando estas cosas mientras me encontraba aquí encerrado?

Silencio. Tan solo se oyen los débiles bip-bip del monitor cardíaco.

—No sé qué es lo que quieres que te diga —contesta finalmente—. Bueno, sí que lo sé, pero eso no puedo decírtelo, lo siento. Ni siquiera estoy completamente seguro de con quién estoy hablando en este momento.

—El larguirucho con quien estás hablando es el chaval que no quería sentirse atraído por los chicos, hasta tal punto que hizo lo posible por cambiar esa parte de su personalidad.

—Hablemos claramente. ¿Los del Leteo han conseguido hacerte olvidar que eras gay?

—Sí. Pensaba que antes te lo había contado todo —eso me decía, por lo menos—, pero no tienes idea de lo que últimamente he tenido que aguantar.

Thomas se sienta, cabizbajo.

—Y entonces, ¿ahora quién eres?

—No lo sé. Vengo a ser dos personas que quieren cosas muy distintas. Pero, incluso con toda esta confusión, sigo estando bastante seguro de quién eres tú... y me muero cuando pienso en lo que no eres.

Hace amago de mirarme, pero vuelve a agachar la cabeza.

—No sé qué hacer. No sé si tengo que disculparme por algo o volver a los bloques de apartamentos de tu complejo a pegarme con todos esos chavales... No sé si haría mejor en quedarme aquí y tratar de adivinar quién eres o si, de hecho, no te conviene que me encuentre a tu lado. No lo sé. ¿Qué es lo que quieres?

—Te quiero a ti —confieso, y lo digo de verdad, porque le quiero del mismo modo que quise a Genevieve cuando era heterosexual, y de la misma forma que quise a Collin hace unos meses. Con la salvedad de que le quiero (no, le necesito) más que a todos los demás—. Y si no estás preparado para aceptarlo, creo que me vendrá bien estar solo un tiempo y olvidarme de estos sentimientos.

—Muy bien. —Se levanta y entrechoca el puño contra mi mano inerte. Me mira (por fin), y comprendo que lo estoy castigando, y que también me castigo a mí mismo—. Para que lo sepas, no estuve diagnosticándome mientras tú estabas aquí noqueado. Lo que hice fue tratar de distraerme un poco porque me estaba volviendo loco al pensar que nunca volverías a estar consciente y a encontrarte bien. Te echaba de menos, y espero que no te moleste que te lo diga.

Se marcha, y de repente me siento el mayor imbécil del universo.



UN CALLEJÓN SIN SALIDA

Genevieve entra, se sienta en la cama y me coge de la mano, como si no hubiéramos roto la última vez que nos vimos.

Pregunta cómo me encuentro. Respondo que bien, cuando en realidad me estoy resistiendo a la idea de que Thomas acaba de salir de mi vida. En todo caso, me parece excesivo contárselo.

—¿Te gustan estas paredes azules? —apunta—. Se me ocurrió decirles que seguramente te iría bien despertar en una habitación pintada de un color relajante.

Típico por su parte. Levanto los brazos que tanto me duelen, y me abraza, apretando su rostro contra el mío.

—¿Recuerdas la vez que te dije que me gustaban los chicos pero que íbamos a vivir juntos y felices para siempre? ¿Y recuerdas la vez que tan mal me porté contigo y te utilicé sin miramientos? Genevieve se incorpora y me hace callar.

—Déjalo, por favor. Te sentías confuso y tenías todas las razones del mundo para estar nervioso. El hecho de que estés aquí lo demuestra. —Baja la cabeza—. Por mi parte, tendría que haberme alejado de ti. Porque sabía que tan solo eras mío porque los del Instituto Leteo habían estado manipulando tu cabeza. Seguí a tu lado, y me equivoqué.

—Siento que rompiéramos.

Se le escapa una lágrima.

—No estás hecho para quererme, Aaron. Lo nuestro era un callejón sin salida, en el que estuve dándome de cabezazos una y otra vez.

Y nos estrellamos por mi culpa.

—Voy a hacerte una pregunta... ¿puedes responderme con sinceridad? No le has dicho a Thomas por qué me sometí al tratamiento, ¿verdad?

—Pensaba que lo más probable era que se lo hubieras dicho tú mismo. Incluso se me ocurrió que el resurgimiento de tus recuerdos tuvo lugar cuando me encontraba en Nueva Orleans, pues cuando volví estábais muy unidos. Pero después comprendí que Thomas no sabía nada. Nunca se me ocurriría contar tus secretos, Aaron. Incluso los secretos que sé que me escondes.

No tan solo la utilicé; nunca llegué a merecérmele en primera instancia.

—Y bueno, ¿no me odias?

—Claro que no te odio, pero como amiga tuya que soy tengo que sincerarme contigo sobre otra cosa. Me refiero a Thomas. —Hace una pausa, y los bip-bips del monitor cardíaco resuenan con mayor fuerza unos segundos—. Me preocupa que puedas estar esperándolo de la misma manera en que yo estuve

esperándote a ti. Creo que cuanto antes comprendas que Thomas no puede amarte, mejor para ti.

—Un momento. ¿Crees que le gustas, o algo por el estilo?

—¡Ya te he dicho que no! ¿Por qué tienes que repetirme y volver con lo mismo? —Ladea la cabeza y me mira de forma extraña—. ¿Estás seguro de que te encuentras bien? —Acerca la mano y me agarra por el hombro; me vienen súbitos recuerdos de las veces que Thomas se rozó conmigo por detrás, de las muchas ocasiones en que Collin y yo chocábamos a propósito—. Aaron, ¿quieres que llame a Evangeline o a alguien más? —Se le llenan los ojos de lágrimas.

—No, estoy bien. Se me ha ido la mente un momento — explico, respirando con cierta dificultad—. Mira, Thomas no es hetero, créeme. Lo conozco bien.

—Nadie conoce a Thomas de verdad —contesta Genevieve.

Sé que no está siendo arrogante, pero no me gusta que hable con tanta certeza de alguien a quien nadie conoce tanto como yo.

—Gen, eres tú quien se enamora de chicos que luego no te corresponden, no yo.

—¡Por favor! —Se levanta, y juraría que está a punto de pegarme un puñetazo—. Para que lo sepas, antes te has disculpado por algo que no hacía falta, Aaron. Entendía por qué estabas saliendo conmigo, y dejé que sucediera, aunque no hubiera tenido que hacerlo. Pero eso no justifica que estuvieras viéndote con ese pelagatos de Collin a mis espaldas.

Hiciste que me sintiera una estúpida. Y no vas a conseguir ignorar el pasado sencillamente porque no te gusta.

Tengo la respiración entrecortada. Me sulfuro.

—Tienes razón. Siento no ser heterosexual. Siento haber querido estar con alguien que me inspiraba emociones de verdad. Siento haber tenido que esconderme para que los desconocidos no me molieran a palos. Siento que mi padre se matara por mi culpa. Y siento que mi pasado sea tan horrible que no me dejara vivir en paz. Pero olvidemos el pasado, ¿entendido? Olvidémonos de nuestro pasado en común.

Genevieve ni llora, ni me enseña el dedo medio, ni me suelta un puñetazo. Simplemente se vuelve y se dirige a la puerta. El brazo le tiembla cuando lo lleva hacia el pomo.

Contempla las paredes azules que en su momento pidió para mí y dice:

—Olvidas que estuve llorando a tu lado cuando te pasaron todas esas cosas tan malas.

Intuyo que me quiere decir algo más, pero encuentra la fuerza para hacer

girar el pomo y se va. Una vez que la puerta se ha cerrado, me asalta el temor de que quizá nunca voy a volver a verla.



CAMBIADME, POR FAVOR

Me dispongo a someterme a una sesión de terapia con Evangeline. Ha pasado cierto tiempo.

La primera vez que estuve en esta consulta no me parecía del todo posible que pudieran intervenirme para alterar tus recuerdos. Incluso después de hablar con Evangeline por primera vez, estaba convencido de que no iban a autorizar mi tratamiento, porque yo era un chaval que ni siquiera sabía bien qué era lo que tenía que pedirle al Instituto Leteo. Eso sí, sabía que quería olvidar la imagen de mi padre en la bañera.

Pero cuanto más hablaba con ella, más me daba cuenta de que mis problemas tenían un origen mucho más profundo.

Todo era un poco parecido a ese pasatiempo de los periódicos, el que consiste en unir los puntos, hasta que apareciese un chico que se hiciera cargo de todos los imposibles que tenía por delante.

Han transcurrido unos meses, y otra vez estoy sentado en este despacho de blancas paredes, con un escritorio en el que reposa una tableta electrónica a la última, decorado con unos títulos enmarcados que nunca me he molestado en leer con atención, mientras la arquitecta de mi proyecto de futuro espera que le explique por qué necesito someterme al procedimiento otra vez.

Está claro que Evangeline fue una muy buena actriz. En ningún momento sospeché que era una especialista del Leteo. Los únicos que lo sabían eran mi madre, Eric y Genevieve. Brendan y los demás del complejo no recordaban que de pequeño hubiera tenido una niñera, pero nunca hicieron comentario alguno, excepto el Día de la Familia.

¿Quién iba a sospechar que habían estado manipulando mi memoria y que estaban vigilándome de cerca? Ahora caigo que no fue casual que mamá me enviara a la oficina de correos cuando Evangeline se encontraba en ella. Y que Evangeline me acompañara al Instituto Leteo y fuera a hablar con aquella mujer que supuestamente trabajaba en la facultad de filosofía de la Universidad de Hunter; seguramente se trataba de una colega profesional o de una paciente.

Incluso me acuerdo de aquella tal Hannah, la que estaba en el mostrador de información. Esperemos que en esta nueva ocasión no termine por ser tan memorioso.

Evangeline hace lo posible por reconfortarme con un poco de cháchara insustancial. Sin duda para calibrar mi verdadero estado de ánimo. Voy al grano y digo: —Estoy sintiendo cien cosas a la vez. Me siento traicionado.

Decepcionado. Culpable. Desesperado. ¿Sigo?

—Tan solo has mencionado cuatro. Dime cuáles son las otras noventa y

seis.

—Me siento arrepentido. Enamorado. Cabreado. Apenado.

Pero hay muchas más, y hablo en serio.

—Te creo, guapetón.

Hago crujir los nudillos, uno después del otro. Tiro de la manga de la camisa y agrego:

—Podéis hacer que me sienta mejor.

Niega con la cabeza.

—No me corresponde poner en marcha otro tratamiento.

Pero hablemos de lo sucedido en los últimos meses. Te dimos ocasión de atisbar cómo sería tu vida si eras heterosexual. Y lo que pasó fue que tu verdadera naturaleza se rebeló, hasta decir basta. No estoy autorizada a darte detalles precisos, pero sí voy a decirte que muchos otros pacientes que han pasado por un tratamiento similar después se han quedado tal y como los dejamos. ¿Te parece que tu verdadero problema es la homosexualidad?

Sé la respuesta, pero guardo silencio.

Necesito que el ruido en mi cabeza vuelva a ser estruendoso, para ensordecir todos los recuerdos asociados al rechazo y la aflicción amorosa. Hay muchas cosas que no han cambiado en absoluto, por culpa de la pifia de los del Instituto Leteo, ¿y esta mujer quiere que le diga que antes me sentía muy feliz, para tranquilizarse? No. No, eso no voy a hacerlo. Porque no, no era feliz. Sí, claro, pensaba que lo era, pero la felicidad la encontré en una persona que no era la indicada, así que no cuenta. No cuenta en el caso de Collin, no cuenta en el caso de Genevieve, y no cuenta en el caso de Thomas.

—No voy a salir con vida de esta —indico—. La primera vez que vine a verlos, todos se hicieron cargo de lo difícil que era mi vida. Pero ahora me resulta todavía más difícil. ¿Tanto les cuesta comprenderlo?

—Guapetón, acabo de decirte que yo no soy quien decide en este caso. Estoy de acuerdo en que los recuerdos que te acompañan son dolorosos, y más para una persona de tu edad y con tu historial... —Sus ojos se posan en mi sonriente cicatriz—. El día que vinimos juntos a este lugar, Hannah te concertó una cita para el doce de agosto. Era para una simple consulta, pero si tu madre ahora da su consentimiento, nos ocuparemos de ti... —Se extiende sobre la circunstancia de que en su momento no consiguiera convencerme de que no era aconsejable que me hicieran la intervención, pero no estoy escuchando.

El doce de agosto. Dos días antes de mi cumpleaños.

Voy a tratar de llegar con vida a ese día.



5

VOLVIENDO ATRÁS EN EL TIEMPO

Tengo que verle.

A estas alturas, todos mis recuerdos están distorsionados.

Hago lo posible por apartar de mi mente el suicidio de mi padre, en la medida de lo posible, pues ya estoy sufriendo bastante con todo lo demás.

Quiero volver atrás en el tiempo, a los días en que nadie me había tirado contra una puerta de cristal; a los días en que él y yo corríamos juntos por el parque sin dejar de reír; a los días en que había cierta posibilidad de ser felices a pesar de nuestras circunstancias.

El instinto me dice que estoy haciendo mal, pero echo 317 mano al teléfono y marco su número como si nunca lo hubiera olvidado. Pulso la tecla de «llamar», y no espero que vaya a contestarme.

—Así que ya estás bien —contesta.

—He estado mejor, Collin.



UNA VEZ MÁS

Estoy olvidándome de Thomas y de Genevieve sin ayuda del Instituto Leteo.

La conversación con Collin ha estado facilitando mi recuperación durante los tres últimos días, y bastante.

Hablamos por teléfono, sin dejarnos llevar por nostalgias ni tonterías. Hacemos lo posible por hablar con tranquilidad, como si nunca hubiéramos sido gais, o esa impresión tengo.

Charlamos sobre cosas sin importancia, como las películas que hemos visto —Collin también encontró malísima *La persecución final*— o la necesidad que tengo de volver a enfrascarme en *Alternativas oscuras*, pues el último número está a punto de aparecer, y la historia es cada vez más enrevesada y sorprendente. El tabú más importante es su novia embarazada; no la menciona ni una sola vez.

Hoy van a darme de alta del Leteo, finalmente. Evangeline considera que haría bien en quedarme un par de días más, para que me hagan unas cuantas pruebas, pero prefiero colgarme con el tubo de la intravenosa a seguir una hora más en esta habitación (no lo digo en serio). Prometo contactar con ella si me entran mareos persistentes o tengo vómitos, o si me concentro menos que un pez dorado metido en una pecera.

Mientras volvemos a casa, tan solo hablo con mi madre para preguntarle si Mohad tiene previsto despedirme después de haber estado de baja tantos días. Ha hablado con él, y resulta que no es el caso. Una cosa que sale bien.

Estoy un poco nervioso cuando llegamos a nuestro edificio.

Que Brendan, Dave el Flacucho y Nolan no vuelvan a acercárseme; más les vale. Mamá se agarra a mi brazo, con fuerza, y me doy cuenta de que también está inquieta. Veo al Niño Freddy y a Dave el Gordinflón, quienes están tirándose una pelota junto a los cubos de la basura. El Niño Freddy me ve a su vez, deja caer la bola y viene corriendo.

—¡No! —grita mamá, protegiéndome con su cuerpo—. Ni te acerques a mi hijo... ¡o juro que haré que te encarcelen!

El Niño Freddy se detiene en seco. Nos mira incómodo.

—Solo quería ver si estaba bien. Siento mucho lo que te hicieron, Aaron. Eso estuvo muy mal.

Y se marcha, antes de que mi madre pueda volver a amenazarlo.

Respiro muy hondo al llegar a la entrada del vestíbulo de nuestro edificio. De niño solía correr por estas puertas cuando jugábamos a tocar y a parar, y a la *Caza del Hombre* durante la adolescencia. Siempre me apresuraba a abrírse las a

los vecinos, quienes después elogiaban mi buena educación al hablar con mi madre. Las puertas ahora ya no tienen cristales, y tan solo hay una niña pequeña entretenida en saltar a uno y otro lado del marco de madera, como si en este lugar no hubieran estado a punto de matar a una persona.

Lo siguiente que pasa es que estoy subiendo en el ascensor con mamá.

Una vez que se desploma en su propia cama por primera vez en toda la semana, me cambio de ropa y salgo con sigilo para encontrarme con Collin.

b b c c

En un dos por tres me planto en Java Jack's, una cafetería más bien cutre que hay en la calle 142. Me siento en el reservado situado junto a la ventana, el que Collin y yo siempre ocupábamos cuando veníamos juntos a este local; el reservado es idóneo para contemplar a los que pasan por la acera y reírse un poco de ellos. A Collin no le gustaba nada el café, pero algo me dice que ahora considera que beber café es cosa de hombres, o algo por el estilo. Lo que es más bien estúpido, pero tengo claro que está luchando con este lado de su personalidad con más empeño del que yo puse en mis dos vidas, así que tampoco voy a echárselo en cara. Tampoco voy a entrar en lo que se dio entre nosotros, pues no quiero que alguien se entere por casualidad.

Hago una seña al camarero.

—¿Podría traerme otro café?

—En un momento —responde.

La puerta se abre, y me pongo en pie de un salto. No es Collin. El recién llegado es un tipo con ropas holgadas y de cabello largo como los surfistas. Si tuviera el poder de cambiar su aspecto, no sé si chasquearía los dedos para que de pronto llevara puesta una camiseta de baloncesto, fuera más alto y luciera los dorados rizos de Collin. O lo convertiría en Thomas y observaría su tez volviéndose un punto más oscura que el flojo café que aquí sirven, al tiempo que sus cejas normales y corrientes se convertirían en esas cejas más espesas que no tenía ningún sentido que le tocara hasta que le besé.

No lo sé.

Chasquido, chasquido.

Unos dedos chasquean a corta distancia de mi nariz.

—¿Estás bien? —Collin se sienta frente a mí, como si nos hubiéramos estado viendo todos los días—. La verdad es que no tienes muy buen aspecto.

Mi ojo hinchado está menos hinchado, pero sigue teniendo una pinta horrorosa, y la gente no puede evitar mirarlo cuando voy andando por la calle.

—Sí. Porque me tropecé con un montón de puños. ¿Cómo te has enterado?

—Genevieve se lo dijo a una amiga, y esta se lo contó a Nicole —responde—. ¿Qué hay de nuevo?

Coge la carta, como si no fuera a pedir lo de siempre — tortilla y croquetas de patata—, y reconozco que la suya es una buena táctica: centrarse en lo nuevo, y en el futuro, en lugar de en lo que le ha traído a esta cafetería.

—Oiga, jefe —llama al camarero— ¿puede traerme un café?

—¡Que sean dos!

—¿Por qué quieres dos? —pregunta Collin.

—Porque ya me he bebido el mío.

Señala la taza que todavía tengo en la mesa; está humeante.

Sé que me la he bebido, y así lo confirman las ganas de orinar que tengo de pronto. Es posible que el camarero me haya vuelto a servir de la cafetera mientras estaba perdido en mis pensamientos.

El camarero también parece confundido. Y un poco molesto mientras se acerca con dos tazas humeantes.

—Pero ¿qué...? Aún no se ha terminado la segunda taza.

—Eh, no... Perdona.

—Pues qué bien. Voy a preparar un montón más, por si le apetece seguir desperdiciando café.

Collin se sirve azúcar y le dice:

—Haga el favor de no ser un capullo, capullo.

El camarero rezonga entre dientes y se larga. Collin siempre se metía con los camareros desagradables que no iban a conservar el empleo en el Jack's Java más allá de un mes. Nos lo tomábamos a broma, y yo después dibujaba algo insultante en la nota, para divertir a mi amigo. Volver a ser esa persona fría y desapegada no me vendría nada mal ahora.

—Y bueno, ¿qué hay de nuevo? —repite Collin.

—Nada especial, como no sea que me tiraron contra una puerta de cristal y la atravesé.

Collin fija la vista en el café.

—¿Dónde estaba Genevieve cuando pasaron todas estas cosas?

—Acabábamos de cortar... —Clavo los ojos en él cuando levanta la mirada

—. ¿Qué tal te va con Nicole? ¿Cómo va el embarazo?

Collin se lleva la mano a la boca; por su mentón resbala un poco de café.

—Eh, ya está de seis meses.

—¿Niño o niña?

Se toma un segundo para responder:

—Niño.

Ahora sería el momento indicado para tener una flamante bola de cristal y adivinar si Collin va a ser un buen padre o no.

No solo me refiero a si sacará a su niño a jugar al parque y cuidará de él cuando se ponga malito, sino si también le permitirá escuchar a cantantes femeninas y le dejará salir con un chico, si eso es lo que le hace feliz.

—Felicidades —digo.

—Sé que no lo dices de corazón.

—No, me parece fantástico —miento.

—Siento lo tuyo y Genevieve.

—Sé que no lo dices de corazón —remedo con una sonrisa sarcástica.

Y a continuación nos miramos, del mismo modo que hacíamos en el instituto cuando nos cruzábamos por un pasillo.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Pidamos la cuenta —convengo.

—Y que el camarero traiga el bolígrafo —agrega.

b b c c

Vamos al Manicomio de los Cómics, riendo mientras nos tiramos el boli del camarero, de forma histriónica, cual dos gladiadores que blandieran sendas lanzas. El año pasado, después de que empezáramos a salir juntos solíamos ir a la tienda de cómics cada vez que en la calle hacía demasiado frío para hacer otras cosas. Todo me daba igual, mientras nos sintiéramos a gusto. Pasábamos horas seguidas sentados en los pasillos, tan cerca el uno del otro como fuera posible, mirando todo aquello que nos apetecía leer pero que de seguro no íbamos a comprar. Amigos, por entonces pasaba tanto tiempo en el Manicomio de los Cómics que Genevieve empezó a llevarme a la tienda cuando hacíamos Intercambio de Planes. De hecho, a Gen se le ocurrió lo del Intercambio de Planes porque las cosas entre nosotros no iban del todo bien... y por culpa de Collin a la vez.

Collin siempre me sorprendía cuando me venía con algo que nada tenía que ver con los cómics o los libros del género fantástico. Una tarde en la que pensaba que íbamos a marcharnos de la tienda, de pronto me agarró e hizo que me sentara en el suelo a su lado. Me puse nervioso y a la vez ansiaba que me besara, pero lo que hizo fue explicarme que ya estaba harto de preocuparse por lo que los demás pudieran pensar de su vida. Esa idea suya duró menos que un basilisco oscuro que fuera a enfrentarse a una fénix del sol negro, pero en aquel momento quise creérmelo y me alegré. Y después le perdí, junto con su conversación y sus caricias, y me fue imposible llenar aquel vacío. Y olvidar que había existido aquel vacío resultó ser lo mejor, por muy triste que resultara.

Pero ahora lo tengo otra vez a mi lado, pienso.

Stan está junto a la puerta, donde tiene problemas para instalar una máquina expendedora de goma de mascar con la efigie del Capitán America. Nos mira y sonrío.

—¿Vosotros dos ya no estáis peleados?

Collin me mira de modo curioso, como la vez que me adelanté a sus propias palabras y solté la frase final del chiste malo que no recordaba haberme contado un par de días antes. Había estado escuchándole con atención, en muestra de que

sus palabras me importaban; y prometí que siempre me importarían.

—Entre nosotros no hay problema —responde a Stan.

Me lleva a la sección de novelas gráficas.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Vine a la tienda solo unas cuantas veces, y Stan cada vez decía lo mismo: «Vaya, por aquí viene Batman... ¿y dónde está Robin?»

—Y una mierda. Si alguien tiene que ser Batman, ese soy yo.

Suelta una risita y explica:

—Las primeras veces te disculpé, dije que estabas resfriado o trabajando, pero con el tiempo me dije que seguramente no íbamos a volver a hablar. Lo que me fastidiaba, y mucho, pero era lógico después de que te hubiera dejado tirado.

—Resigue con el dedo los lomos de las novelas gráficas y añade—: Tengo que preguntarte una cosa.

—Dispara.

—La vez que me viste aquí y te mostraste tan simpático y tan falso conmigo, ¿lo hiciste para impresionar al chico que iba contigo? ¿Era tu novio?

Me he olvidado por completo, pues no me acuerdo bien de mi relación con Collin. Dos mundos, situados a tres metros el uno del otro, y Collin, era el único de los dos que sabía lo que estaba pasando, el único al que le había afectado eso.

—Nunca llegó a ser mi novio, y tú en ese momento me importabas muy poco. Me hicieron una intervención en el Instituto Leteo, para que me olvidara del tiempo que tú y yo estuvimos juntos.

—Sí, claro.

No me cree. ¿Por qué iba a creerme? Pero ya se lo he dicho.

Nos sentamos con la espalda apoyada en una de las estanterías, y nuestros codos se rozan. Estamos leyendo juntos una novela gráfica sobre unos zombis que invaden un vertedero en el que hay muchos guardias apostados y donde terminan por encontrar la cabeza cercenada de su amo y señor. No estamos muy seguros de lo que los zombis se proponen hacer con la cabeza, si es que consiguen llevársela de allí, pero terminamos por perder el interés.

—¿Recuerdas nuestro escondite tras el vallado? —pregunta Collin a bote pronto.

No lo dice con intención de que nos pongamos a jugar a «¿recuerdas cuando...?»

—Ha pasado bastante tiempo —apunto.

—¿Quieres ir?

Cierro la novela gráfica. Nos despedimos de Stan, y me pregunto si se ha dado cuenta de lo que hay entre Collin y yo.

Mientras no nos delate, a mí me da lo mismo.

Vamos a nuestro escondite enclavado entre la carnicería y la floristería. Cojo a Collin por detrás encaminándonos hacia el vallado, pero él se zafa, y a mí me da igual, por mucho que no haya homófobos violentos en la costa. El olor a vaca muerta esta noche es bastante más fuerte que el de las flores. Alguien ha pegado un cartel que anuncia: REUNIÓN DE SERVICIOS COMUNITARIOS

EL VIERNES 16 DE AGOSTO. A saber qué querrán decir con eso. Pero es fantástico que nuestras pintadas sigan en la pared.

Reptamos por el boquete en el vallado, hasta llegar al otro lado, allí donde está nuestra historia viviente, el recuerdo de la primera vez, de la segunda, de la tercera... ya me entendéis. Collin escudriña en derredor, por si hay algún vagabundo o, acaso, un pájaro equipado con una cámara fotográfica; se planta ante mí y me desabrocha el cinturón.

Está tan oscuro que alguien podría asesinarnos sin correr el riesgo de que le descubrieran, y mejor así (me refiero a la oscuridad, no a la posibilidad de que nos asesinen). Le agarro y le beso con fuerza, y tengo claro que cuando besa a Nicole piensa que está besando a algún chico —a mí, incluso—, y mientras le beso pienso que estoy besando a otro... De lo más triste.

Me pasa un condón, y rasgo el envoltorio con los dientes.



VERDADES Y DESENGAÑOS

Tan solo ha pasado un día, y necesito ver a Collin desesperadamente, o voy a volverme loco. Sé que tiene dos empleos —uno de ayudante de camarero en un restaurante italiano y otro de reponedor en un pequeño supermercado—, y que no duerme demasiadas horas. Pero le necesito con urgencia, a la vez que es urgente que me aleje de él. En mi interior anida una imposible mezcla de esperanza y de fealdad.

Collin tiene un par de horas libres antes del trabajo, y a las dos se encuentra conmigo en la pista de atletismo en la que una vez estuve mirando los trenes pasar en compañía de Thomas. Miro a mi alrededor, para ver si está tumbado en el césped o sentado en una grada, pensando que él sí que puede ser el arquitecto de su propia existencia, pero Thomas no se encuentra aquí. No pasa nada, no pasa nada; tengo a Collin, mi primera etapa en el camino a la felicidad sincera. Le explico que he escogido este lugar para correr un poco con él, a fin de que esté en buena forma física cuando vuelvan a seleccionar a los jugadores para el equipo de baloncesto.

Cuando echamos a correr, muy pronto se queda atrás, lo que también me recuerda a Thomas. Pero, tanto si se trata de una carrera, de un empleo o de un sueño, Collin no es de los que tiran la toalla. Sigue corriendo hasta el final y luego se deja caer a mi lado sobre el césped.

—¿Podemos hablar?

Su pregunta me pilla desprevenido.

—¿De...?

Mira alrededor y toca mi cicatriz con la punta del índice, varias veces.

—¿Tan mal te sentías?

—Sí. —Me tumbo de espaldas y contemplo el sol hasta que los ojos me escuecen—. Me decía que la vida iba a ser demasiado larga en mi caso. Y quería acabar con eso.

—No fue por mi culpa, ¿verdad? —pregunta con rapidez.

Hago un gesto de negación, tumbado sobre el césped.

—No del todo. No soy un chavalito incapaz de superar que le hayan dado calabazas. —Pero sí que lo era. Incluso después de haber olvidado todo lo que me había conducido a esta versión 2.0 de Aaron, ansiaba someterme al procedimiento Leteo por obra del miedo y la decepción sufrida con alguien que era incapaz de quererme como yo lo quería a él. Y fui lo bastante despreciable para probar a jugar la carta del suicidio a fin de olvidar mi desengaño—. Había muchas razones. Pero el intento de seguir con vida después de que mi padre renunciara a vivir —porque soy como soy— me abrumó de una forma que no sé

si alguna vez va a tener remedio.

—Me puse furioso contigo, Aaron —dice Collin—. Nicole me contó lo que habías tratado de hacer. En ese momento estaba jugando a Vigilante Village, y me entraron ganas de tirar el mando contra la pantalla. Pero me contuve, pues no quería arruinarle la existencia a Nicole del mismo modo que arruiné lo nuestro. Siempre pensé que al final ganaríamos esta partida, incluso cuando me dije que no podía permitirme ser esa persona.

—Me dejaste.

—Me ha llevado unos meses comprender lo mucho que te echo en falta. Soy consciente de que estoy viviendo una mentira, pero lo hago por el niño, Aaron. Por mi hijo. No le resultaría fácil eso de tener un padre gay. A veces me digo que lo mejor sería desaparecer de sus vidas por completo, pero tampoco me veo convertido en un vago y un pelanas.

Me siento.

—¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Vas a dejarme otra vez?

—No puedo prometer nada —responde Collin, y sus palabras vienen a ser un eufemismo que equivale a No cuentes conmigo. Se sienta a su vez y me coge de la mano, un segundo y no más—. Pero quiero que estés vivo cuando tome mi decisión.

De forma que hay otro quizá con el que tengo que manejar, hasta Dios sabe cuándo. Quizá Collin siga viéndose conmigo o quizá volvamos a encontrarnos en otro momento de la vida. Quizá Thomas un día salga del armario para estar a mi lado. Quizá los del Instituto Leteo vayan a tener que pegarme otro repaso. De entre todos estos quizás, el más posible de todos es que Collin vaya a hacerme feliz.

b b c c

Al día siguiente volvemos a la pista de atletismo, pero esta vez nos sentamos en las gradas para releer Alternativas oscuras, a la espera de que el próximo número se publique esta semana.

Collin hojea el número cinco, y no lo he visto tan contento desde que le expliqué que mi madre acepta plenamente que yo sea gay. No hace más que trabajar, y el dinero se le va en Nicole y el niño, de tal forma que solo puede leer estos números en el supermercado, donde apenas tiene tiempo, pues los clientes no paran de hacer compras. Su sonrisa se evapora al llegar a la página veinticuatro, donde Thor se encuentra en una taberna y es sorprendido por su Equivalente Oscuro, quien lo muele a palos, hasta hacerle sangrar, y después lo da por muerto.

—El día que nos pegaron la paliza... —dice—. ¡Qué espanto! Tuve miedo de que nos mataran. Pensé que era el final, y hablo muy en serio.

—Lo mismo sentí yo cuando mis amigos me acorralaron — apunto.

—¿Cómo pudieron hacerte una cosa así?

Me lo he estado preguntando a cada minuto. Por cuestión de odio, por ignorancia, porque se sintieron traicionados...

No lo sé, pero el hecho es que se volvieron contra mí, y eso no hay quien lo olvide ni perdone. Respondo con sinceridad: —No les gustaba que fuera tan amigo de Thomas, el chico con quien me viste en el Manicomio de los Cómics. Tenían una idea equivocada de lo que estábamos haciendo. Se imaginaron que había algo entre nosotros.

—¿Entre vosotros dos hubo algo?

No voy a decirle que nos besamos.

—Thomas es hetero —contesto.

Es lo que Thomas asegura, y le tomo la palabra para protegerlo. Si el instinto no me falla, y con el tiempo sale del armario para estar conmigo, no quiero encontrarme en la situación de haber traicionado su confianza. Porque él nunca traicionó la mía.

—Pues vaya —comenta Collin—. Todo sucede por alguna razón, ¿no te parece?

Collin es la razón. El círculo se ha cerrado.

b b c c

Ayer no llegamos a vernos, pues Collin y Nicole tenían cita con el médico antes de que él se fuera a trabajar. Ahora estamos de nuevo en la pista de atletismo, por tercera vez. Nos disponemos a echar una carrera, pero veo que Thomas está sentado en la grada comiendo comida china. En compañía de Genevieve. Siento como si me hubieran propinado un golpe bajo. No puedo respirar. Nunca me he sentido tan dolido al ver a otra persona tan feliz.

Gen saca una galletita de la fortuna de su envoltorio. Espero que diga: VAS A LLEVARTE OTRO DESENGAÑO AMOROSO.

Thomas ha traído a Genevieve aquí, a uno de los pocos lugares públicos a los que acude para pensar, y detesto la idea de que pueda estar compartiendo sus ideas con ella. Hasta es posible que haya subido con ella al terrado, descamisado, para mirar una película en compañía. Si esto ha ido tan lejos, me resulta por completo imposible alegrarme por ellos, sobre todo porque Thomas está embaucándola, y ella vuelve a embaucarse a sí misma.

Echo a andar, con el propósito de largarme de aquí antes de que puedan verme, pero Collin me llama por mi nombre, y tanto Thomas como Gen levantan la mirada y me ven.

Thomas no aparta la vista de mí, pero los ojos de Genevieve lo escrutan todo. Y se queda boquiabierta al ver a Collin.

Me voy por piernas y no me detengo hasta llegar a la esquina de la siguiente manzana.

Collin me da alcance. Estoy jadeando y escupo en un cubo de la basura, con la mano puesta en las costillas doloridas.

—¿Estás bien? Tienes la cara roja como un tomate.

Me tapo la boca, para que no vea que estoy evitando vomitar.

—Genevieve estaba en las gradas con tu colega Thomas. No irá a contarle a Nicole que me ha visto contigo, ¿verdad?

—Creo que últimamente no se hablan —acierto a decir. Va a tener mucha suerte si Genevieve no se convierte en un Equivalente Oscuro y le cuenta la película a Nicole—. Creo que me voy a casa a descansar. ¿Nos vemos un día de estos?

—Todavía te gusta Thomas, ¿verdad?

No quiero mentirle, pero si digo la verdad, puedo quedarme sin Collin.

Se encoge de hombros.

—Vaya rollazo... pero, ¿qué le vamos a hacer? Nos vemos pronto, Aaron.

Se marcha. Le miro alejarse. En este momento ansío que alguien se ponga a darme puñetazos en la cara. Si me dieran al menos un buen guantazo sentiría que me lo merezco. Todo esto —las risas compartidas por Thomas y Genevieve en mi ausencia, el hecho de que a Collin se la traiga floja lo que yo piense o sienta — deja claro que el mundo entero no tendría el menor problema en olvidarse de mi existencia.

Quizá el método Leteo tan solo puede funcionar en casos como el mío. En casos de personas merecedoras del olvido.

Nadie quiere ser merecedor del olvido. Pero voy a correr ese riesgo.



ES IMPOSIBLE OLVIDARTE

Trato de no estar en el piso cuando Eric se encuentra en él.

Desde mi resurgimiento, nuestra relación es la única que no ha cambiado. El propio recuerdo de todas las veces que se burló de mí no cambia nada en absoluto; al fin y al cabo siempre nos hemos tratado a baquetazos. Eso sí, me siento un poco... más bien raro delante de él, porque aunque Eric lo sabe, el hecho es que nunca se lo conté directamente. A todo esto, el piso es pequeño, y las discusiones con mamá para que me autorice a someterme a otra intervención son constantes y a voz en grito

Me marché al Good Food's temprano para no verme con Eric cuando se levante.

Mohad se ha portado muy bien conmigo en lo referente a mis ausencias del trabajo. Y el martes le pedí que me asignara unos turnos adicionales, pues necesitaba estar fuera de casa.

Mi madre estuvo de acuerdo, dado que Mohad había prohibido la entrada a la tienda a Brendan, Dave el Flacucho y Nolan. Incluso me dijo que podía llamar a la policía si se presentaban en su ausencia.

Lo que más agradezco a Mohad es que ayer no me despidiera, después de que me despistara por completo al cobrarle la compra a un cliente. El tipo me pagó con un billete de cincuenta, y le di el cambio dos veces. Como es natural, el muy hijo de puta se quedó la pasta y se largó sin decir ni pío, pero Mohad después vio por las cámaras que yo no me había embolsado el dinero, que sencillamente estaba distraído.

Por la tarde hago el mismo rollo de siempre: cobrar, inventario, cortar sin contemplaciones a los que me preguntan por qué mis amigos me dieron una paliza, barrer, cobrar otra vez, seguir cortando a los curiosos. Mi turno está a punto de acabar, y Mohad me pide que friegue el pasillo de las bebidas. Coloco el letrero de PRECAUCIÓN: SUELO RESBALADIZO, meto la fregona en el cubo y casi alucino al ver que Thomas y Genevieve entran en la tienda. Vienen hacia mí, andando a paso lento.

Thomas tiene la cabeza gacha, como en el Instituto Leteo, cuando fue incapaz de mirarme a la cara.

Gen camina erguida, como si acabara de ganar un premio que nunca me estuvo destinado.

La cabeza me da vueltas; mi sensación de inutilidad resulta casi embriagadora.

—Hola, Aaron —saluda Genevieve—. ¿Crees que podrías hablar con nosotros un momento, después del trabajo?

—Podemos hablar aquí.

Me pongo a fregar, pero de repente me llega el aroma de la colonia de Thomas, y al momento me retiro a mi rincón de siempre.

Genevieve echa una mirada furtiva hacia el otro pasillo y dice:

—Tu madre nos ha contado lo del Instituto Leteo. ¿Cómo es que quieres hacerte esto otra vez? ¿Cómo es que quieres hacérselo a todos los que te aman?

—Nunca vas a entenderlo.

Es imposible explicar las emociones que galopan desbocadas por mi interior a una persona que nunca olvidó su propia existencia, volvió a acordarse de ella y ahora tiene que lidiar con un confuso amasijo de recuerdos. El caos me parece cada vez mayor, y me digo que nunca voy a enderezar mi vida, que jamás voy a ser normal —y no, los tiros aquí no van por donde pensáis—, que es mejor empezar de cero otra vez que seguir así de forma indefinida. Sí, claro, estoy seguro de que existe un grupo de apoyo para los pacientes del Leteo cuyos recuerdos suprimidos han terminado por resurgir. Pero, por otra parte, lo último que me hace falta es más tristeza en la vida, ponerme a escuchar las tragedias ajenas.

—Aaron, tú eres el que no lo captas —replica Gen—. El Instituto Leteo arregla algunas cosas, sí, pero destruye todo lo demás. He estado a tu lado paso a paso, tanto como he podido, y al final he llegado a mis propias conclusiones. Esta no es la felicidad que andas buscando.

Tiro la fregona al suelo. La reverberación del aro metálico provoca que Gen dé un respingo.

—No puedo alcanzar la felicidad que ando buscando. Y además, ¿por qué razón tendría que cargar con ese peso?

Lo que siento por Thomas es un ruido insistente, estridente, que resuena en mi interior como jamás me había pasado.

Podré volver a ser yo —o una especie de yo— cuando deje de oír ese ruido. Thomas da un paso en mi dirección.

—Estoy tratando de entender todo esto, larguirucho. Ese chico, Collin... El que vimos en el Manicomio de los Cómics y en la pista de atletismo. Te olvidaste de él... ¿y sin embargo seguías sabiendo quién era?

—Me olvidé de los ratos que pasamos juntos —preciso.

Thomas me mira a los ojos, y aparto la vista.

—¿Y yo qué pinto entonces? ¿Hemos vivido lo bastante juntos como para que todavía me reconozcas? ¿O es que vas a olvidarme?

—Es posible —contesto, mientras ansío encontrarme en cualquier otro lugar, incluso en casa y con Eric—. No sé bien qué criterios siguen los del Leteo a la hora de diseñar una intervención.

Thomas resopla. Levanto la vista. Tiene los ojos enrojecidos y acuosos. No le he visto llorar desde que Brendan se metió con él.

—¿Recuerdas cuando nos encontramos con la manifestación frente al instituto, en junio pasado? Estuviste de acuerdo conmigo en que todas las personas que conoces desempeñan un papel en tu vida. ¿Es que no vale nada nuestra amistad?

Al no responderle, se vuelve hacia Genevieve y le anuncia: —Me voy.

No parece estar invitándola a acompañarlo, pero Gen me mira de nuevo y termina por marcharse con él.

Gen tiene razón: yo no quiero esta clase de felicidad, pero es mejor una felicidad ciega que una felicidad en la que no se puede vivir.

b b c c

He terminado el turno, y vuelvo directamente a mi edificio sin hacer caso del Niño Freddy, que me dice que me quede con él a gritos. Entro en el vestíbulo, en el momento preciso en que mi madre se dirige al autoservicio de lavandería que hay en el sótano, empujando un carrito de la compra lleno hasta arriba de ropa sucia. Voy hacia ella y me hago cargo del carrito, que empujo hacia el ascensor.

—Genevieve y Thomas se han presentado en la tienda — digo en tono neutro.

No trata de disimular ni de justificarse.

—¿Thomas también?

Pulso el botón de llamada del ascensor.

—Sí. ¿Es que tan solo habías asignado esta misión a Gen?

—Fuera de la familia, es la persona que más te quiere — responde mamá —. Pensé que era lo mejor que podía hacer.

—Lo que dice es posible, pero parece que Gen consideró que ir con el chico al que quiero, el que quiero para ser feliz, sería lo mejor. Esta chica es lo que no hay—. Estoy cansada de toda esta lucha, Aaron. Sé que como madre tengo la responsabilidad de proporcionarte la vida que quieres, y más aún cuando ni conseguí que tuvieras un cuarto propio ni un padre sin graves problemas mentales, pero no quiero perder a mi hijo.

Llega el ascensor, pero no entramos.

—No creo ser tan distinto a él.

—Sí que lo eres, hijo mío, sí que lo eres. Tú eres considerado y bueno, demasiado bueno si pensamos en todo lo que te ha pasado últimamente. Si estás completamente seguro, si ahora mismo me prometes que me perdonarás por haber firmado mi consentimiento para una nueva intervención, lo hago ahora mismo.

Me abrazo a ella, y una y otra vez repito que esto es lo que quiero, lo que necesito, que nunca voy a tener que perdonarle nada.

—Un momento —dice. Siempre hay un pero—. Voy a dar mi consentimiento, pero con una condición. Quiero que el sábado vayas a visitar a Kyle y sus padres.

Iré a ver a Kyle. Con eso, me basta y me sobra.



KYLE LAKE, EL HIJO ÚNICO

Cuando eran pequeños, Kyle y Kenneth —unos gemelos hasta tal punto idénticos que ni siquiera yo conseguía distinguir al uno del otro— se inventaron un juego llamado la Hora Feliz.

No sabían qué significaba eso de «hora feliz» en la vida real, pero la expresión les sonaba por habérsela oído a los adultos.

Al volver de la escuela, cuando sus padres les pedían que se sentaran a hacer los deberes, los dos al momento gritaban: —¡Es la Hora Feliz!

Sus padres entonces les dejaban una hora libre para que jugaran, descansaran o lo que fuera. Y luego tenían que hacer los deberes o ayudar en las labores de la casa. Con el paso de los años, la Hora Feliz cambió de naturaleza y se convirtió en una hora terapéutica en la que, sin prejuicios, discutían y se echaban los trastos a la cabeza el uno al otro.

No sé con quién discutiré Kyle hoy en día.

Ha sido necesario hacer muchas gestiones, y Evangeline ha ayudado a mamá en este sentido. Mamá ha tenido que firmar una solicitud y un acuerdo de confidencialidad, y varios papelotes más, comprometiéndose a no revelar la nueva dirección de la familia Lake a otra persona que no fuera yo.

No estoy seguro de si el código penal establece algo al respecto, pero mi madre verdaderamente les haría una jugada si se fuera de la lengua y enviase a medio barrio a su piso de la calle 174, situado junto a la parada de tren de Simpson Avenue. Me digo que, después de los costes del tratamiento de Kyle, el presupuesto de los Lake para cubrir la vivienda no debía de ser muy elevado; de lo contrario habrían huido a la otra punta de Queens, y no a tan solo treinta manzanas de distancia de donde habían empezado.

Llego al edificio de pisos en el que viven. Al lado hay una tienda de alquiler de vídeos, cuya puerta luce un rótulo con la frase: CERRAMOS PRONTO. Estoy nervioso. Llamo al interfono.

—¿Quién es? —pregunta la señora Lake.

—Aaron.

Me abren sin decir palabra. Voy directamente al apartamento 1E y llamo a la puerta con los nudillos, dos veces.

La señora y el señor Lake —ya no me acuerdo de sus nombres de pila— se quedan boquiabiertos al abrirme la puerta; por las heridas de la cara, sin duda. Me sorprende que esté tan contento de verlos, teniendo en cuenta que últimamente no he pensado mucho en ellos. Pero ahora estoy acordándome de las veces que me quedé a dormir con ellos, y que la señora Lake se quedaba a jugar con nosotros a los videojuegos, y de las veces que el señor Lake solía

acompañarnos en las visitas escolares al zoológico del Bronx, y nos colaba golosinas pasándoselo todo por el forro. Me abrazo a los dos a la vez.

Me invitan a pasar. Me duele ver un piso tan diferente al que ocuparon mis amigos de pequeños: las paredes son de color beis, en lugar de color teja; en las ventanas hay barrotes, como en una cárcel; el televisor de la sala de estar es descomunal, y no sé qué habrá sido de la pantalla plana que el señor Lake ganó en una rifa el año pasado. Veo que siguen conservando las consolas de juego, pero los recuerdos y los juegos de fútbol de Kenneth no están a la vista. Tampoco veo el reloj de pared en forma de gato que Kyle regaló a Kenneth cuando cumplió los diez años y que decoraba la salita del piso anterior. Es como si Kenneth nunca hubiera existido.

—¿Te apetece un té helado? —ofrece el señor Lake.

—Un poco de agua, por favor.

El té helado me trae otro recuerdo: el de las mañanas de los sábados transcurridas en el antiguo piso. Los cereales nos los servíamos en tazones con té helado, pues a ninguno nos gustaba la leche.

La señora Lake me trae el agua; y los dos se sientan frente a mí.

—¿Cómo se encuentran? —pregunto.

—¿Quieres saber la verdad? —dice el señor Lake.

Asiento con la cabeza, sabedor de que voy a arrepentirme.

—Sufrimos siempre, cada día —interviene la señora Lake—.

No hay forma de olvidar. Vemos a Kyle, y casi esperamos que su hermano mayor Kenneth aparezca a sus espaldas. Hay mañanas en las que tengo que contenerme para no decirle a Kyle que despierte a su hermano. Han pasado diez meses y estamos viviendo en otro sitio, pero da lo mismo. Nunca voy a asumir que he perdido a uno de mis hijos.

El señor Lake guarda silencio. Antes siempre hacía bromas sobre Kyle, de quien decía que no era una persona de verdad, sino una versión en un universo alternativo de un Kenneth defectuoso.

—Me acuerdo de que Kenneth siempre se ponía hecho una furia si alguien le llamaba Kenny —comento.

Y al momento quisiera comerme la lengua. Tampoco me han invitado a hablar... pero ya no puedo reprimirme. De pronto estoy largando sobre Kenneth sin parar, sobre la vez que fue al oculista y fingió que no veía bien del todo, con la idea de que le recetaran unas gafas que lo diferenciaron de Kyle. O de cuando se disfrazaron de soldados de la Guerra de las Galaxias por Halloween. O de la vez que estuvimos con Brendan en el camerino de la banda, mientras liaba un petardo de los suyos, y Kenneth de pronto descubrió que podía tocar el clarinete... instrumento que espero, Dios mediante, que sigan conservando en su

nuevo hogar de pega, que no lo hayan vendido a un desconocido. Los Lake están llorando cuando me detengo para recobrar el aliento.

—Lo siento —digo.

—No lo sientas... gracias, Aaron —responde el señor Lake, con la mirada fija en mi vaso de agua, que sigue teniendo en la mano—. Ya casi nunca hablamos de nuestro hijo. Es... un alivio escuchar que otra persona se acuerda de él con tanto afecto. Ahora me siento un poco menos desquiciado, y me digo que sí que tuve un segundo hijo, que no son imaginaciones mías.

—¿Cómo lo llevan? ¿Cómo es que no han ido al Instituto Leteo para pedirles la misma intervención que Kyle?

—Eso sería insultar su recuerdo —afirma la señora Lake—.

Hay padres que lo han hecho, y me siento desgarrada al pensarlo. Estás obligada a pasar página, claro, pero lo que no puedes hacer es suprimir a tu hijo de tu memoria.

El señor Lake echa una mirada al reloj del microondas.

—Kyle no va a tardar en llegar, Clara. Mejor será que hablemos con Aaron claramente.

Me cuentan las razones por las que Kyle piensa que cambiaron de domicilio. Había tenido varios encontronazos con el Orate —los Lake están contentos de haber perdido de vista a esa bestia—, quien empezó por pegarle collejas en el autobús escolar, después le cogió el gusto a encerrarlo en las taquillas del instituto y más tarde la emprendió directamente a puñetazos. La persona que diseñó la nueva arquitectura de la memoria de Kyle —según me entero, no fue Evangeline— recurrió a unas emociones muy reales para crear una narrativa completamente creíble que justificara que Kyle nunca volviera a poner los pies en nuestro barrio. Y él hoy acepta su nueva vida. Tiene un trabajo como aprendiz de barbero y está saliendo con una chica en la que la señora Lake ha depositado muchas esperanzas.

Suena el interfono.

—Siempre se olvida las llaves —comenta la mujer—. ¿Por qué no le esperas en su cuarto? Le avisaremos que has venido de visita.

Voy a su habitación, y el señor Lake me hace una última, obvia y dolorosa advertencia:

—¿Aaron...? Ni se te ocurra mencionar a Kenneth, por favor.

Asiento con la cabeza, aunque no puede verme. Una cosa no ha cambiado, y es el olor a ropa interior y calcetines sucios de hace una semana. Kenneth tampoco era un dechado de limpieza personal, que digamos. Los dos hermanitos se contentaban con ir acumulándolo todo hasta que su madre se rendía y se ocupaba de lavarlo. Pero lo demás sí que ha cambiado. Como la enorme cama de

matrimonio, en lugar de las literas de costumbre, y los recuerdos cosechados en los últimos meses, sobre los que nada sé.

La puerta se abre, y el nuevo Kyle —el hijo único y olvidadizo— entra en el cuarto y se ríe al verme.

—¿Qué te han hecho en el careto, Aaron?

No nos abrazamos, ni chocamos los puños ni nos preguntamos qué tal han estado yendo las cosas. Se diría que nos vimos anteayer.

—El Orate también me ha sacudido —explico, midiendo mis palabras. Estoy adentrándome en terreno minado. Me gustaría contarle que el Orate hoy está en la cárcel, pero eso podría llevarle a pensar que no estaría de más volver de visita al viejo barrio, ahora que ya no hay peligro. Y Dios sabe lo que pasaría si a algún memo se le ocurriera decir que sabe que ha pasado por el Leteo, haciendo aflorar los recuerdos suprimidos—. No me extraña que os fuerais a vivir a otra parte.

Kyle apoya la espalda en la pared; sobre su cabeza está pegado un mapamundi.

—No podía seguir así, recibiendo golpes cada dos por tres.

Nos vino bien que el contrato del alquiler estuviera a punto de expirar y pudiéramos venir a este otro piso. El vecindario es un asco, pero la gente no está mal.

—Me he enterado de que tienes novia —comento, mientras cojo una pelota de béisbol del cajón de la mesilla de noche—.

¿Quién es la que te ha echado el lazo?

Nos vamos pasando la pelota, mientras me habla de Tina, una chavala de origen chino a la que conoció el día que trajo a su hermano pequeño a la barbería. Kyle en ese momento estaba haciendo un corte de pelo al estilo Julio César, y por poco se le fue le mano con las tijeras. Su jefe pensó que estaba papando moscas, pero lo que pasaba era que no podía apartar la vista de Tina. Finjo que la historia me interesa, pero casi ni le escucho, hasta que de pronto pregunta: —¿Y cómo está Genevieve?

—Hemos roto. —Me acuerdo de lo que Thomas me dijo cuando se separó de Sara—. No era la persona que me convenía en ese momento.

—Vaya, pues lo siento. ¿Hay algún otro plan a la vista?

—Por ahora no —miento.

Me gustaría contarle la verdad sobre mí, pero no tendría idea de qué le estoy hablando si le pidiera que nos diésemos una Hora Feliz para hablar con claridad. Ha cambiado... no es que haya madurado, pero le han cambiado, eso salta a la vista. Es posible que este Kyle no tenga problema en saber lo de mi Cara A. Pero es posible que sí, que se sienta incómodo.

Yo antes conocía a la persona que tengo delante, y siento la tentación de revivirla, de provocar un resurgimiento en ella, pues la muerte de Kenneth fue por su culpa, y lo justo sería que aprendiera a vivir con dicha realidad. Tendría que ser capaz de recordar que Kenneth sabía andar con las manos, que siempre comía comida basura pero tenía la dentadura muy sana, que disfrutaba llamando a los timbres de nuestros pisos y salir corriendo para fastidiarnos.

Tendría que saber que Kenneth, su hermano gemelo, existió. Pero no me corresponde a mí tomar esa decisión.

Me quedo con él un rato, hasta que me dice que tiene que ducharse, pues ha quedado con Tina. Su novia ahora es lo prioritario, cosa que me gusta. Prometo volver a visitarlo pronto, y me indica que salude a los viejos amigos de su parte. De nuevo me abraza con la señora y el señor Lake, cuyos rostros me suplican en silencio: No olvides.



EL INSTITUTO LETEO, REVISITADO

Ha llegado el día de la intervención, y estoy plantado en una esquina de la calle frente al Instituto Leteo.

Los recuerdos: algunos vienen a ser unos golpes bajos, otros te empujan hacia delante. Algunos te acompañan para siempre, otros los olvidas sin necesidad de ayuda. Nunca vas a saber cuáles van a perpetuarse si no permaneces en el campo de batalla, mientras los malos momentos vienen a por ti como disparos de bala. Pero si tienes suerte, vas a contar con muchos momentos buenos para escudarte de ellos.

Mi condición de homosexual no era —ni es— el problema.

Tan solo me lo pareció por todo cuanto pasó de resultas: el 350

suicidio de mi padre, el abandono de Collin, la paliza en el tren y todas las incertidumbres del futuro. El problema era que no me daba cuenta porque había olvidado mi propia existencia. Y ahora tengo claro que no puedo olvidar.

No va a ser una vida fácil, pero me las arreglaré. Thomas ni siquiera era consciente de que estaba ayudándome con todo esto... qué demonios, ni siquiera yo me daba cuenta de que otra vez iba a necesitar de sus consejos. El chico sin rumbo en la vida me enseñó algo inolvidable: que la felicidad vuelve, siempre que tú lo permitas.

Cierro los ojos y cuento hasta sesenta, abstrayéndome de todo, tal y como Thomas me enseñó. Los vuelvo a abrir, doy la espalda al Instituto Leteo y me marcho a casa. Voy a tener que pedir disculpas a mi madre y a mi hermano.



MI CUMPLEAÑOS INFELIZ

A partir de mi primer cumpleaños, mi madre ha tenido por costumbre escribirme una carta detallando mis grandes éxitos del año precedente. Las misivas siempre las deja en el álbum con fotos de cuando era un bebé. Incluso tiene el detalle de incluir recortes de periódicos, para que sepa qué pasaba por entonces.

Las leí todas al cumplir los doce años. No me sorprendió que la primera de ellas no fuera muy extensa; lo más interesante fue que le llené la toga de babas el día que le entregaron el diploma de licenciada. Antes de cumplir los dos, lo que pasó es que anduve por primera vez, después de que mi padre hubiera estado ausente de casa una semana entera. Más tarde supe que fue porque mi madre lo echó, porque le había pegado un bofetón en plena calle. Al leer la quinta carta me enteré de que por entonces era un entusiasta coleccionista de llaveros. La octava misiva estaba unida a un dibujo en el que aparecía cogido de la mano de mamá.

Estas cartas son un mapa de mi vida. Proyectan luz sobre unos años que me resultan borrosos. Me duele reconocerlo, pero mamá en algunas cartas parecía estar choteándose de mí. ¿Por qué le dio por escribir que me encantaba cantar los éxitos de las divas de la música pop? ¿O que, un día que fue conmigo y con Eric a comprarnos unos juguetes, me negué a que me comprara un Power Ranger azul, pues lo que quería era una figura de acción de la superheroína Jean Grey? Tengo la sospecha de que era su forma encubierta de decirme: «Entonces empecé a comprender quién eres».

Creo que en mi caso lo comprendí por primera vez cuando empecé a sentirme atraído por Brendan. Sí, claro, eso de cantar los temas de las cantantes pop seguramente era otro indicio, pero fue por entonces cuando empecé a hacerme cargo de que quizá yo no era el que todos los demás querían que fuese. Es curioso el modo en que al final el círculo se ha cerrado. Hace un par de años tiré a la basura todas las viejas revistas que mi madre tenía en el cuarto de baño, pero antes arranqué las páginas con los modelos guapísimos que anunciaban marcas de colonia y las guardé en una vieja carpeta, para cuando me entraran las urgencias. Pero después me quité todo eso de encima, con vistas a la intervención en el Instituto Leteo.

Aún no he llegado a disculparme ante Eric o mamá, pero voy a hacerlo. Se sintieron muy aliviados cuando la otra noche les informé de que ya no quería someterme al tratamiento. Se ha disipado el negro nubarrón estacionado sobre nuestro hogar diminuto. Luego me fui a la cama.

Y ahora finjo que todo este episodio del Instituto Leteo nunca ha sucedido.

Eric y yo vamos a jugar a los Vengadores contra los Street Fighters, y cuando mamá esta mañana me ha regalado el juego, no se me ha ocurrido quejarme de las rayaduras en el disco. No me merezco una madre que se desloma trabajando todas las horas del mundo para pagar el escandoso alquiler de nuestro pisito, poner comida en la mesa y hasta hacer regalitos a sus hijos por sus cumpleaños. Eric al final me gana, porque escogí ser el Capitán América, y no la Viuda Negra, pues sigo reprimiendo mi creciente deseo de contarle la cara A a mi hermano de una vez por todas.

Antes de salir entro en el cuarto de mamá para darle las gracias otra vez. A su lado tiene unas cuantas facturas, y está mirando el álbum con mis fotos de la infancia que descansa en su regazo. El ritual de todos los cumpleaños establece que lo miremos juntos, pero seguramente comprende que lo último que quiero en este momento es recordar el ayer.

Atisbo una foto tomada a los cinco años en la que salgo con una figura de Bella, de La bella y la bestia.

—Mi primer amor, ¿verdad?

Mamá acaricia la foto como si pudiera acariciar mis ricitos de por entonces.

—La llevabas siempre encima.

—Recuerdo que dije a todos que era mi novia. —Y recuerdo que incluso lo creía con sinceridad.

—Hasta que la dejaste por el Power Ranger de color rosado —dice con una media sonrisa—. Una historia tan vieja como el mundo.

Pasa las páginas del álbum, y esta posterior etapa de mi vida me resulta desconocida. Hay fotos donde aparezco montado sobre los hombros de mi padre, cuando todavía era papá; en otra salgo bañándome con Eric, de pequeños; en otra más estoy con una toalla alrededor de la cintura, tumbado en el regazo de mi padre. Otra, otra y otra más, y en todas estas imágenes hay algo que hoy no abunda en casa: sonrisas.

—Voy a salir a dar una vuelta. —Levanta los ojos, me mira y veo que está estudiando mis moratones, amarilleados y en fase de curación. A veces me da por mirar por la ventana, para ver si veo a Brendan en la calle, con ganas de bajar corriendo y matarlo—. No me va a pasar nada, no te preocupes.

—¿Cómo está Genevieve?

—Feliz —miento. Es una mentira porque resulta imposible sentirte feliz con alguien que es incapaz de devolverte tu amor.

—¿Hoy vais a veros?

—No —contesto.

Ni siquiera me ha llamado o enviado un mensaje de texto.

—¿Vas a ver a Thomas?

La pregunta me escuece, y en cantidad. Tampoco he sabido nada de él.

—He quedado con Collin.

Coge mi mano y asiente con la cabeza.

—Muy bien, hijo mío. Que te diviertas. Y no te metas en líos —dice.

Pero no me suelta la mano, durante unos segundos, y cuando finalmente lo hace, se aferra al álbum de mis fotos infantiles como quien está colgando de un precipicio y se agarra a su borde,

b b c c

Creo que Collin ha olvidado que es mi cumpleaños, y tampoco se lo reprocho. Quizá se debe a que últimamente anda estresado a más no poder. Nicole ha estado exigiéndole mayor atención desde que empezó a verse conmigo a sus espaldas. Collin me ha comentado que a Nicole últimamente le han entrado algunas pequeñas manías, como la de chuperrretear cubitos de hielo, y el ruido que hace al masticarlos le pone de los nervios.

A ella le fastidia que se queje tanto porque la culpa es suya por haberla dejado embarazada —bueno, la culpa es de nosotros dos, por ser tan cobardes— y, lo principal, por haber dejado que Nicole se enamorase de él. Nunca entendí que le «gustara» Nicole, y sí, sé que estoy mirándolo todo desde un ángulo inadecuado, pero tengo claro que es una de esas chicas muy consideradas que te felicitan por tu cumpleaños por lo menos una docena de veces y que te colman de regalos impensados. No puedo fingir que Collin sea el único culpable, que yo tampoco no sea un gilipollas. Porque también dejé que Genevieve se enamorara de mí. Lo que a su vez implica que Thomas asimismo es otro gilipollas, pues a su vez dejó que yo me enamorara... ya lo creo que sí, y luego no hizo nada para sacarme a flote.

Pero tengo a Collin. Nunca le he dicho a la cara que le quiero, ni siquiera para llenar uno de los huecos de esta soledad que me abrumba. Cuando me dice que le siga, supongo que va a darme una sorpresa, pero lo que hace es conducirme a nuestro escondite tras el vallado. Entramos en faena sexual, terminamos en cuestión de minutos, y se marcha a trabajar sin desearme un feliz cumpleaños, contentándose con darme una palmadita en la espalda tras ajustarse los pantalones otra vez.

Voy por el camino más largo, a fin de pasar por delante del edificio donde vive Thomas, por si lo veo en la puerta o mirando por la ventana de su habitación. Sí, claro, existe el riesgo de que lo descubra cogido de la mano de Genevieve, mientras suben por la escalera de incendios, para mantener relaciones sexuales seguramente, y así pueda decirse que en realidad es hetero. Pero ya he pasado por ese mal trago con Collin, y lo que de verdad ansío es verlo, aunque sea un momento.

A quien veo es a Dave el Flacucho, al otro lado de la calle, y cuando él me ve a su vez, se queda petrificado bajo el semáforo, por mucho que la luz esté en verde. Sabe lo que le conviene, ahora que el Orate no anda cerca para cubrirle las espaldas.

Los de mantenimiento por fin han puesto una plancha de contrachapado en la puerta del vestíbulo. Miro el correo. Hay dos tarjetas de felicitación enviadas por mi tía de ochenta años, la que tiene demencia senil. No me sorprende mucho que haya enviado dos tarjetas, pero sí que haya llegado a acordarse de mi cumpleaños. Voy andando al ascensor, y — como sucediera el día que el Orate casi me mata— la presencia en este lugar de Thomas me pilla por sorpresa.

Tiene la espalda apoyada en la pared, y quiero sonreír, pero no lo hago, pues él no está sonriendo.

—Al final no me han intervenido —indico.

Me mira un segundo. Las bolsas bajo sus ojos son más oscuras que cuando lo vi en el Good Food's la última vez.

Abre la puerta de la escalera y saca rodando una bicicleta de montaña color azul oscuro. O es nueva o la ha estado reparando, limpiando y pulimentando hasta que parece nueva. No estoy seguro de qué se trata, porque es muy capaz de lo uno y de lo otro. La fija al suelo con el caballete y viene hacia mí. Temo que vaya a pasar de largo sin decir palabra, pero en su lugar me abraza con fuerza, y le abrazo a mi vez.

Con fuerza también, pues este abrazo tiene algo de definitivo.

Me suelta, y al momento hago otro tanto, lo que me hace quedar como un idiota sin remedio. Y a continuación echa a caminar hacia la puerta.

—Thomas, yo...

No se detiene; sigue andando sin vacilar. Sale por la puerta y me deja a solas con la bici. En su momento me prometió que me enseñaría a montar en bicicleta, ya que nadie más lo hacía. Ninguno de los dos adivinaba que Collin iba a intentarlo, y que yo no estaría a la altura.

Finalmente reúno las fuerzas necesarias para subir por la escalera, agarrando con fuerza el manillar de mi flamante bicicleta azul. Me dejo caer en la cama, con la bici a mis pies.

Lo que hoy quería, no, mejor dicho, lo que hoy necesitaba era verle, para sentirme medianamente bien. Pero ahora estoy mirando el reloj, mientras pasan las horas, preguntándome si Genevieve va a decirme alguna cosa antes de la medianoche.

Y a continuación sucede algo absurdo: de pronto es la 1.16 de la madrugada.

Eric está durmiendo. Hay un plato vacío al pie de la cama, donde siempre lo dejo después de comer, pero no recuerdo que haya probado bocado ni, tan siquiera, que en algún momento tuviera hambre. En el teléfono hay un mensaje de Genevieve felicitándome por mi cumpleaños, enviado a las 23.59. Tendría que responder para agradecerse, pero a estas horas seguramente está

durmiendo.

Lo último que recuerdo es que me desplomé sobre la cama.

Después de eso, nada. Estamos hablando de un agujero negro absoluto. Tengo tanto miedo que estoy llorando, con la matización de que no sé si puedo establecer con seguridad en qué momento me puse a llorar. Me giro hacia el reloj, que ha saltado de la 1.16 a la 1.27, y lloro todavía más, pues me está sucediendo algo que es imposible.

Sacudo el cuerpo de Eric hasta despertarlo, y me suelta una imprecación, hasta que su rostro deja claro que aquí está pasando algo raro. Ni siquiera sé qué decirle, pues no termino de estar convencido de que esto no sea una pesadilla, pero finalmente barboto:

—¿Qué coño...? ¿Qué me pasa?

Me pregunta de qué le estoy hablando, pero sus palabras resuenan muy lejanas.

De pronto vuelvo a sentirme desorientado. Me encuentro en el centro de la cama de mi madre, llorando tanto que me duele la garganta. De niño solía rezar en el borde de la cama, con la idea de obtener nuevas figuras de acción o hasta un cuarto para mí solo. Luego me arrastraba hasta el espacio situado entre mi hermano y mamá, porque me resultaba imposible quedarme dormido sin estar agarrado a sus cabellos. Mi mente continúa vagando por su cuenta, yendo de un lado a otro, y de repente advierto que estoy rezando por despertarme de una vez.



NO MÁS MAÑANAS

—Amnesia anterógrada —anuncia Evangeline.

Mamá y yo nos encontramos en su consulta. Son las 4.09 de la mañana. No he apartado los ojos del reloj, a fin de conservar la lucidez, pero no sé bien si se ha producido otro demencial salto en el tiempo como el sucedido hace unas horas.

—Es la incapacidad de formar nuevos recuerdos —agrega.

El reloj señala que son las 4.13 horas.

—¿Qué es la amnesia anterógrada? —inquiero. Me suena de algo, y hasta creo que lo mencionó antes de mi tratamiento, pero no recuerdo de qué se trata.

—Es la incapacidad de formar nuevos recuerdos —responde Evangeline.

Su mirada se cruza con la de mi madre, quien está llorando.

En realidad, casi no ha dejado de llorar desde que me metí corriendo en su cama. Estaba llorando cuando llamó a Evangeline. No dejó de llorar durante el trayecto en taxi. No recuerdo que no haya llorado ni una sola vez.

—¿Me sigues, Aaron? —pregunta Evangeline.

—Sí —contesto—. ¿Crees que eso es lo que me pasa? ¿Que no recuerdo lo que está sucediendo en este momento?

—¿Dirías que en los últimos tiempos has tenido algún problema de memoria reciente? —pregunta a su vez.

—Estás pidiéndome que recuerde algo que seguramente he olvidado, ¿no te parece?

—Sí. Desde que te agredieron, ¿en algún momento te has sentido tan confundido como esta noche, hace unas horas?

Me cuesta pensar. No, me cuesta recordar. Y me siento orgulloso de mí mismo cuando de pronto recuerdo lo extraño que me resultó no acordarme de que había bebido una primera taza de café cuando estuve con Collin en la cafetería... Y también recuerdo que, cuando hablé con ella en el Leteo, Genevieve me sorprendió al decirme que estaba repitiéndole lo que acababa de decirle. Pero yo solo le había dicho aquello —que ella a Thomas en realidad no le gustaba — una vez. O eso pensaba, que no se lo había dicho más que una sola vez. Y aquel día que estaba trabajando en el Good Food's también me olvidé de que ya le había entregado el cambio al cliente. A saber de qué otras cosas me he estado olvidando.

—Sí —respondo, mientras el corazón me late con fuerza—.

Recuerdo que he estado olvidándome de cosas. —Lo que pasa es que no recuerdo lo que olvido—. Es para que me ponga a llorar o para que me entre un ataque de pánico.

Mi madre hunde el rostro en las manos, estremeciéndose mientras solloza en silencio. Evangeline respira hondo y apunta:

—Es lo que acaba de sucederte.

—Pero ¿qué significa esto? ¿Cómo van a arreglarlo? ¿Van a hacerme otra intervención?

Se pone a hablar en tono robótico. Hay unas cuantas opciones, pero ninguna suena muy prometedora. Ni los mejores neurólogos del mundo saben mucho sobre este trastorno, pues ningún científico termina de comprender cómo funciona el almacenamiento de nuestros recuerdos.

Habla de neuronas, de sinapsis, de lóbulos medios temporales y del hipocampo, y aunque lo hace en jerga médica, trato de retenerlo todo en la memoria, pues empiezo a advertir que las palabras se me escabullen. Los tratamientos empleados con los pacientes de amnesia anterógrada no son muy diferentes de los usados con los pacientes de alzheimer. La medicación puede reforzar las funciones colinérgicas en el cerebro. No hace falta recurrir a la psicoterapia, pues lo importante en estos casos es la función cerebral. Y mejor que sea así, me digo, pues seguramente le estamparía un puñetazo en los morros al primero que tratara de hipnotizarme. Lo último que necesito es que otros empiecen a revolver en mi mente.

Pero hay algo que sí preferiría olvidar. Las palabras que añade a continuación:

—Por desgracia, en algunos casos es irreversible.

No dejo de reparar en que Evangeline tiene la voz cansada, y no porque estemos en mitad de la noche o porque se sienta aburrída; es perfectamente posible que haya estado repitiéndome todo esto varias veces, y que por eso se sienta exhausta.

—¿Algún paciente de ustedes ha tenido este mismo problema?

Asiente con la cabeza.

—Sí.

—¿Y? ¿Qué fue lo que pasó?

Me mira a los ojos.

La amnesia se presenta con rapidez, en ocasiones al cabo de unos pocos días.

—¡Mierda! ¿Me estás diciendo que me queda menos de una semana? — Nadie me reprocha el taco.

—Es posible que más —responde Evangeline, en el mismo tono neutro y robótico.

El corazón me late con más fuerza todavía, y tengo miedo de que se me olvide cómo respirar, por mucho que se trate de un instinto fundamental. Siento

que voy a desmayarme, y que en tal caso probablemente me olvidaré de cómo despertar.

—¿Y cómo diablos va a ser mi vida?

—Difícil, pero no imposible.

Todo esto aparece mencionado en los folletos, Aaron. En términos generales, es posible que te veas limitado, que tus conocimientos nunca pasen de ser los que tenías antes del tratamiento. Conozco el caso de un músico que compone sus propias canciones y poco después se olvida de ellas. Sin embargo, sigue tocando la guitarra de forma espléndida, porque aprendió a tocarla antes de sufrir el trauma del que más tarde quiso desembarazarse.

Entiendo lo que me dice. Lo anterior. Lo anterior es lo único que me va a quedar, y ese Anterior fue lo que anteriormente me destruyó.

—¿Qué sentido tiene vivir así?

Estoy pensando en voz alta, y mi madre llora más todavía.

He hecho mal en decirlo, porque la sonriente cicatriz en mi muñeca habla por sí sola, pero el hecho es que ahora, al igual que anteriormente, la muerte parece ser la salida más sencilla.

Evangeline se inclina hacia mí.

—Tienes muchas cosas por las que vale la pena vivir — musita.

—¿Como qué? —pregunto.

O bien me responde y ya lo he olvidado, o bien no tiene ninguna respuesta convincente. Esta noche va a ser larga.

Bueno, larga para ellas dos, en todo caso. A mí me va a pasar volando.

—¿Qué es la amnesia anterógrada? —pregunto a Evangeline a las 4.21.



13

TAN SOLO EL AYER

Hasta cierto punto, o mejor dicho, siempre di el ayer por sentado, y hoy no me queda más que el ayer. Algunos ayeres, cuando menos.

Ayer mismo.

Mucha gente recuerda haberse abrazado con un amigo, pero olvida a qué hora se levantó o se sentó a almorzar. Otros pueden contarte un sueño absurdo que tuvieron por la noche, pero no les preguntes por la ropa que llevaban puesta o el libro que estaban leyendo mientras volvían a casa en el metro. Y los hay que prefieren guardar sus recuerdos para sí, los secretos de un pasado que tan solo ellos mismos pueden visitar.

No voy a hacer ninguna de estas tres cosas.

Mañana quizá no voy a saber si abracé a alguien, suponiendo que me quede alguien a quien abrazar. Quizá no sabré qué comí para almorzar, y hasta puede que no recuerde si almorcé o no, a no ser que los ruidos de mi estómago me den alguna pista al respecto. No importará la hora a la que me despierto porque siempre me despertaré. Y es posible que vaya siempre vestido con los mismos pantalones y la misma camisa, que constantemente esté recomendando a la gente los libros de Scorpius Hawthorne, pues las nuevas palabras leídas no tendrán el menor peso específico en mi cabeza.

Tan solo veo una forma de superar todo esto: el adiós.

Incluso si yo no llego a cambiar, todo lo demás cambiará.

Todo y todos. Nadie va a tener ganas de relacionarse con un fulano que no sabe qué día es hoy o es incapaz de estar al corriente de sus vidas. Siempre voy a estar perdido y solo, o rodeado por unos desconocidos que no harán más que repetirse a sí mismos.

Es fatal. Pero fatal.

b b c c

Voy a abrir la puerta, y la cerradura está echada. Antes nunca la cerrábamos. Ni siquiera por precaución durante los malos tiempos, por si alguno de mis amigos trataba de entrar para terminar lo comenzado por el Orate. Esto tan solo puede significar que me tienen encerrado en el piso, para que no salga y me pierda por la calle.

Me entran náuseas, pero hacen bien. Podría olvidarme de dónde me encuentro mientras voy andando por la calle, o mientras estoy volando por los aires, justo después de que un coche me haya atropellado. Por otro lado, tampoco puedo quedarme aquí sentado mientras la mente se me marchita.

Abro la cerradura con rapidez, pero Eric es más veloz todavía y me da caza antes de que pueda salir por piernas.

—¿Qué coño haces? —quiere saber, mientras me agarra el brazo con fuerza.

—Tengo cosas que hacer.

Mamá sale de su habitación; no dice palabra.

—¿El qué? —pregunta Eric.

—Algo que tengo que hacer yo solo.

—Ya, claro... —Se detiene y respira hondo—. Voy a ser un buen hermano y no voy a hablar contigo hasta que tenga claro que no te acordarás de mis palabras.

Un golpe bajo.

—Vete a la mierda. Dime lo que tengas que decirme, y no te escudes tras mi amnesia. Me lo debes.

—Vale, me has convencido. —Me agarra por el brazo con mayor fuerza todavía; los ojos le refulgen—. Eres un egoísta, Aaron. Has estado haciendo trampas para que la vida te resultara más fácil, sin pensar en cómo nos afectaría todo eso.

Nos hemos visto obligados a verte andar por la vida como un zombi. Tú eres el que te has hecho todo esto a ti mismo, ¿me explico?

Clavo los ojos en él.

—Quizá no hubiera corrido a olvidarme de quien soy si en su momento me hubieras ayudado a estar más cómodo conmigo mismo, en lugar de meterte conmigo porque siempre escogía los personajes femeninos de los videojuegos.

—¡A mí me la traía floja! Solo estaba bromeando... Pensaba que eras un tipo duro, que sabrías encajarlo. ¡Lo siento! —Sus palabras, su disculpa, nos

pillan por sorpresa a todos, a él incluido. La última vez que lo vi así de acalorado fue cuando le contamos lo sucedido con nuestro padre. No es de sorprender que añada—: Dejaste de ser el que eras, te convertiste en otro, para complacer a alguien que luego nos abandonó.

—Se suicidó por mi culpa. No por la tuya.

—Hijo mío, no se suicidó por tu culpa —interviene mamá finalmente—. Tu padre había tenido muchos problemas en la vida y...

—¡Por favor! Cuando la policía lo detuvo me dije que por fin íbamos a estar a salvo de él. Pero entonces volvió a casa y...

Estoy llorando, pero me alegra acordarme bien del momento en que empecé a llorar: al reconocer que su ausencia era buena para nosotros.

Se han quedado callados.

Y yo también, porque ahora entiendo por qué tiraron todas sus cosas. Porque siempre supieron algo que yo no sabía.

—Metiste la pata hasta el fondo —sentencia mi hermano.

Pero su voz ahora es más suave, y hay algo distinto en sus ojos. Comprensión y apoyo. Se vuelve hacia mamá, y tamborilea con los nudillos de su mano libre contra la pared, sin dejar de sujetarme con la otra. Papá solía hacer este mismo gesto cuando se impacientaba, si tardábamos en bajar a la calle para traerle una porción de pizza de Yolanda's. Y luego descargaba un puñetazo contra la pared. Siento un atisbo de esperanza, por el simple hecho de que acabo de recordar todo esto.

—Nunca tendrías que haber autorizado ese tratamiento — dice Eric a mamá.

Mamá mira de un lado para otro, como si acabaran de pillarla con las manos en la masa.

—Lo hice porque quería salvar a tu hermano y...

—No —zanja Eric—. Lo hiciste por tu propia conveniencia, porque no querías perder el control sobre tu familia. Trataste a Aaron como si fuera un inútil, como si fuera a encontrarse desvalido sin el tratamiento... ¡Y mira cómo se encuentra ahora!

Me suelto de la mano de Eric. Es posible que mi hermano esté perdiendo los nervios. Quizá él también tenía cosas que hubiera querido olvidar. Quizá tampoco ha estado muy bien de la cabeza después de que nuestro padre se suicidara en la bañera donde tantas veces nos bañó en la niñez.

En este momento comprendo que Eric de mayor no va a ser como nuestro padre. Eric nos quiere. Merecía que le prestaran la misma atención, que se la prestara mi madre, y que yo también se la prestara. Nunca se me ocurrió preguntarle qué tal se encontraba.

Mamá contempla su propio reflejo en el mugriento espejo del recibidor. Es posible que ahora esté viéndose tal como es en realidad. Ha perdido tanto peso durante los últimos meses... quizá diez o quince kilos. Eric apoya la espalda en la pared y resbala por ella hasta sentarse en el suelo.

—No estoy diciendo todo esto porque tenga celos de ti, Aaron. Aunque quizá si que los tengo, un poquito. Pero estoy de acuerdo en que estamos mejor sin él.

Estoy tentado de estirar el brazo y estrechar su mano, pero no lo hago.

Levanta la vista y me mira.

—¿Te acuerdas de la vez que estuvimos jugando a Zelda y tuvimos problemas al llegar al nivel superior del juego?

Juntamos nuestras pagas y compramos la guía para principiantes, para que nos ayudara a llegar hasta el final. — Con voz suave, añade—: Tendrías que haber hecho lo mismo, Aaron: pedir ayuda, en lugar de hacer trampas.

El dolor a veces es tan insoportable que te dices que no vas a poder vivir con él un solo día más. Otras veces, el sufrimiento te sirve como brújula para orientarte en las más negras oscuridades de la adolescencia. Pero el dolor tan solo te ayudará a encontrar la felicidad si eres capaz de recordarlo bien.

—¿Aún tenemos alguna pertenencia de papá? —pregunto.

Y al momento cojo la caja que está junto a la puerta. Ni siquiera está medio llena; en el interior apenas hay un par de viejos suéteres y unas zapatillas deportivas. Eric me abre la puerta sin discutir, y él y mamá me siguen hasta el bajante para la basura que hay en el rellano. Trato de captar bien hasta el menor detalle. Este va a ser un recuerdo significativo.

Y sin embargo, no puedo evitarlo y vacilo, al acordarme de los días en que mi padre no era un monstruo. Pero a continuación vuelco la caja, y sus cosas se precipitan dando tumbos por el bajante, hasta que todo queda en silencio.

b b c c

En el colegio una vez estuve leyendo sobre los gitanos y su particular forma de llevar el luto, consistente en cubrir todos los espejos de sus caravanas durante el tiempo que hiciera falta. Días, semanas, meses y, en algún que otro caso, a veces años enteros.

Hemos estado rebuscando en el apartamento hasta el último recuerdo de él que no queremos.

Volvemos del último viaje al bajante para la basura, y Eric se calza las zapatillas de deporte. Sin mirarme a los ojos, me dice: —Por si te sirve de algo, que sepas que siento todo cuanto te dije en su momento. —Quiero darle las gracias por haberse tragado el orgullo, pero al instante agrega—: Y bien, ¿adónde vamos?

—¿Cómo?

—Me dijiste que tenías cosas que hacer, ¿no? Mamá no te va a dejar salir solo.

No recuerdo haber dicho eso, pero es verdad que tengo cosas que hacer. Tengo que ver a cuatro personas, decir cuatro adioses. Con la cabeza gacha, deajo que mi hermano me siga. Me dispongo a tachar unos cuantos nombres de mi lista de propósitos.



EL MEJOR AMIGO, MÁS O MENOS

Nos resulta fácil adivinar dónde se encuentra Brendan, pues acabamos de ver que su cliente preferido entra en la escalera.

Quiero ver primero a Brendan, no porque sea el que vive más cerca, ni porque haga más tiempo que lo conozco, sino porque quiero que vea el daño que ha causado. Estoy a punto de entrar en la escalera, pero Eric me detiene.

—No tendría que haber dejado que te acostaras con Genevieve —murmura.

Me siento tan confuso que casi se me escapa la risa.

—Eso no tenía nada que ver contigo.

—Yo sabía la verdad. Habría sido culpa mía, me habría dado de cabezazos contra la pared si un día la dejabas embarazada.

No traté de impedírtelo porque me decía que la vida te resultaría más fácil si no eras gay. Me daba exactamente igual que en ese momento estuvieras utilizando a otra persona, aunque no fuera de forma premeditada.

Eric empieza a pasearse inquieto por el vestíbulo.

—Eso no tenía nada que ver contigo —digo. Y nada más decirlo, no consigo recordar qué es exactamente lo que me ha llevado a pronunciar estas palabras—. No sé bien de qué estamos hablando.

—Descuida —apunta Eric. Recapitula y añade—: Es de locos que, después de todo lo sucedido, te las arreglaras para continuar siendo gay. Tenía que gustarte mucho el tío con el que te veías.

Esto que acaba de decirme es tan sorprendente que de hecho tengo muchas ganas de olvidarme del asunto.

—Tengo que ocuparme de algo —farfullo—. Espérame aquí.

Le paso los cómics que me propongo regalar a Collin y bajo por la escalera sin darle tiempo a protestar. No oigo que Brendan o esa chica, Nate, salgan corriendo, así que continúo bajando al trote. Brendan me mira como si estuviera viendo a un fantasma con un cabreo de mil demonios cuando aparezco por la esquina. Le envío un puñetazo, y lo esquiva, y mejor para él, pues lo que yo tenía pensado en realidad era pegarle un patadón en los huevos. Cosa que hago.

Cae redondo. Nate aprovecha para agarrar la bolsita con marihuana y escapa por la puerta. Está claro que nunca más va a poder volver a comprarle hierba a su camello predilecto, pero eso va a darle lo mismo dentro de un rato, cuando esté volando en globo.

Brendan se agarra las pelotas, la hombría.

—Me lo tengo merecido... —gime.

Lo miro, y casi me duele mi propia entrepierna, pues sé bien cómo te dejan los golpes de este tipo. Pero sí, se lo tiene merecido.

—¡Sois unos mierdas, tíos, me machacasteis el cerebro! — grito, más que dispuesto a arrearle un nuevo patadón—.

¡Maldita sea! ¡Y ahora tengo un problema grave de memoria, por vuestra culpa! Es muy posible que no vaya a recordar esta maldita conversación, pero nunca voy a perdonar que mi amiguito del alma casi me mata porque me odiaba.

Puedo decirlo en voz alta o decírmelo a mí mismo un millar de veces, pero no consigo terminar de hacerme a la idea de que Brendan estuvo a punto de matarme y de acabar en la cárcel para siempre.

El olvido quizá no está tan mal. Nunca más voy a jugar a los naipes con él en el pasillo de su casa cuando en la calle nieva o hay demasiado follón en su casa para estar tranquilos.

Nunca más voy a tirarle palomitas de maíz a su abuelo mientras está roncando frente a la tele. Nunca más voy a quedarme a dormir por las noches y patear el camastro superior de la litera, allí donde estuvo a punto de dejar preñada a esta chica, Simone, antes de que aprendiera que existe una cosa mágica llamada condón. Nunca más voy a sentarme con él frente al ordenador para escribir comentarios demenciales sobre productos comerciales todavía más absurdos: un cortador automático de plátanos o un silbato para perros en forma de chucho. Nunca más voy a dejar sus zapatillas en el alféizar de la ventana, para que su cuarto deje de oler a pies.

—Yo nunca te he odiado —responde Brendan—.

Sencillamente no entiendo cómo puedes ser gay.

—No está en mi mano cambiarlo —digo.

Me callo que una vez sí que lo estuvo, aunque luego al final resultara que no lo estaba tanto.

Se sienta y pone los codos sobre la rodilla.

—Preferías estar con ese Thomas antes que con nosotros. Y tus colegas somos nosotros, ni él, ni ningún otro.

—Es posible que tengas razón. Pero, mira, no caí en la cuenta. Y ahora soy un juguete mecánico sin pilas gracias a vosotros, colegas.

—Tus colegas siempre vamos a estar a tu lado, Aaron.

—¿Incluso si soy gay?

Pronuncio la palabra en voz alta, para describirme. Nunca elegí serlo, pero por lo menos puedo aceptarlo ahora que aún estoy a tiempo.

Brendan no contesta. Ya tengo mi respuesta. Vuelvo a subir por las escaleras, y espero que Brendan un día llegue a alcanzar su propio final feliz. Es lo que sinceramente quiero para este confuso y más o menos amigo íntimo de otros tiempos.



EL CHICO QUE NO SE
CONVERTIRÁ EN UN HOMBRE

Me dispongo a sentarme en el callejón que hay entre la carnicería y la floristería, con la idea de hojear uno de los cómics que he traído para Collin —el número siete de Las alternativas oscuras, el espectacular final de la serie—, pero resulta que una cuadrilla de voluntarios del barrio están pintando la pared, embadurnando el mundo negro y azul que Collin y yo en su día creamos.

Y ahora viene.

—¿Qué tal, colega? —dice, saludándome con un gesto de la cabeza. Mira en derredor, seguramente para detectar la presencia de espías pertrechados con cámaras, y repara en la cuadrilla de voluntarios aparecida en nuestro lugar de siempre —. A ver, un momento... ¿qué es lo que están haciendo?

—Los del servicio comunitario, ya sabes.

—¿Se te ocurre otro sitio al que ir? Eso sí, vas a tener que comprar un condón, porque a Nicole anoche finalmente le entró la calentura, y tan solo me quedaba uno.

Típico en él, eso de usar el condón después de que la chica se haya quedado embarazada.

—No hace falta.

—¿Es que quieres hacerlo sin...?

—Mira, han tapado todos nuestros dibujos.

—Sí. Pues qué mal. ¡Oye, pero si tienes el último número!

Vamos a leerlo, anda. —Le paso el cómic. En otras circunstancias me sentiría a gusto en este instante. Collin empieza a hacer especulaciones sobre la trama—. ¿Quién crees que es esa pelirroja de la túnica escarlata? ¿Y si los Señores sin Rostro al final dejan correr el asedio...? Es lo más lógico, ¿no? Esto promete en cantidad, colega.

Me siento en la cuneta y le hago señas de que haga otro tanto.

—No puedo seguir rompiendo una cosa tras otra, Collin. Ya no siento lo mismo por ti que antes, y no creo que sea porque aún me quede algún que otro recuerdo de los buenos ratos que pasamos juntos.

—Un momento. ¿Al final te hicieron ese tratamiento en el Instituto Leteo? ¿Estás hablando en serio?

—Sí. Y olvidé todo cuanto tenía que ver contigo.

—¿Me tomas el pelo?

—Nada de eso.

—Ahora en serio, ¿es verdad que te lavaron el cerebro?

—¿No te remuerde la conciencia que Nicole no tenga idea de que estás

conmigo?

No dice que no ni reconoce que en realidad se la trae floja.

—Bueno, pues a mí sí que me la remuerde —añado—. Y es que tú y yo somos diferentes. No pienso que seas mala persona. Estoy bastante seguro de que con el tiempo mejorarás, pero si quieres seguir embaucando a tu familia, y eres desgraciado, ese va a ser tu problema, no el mío.

Collin se encoge de hombros; trata de disimular, pero mis palabras han hecho mella.

—Bueno, vale, entendido. Pues lo dejamos correr, y ya está, ¿no? Pero no vuelvas a buscarme mañana, ni pasado mañana tampoco.

Se levanta y comienza a pasearse, para darme tiempo a volverme atrás.

No me vuelvo atrás.

—Bueno, pues me largo. —Aferra el cómic, pues no tiene ninguna intención de devolvérmelo, y cruza la calle para volver a su cómoda existencia basada en las mentiras. Pero de pronto se detiene. Gira en redondo y regresa corriendo—.

¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

En este momento casi puedo perdonarle.

—No puedo seguir amargando la existencia a más personas, Collin —digo—. Mira, en su día te quise, pero lo nuestro ha terminado.

Me muestra el dedo medio y se va.

Sentado en la cuneta, me dispongo a leer el cómic, pero me doy cuenta de que no lo tengo entre las manos. Miro alrededor, para ver si se me ha caído, hasta que comprendo lo que ha pasado.



LA CHICA CON LOS CUADROS A
MEDIO TERMINAR

He olvidado lo sucedido con Collin. Mi deseo más sincero es que cambie con el tiempo y que entonces valga la pena echarlo de menos.

Y espero no olvidarme de nada que tenga que ver con Genevieve, pues, de haber tenido un poquito de suerte, ella es la persona con la que hubiera podido compartir un final feliz en la vida.

Gen me quiere de un modo que no le conviene. Lo que es doblemente nefasto, porque conozco bien esa sensación.

Antes de llamar a la puerta, pido a Eric que me espere abajo.

Tiendo el brazo para darle una palmadita en el hombro, y seguramente piensa que me dispongo a abrazarlo, pues da un paso al frente, me pilla por sorpresa y recupero el equilibrio abrazándome con él por primera vez desde que éramos niños.

—Oye, gracias otra vez. Me siento como si hubieras estado haciéndome de perro lazarillo.

—Olvidalo. Aunque me debes una. Pero no olvides... —Se tapa la boca de un manotazo—. Olvídote de que he dicho eso de «olvidar». Bueno, eh, te espero abajo.

—Muy bien.

Llamo con el puño a la puerta, tratando de pensar en todo lo que tengo que decir, aprovechando que aún tengo la oportunidad. Su padre responde desde el interior y pregunta quién es. Respondo que yo. Abre la puerta y me estudia de arriba abajo. El aliento le huele a cerveza.

—¿Cómo va eso, Aaron?

—Bien. ¿Gen está en casa?

—Creo que sigue en su cuarto.

Otros padres no dejarían entrar a un chico en su casa con tanta despreocupación.

La puerta está entreabierta. Me asomo y veo que está en la cama, rodeada de pinceles húmedos, cuadernos y botes abiertas de pintura. Arranca una página de un cuaderno, hace una bola con ella y la tira al suelo, ese cementerio de los dibujos fracasados. Empuña un pincel.

Llamo con los nudillos y entro; me mira, y el cuerpo se me pone en tensión.

Deja caer el pincel y rompe a llorar.

Voy a reconfortarla, pero con tantos cuadernos y pinturas inacabadas, en la cama no hay espacio para que me siente. Un dibujo muestra a una chica que está hablando con un chico hecho de hojas de árboles; en otro, un monstruo marino

se afana en destruir el castillo de arena que una muchacha ha hecho en la playa; en un tercero, una joven está cayendo de la copa de un árbol mientras un muchacho está sentado comiendo una manzana con aire impertérrito. Aparto los dibujos. La rodeo con mis brazos, pero no para que se sienta contenta o para engañarme a mí mismo; tengo que conseguir que deje de sufrir, y el sentimiento es tan intenso que me olvido de mis propios problemas.

—Te conozco, así que no voy a preguntarte si estás bien — susurro.

Genevieve aparta las manos de su rostro. Supongo que no es el mejor momento para decirle que tiene manchas de pintura en la frente y las mejillas.

—No supe qué pensar en absoluto al verte con Collin, Aaron. No tengo idea de si fuiste a la pista de atletismo con la idea de ver a Thomas o si fue una casualidad, pero en ese momento me asaltó todo lo que había intentado ignorar.

Aparto la vista.

—Lo siento. Y siento lo sucedido con Thomas Y, sobre todo, siento haber estado embaucándote antes de que me hicieran el tratamiento. Y también después, un poco. No estaba preparado para ser alguien a quien le gustan los chicos, y me venía bien tener una novia para protegerme.

Me acaricia la cara; seguramente está manchándomela de pintura.

—Lo sé. Siempre lo supe, incluso cuando me besaste por primera vez.

—Tan solo un chico al que le gustan los chicos tendría problemas en besarte —convengo—. Siento haberme portado como un capullo integral.

Resigue mi cicatriz con el dedo, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, como yo mismo he hecho infinidad de veces, como ella misma probablemente ha hecho también, si pudiera acordarme.

—Nunca te odié porque fueras gay, pero cuando volviste a mi lado me encantó olvidar que lo eras.

—Hacíamos una estupenda pareja de pega, por mucho que yo pensara que lo nuestro era de verdad —bromeo.

Apoya la cabeza en mi hombro.

—Si pudiera volver atrás en el tiempo, me digo que no habría tenido que intentar engañarme a mí misma. No habría salido contigo y, desde luego, no me habría acostado contigo.

—Tengo la impresión de que quiere decir algo más. Suspira y agrega—: Y bien, al final no te sometiste a la intervención.

¿Qué fue lo que te llevó a cambiar de idea?

No me resulta cómodo contarle que Thomas consiguió que me sintiera en paz conmigo mismo. No puedo decirle que ansío pasar el resto de mis días con él, que lo que más quiero en el mundo es pasar las noches a su lado, dibujando su retrato mientras él dibuja el mío, mientras bebemos unos cócteles a sorbitos.

—El Instituto Leteo te promete la felicidad, pero esa felicidad no es real. Y bueno, ya que estamos hablando del asunto... tengo ciertos desajustes en la mente, y por eso tenía que verte cuanto antes. Sufro de lo que llaman amnesia anterógrada, un trastorno que...

Se separa de mí y dice:

—Lo sabía. —Tiene los ojos enrojecidos y muy abiertos y atentos—. Lo dijeron en un vídeo que miramos antes de la intervención, el que hablaba de los posibles efectos secundarios. Y tú... Cuando hablé contigo el día después de que recobrases el conocimiento, olvidaste algo que te acababa de decir. En ese momento pensé que aún estabas medio grogui, o que querías herirme de forma deliberada.

No puedo seguir siendo egoísta.

—¿Thomas y tú estáis bien juntos?

—No somos pareja, si es lo que quieres decir. Hablo en serio. Nos vemos bastante, eso sí, y me encuentro bien a su lado. Creo que me conviene una dosis de realidad después de... —Sus palabras me escuecen y duelen hasta casi matarme, pero no me las tomo de forma personal—. Lo siento. Seguro que no tienes muchas ganas de acordarte...

—No puedo quejarme de que mis dos mejores amigos sean felices. Hablo en serio.

No es la verdad al cien por cien, pero tampoco se trata de una mentira. Ni por asomo. Siempre que Thomas esté diciendo la verdad sobre quién es en realidad. En tal caso, Gen tiene mucha suerte de estar a su lado, y él tiene muchísima suerte de estar a su lado también.

Miro los dibujos arrugados y esparcidos por el suelo.

—Quizá estás dibujando cosas equivocadas. Tendrías que tratar de pintar cómo quieres que vaya a ser tu vida. El mapa de tu futuro, por así decirlo. Estoy seguro de que a Thomas le encantará ayudarte... siempre que no permitas que se lo tome demasiado en serio.

—O quizá tú podrías ayudarme —responde Genevieve, acercándose un poco.

—No puedo... —Me atraganto y me callo lo que iba a decir.

De pronto recuerdo que mi hermano está esperándome abajo —. Qué hermosa eres.

—¿Lo bastante para convertirte en hetero? —Se enjuga una lágrima y ríe, un poquito—. Una siempre tiene que intentarlo, ¿no? Te quiero, Aaron. Y no lo digo con segundas.

Seguramente es la última vez que vamos a mirarnos de este modo. Acercó el rostro y la beso, de forma sincera y feliz, y todos los besos de despedida

tendrían que ser como este.

—Genevieve, que sepas que siempre...

Apoya su frente en la mía.

Entiendo que acabo de decirlo, pero no puedo dejar de repetir:

—Yo también te quiero, y lo digo sin segundas. Yo también te quiero, y lo digo sin segundas. Yo también te quiero y lo digo sin segundas...



EL CHICO EN EL TERRADO

Esta enfermedad propia de los abuelos está yendo a peor.

Voy a perder el empleo en Good Food's. Si me pongo a trabajar como conductor de autobús, no voy a acordarme de la ruta. Si me convierto en maestro, voy a olvidarme de los nombres y las notas de mis alumnos. Si me hago bancario, voy a quedarme sin dinero en la caja a la que empiece a regalar billetes a los clientes. Si me alisto en el ejército, voy a olvidarme de usar mi arma, y mis compañeros morirán por mi culpa.

Tan solo tengo un presente y un futuro indudables: rata de laboratorio de un experimento que ha fracasado.

Dudo que vaya a poder concentrarme lo suficiente para terminar mi cómic; en realidad, ya me he hecho a la idea. Es un hecho que en la vida existen historias inacabadas. La existencia no siempre te depara el final que esperabas.

Nunca voy a tener una pareja. Si conozco a otra persona, más tarde o más temprano voy a olvidarme de ella, lo que no es justo.

Y bien, tan solo me queda pedir una última disculpa.

Tengo que mostrarme persuasivo, y mi trabajo me cuesta, pero consigo que Eric acceda a dejarme ir solo a casa de Thomas.

Una vez que Thomas se entere de mi trastorno, de ningún modo va a permitir que ande solo por la calle. Pero lo que no quiero es que este último encuentro sea de prisa y corriendo.

Subo con lentitud por la escalera de incendios. Estoy empezando a acostumbrarme a estos saltos de montaje en mi vida. No piso los escalones con el júbilo con que los estuve pisando a lo largo del verano, sino con el miedo de quien avanza hacia la muerte. Llego a su ventana, y las cortinas están echadas. Pero llego a atisbar a Thomas sentado con la cabeza gacha sobre el escritorio. Sin duda está escribiendo en el diario.

Llamo a la ventana, y da un respingo en el asiento.

Y, lo mismo que Genevieve, parpadea varias veces, con rapidez. Los ojos se le llenan de lágrimas. Le hago un gesto de negación.

—Encuéstrate conmigo en el terrado —indico.

Asiente con un gesto.

Subo arriba y me quedo a la espera, sin dejar de repetirme una y otra vez qué estoy haciendo y por qué me encuentro en este lugar. Las farolas se encienden en la calle, y las luces anaranjadas relucen a medida que cae la tarde, expandiéndose hacia las pocas estrellas que aparecen en el cielo. Le veo llegar por la escalera de incendios; al cabo de un momento, Thomas está sentado en el saliente.

Estoy temblando un poco. Es otro momento significativo.

—Ha pasado algo muy extraño —anuncio. Me tumbó en el suelo boca arriba. Las estrellas no se mueven, cosa que agradezco—. He sufrido un traumatismo en la parte del cerebro donde se almacenan los recuerdos. Por el momento se trata de algo parcial, pero mi médico cree posible que con el tiempo se convierta en total. Si no me acuerdo de algo que me digas, discúlpame.

Thomas se tumba a mi lado. No decimos palabra durante unos segundos. O es posible que estemos conversando y que luego no me acuerde.

De lo que me acuerdo es de esto:

Thomas pregunta:

—¿Te parece posible que fueras un ser malévolo en una encarnación anterior? ¿Una especie de Darth Vader en una galaxia lejanísima, por poner un ejemplo? Porque, amigo mío, está claro que no paran de sucederte desgracias.

Me río, y me repito sus palabras una y otra vez en la mente.

—Es lo que parece, desde luego —convengo—. La verdad es que no tengo ganas de seguir viviendo, Thomas. Creo que mi única liberación sería levantarme ahora mismo y tirarme de este terrado...

—Larguirucho, si es verdad que me quieres, no vas a dejarme con el recuerdo de que te tiraste de este terrado... o de cualquier otro sitio. ¿Entendido? Esto que acabo de decirte es lo que te ruego que recuerdes de esta conversación. ¿Me lo prometes?

—De acuerdo, pero tú a cambio tienes que prometerme que nunca vas a morir. No podría soportar el dolor de saber que estás muerto porque alguien me lo contara cada día de mi vida. Necesito que sigas vivo y feliz, ¿entendido?

Está llorando, pero se le escapa la risa.

—Concedido, larguirucho. Voy a ser inmortal, te lo prometo. No hay problema.

—Y también feliz.

Levanta las rodillas y hace chasquear los nudillos.

—Muy bien. Pero tengo que dejar una cosa muy clara.

Cuando me contaste lo de la cara A, al momento sospeché que te gustaba. Tú me comprendes mucho mejor que la mayoría. Voy a serte completamente sincero: diría que nuestra amistad incluso llegó a confundirme un poco. Pero también tengo completamente claro que sigo siendo heterosexual, pues si no lo fuera, hubiera ido a por ti de todas, todas.

Trato de decir algo, pero no lo consigo.

—Nunca vamos a poder estar juntos —prosigue—. Pero siempre voy a querer mantener el contacto contigo, incluso si cuando te veo no haces más que decirme hola una vez tras otra, sin parar. Me sentiré igualmente feliz. Siempre

voy a querer estar sentado delante de ti.

Una fantasía me viene a la mente en este momento.

Thomas es hetero —y estoy diciéndome que o bien efectivamente lo es, o bien necesita serlo en este momento—, pero se presenta en el Instituto Leteo y consigue que le hagan un tratamiento para olvidarse de que es hetero. Una vez convertido en gay, viene a verme, tal y como acaba de prometer que hará, y entonces construimos una vida formada por recuerdos felices.

Pero, como sucede con todo lo demás, sé cuál es la realidad.

Y puedo imaginarme a Thomas y a Genevieve brindándose mutua felicidad. Genevieve estará guapísima cuando él acerque los labios a su oído para musitarle una broma que nunca va a ser de mi incumbencia. Él entonces la cogerá en brazos, como si fueran unos recién casados, para llevarla a un mundo que nunca podré compartir con ninguno de los dos.

—¿Qué haría Thomas Reyes si se encontrara en mi situación? —pregunto.

Se incorpora.

—Haría todo lo posible por sentirme más feliz que nada. Te has rayado tanto que aún estás a tiempo de volver la vista atrás y comprender que las cosas podrían haber sido aún peores.

En mi opinión.

Es posible que nunca pueda llegar a ver a la persona en quien se convertirá. Sea un director de cine, un luchador de lucha libre, un pinchadiscos, un escenógrafo, sea un gay o un hetero; es posible que yo a esas alturas esté tan hundido en el pasado que no llegue a enterarme.

—No quiero olvidar, Thomas.

—Yo tampoco quiero que olvides. Pero acuérdate siempre de una cosa: de que te quiero un montón, ¿entendido?

Me lo repito una, dos y mil veces, pues en mi cabeza hay demasiados recuerdos que no tienen por qué estar allí.

—No quiero olvidar, Thomas.

Me quedo atónito al ver que se pone a sollozar en silencio, y más todavía cuando me coge de la mano. Pero también encuentro la felicidad que acaba de prometerme. Me quiere sin estar enamorado de mí, y es todo cuanto puedo pedirle. Ni siquiera tengo que oírsele decir para creerlo.

—Oye, que yo no soy gay, larguirucho.

—Lo sé. —Sonrío, y aprieto su mano con fuerza—. Este final feliz es una pasada, ¿eh?

CUARTA PARTE: RECUERDA AQUELLA VEZ



EL DÍA QUE TOCA PASAR PÁGINA

El Instituto Leteo o, más específicamente, Evangeline, ha conseguido que me incluyan el primero en un listado de pacientes en espera de ser sometidos a un tratamiento reparador que han estado desarrollando en Suecia.

A cambio voy a colaborar en las pruebas experimentales que son más inocuas. El objetivo a largo plazo es el de encontrar un remedio para la amnesia. Es posible que no lo descubran sino después de mi muerte, pero si efectivamente lo descubren, mi pequeña contribución habrá valido la pena. Es curioso que en su momento recurrí al Leteo con el propósito de olvidar, y que ahora cuente con ellos para que me ayuden —y, quizá, para que también ayuden a millones de otras personas— a recordar.

Mamá estuvo pensando en marcharnos a vivir fuera de la ciudad, para escapar al recuerdo de tanto golpe bajo en la vida, pero ya estamos hartos de eludir los problemas. En su lugar, nos hemos puesto a pintar las paredes de blanco con la idea de pasar página. Voy ayudar a mamá a pintar el dormitorio. No resulta fácil, claro. Mi padre fue el que decidió pintar las paredes de gris.

Le pregunto de qué color piensa pintar su nuevo dormitorio.

—Creo que el blanco ya está bien. Es el color de la pureza, y también me recuerda un conejito que tuve de niña. Hay recuerdos que son bonitos, ya lo ves.

c c c b

EL DÍA QUE MIRO HACIA DELANTE

Eric y yo estamos pintando de verde la sala de estar. Nos tomamos un respiro y jugamos a los Vengadores contra los Street Fighters. Escoge ser Lobezno, como era de esperar. Yo elijo ser la Viuda Negra, y es que ya estoy cansado de seguirle la corriente.

Aprieta los dientes cuando le gano la partida.

No me suelta una lindeza ni se ríe de mí.

Me desafía a otra partida.

Recuerdo lo suficiente para acordarme de que hacía muchísimo tiempo que no lo pasábamos tan bien juntos, como solíamos hacer cuando mi padre no estaba en casa.

c c c b

EL DÍA QUE PASO A OTRA COSA Durante la limpieza me topo con unos cuantos viejos cuadernos de dibujo. Hojeo los bosquejos que hice en la

niñez, sin fijarme en la calidad del sombreado o el ojo que por entonces tenía para los colores. Tan solo río, una y otra vez, porque los dibujos me traen muchos recuerdos. Me había olvidado de aquel villano tan divertido que creé, el Reyezuelo Supremo. Me digo que, a su modo, el Reyezuelo Supremo y el Guardián del Sol van a entenderse en el mundo donde hoy vivan mis personajes. También es posible que estén enzarzados en combate para toda la eternidad.

Y bueno, todo esto me anima a hacer una crónica de mi vida —de las cosas bonitas, por lo menos— en dibujos. Tengo previsto que cada ilustración lleve un encabezamiento que empiece con las palabras «¿Recuerdas aquella vez...?»

c c c b

EL DÍA QUE OLVIDO

Salgo empujando mi bicicleta nueva mientras un operario está terminando de reparar la puerta cuyo cristal en su momento atravesé.

Tan solo me dejan salir al segundo patio, que mi madre y mi hermano pueden ver por la ventana. Es un acuerdo al que hemos llegado, para que pueda disfrutar de un poco de tiempo a solas. Los columpios anaranjados y verdes, la negra colchoneta en la que solíamos hacer combates de lucha libre, los bancos donde nos sentábamos a beber refrescos, los travesaños que utilizábamos para hacer flexiones, los viejos amigos que me miran desde la otra punta del patio... este siempre será el lugar en el que crecí.

Hoy estoy aprendiendo a montar en bici por mi cuenta, para que no parezca que este es el fin y que no hay nada más.

No necesito la ayuda de mi padre, de Collin o de Thomas para hacerlo.

Ajusto el sillín antes de sentarme bien en él. Agarro el manillar con las manos. Pongo un pie en un pedal y voy pateando el suelo con el otro, como haría un caballo de carreras al piafar en la línea de salida, hasta que consigo situar los dos pies sobre los pedales.

Y entonces voy hacia delante, en equilibrio precario; el viento silba ligeramente en mis oídos. Consigo reducir el ritmo, hasta que de pronto me encuentro ante un muro y giro con rapidez.

Trato de mantener el equilibrio, pero me caigo, y la bici me da un golpetazo en la rodilla.

Me duele, pero no mucho más que otras veces, como cuando el Niño Freddy me tiró un taco de madera al hombro, porque había perdido su pelota de béisbol, o como cuando fui en monopatín cuesta abajo y me estrellé contra un cubo de la basura.

Brendan, Dave el Flacucho, Nolan y Dave el Gordinflón siguen contemplándome desde el mismo rincón en que solíamos jugar a los naipes, allí donde bebimos nuestras primeras cervezas disimuladas en unas bolsas de papel marrón. Brendan es el único que se levanta y da un paso en mi dirección, como si se propusiera ayudarme, pero alzo la mano y se para.

Nuestra amistad se ha acabado.

Me levanto, vuelvo a montarme en la bici, avanzo unos metros más, vuelvo a caerme.

Me levanto. Avanzo. Me la pego.

Me levanto.

Avanzo.

Sigo avanzando, sigo avanzando, sigo avanzando. Paso por delante de Good Food's, donde nunca más voy a poder trabajar. Me muevo en círculos, y es que estoy consiguiendo pillarle el truco a la bici, como mi padre hubiera tenido que enseñarme a hacer, de haber sido más padre de lo que era.

Pero de pronto sucede lo peor:

¿Cómo he venido a parar a esta bici?

c c c b

¿RECORDÁIS LA VEZ QUE...?

Juego de forma habitual a «¿Recuerdas la vez que...?»

Me he convertido en una especie de carroñero de la felicidad, en un ser que se desinteresa de la fealdad del mundo, pues si en mis tragedias hay algún rescoldo de felicidad, estoy dispuesto a encontrarlo como sea. Si los ciegos pueden encontrar alegría en la música, y si los sordos pueden hallarla en los colores, voy a obstinarme en encontrar el sol en la oscuridad, pues mi vida dista de tener un final amargo; en realidad es una serie de incontables comienzos felices.

He perdido la cuenta de los cuadernos que tengo. Mis dibujos a veces están inacabados porque no caigo en el recuerdo preciso que estaba rememorando; eso sí, por lo general no tiro la toalla a las primeras de cambio. Sigo dibujando sin parar, hasta gastar los lápices y dejar secos los rotuladores. Me esfuerzo en acordarme de lo que sigue, por si se trata de mi última oportunidad.

¿Recordáis la vez que Brendan me enseñó a cerrar el puño para pelear?

¿Recordáis la vez que todos estábamos luchando, como en los espectáculos de lucha libre, y Brendan y yo combatimos en pareja contra Kenneth y Kyle, a los que derribamos y derrotamos en menos de cinco minutos?

¿Recordáis la vez que mi madre hizo lo que le supliqué, por muy desgarrador que le resultara? ¿Y de cómo me salvó de repetir mi primer error?

¿Recordáis la vez que Eric se portó como todo un campeón conmigo, cuando menos me lo esperaba?

¿Recordáis la vez que Collin me escogió y yo lo escogí a mi vez?

¿Recordáis la vez que conocí a Thomas, ese chico que ansía contar con una bola de cristal que le diga qué va a ser de mayor?

¿Recordáis que, antes de que Thomas y Collin sacaran a la luz algo que anidaba en mi interior, me relacioné con Genevieve, la artista que jugó a este juego conmigo, la que me quería de un modo que yo no me merecía?

Yo desde luego que me acuerdo. Y siempre voy a seguir acordándome.

Hay tormenta. Miro por la ventana. No sabría decirsi si anoche llovió, y ni siquiera qué día es hoy. Tengo la sensación de que me despierto continuamente, a cada minuto, como si viviera en mi pequeño huso horario particular. Pero bueno...

Resigo con el dedo mi sonriente cicatriz —no puedo evitarlo, y recuerdo la vez que Thomas puso dos dedos manchados sobre la cicatriz para dibujar un par

de ojos— y sigo teniendo esperanzas de que se cumplan las que Evangeline y los demás del Instituto Leteo también albergan.

Y mientras espero, la felicidad existe allí donde puedo conseguirla. En estos cuadernos, unos mundos hechos de recuerdos que me saludan con calidez, casi como un amigo de la niñez a quien no has visto durante años y que, de pronto, reaparece.

Soy más feliz que nada.

No vayáis a olvidarme.

AGRADECIMIENTOS

Mi amor más intenso para todos los que tenían claro que convertirme en escritor iba a hacerme más feliz que cualquier otra cosa de este mundo.

Mil gracias en primer lugar al hombre que lo ha hecho posible: Brooks Sherman, el agente más cool y surrealista entre todos los que habitan en el país de los agentes. No es fácil que una persona obsesivo-compulsiva —nada más y nada menos que un escritor— ceda el control, y por mi parte confío totalmente en que este hombre seguirá llevándome por la dirección adecuada. Ha conseguido que mi primera experiencia resulte inolvidable en todos los aspectos, y estoy dispuesto a ayudarlo a transportar un sofá por las atestadas aceras de Nueva York el día que me necesite.

El equipo de nivel estratosférico de Soho Teen: Daniel Ehrenhaft, mi corrector, quien no solo me dio el empujón para que me soltara gracias a su orientación, sino que también confió en que me las arreglaría por mi cuenta para salir indemne del campo de batalla; Meredith Barnes, mi publicista, la primera persona de Soho HQ que creyó en esta obra, subió el tono de un libro que siempre consideré portavoz silencioso, respondió a mis numerosos correos electrónicos en cuestión de minutos y colaboró con la brillante Liz Casal para crear la cubierta de mis sueños; Bronwen Hruska, mi editor, con su radiante orgullo; Janine Agro, quien es una maga del diseño de interiores; Amara Hoshijo, una excelente asistente editorial y compañera de almuerzos en el local de la esquina; Rachel Kowal, certera a la hora de detectar cosas en las que yo no me había fijado; así como el resto de la plantilla, campeones en su trabajo: Rudy Martinez, Juliet Grames, Paul Oliver, Mark Doten y Abby Koski.

Luis Rivera, por todo cuanto aprendí de lo que no tuvimos, y por todo cuanto pudo darme. Luis, que a su modo, más o menos, supo muy bien cómo hacer que un chaval se sintiera más feliz que infeliz en la época del código Adán, y que aún hoy en día es capaz de brindarme buenos ratos y entrechocar el puño como verdaderos colegas.

Corey Whaley, que tendría que vivir siempre. Le agradezco un montón que me dejara una casa de verano para que pudiera escribir mi historia, así como toda la felicidad que me aportó para que pudiera sobrevivir al revivirla.

Cecilia Renn, mi mejor amiga y mitad más enloquecida.

Cruzo los dedos para que el mundo no se acabe el seis de junio, pues en tal caso nunca llegará a contármelo en detalle.

Los apretones de manos de dos géminis van a encontrar su eco en el infinito... o por lo menos en su cocina, donde seguramente se ha vuelto a dejar abierta la puerta del armario.

Hannah Colbert Kalamoukas, por ser perfecta para hablar con ella, y por el

pastel de fresa glaseado que me hizo en forma de A por mi cumpleaños. Lo del pastel fue un pequeño gesto que para mí resultó tan importante como la Gran Salida del Armario de 2009.

Christopher Mapp, un coach personal tan bueno que en este libro me resultó imposible crear un personaje basado en él, pues el viaje de Aaron Soto en tal caso hubiera sido demasiado fácil.

Amanda Diaz, quien no tan solo me transmitió su pasión por la literatura y los cómics, sino que además se leyó este relato más veces de lo necesario. Michael Diaz, por las incontables noches pasadas jugando a los videojuegos y por las partidas de damas con caramelos. Ana Beltran, por las cenas (que ella siempre preparó) y por los debates (que siempre gané yo).

Ir a la universidad no estaba en mi horizonte, pero el hecho de formarme en las librerías después de terminar el instituto fue mucho más gratificante, sobre todo gracias a Irene Bradish y Peter Glassman, mis antiguos jefes, y también mentores; Sharon Pelletier, por machacarme con sus duras correcciones hechas con todo el cariño del mundo; Jennifer Golding, por animarme desde el primer momento; Donna Rauch, por sus continuas bromas sobre patos; Allison Love, por cambiar mi vida a la hora de entrar a trabajar en una librería; Maggie Heinze, por ser la primera lectora de una obra que no quería que viera nadie; Jonathan Drucker, por hacer que todo sonara real, al estilo de los colegas; Gaby Salpeter, por animar y alimentar mi ego cada día; Joel Grayson, por su amabilidad y ánimos constantes cada vez que nos cruzábamos por los pasillos; y muchos otros libreros, convertidos ahora en amigos, a quienes conocí en Barnes & Noble y Books of Wonder.

Lauren Oliver y Lexa Hillyer, no tan solo por revelarme su sabiduría sobre las tramas novelescas, sino también por haberme salvado la vida cuando estaba literalmente ahogándome. Este libro no sería nada sin ellas; mejor dicho, yo no sería nada sin ellas, y hablo en serio.

Joanna Volpe, por sus geniales indicaciones, susceptibles de cambiar un libro entero, y por impedir que perdiera la cabeza la primera vez que volé en avión; Suzie Townsend, por apasionarse y creer en este libro antes de que fuera posible venderlo, y por volver a apasionarse cuando la cosa ya iba cuesta abajo; Sandra Gonzalez, una suerte de esposo para mí, quien me regaña cuando me paso de fiestero y sabe sacar el mejor partido a mis sentimientos como ser humano; Margot Wood, mi compinche y esposa en otra existencia, por tomar fotos de mi cara y ofrecerse a hacer de gay en beneficio mío y de mi narrador; Julie Murphy, mi bombón de Texas, por nuestros epistolares encuentros en Dallas; Holly Goldberg Sloan, por ser la mejor mamá que un chaval neoyorquino pudiera encontrar en Los Ángeles; Tai Farnsworth, por su

impagable intuición, que transformó muchas cosas; Hannah Fergesen, quien entró en mi vida cuando yo ya tenía cierta experiencia en el mundo editorial, pero que ha demostrado ser insustituible una vez tras otra.

He tenido suerte al trabar amistad con numerosos escritores, y soy especialmente afortunado al hacer este viaje con mis compadres de Beckminavidera: Becky Albertalli, mi gemela literaria, cuyo amor por estos personajes y su historia supera el asco que le producen las galletas Golden Oreos, que es absurdo, pues todos sabemos que son las mejores, pero a mí ya me va bien: más galletas para mí solito; Jasmine Warga, mi amiga amante de las gominolas rojas en forma de pez y los bares de ambiente artístico, mujer con la que siempre puedes contar para divertidas salidas en coche y para que te recomiende canciones estupendas (excepto aquella vez...); David Arnold, mi hermano, a quien me entran ganas de abrazar hasta asfixiarlo cada vez que conversamos en profundidad sobre la Vida en mayúsculas. Ya falta menos para que consigamos la casa de nuestros sueños en Beckminavideraville, amigos.

Jennifer M. Brown, ave nocturna como yo mismo, por abrirme tantas puertas cuando me tomó bajo su ala.

Mi familia y mis amigos, por sentirse orgullosos de mí y por hacerme tan feliz.

Mi madre, Persi Rosa, por hacerme leer durante los veranos, montar concursos de deletreo con palabrotas, insistir en que mirase las películas de la tele con subtítulos y revisar mis comentarios de texto. Me insufló un amor a las palabras que ha demostrado ser muy importante en este campo en el que me adentro al escribir. Y, lo principal, por quererme tal y como soy. Tengo claro que mamá no querría cambiar nada de mi personalidad, y lo mismo digo yo.

Por último —¡y ya era hora!—, gracias a la increíble comunidad de libreros, bibliotecarios, lectores, escritores, autores de blog y personajes imaginarios que mantienen viva nuestra industria y nuestra literatura. Hagamos lo posible para que los libros y las librerías sigan gozando de buena salud, por favor, y gracias.

Document Outline

- [ÍNDICE](#)
- [PRIMERA PARTE: LA FELICIDAD](#)
 - [1 RECUERDOS DE UNOS GOLPES BAJOS](#)
 - [2 UN INTERCAMBIO DE PLANES \(QUE NO DE LIGUES\)](#)
 - [3 TODO UN HOMBRECITO](#)
 - [4 LA CAZA DEL HOMBRE DURANTE EL DÍA DE LA FAMILIA](#)
 - [5 UNA CARA FELIZ PERO SIN OJOS](#)
 - [6 EL FELIZ CUMPLEAÑOS DE GENEVIEVE](#)
 - [7 CUANDO ESTOY A SOLAS](#)
 - [8 OYE, QUE NO SOMOS GAIS](#)
 - [9 MÁS ALLÁ DE LOS CALLEJONES SIN SALIDA](#)
 - [10 UNA MANIFESTACIÓN PARA EL RECUERDO](#)
 - [11 INTERCAMBIOS](#)
 - [12 PELEAS Y FUEGOS ARTIFICIALES](#)
 - [13 SIN CORAZÓN](#)
 - [14 ALGUNOS PENSAMIENTOS A LAS CUATRO DE LA MADRUGADA](#)
- [SEGUNDA PARTE: UNA FELICIDAD DISTINTA](#)
 - [1 UN FELIZ CUMPLEAÑOS PARA ÉL](#)
 - [2 LA GUERRA EN MI INTERIOR](#)
 - [3 LA CARA A DEL DISCO](#)
 - [4 ¿RECUERDAS AQUELLA VEZ...?](#)
 - [5 OTRA TRIFULCA](#)
 - [6 LA CARA B DEL DISCO](#)
 - [7 MIS PENSAMIENTOS DURANTE LA MADRUGADA](#)
 - [8 RECUERDOS Y GOLPES BAJOS](#)
- [PARTE CERO: LA INFELICIDAD](#)
 - [HOY LOS TIENES, MAÑANA LOS PIERDES](#)
- [TERCERA PARTE: MENOS FELIZ QUE ANTES](#)
 - [1 ESTA VEZ](#)
 - [2 LA VIDA ES DURA](#)
 - [3 UN CALLEJÓN SIN SALIDA](#)
 - [4 CAMBIADME, POR FAVOR](#)

- [5 VOLVIENDO ATRÁS EN EL TIEMPO](#)
- [6 UNA VEZ MÁS](#)
- [7 VERDADES Y DESENGAÑOS](#)
- [8 ES IMPOSIBLE OLVIDARTE](#)
- [9 KYLE LAKE, EL HIJO ÚNICO](#)
- [10 EL INSTITUTO LETEO, REVISITADO](#)
- [11 MI CUMPLEAÑOS INFELIZ](#)
- [12 NO MÁS MAÑANAS](#)
- [13 TAN SOLO EL AYER](#)
- [14 EL MEJOR AMIGO, MÁS O MENOS](#)
- [15 EL CHICO QUE NO SE CONVERTIRÁ EN UN HOMBRE](#)
- [16 LA CHICA CON LOS CUADROS A MEDIO TERMINAR](#)
- [17 EL CHICO EN EL TERRADO](#)
- [CUARTA PARTE: RECUERDA AQUELLA VEZ](#)
- [EL DÍA QUE TOCA PASAR PÁGINA](#)
- [AGRADECIMIENTOS](#)

Table of Contents

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: LA FELICIDAD

- 1 RECUERDOS DE UNOS GOLPES BAJOS
- 2 UN INTERCAMBIO DE PLANES (QUE NO DE LIGUES)
- 3 TODO UN HOMBRECITO
- 4 LA CAZA DEL HOMBRE DURANTE EL DÍA DE LA FAMILIA
- 5 UNA CARA FELIZ PERO SIN OJOS
- 6 EL FELIZ CUMPLEAÑOS DE GENEVIEVE
- 7 CUANDO ESTOY A SOLAS
- 8 OYE, QUE NO SOMOS GAIS
- 9 MÁS ALLÁ DE LOS CALLEJONES SIN SALIDA
- 10 UNA MANIFESTACIÓN PARA EL RECUERDO
- 11 INTERCAMBIOS
- 12 PELEAS Y FUEGOS ARTIFICIALES
- 13 SIN CORAZÓN
- 14 ALGUNOS PENSAMIENTOS A LAS CUATRO DE LA MADRUGADA

- 1 RECUERDOS DE UNOS GOLPES BAJOS
- 2 UN INTERCAMBIO DE PLANES (QUE NO DE LIGUES)
- 3 TODO UN HOMBRECITO
- 4 LA CAZA DEL HOMBRE DURANTE EL DÍA DE LA FAMILIA
- 5 UNA CARA FELIZ PERO SIN OJOS
- 6 EL FELIZ CUMPLEAÑOS DE GENEVIEVE
- 7 CUANDO ESTOY A SOLAS
- 8 OYE, QUE NO SOMOS GAIS
- 9 MÁS ALLÁ DE LOS CALLEJONES SIN SALIDA
- 10 UNA MANIFESTACIÓN PARA EL RECUERDO
- 11 INTERCAMBIOS
- 12 PELEAS Y FUEGOS ARTIFICIALES
- 13 SIN CORAZÓN
- 14 ALGUNOS PENSAMIENTOS A LAS CUATRO DE LA MADRUGADA

SEGUNDA PARTE: UNA FELICIDAD DISTINTA

- 1 UN FELIZ CUMPLEAÑOS PARA ÉL
- 2 LA GUERRA EN MI INTERIOR
- 3 LA CARA A DEL DISCO

4 ¿RECUERDAS AQUELLA VEZ...?

5 OTRA TRIFULCA

6 LA CARA B DEL DISCO

7 MIS PENSAMIENTOS DURANTE LA MADRUGADA

8 RECUERDOS Y GOLPES BAJOS

1 UN FELIZ CUMPLEAÑOS PARA ÉL

2 LA GUERRA EN MI INTERIOR

3 LA CARA A DEL DISCO

4 ¿RECUERDAS AQUELLA VEZ...?

5 OTRA TRIFULCA

6 LA CARA B DEL DISCO

7 MIS PENSAMIENTOS DURANTE LA MADRUGADA

8 RECUERDOS Y GOLPES BAJOS

PARTE CERO: LA INFELICIDAD

HOY LOS TIENES, MAÑANA LOS PIERDES

HOY LOS TIENES, MAÑANA LOS PIERDES

TERCERA PARTE: MENOS FELIZ QUE ANTES

1 ESTA VEZ

2 LA VIDA ES DURA

3 UN CALLEJÓN SIN SALIDA

4 CAMBIADME, POR FAVOR

5 VOLVIENDO ATRÁS EN EL TIEMPO

6 UNA VEZ MÁS

7 VERDADES Y DESENGAÑOS

8 ES IMPOSIBLE OLVIDARTE

9 KYLE LAKE, EL HIJO ÚNICO

10 EL INSTITUTO LETEO, REVISITADO

11 MI CUMPLEAÑOS INFELIZ

12 NO MÁS MAÑANAS

13 TAN SOLO EL AYER

14 EL MEJOR AMIGO, MÁS O MENOS

15 EL CHICO QUE NO SE CONVERTIRÁ EN UN HOMBRE

16 LA CHICA CON LOS CUADROS A MEDIO TERMINAR

17 EL CHICO EN EL TERRADO

1 ESTA VEZ

2 LA VIDA ES DURA

3 UN CALLEJÓN SIN SALIDA

4 CAMBIADME, POR FAVOR

5 VOLVIENDO ATRÁS EN EL TIEMPO

6 UNA VEZ MÁS

7 VERDADES Y DESENGAÑOS

8 ES IMPOSIBLE OLVIDARTE

9 KYLE LAKE, EL HIJO ÚNICO

10 EL INSTITUTO LETEO, REVISITADO

11 MI CUMPLEAÑOS INFELIZ

12 NO MÁS MAÑANAS

13 TAN SOLO EL AYER

14 EL MEJOR AMIGO, MÁS O MENOS

15 EL CHICO QUE NO SE CONVERTIRÁ EN UN HOMBRE

16 LA CHICA CON LOS CUADROS A MEDIO TERMINAR

17 EL CHICO EN EL TERRADO

CUARTA PARTE: RECUERDA AQUELLA VEZ

EL DÍA QUE TOCA PASAR PÁGINA

EL DÍA QUE TOCA PASAR PÁGINA

AGRADECIMIENTOS